



*Por Julio Dantas*  
*Ilustraciones de Ernesto Francibia*

"SMOKING-ROOM" en el palacete de los vizcondes de X. X. Paredes revestidas de seda verde; Maples profundos; en su pesado marco de oro viejo, un Poussin; ambiente de elegancia un poco severa. Las diez de la noche. El "Vizconde", la "Vizcondesa" y "Fred" acaban de comer y pasan a tomar el café. La Vizcondesa, opulenta, ornamental, entrecana, aun interesante, especie de belleza fatal a la manera de Van Dongen, tiene unos brazos admirables, unos hombros de diosa, y, en los ojos fatigados, la tristeza de las mujeres que han cumplido cincuenta años. El Vizconde, diez años más que ella, vulgarmente distinguido, viste bien el frac; robusto, culvo, distraído, sonriente, entra y se sienta en seguida, pesadamente, en uno de los Maples. Fred, la misma edad del Vizconde, es la ruina de un buen mozo, flaco, esbelto, de monóculo, tipo de elegancia inglesa, músculos todavía armoniosos, cabellos blancos que se nota fueron rubios. El criado, de librea, sirve el café y los licores.

VIZCONDESA (sirviendo a Fred) — ¡Café!  
FRED — Oh, no, amiga mía. Té. Té de tibo.  
VIZCONDESA — ¡Qué cambiado está usted!  
VIZCONDE — Tan cambiado que ya ni sabemos tus hábitos.  
FRED — No he sido yo el que ha cambiado. Han sido los médicos. Hace veinte años ningún médico me prohibía que tomara café, fumase o mirara a las mujeres bonitas. Ahora, me lo prohíben todo. Todo cuanto es agradable me está vedado. (Encendiendo un cigarro). Vivimos en una época odiosa.  
VIZCONDE — Pero fumas.  
VIZCONDESA — Y sigue mirando a las mujeres, aun cuando no son bonitas.  
FRED — ¡Qué hacer, amiga mía! Los médicos me privan de todos los placeres, menos de uno.  
VIZCONDESA — ¿Se puede saber cuál es?  
FRED — El placer de desobedecerlos.

Desobedecer es uno de los mayores placeres de la vida. Es un placer esencialmente femenino. ¿No es cierto, Finette, que usted se siente inmensamente feliz cuando desobedece a su marido? ¿Y que su marido es el hombre más feliz del mundo cuando la desobedece a usted? Yo, que nunca tuve tiempo para casarme, si no fuese por los médicos me moriría de tedio.

VIZCONDESA — Pero, ¿por qué no se casa? Aun está a tiempo.

VIZCONDE — Es una idea. ¿Por qué no te casas?

FRED — En primer lugar, por cuestión de delicadeza.

VIZCONDE — ¿De delicadeza?

FRED — Hallo tan interesantes a todas las mujeres, que me parecería mal casarme con una sola. En segundo lugar, no me caso, porque todavía ningún médico me ha prohibido el casamiento. Si me lo prohibiesen, me casaba en seguida.

VIZCONDESA (sirviéndolo) — Aquí tiene su té.

FRED — Por otra parte, amiga mía, para remedio me basta el té de tilo. No hay que abusar de los calmantes. Sin azúcar, muchas gracias.

VIZCONDE — Eres siempre el mismo "blagueur", Fred. Nos estabas haciendo falta. Aun anoche le decía yo a Finette, ¿por qué será que nuestro viejo Fred viene a vernos tan de tarde en tarde? Antes comías con nosotros casi todos los días. Ahora, se cuentan las veces que vienes a casa.

FRED — Todo está muy cambiado, amigo mío.

VIZCONDESA — Me parece que lo que ha cambiado es solamente usted.

FRED — Gran error. No somos nosotros los que variamos, es la vida la que transforma todo alrededor nuestro. Cuando usted se mira al espejo, Finette, se imagina que ha sido el color de sus cabellos el que ha cambiado. Pues no, amiga mía. Los que han cambiado son los espejos. Los de mi casa, créame, se han puesto horribles. Si les diera fe, tendría que creer que he envejecido. Pues la verdad es que no somos nosotros los que envejecemos, es que los espejos se han echado a perder.

VIZCONDESA — ¡Si así fuera!..

VIZCONDE — Francamente, yo tampoco me siento viejo. La vejez es un prejuicio.

VIZCONDESA — Pero es un prejuicio desagradable. ¿Qué edad tiene usted, Fred?

FRED — No me lo pregunte, Finette. Ese es el único secreto que he sabido guardar.

VIZCONDE (a Fred) — Cuando nos conocimos, teníamos la misma edad.

FRED — Pero de eso hace mucho tiempo. Ahora debo ser más joven que tú. O, por lo menos, tú eres más viejo que yo.

VIZCONDESA — ¡Usted es vanidoso como una mujer!

FRED — ¡Mucho más, Finette! Soy vanidoso como un hombre. ¿No es verdad, Max? (Mirando el reloj). Pero no quiero privarte de tu "bridge". Cuando quieras, nos vamos.

VIZCONDESA — Max, hoy, no va al club.

VIZCONDE — En cuanto a ir, iré. Pero iré más tarde. Yo no hago ceremonias con Fred.

VIZCONDESA — Pero debieras hacerlas conmigo.

VIZCONDE — Pero, hija mía, hace veintisiete años que nos casamos.

VIZCONDESA — En veintisiete años tenías tiempo suficiente para aprender a ser amable.

FRED — Así es como me gusta verlos. En el más afectuoso desacuerdo. Pero, ¿sabe, Finette? Yo tengo también mi "bridge".

VIZCONDESA — Ya lo sabía. Un "bridge" de falda corta, que se pinta los ojos de azul.

VIZCONDE (a Fred) — Ahora la cosa es contigo.

VIZCONDESA — Es con los dos. Tu "bridge" también es muy sospechoso. Y juegas más fuerte.

VIZCONDE — ¡Oh, Finette!

VIZCONDESA — Pero esas cosas, no me interesan (a Fred). ¿Sabe que voy

a tocar en el "raout" de la Legación de Italia?

VIZCONDE — Contra mi voluntad, naturalmente.

FRED — ¡Es tan agradable contrariar a las personas que queremos! ¿Qué va a tocar, Finette? ¿Los rusos modernistas?

VIZCONDESA — Sí. El "Preludio", de Rachmaninoff, y un "Estudio", de Scriabine. ¿Los conoce?

FRED — Felizmente no, amiga mía. En seguida me hacen acordar de Trotzky y de Tchitcherín. Son los soviets en clave de sol. Yo, en materia de música rusa, sólo gusto de las bailarinas.

VIZCONDE — ¡La Pawlova! La conocí en Londres. Es una mujer admirable.

FRED — Admirable. Sobre todo acompañada con "vodka", como el caviar blanco. En todo caso, un poco indigesta. Es la música de Rachmaninoff, con unas piernas bonitas.

VIZCONDESA — Usted dice eso porque no conoce el "Preludio". Voy a tocarlo, ¿quiere?

FRED — Con mucho gusto, amiga mía. ¿Está usted segura de que no me sentará mal al estómago? (Al Vizconde). Lo malo es que tu "bridge"...

VIZCONDE — Aun dispongo de media hora.

VIZCONDESA (a un criado que se presenta). — Encienda la luces en la sala de música. (A Fred). Quiero que oiga también el "Carnaval", de Schumann. Lo toco mañana.

FRED — En ese caso, amiga mía, comencemos por el "Carnaval", de Schumann. (Al Vizconde). ¿No vienes?

VIZCONDE — No. Prefiero oír desde aquí.

FRED (sentándose en uno de los Maples) — Pues yo también.

VIZCONDESA (al marido) — Puedes dormir, si gustas. Esa es tu costumbre, cada vez que toco. Pero queda prohibido conversar.

VIZCONDE — Está bien, Finette. (A Fred, cuando la Vizcondesa se ha ido). ¿No te parece que mi mujer está insoportable?

FRED — Es curioso.

VIZCONDE — ¿Qué es lo curioso?

FRED — El que hace un momento ella me hizo la misma pregunta a tu respecto.

VIZCONDE — Y tú, ¿qué le respondiste?

FRED — Que si ustedes estuviesen siempre de acuerdo, no se podrían recíprocamente soportar. Finette, mi querido amigo, es una mujer encantadora.

VIZCONDE — Pero está envejeciendo. Y las mujeres cuando envejecen se ponen de un mal humor enervante. Naturalmente, se imaginan que la culpa la tienen sus maridos.

FRED — Y a veces tienen razón.

VIZCONDE (cuando la Vizcondesa comienza a tocar, en la sala de música) — Ha venido muy bien que Finette nos dejara solos, porque necesito conversar contigo. (Mirando el reloj). Dispongo apenas de veinte minutos.

FRED — ¿Cómo está tu "bridge"?

VIZCONDE — Más rubia. Quedé en ir a buscarla a la Opera. Cenamos juntos. (Encendiendo un cigarro). Necesito conversar contigo sobre un asunto delicado, del que estoy por hablarte hace veinte años.

FRED — Es prodigioso que aun no se te haya olvidado.

VIZCONDE — Es que sólo ahora, que se nos ha puesto blanco el pelo, podemos hablarnos con entera franqueza.

FRED — Aprovecha, pues pienso vagamente en tenerme.

VIZCONDE — Se trata de Finette.

FRED — ¿De tu mujer?

VIZCONDE — De Finette y de nosotros dos. Hace cuarenta años, mi viejo Fred, que tú eres mi mejor amigo,

y hace veintisiete, desde que me casé, que tú vives en nuestra intimidad, que eres nuestro confidente, que te volviste una personalidad indispensable en nuestra existencia. Ultimamente te has apartado de nosotros. Ya pocas veces comes con nosotros, cuando viajamos ya no nos acompañas, parece que se hubiera roto el encanto que te apegaba a esta casa. ¿Con que ya ni sabía nada Finette de tu té de tilo? Dime, entonces, ¿qué te ha hecho mi mujer?

FRED — ¡Y eso es lo que estabas por decirme desde hace veinte años!

VIZCONDE — No. Lo que estoy por decirte desde hace veinte años es otra cosa. Lo que te pregunto ahora es si Finette te ha hecho algún mal.

FRED — ¡Pero, estás loco! Finette y yo somos los mejores amigos del mundo.

VIZCONDE — Así me pareció siempre.

FRED — Pero, hazte cargo, yo también tengo mi "bridge". "Chacun sa vie". Y esas cosas, a nuestra edad, llevan mucho tiempo.

VIZCONDE — Lo curioso es que esa complicación sólo apareciera en tu vida después que te alejaste de nosotros. Hasta entonces no te conocí ninguna compañera fija de "bridge".

FRED — Me sorprende, porque tú conoces mis secretos mucho mejor que yo.

VIZCONDE — Todos, menos uno, que siempre me ocultaste.

FRED — ¿Se puede saber cuál es?

VIZCONDE — Precisamente el que más podía interesarme. Nunca me hablaste de tu "flirt" con mi mujer.

FRED — ¡Las bromas tienen un límite, Marx!

VIZCONDE — ¡Vamos! ¿Qué tiene eso de extraordinario? Es la cosa más natural del mundo.

FRED — Disculpa. Yo le consagro a Finette los sentimientos más respetuosos, y tú no tienes derecho de dudar de ella ni de mí.

VIZCONDE — Pero, ¿quién te dice que yo dudo? Yo sé muy bien que, entre tú y mi mujer, no ha habido más que una amistad amorosa perfectamente inofensiva. Si hubiese sospechado algo más grave, en cualquier momento de nuestra vida, no hubiera esperado a que me blanqueara el cabello para decirlo. Conozco tu novela tan bien como tú. Yo sé que tú te prendaste de Finette el día en que, de regreso de nuestra luna de miel, en la Côte d'Azur, te la presenté en el Avenida Palace. Otro hombre en tu lugar, o traicionaba groseramente mi confianza o mi amistad, o se habría puesto el chaleco amarillo de Werther para pedirme unas pistolas prestadas. Tú no hiciste una cosa ni otra. Nos sacrificaste tu vida, no te casaste, te resignaste a vivir en nuestra intimidad y a nuestro lado, rodeando a Finette con una admiración respetuosa, que al principio — debo decirlo — la molestó, pero que acabó por aceptar complacida, porque todas las mujeres bonitas gustan de ser admiradas. Tu "flirt" duró veinte años. Llegaste a ejercer sobre mi mujer una influencia que pudo ser peligrosa. Sin embargo, mi viejo Fred, tú supiste ser fiel a nuestra amistad y te portaste, hasta el fin, como un gentleman.

FRED — Pero, ¿cómo sabes tú que me porté como un "gentleman"?

VIZCONDE — Hoy ya podemos confiarnos estas cosas. Yo leí muchas de tus cartas a mi mujer. Eran perfectamente tranquilizadoras. Por otra parte, la pobre miss Dorothy, camarera de Finette, en quien tú depositabas una confianza ilimitada, me tenía todos los días al corriente de los sucesos. Nunca hubo nada de especialmente alarmante. Muy al contrario. Al poco tiempo reconocí que sólo tenía motivos para estarle grato. Porque la verdad es que yo le debo a tu "flirt" con Finette la

perfecta serenidad de mi vida conyugal. Durante los veinte años que duró esa amistad-amor, tú, sin darte cuenta, le aseguraste a mi hogar el equilibrio y la paz. Un marido moderno, más aun, un marido "noceur", como yo he sido siempre, no puede, en todo momento, satisfacer los caprichos de su mujer, entretener su imaginación, cultivar su sensibilidad, ocuparse de ella exclusivamente con la dedicación de un aficionado a rosas. Esa tarea fué repartida tácitamente entre ambos, y lo cierto es que Finette fué feliz, no se aburría ni me aburría, y pasó la zona peligrosa de los treinta a los cuarenta y cinco años sin haber tenido ataques de nervios, sin hacerme escenas de celos, dejándome jugar despreocupadamente al "bridge" y hacer mi vida mundana. Pues esa tranquilidad y esa paz te las debo a ti. Mi viejo Fred, muchas gracias.

FRED — No tienes por qué darme las...

VIZCONDE — Si en igualdad de condiciones puedo prestarte el mismo servicio, estoy a tu disposición.

FRED — Ya es quizá un poco tarde. Pero, ¿por qué me preguntaste si Finette me había hecho algún mal?

VIZCONDE — Porque desde hace unos seis años has cambiado mucho.

FRED — Tomo té de tilo.

VIZCONDE — Ya no eres el mismo para con nosotros y especialmente para con ella. Yo bien sé lo que pasa, y que Finette, con sus hermosos cabellos canos, empieza a envejecer. Pero las amistades amorosas, precisamente porque no conocieron las violencias del verdadero amor, tienen el deber de mantenerse fieles hasta el fin. Tú te alejaste, la abandonaste, dejaste de ocupar el espíritu de mi mujer, de distraer su imaginación, y la víctima he sido yo, porque, en estos últimos seis años, Finette no parece la misma, está intratable, me dice inconveniencias, me hace escenas de celos, quiere que pase las noches en casa, a su lado, y mi vida doméstica perdió toda la tranquilidad que al fin de cuentas, mi querido Fred, me provenía de ti. Ahora bien, yo no te he hablado del pasado, por el placer de revolver cenizas, aun calientes, de nuestra juventud. Te he hablado del pasado para pedirte un favor.

FRED — Pero, ¿qué más quieres de mí?

VIZCONDE — Que continúes tu "flirt" con mi mujer. Esa es la única manera de que yo pueda tener un poco de descanso.

FRED — Voy a intentarlo, Max. Pero, ¿te parece que eso sea posible, en otoño, cuando caen las hojas?

VIZCONDE — Si tú fueras joven, mi caro Fred, no te lo pediría... (La Vizcondesa acaba de tocar. Fred y el Vizconde aplauden).

VIZCONDESA (entrando, a Fred) — Qué tal, ¿le gustó?

FRED (poniéndose de pie y besándole la mano) — ¡Una maravilla este "Carnaval", de Schumann! ¿No es verdad, querida Finette, que esto vaie mil veces más que toda la música bolchevique?

VIZCONDESA — ¡Pero si lo que yo he tocado es el "Preludio" de Rachmaninoff!

FRED — ¿De veras?

VIZCONDESA — ¡Con qué atención me oíría usted!

FRED — Es que tocado por usted, querida amiga, parece Schumann, parece Beethoven. ¡Qué sonoridad, qué alma! No cabe duda. Es una bella pieza de concierto.

VIZCONDESA — Deme un cigarrillo. Ahora quiero que oiga a Scriabine.

FRED — Decididamente hago las paces con Rusia.

VIZCONDE — Mi querida Finette, Fred acaba de decirme que se queda esta noche a hacerme compañía y a oírte...

VIZCONDESA (a Fred, que le enciende el cigarrillo) — ¿Es, entonces, el hijo pródigo que vuelve? (Al Vizconde, que le besa la mano). Ya debe ser la hora de que te vayas a tu club, Max...



# EN • EL • SEXTO • ••• ARCIPRESTE



**S**I, en este año hace seiscientos que fué acabada la primera redacción del "Libro de buen amor", un libro señero, el más rico en variedades, el más denso y el más divertido de nuestra literatura medieval:

Era de mil e treientos e sesenta e ocho años fué acabado este libro, por muchos males e daños que facen muchos e muchas a otros con sus engaños.

Haciendo la necesaria deducción para pasar de la llamada era española a la del nacimiento de Cristo, obtenemos la fecha de 1330. Nadie, que sepa, ha pensado en organizar un solemne centenario, ni Alcalá de Henares parece recordar que dentro de sus muros, además de Cervantes el único, también vió la luz este otro magnífico escritor, Juan Ruiz, arcipreste de la villa de Hita:

Fija, mucho vos saluda uno que es de Alcalá.

Con este año debieran haber coincidido ediciones y estudios excelentes del multiforme poema, obra singular de un escritor ebrio de vida en una época oficialmente cultora de la muerte. Mas la memoria de nuestra civilización es bien escasa y las fuerzas de los pocos interesados en ella siguen siendo tenues.

Seis giros seculares se han cumplido y la obra genial sigue ahí, henchida de incitaciones, suscitando sonrisas, atrayéndonos a su visión de la vida, y sobre todo manteniéndose cristalina e incorruptible en esa altura adonde sólo ascienden ciertos tipos ejemplares de creación artística.

Su autor nos es mejor conocido que muchos otros sobre quienes poseemos abundancia de testimonios históricos. Sabemos que era alto, fornido, de voluminosa testa, "veloso, pescozudo,

el cuello no muy luengo, cabello prieto, orejudo. El su andar enhiesto, bien como de pavón; la su nariz es luenga: esto le descompon".

Rojas las encías, el habla grave y retumbante, los labios "bermejos como coral"; espaldas anchas, mufecas recias, ojos chiquitos, tez morena,

"bien compildas las piernas; del pie chico pedazo".

Con esta descripción de sí mismo, Juan Ruiz nos hace discernir su estructura somática; y en el resto de su obra, autobiográfica e nel doble sentido de hablarnos de él mismo y de subrayar su intensa preferencia por los temas que trata, hallamos base suficiente para fijar las líneas de su temperamento; un extravertido sujeto alternativamente al entusiasmo y a la depresión melancólica.

La vida para el Arcipreste es valor presente y actual, no empañado por las vagas moralidades que irónicamente van entrelazándose con sus sabrosas intuiciones. Todo es acción y experiencia:

"Probar todas las cosas, el Apóstol lo manda".

Hay que escapar "del infierno y de su tos" (humos y malos olores que hacen toser). Y la muerte es cosa odiosa que ni por un momento justifica Juan Ruiz como tránsito a saludables realidades:

"el que vivo es bueno e con mucha nobleza, vil, hediondo es muerto, aburrida vileza... en el mundo non ha cosa que con bien de ti se parta, salvo el cuervo negro que de ti, muerte, se harta".

Hagamos el mayor bien mientras vivamos, ya que mañana moriréis; "la vida es juego". Juego claro y amable es la vida. El Arcipreste no contiene ningún antecedente para la actitud negativa de la picaresca, como aquel que se entrega decididamente y abiertamente a cuanto existe. Nada recuerda aquel espíritu de las "Danzas de la muerte".

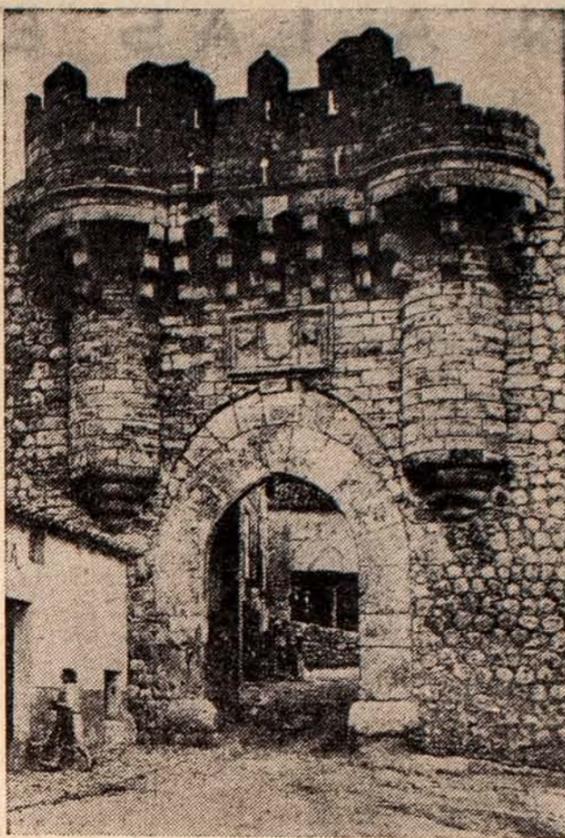
Este catador universal de placeres y trabajos, sabe mucho de unos y de otros, si bien lo dominante sea el estilo afirmativo y placentero. Se dice que el siglo XIV fué tiempo de desorden y disipación. ¿Quién podrá irle a la mano a la proclividad del ser terreno y periclitante? Dijérase, al leer estas páginas, que el gran Cisma de Occidente, durante el cual vive el Arcipreste, y la crisis espiritual que reflejan tanto la ciencia como los trastornos políticos, no han sido sino un pretexto para que los eclesiásticos se dieran a la libidine.

Mas lo que varía no es tanto el contenido de las costumbres, como el ánimo de quien las vive y las describe. Juan Ruiz siente la genial necesidad de hablarlos de sí mismo, de verse en un libro, incluyendo en aquél desde la traza de su persona física y las malas mañas de su criado don Furón, hasta sus andanzas por la sierra vecina y sus pláticas con las zagalas de la montaña, hombrunas y zahareñas. Sabemos de sus ocupaciones de escritor — hacer coplas para escolares y ciegos mendicantes, para danzaderas moras y para quien gustara de demandárselas. Sabemos de sus ideales de amor — con damas honestas y de lindo decir, con monjas dulces y suaves como su almíbar; con meras mujeres, que encajan en versos golosos el perfil de una carne joven:

"Si diz que ha chicas piernas e luengos los costados, anqueta de caderas, pies chicos, socavados, tal mujer non la hallan en todos los mercados. En el amor muy loca, en casa muy cuerda; non o'vides tal dueña, mas de ella te enamora".

Más detalles nos da, íntimos y "freudianos", que no son para puestos en este lugar.

No todo, sin embargo, son placeres. Veamos qué



PUERTA DE LAS MURALLAS DE HITA

nos dice de los pesares de su autor este libro versificado:

"Yo so mucho agraviado, en esta ciudad seyendo".

La ciudad es Toledo, y el agravio es yacer en su prisión eclesiástica, por mandato del célebre cardenal don Gil de Albornoz. En aquel encierro fué acabada la segunda redacción del "Libro de buen amor", en el año de 1343. (Tres siglos adelante, en 1643, se consumía también en una mazmorra, para trasmutarse en maravillas de estilo, el ánimo espléndido de D. Francisco de Quevedo).

Los motivos de aquella prisión no nos son conocidos. Sólo sabemos que el melancólico prisionero la consideraba injusta:

De aqueste dolor que siento en presión sin merecer.

Y más lejos, su queja viene a posarse en un lindo y anticipado endecasílabo:

Sufro gran mal sin merecer, a tuerto.

No parece probable — aunque tampoco imposible — que el motivo de la severidad archiepiscopal guardara relación con la conducta del Arcipreste, más emparentada con los goces sensibles que con la piedad ascética, como era natural en quien formulaba así sus votos de biendanza al amable lector:

Sil' (así le) dé Dios buen amor e placer de amiga.

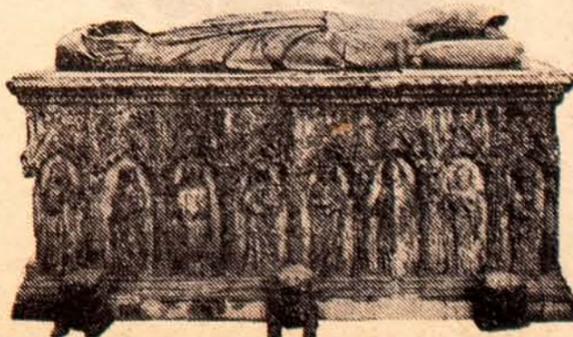
La razón del castigo impuesto por el arzobispo Albornoz pudo ser de cualquier índole: desobediencia, indisciplina, escándalo o quien sabe qué. Aunque más que conjeturar lo incomparable (no poseemos un solo documento sobre Juan Ruiz), nos interesa el hecho de la contemporaneidad y de la relación próxima entre ambos personajes. Albornoz es figura de un Prerrenacimiento. Educado en Toulouse, provisto de cultura internacional, desempeña el más alto puesto de la Iglesia española. En pugna con Pedro el Grande, abandona su patria para refugiarse en Aviñón, sede entonces de los Papas. Más tarde guerrea en Italia por cuenta del pontificado. En tal torbellino no olvida a España, ni pierde la inquietud docta. A la sombra de la espléndida Universidad de Bolonia, funda el Colegio Español que ha llegado hasta nuestros días. Albornoz se extingue en Viterbo, y su cuerpo fué trasladado a la Catedral de Toledo, que hizo labrar para él un exquisito sepulcro.

La obra de Juan Ruiz es españolisima, mas se halla cruzada por temas internacionales. Toledo, hasta comienzos del siglo XVI, significa (tengámoslo pre-

## AMERICO • CASTRO

(Para LA NACION)

MADRID, agosto de 1930



SEPULCRO DEL CARDENAL ALBORNOZ

# CENTENARIO • DEL • DE • HITA •••

sente) un punto de convergencia para las incitaciones más altas que llegaban a España, en arte, en saber, en tono de vida. Conocemos mal el detalle de los hechos, porque en general se conoce de modo insuficiente la intimidad de nuestros procesos históricos. A pesar de lo cual las personalidades antagónicas de Albornoz y el Arcipreste — juez y reo — nos permiten desde luego acometer la definición de una época en que el arte y la vida comienzan a rebasar los supuestos y los criterios medievales.

Juan Ruiz nos cuenta de sus gozos y de sus peripecias, y va deslizándose su ser íntimo por el curso quebrado y saltarín de sus versos, dóciles a toda sugestión del artista. ¿Cómo es posible el hecho sorprendente de esta intimidad poética, que como la cosa más natural registran quienes han estudiado al Arcipreste? A la literatura mítica y objetiva de los cantares de gesta y de los poemas doctos sucede esta erupción de subjetivismo, parcamente manifestada en la prosa del infante don Juan Manuel, y como magnífico desborde en el poema de Juan Ruiz, vario, enérgico, lleno de insinuantes alusiones, de tan seductor humorismo. Es seguro que antes del "Libro de buen amor" existió una literatura dialogada y de tipo popular, en que la lejanía del tema épico iba siendo reemplazada por alusiones al vivir cotidiano. Ejemplo, la disputa de "Elena y María", de fines del siglo XIII, y en la que se aprecian polémicamente las respectivas ventajas que ofrece a las damas el amor del clérigo y el del caballero.

Todo ello se halla, sin embargo, muy alejado de lo que constituye la novedad esencial en nuestro Arcipreste. Nos hallamos en el siglo XIV, siglo de Petrarca, el cual a su vez es el resultado de una larga gestación. Cada día es más imposible prescindir de la serie continua y evolutiva de la historia. De ahí que pueda llegarse hasta el siglo XII en la pesquisa de los antecedentes de la actitud humanista, tan claramente delineada en estos supremos escritores del siglo XIV.

Aun piensan muchos que la tendencia a destacar el autor su personalidad es resultado del contacto con las humanidades clásicas. Pero obsérvese que la Edad Media no ignoró a los autores latinos, y que a través de ellos hasta tuvo noticia parcial de los griegos. La llamada postura humanista se basa sin duda en considerar de cierta manera la civilización de la Antigüedad, pero no en el solo hecho de entrar en contacto con los escritores de Roma. Hasta el siglo XIII Europa estuvo muy imbuída de tradición y cultura romanas, sobre cuya idea de imperio había sido constituida la acción universal de los pontífices. Una reacción contra esas posturas tradicionales es lo que justamente provoca las primeras formas del personalismo medieval, el brotar del espíritu individualista, enlazado con el acontecer diario de las ciudades, con el hervor de sus afanes, más bien que con los arquetipos de vida genérica, característicos de la cultura eclesiástica. Nuevos intereses, curiosidades agudizadas, ponen en crisis valores hasta entonces inadecuables. Lo directo y lo íntimo reemplazan en el arte lo abstracto y convencional.

Así contemplada, la significación de Juan Ruiz se agranda y nos invita a ampliarla sobre más dilatada perspectiva. Porque no sólo trae al arte literario el nuevo tema de su intimidad placentera o dolorosa, sino que una vez descubierta esa nueva vía, se encamina certero al espíritu del lector, cuya presencia descubre y siente, y con el cual entabla el maravilloso diálogo de las interpretaciones de las cosas, doblemente exquisito, siendo así que esas cosas son aquí los contenidos propios de la mente y la sensibilidad.

De todos instrumentos yo, libro, so pariente: bien o mal que puntares, tal te dirá ciertamente... Que sobre cada fabla se entienda otra cosa, sin la que se allega en la razón fermosa...

Se ha duplicado y enriquecido el caudal literario. El libro no es una realidad inmutable, ya que como un instrumento, dará una u otra nota, según el modo de quien lo taña; hay pues que entender y que sobreentender. El arte turbulento y multiforme del buen Juan Ruiz es por tanto inseparable de la preocupación inteligente y discursiva con que va entretejido. El autor nos invita a un diálogo que su buen sonreír no nos permite esquivar. Mientras dura la charla interpretativa, vamos divinando en la lejanía aquellos otros grandes de nuestras letras para quienes también la vida se descomponía en interpretaciones y plurivalencias. Rojas y Cervantes, la Celestina y el Quijote, reconocen como tronco de su alcurnia a aquel hombre pescozudo, sanguíneo, insaciable de erotismo, que al hilo de la mayor cultura labró mieles, cuyo dulzor saboreó hasta el vago de las plazas públicas, sin darse cuenta de la genialidad archiexquisita de aquella humana abeja de la Alcarria. Un juglar del siglo XV actuaba cierto día en la plaza pública, para divertir con versos y habilidades a quienes en cambio lo sustentaban con sus dádivas; y observando que la atención se amenguaba en los oyentes, usó para excitarla esta mágica fórmula: "Ahora voy a contaros del Arcipreste". Para el pueblo no había, pues, necesidad de precisar; el arcipreste por antonomasia era sólo Juan Ruiz. Y tenemos una vez más la prueba de cómo lo característico de la civilización hispana es una mezcla maravillosa de lo más culto con lo más popular. Bien está; pero a condición de que no olvidemos que el tapiz exhibido en la plaza pública puede a veces ser un gobelino digno de los salones regios.

## LA AFICION A LAS ENCUESTAS



**H**STAMOS, no cabe duda, en una época de inquietudes y de honda evolución social, económica y positiva. Los valores espirituales de la antigüedad, lo mismo en arte que en literatura, parecen datar de un período prehistórico. Y, sin embargo, los nuevos profetas y los nuevos genios que se descubren

cada día disfrutan de un breve apogeo en el fervor de las multitudes. Trátese de un filósofo, de un inventor o de un artista, la popularidad de que gozan suele competir, por lo efímero, con la del "as" de cinematógrafo o el campeón deportista.

Es indudable que la rapidez del cinematógrafo, unido a la influencia del teléfono, de la radio y de la T. S. H. ha acelerado el ritmo de la vida moderna vertiginosamente. No hay tiempo de detenerse para nada. Los trenes, los transatlánticos y sobre todo la aviación acortan las distancias cada vez y por lo mismo empujados el planeta en que vivimos. El aire que respiramos está hoy cargado de electricidad. No es sorprendente, pues, de que hasta las obras espirituales se hallen supeditadas a la exigencia pública: la brevedad. Todavía en Inglaterra, país respetuoso de muchas tradiciones, es permitido escribir una novela larga, y lo que es más raro, encontrar un editor que la publique. Bien es verdad que el público anglosajón suele respetar siempre a los valores consagrados. Así permaneció fiel hasta el final a la célebre *Adelina Patti* que, ya vieja y sin voz, llenaba el "Albert Hall" todos los años, siendo aplaudida fervorosamente en premio a sus canciones desafinadas. Y la anciana *Sara Bernhardt*, en plena decadencia, revivía sus pasados triunfos recibiendo ovaciones en Londres. Pero a pesar de que allá las celebridades se perpetúan en conserva, como los comestibles en latas, y de que el libro suele adquirir, a veces, proporciones aterradoras, no concebimos ya la voluminosa novela en dos y tres tomos de *Thackeray*, *Dickens*, *Trollope* o *George Elliot*. Sobre todo en los países latinos como Francia, en donde, después de la guerra, se han reducido a la fuerza los estómagos, amoldándose al "regime" de dos platos. Igual que se conforma el lector con el libro caro, con mucho papel en blanco y escaso contenido impreso. Aunque el autor sea un hombre prestigioso, si se permite ser demasiado fecundo y sobrepasar de las trescientas páginas, el editor corta sin escrúpulos como hace el sastre con la ropa. Recuerdo haberle oído a *Blasco Ibáñez* que un traductor de una de sus novelas de la guerra le escribió desesperado, participándole que el editor exigía la supresión de unas ochenta páginas para reducirla a las conveniencias comerciales. El traductor temía, sin duda, una rotunda negativa que impediría la publicación. No obstante, *Blasco Ibáñez* desvaneció sus temores contestándole al punto: "Suprima usted lo que le parezca. Me es igual. Yo no tengo tiempo de releer ahora mi libro". Pero este espíritu de conformidad en los autores suele ser poca frecuente. Se comprende, así, la viva oposición editorial que halló *Marcel Proust*, antes de poder publicar su voluminoso "A la recherche du Temps perdu". La enorme obra de *Proust* se les antojaba ilegible a los editores de París, como antaño a los empresarios y directores de la Ópera les parecía imposible poner en escena los dramas musicales de un tal *Wagner*.

Bien es cierto que el espíritu de *Proust*, analítico y retrospectivo, es la síntesis del espíritu moderno, rápido, sintético, de exteriorización visual de las cosas. *Paul Morand* encarna quizá, como ningún otro autor, esta tendencia innovadora: la de las fórmulas lapidarias, las transiciones bruscas, la influencia innegable del cinematógrafo hasta la literatura. Ya lo "fotogénico" predomina sobre otros elementos. El público pide que le entren las cosas por los ojos, sin gran esfuerzo mental. Hoy día la prensa diaria ha tenido que transformarse en gráficas para seguir interesando a las multitudes. No se conforma el público con que le hablen de una persona o de una cosa; quiere "verlas". Así la fotografía viene a ser imprescindible complemento de la letra de molde. Se retrata a la bella artista en su baño, para anunciarnos el jabón de moda y al músico célebre junto al gramófono escuchando, complacido, los discos de sus composiciones. Nunca fué, como ahora, tan ilustrado el anuncio, ni el arte de ilustrar libros en ediciones de lujo adquirió tal sugestión entre los bibliófilos y coleccionistas.

El otro rasgo característico de nuestro tiempo es la "encuesta", el examen colectivo e instantáneo de diversos sectores sociales. Es incalculable el número de temas que se abordan. Se opina sobre todo, sin tiempo siquiera de pensar. Periódicos y revistas exigen rapidez y amenidad en las respuestas, comprimi-

das, igual que ciertos remedios de botica, en una fórmula breve. ¿Cuál es su autor predilecto? ¿Qué opina usted de la situación económica en el mundo? ¿Quién cree usted que fué el hombre más grande de su patria? ¿Cuál es su juicio acerca de la utilidad de la Sociedad de las Naciones? Creeríase, con cierto fundamento, que estos exámenes públicos debieran exigirse por parte de los que se examinan alguna aptitud o preparación. Pues es un error. El atractivo de estas encuestas consiste, precisamente, en preguntar las cosas más inverosímiles a las gentes menos a propósito para dar una contestación satisfactoria. Así el lector del diario o revista, que no lee nunca novelas, tendrá que echar mano de algún manual de literatura moderna si no quiere hacer mal papel. O bien enterarse por algún amigo al tanto de las últimas novedades. Respecto al problema económico europeo opinará, basado en la experiencia, de que los europeos vamos más inverosímiles a las gentes menos a propósito está más caro. De la Sociedad de las Naciones, si habla con franqueza, que es un formidable embrollo mundial. Y en cuanto a la consagración del hombre más eminente de su patria será, a lo mejor, ponerle en un verdadero compromiso porque se olvidó la historia de su patria o acaso no la supo nunca. A este propósito me acuerdo de una encuesta reciente en cierto semanario ilustrado de Madrid. Se trataba de inquirir cuál era a juicio de los lectores y lectoras el personaje histórico de su preferencia. Las contestaciones iban acompañadas por los retratos de los interrogados, o sea artistas, políticos, aristócratas, escritores, actrices y demás personalidades. ¡Qué ensalada rusa! Se veía que tal pregunta había sembrado el estupor y el pánico en diversas esferas sociales. Unos, desmemoriados, tuvieron, sin duda, que recurrir a la "Enciclopedia Espasa" como fuente inspiradora. Y otros, quizá familiarizados con tal o cual nombre célebre, lo lanzaron a la publicidad sin detenerse a justificar el motivo de sus extrañas predilecciones. Si nos atenemos el caótico resultado final, este género de encuestas es, pues, de un irresistible efecto cómico.

Pero la fiebre actual de concursos y de encuestas no lleva trazas de calmarse a pesar de su frecuente inutilidad. Hace poco caía en mis manos un semanario inglés que había lanzado a los cuatro vientos la pregunta siguiente: ¿Quiénes son los "diez" más grandes hombres de la actualidad? Merece anotarse este concurso porque parece reflejar la opinión media anglo-sajona. Entre la lluvia de respuestas surgían triunfantes, por gran mayoría de votos, los siguientes candidatos a la gloria: *Bernard Shaw*, *Mussolini*, *Trotsky*, *Einstein*, *Edison*, *Marconi*, *Ford*, *Wells*, *Ghandi* y *Chaplin*, más conocido entre nosotros por "Charlot". Ahora bien, dejando aparte las lamentaciones del periódico respecto a lo que considera olvidados injustos y los nombres que forman las segundas y terceras listas, esa heterogeneidad del concurso resulta muy siglo XX, muy postguerra. Es indudable que *Bernard Shaw* felicitaría a sus electores, congratulándose del

desarrollo de la inteligencia y de la cultura en el público británico, gracias a su propia influencia (la de *Shaw*). De todos modos, a nosotros nos parece raro que ningún poeta, pintor, ni compositor, figure en la lista grande. Es decir, lo juzgamos lamentable. Por otro lado, los nombres de *Mussolini* y de *Trotsky*, fascismo y comunismo, indica las actitudes extremistas, en política, de esas masas que prefieren las vigorosas personalidades dominadoras a los vagos políticos demócratas y liberales. Es un dato digno de tenerse en cuenta. Pero que sólo *Charlie Chaplin* figure entre los "ases" de la cinematografía y no haya ningún aviador o campeón deportista infunde la sospecha de que el elemento juvenil no ha predominado en esa encuesta, sino más bien sus mayores.

En cuanto a la juventud de la postguerra, es decir, la que hoy estudia en las Universidades o se halla en el umbral de la mayor edad en busca de una vocación, no cabe duda de que hoy se siente agitada por la inquietud del mañana y la aversión del pasado. Otro rótulo de una reciente encuesta inglesa viene a confirmar tan amarga actitud: "La rebelión de los jóvenes". ¿Qué quieren estos jóvenes? Apenas si lo saben ellos mismos. Caminan aún en la obscuridad, a tientas, esperando el amanecer de un nuevo mundo. A lo que se niegan, desde luego, es a volver la mirada hacia atrás, ni recorrer otra vez el camino de sus mayores... Entre aquéllos y éstos hay un abismo abierto por la gran guerra. Son contrarios en ideas, gustos y opiniones. Todos los valores religiosos, sociales, políticos y artísticos padecen hoy una implacable revisión ante la juventud. Añádanse los progresos de la ciencia, los inventos nuevos, la aviación, la honda crisis económica, la ruda lucha por la vida, y tendremos la fisonomía espiritual de esa rebelde generación. En Inglaterra ésta, por ejemplo, más apolítica que en otros países, pero se burla del puritanismo y de la autoridad moral que ostentaban sus padres. Tampoco admiten ya la sujeción de la vida de familia, y hasta las chicas jóvenes se independizan imitando el ejemplo de las norteamericanas. Otros países europeos, siguiendo también la misma trayectoria, son más sensibles, en cambio, a la evolución política. Los jóvenes alemanes universitarios que antes de la guerra no disimulaban su hostilidad hacia los *Hohenzollern* y el Imperio, ahora alardean de nacionalistas casi todos, o bien "racistas" o cualquier otra cosa. La Francia de la Tercera República ha dado a luz la más reaccionaria juventud intelectual. Discípulos de *Maurras*, "camelots du Roi", monárquicos entusiastas y católicos fervorosos, predominan en la balanza de criterios, entre los que hay también adeptos de *Marx* y de *Lenin*. No faltan elementos que aborrecen la política y los políticos, pero el total demuestra la honda crisis del dogma republicano.

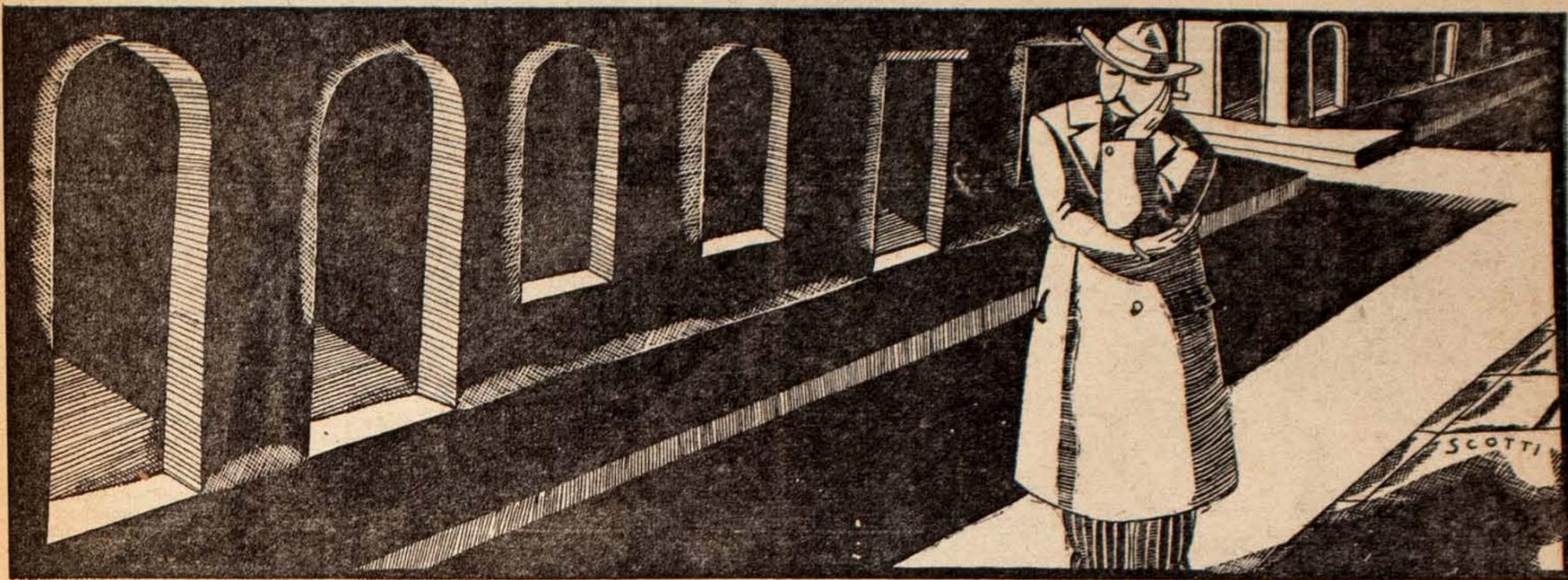
¿Cómo sorprenderse, después de esta bien probada hostilidad a todo lo establecido del resultado de una reciente encuesta juvenil en Madrid? Un periódico de las izquierdas abrió sus columnas para saber lo que opinaban los jóvenes (es decir, "sus jóvenes", los lectores de ese periódico) sobre religión, moral, política, gustos, lecturas, etc. Naturalmente, el resultado era de prever. Aquellos jóvenes de ambos sexos, dispuestos sin duda a renovar a España, no consentían en ser nada menos que librepensadores, socialistas, republicanos, comunistas y extremistas ardorosos. Casi todos parecían obedecer a las mismas influencias o a un mismo director espiritual laico, y reflejaban la sugestión de escasas lecturas. Mas no hay motivo de alarma, ni por qué imaginarse que estos estudiantes van a ser, forzosamente, los revolucionarios de mañana. El tiempo es el gran maestro y la reflexión y la experiencia, sus colaboradores, marcan luego en la vida otros rumbos inesperados. Además, pocos hombres anticipan su destino ni revelan su futura trayectoria en los años de estudio o de preparación. Hay alumno que sale de las aulas cargado de premios y de matriculas de honor y que luego desaparece entre la muchedumbre anónima. Y por el contrario, muy a menudo el estudiante díscolo e indolente revela más tarde una asombrosa capacidad mental. Podría hacerse asimismo el paralelo entre los casos individuales y colectivos. Cada generación rechaza a la anterior y opina lo contrario que la precedente. Así el nieto de *Renán* fué un católico fervoroso y el hijo de *Mr. Stanley Baldwin*, el jefe del Partido Conservador inglés, alardea de ideas socialistas. No tomemos, por lo tanto, las encuestas al pie de la letra, ni nos figuremos que sirven para descifrar el enigma del porvenir. Pero en todo caso sirven para entretenernos con su amenidad. Yo prefiero desde luego esas encuestas absurdas en las que, por ejemplo, se les pregunta a las tiple y a las actrices de "varietés" lo que opinan sobre el football. Siguiendo este curioso rumbo podremos pronto averiguar lo que piensan los empleados del "metro" respecto a los nuevos descubrimientos de la astronomía o el concepto que le merece a la Academia Española el resultado de los campeonatos internacionales de natación. La cosa es pasar el rato.



ALVARO  
ALCALA  
GALIANO

(Para LA NACION)

MADRID, agosto de 1920



L señor Severo Barbat se dirigía, como siempre, de su casa a su oficina. Iba pisando sus pisadas de la vispera y las que había dado veinte años atrás. Sus pies se habían trazado una huella invisible y la seguían, reconociendo al paso cada piedra, cada baldosa, sin tropezarse nunca, sin pisar jamás en falso. Por rara excepción, D. Severo debía tomar para otra parte. Entonces acontecía que sus pies lo llevaran en la dirección habitual. El señor Barbat no lo advertía sino delante de las puertas, cerradas, del Ministerio, y experimentaba la desazón del que, después de haber trabajado durante veinte años en una obra, ve de pronto que no puede continuarla.

¿Por qué, pues, no estaba satisfecho esa mañana? El señor Severo Barbat no gozaba, no, de una satisfacción perpetua. Los desórdenes domésticos o burocráticos se la quitaban con frecuencia. Pero, jefe y amo de carácter, suprimiendo los desórdenes recobraba la tranquilidad. Esta vez, empero, el orden no había sido alterado. Sus pies lo llevaban por el trayecto y a la hora de siempre. He ahí lo malo. D. Severo estaba descontento como si él fuera la misma disconformidad; y, de ser así, ¿cómo recuperar la satisfacción sin suprimir al mismo D. Severo?

No es extraño, pues, que mientras sus pies lo llevaban de su casa a su oficina, el señor Barbat diera en pensar, como en un problema, en lo que jamás se le hubiera ocurrido que necesitara solución: en sí mismo.

—¿Qué me pasa hoy — pensaba —, que no me siento como de costumbre? ¿Es que mi casa, de donde vengo, no ha quedado como debía quedar, y mi despacho, adonde voy, no he de hallarlo como lo dejé ayer? Y echando miradas a los lados parecía decir: Estos muros, estos balcones, estos árboles, que me ven pasar todos los días, y por los que jamás he tenido ninguna preocupación, porque sé que no se han de mover, ¿no siguen allí, en efecto, como una prueba de la estabilidad que rodea mi vida? Vamos, pues, ¿qué tienes?

Pero no lo pensaba con la claridad con que lo traduzco. Su alma era una pequeña nebulosa, compuesta, en substancia, por la disconformidad que lo embargaba, y que iba tomando, sucesivamente, la forma de lo que veía: muros, árboles, balcones, sin que supiese si era su disconformidad la que se reflejaba sobre las cosas o éstas las que producían su disconformidad.

En ello estaba cuando se le ocurrió un despropósito que desdecía todos sus antecedentes de persona de orden. Fué que imaginó como bueno que algo

de lo que lo rodeaba—esa pared, por ejemplo—perdiera el equilibrio y — ¡pataplún! — se desplomara por tierra. La idea fué tan clara, que hubiera sido inútil querer negársela, y optó por tomarlo a risa.

—¡Las cosas que se te ocurren, hombre! ¿Qué mal te hace la pared con estar allí? ¡Y si te fastidia, nadie te manda mirarla! La calle está para que la transites y no para que la mires. A ver si ahora te vas a detener a curiosar lo que hallas a tu paso, como un vago que tiene tiempo que perder!

Tan preocupado iba, que antes de llegar a la bocacalle no se percató de que un gran tumulto llenaba la cuadra siguiente. El tráfico había sido cortado y una humareda le advirtió que acababa de declararse un incendio. Estaba escrito que ese día todo debía completarse para romper la regularidad de las costumbres del señor Barbat. Un momento tuvo la curiosidad de inquirir qué se quemaba, si era mucho el fuego, si los bomberos habían llegado ya; pero reaccionó en el acto contra esa falta de formalidad, y dobló la esquina, para dar un rodeo.

Fué como si D. Severo entrara en otra ciudad, donde todo fuera nuevo para él: el aspecto de las casas, el aire de las personas, los ruidos y olores callejeros.

—Es curioso — se dijo—. Desde muchacho que ando por estos lados, y es la primera vez que paso por esta calle.

Varias veces sus pies no pisaron en firme, pero sus ojos, como dos gorriones que se persiguen, revolotearon, sin posarse, sobre las cornisas, los balcones, los cables eléctricos y los hilos de teléfono.

—¡Sí, sí, curioso! Si lo dijera, no me creerían. Porque veinte años, ¡vamos!, es tiempo. ¡Lo que hace la casualidad!

¿La casualidad? Pensándolo bien, el señor Barbat descubrió que tampoco había pasado nunca por la primera calle paralela a ésta; no, no podía recordar que lo hubiera hecho. ¿Y por la siguiente? ¿Y por la de más allá? ¡Caramba! Pasado, estupefacto, D. Severo se paró en seco. Llegaba a la conclusión de que, fuera de la calle que recorría diariamente, casi no conocía otra en los alrededores.

—¡Será posible — exclamó, reanudando la marcha — en veinte años!... Sin embargo, se comprende; por aquí voy y vengo directamente al Ministerio. Pero hay muchas calles en la ciudad, y uno no es un cochero, señor, para conocerlas todas.

Una sacudida eléctrica le arrugó el pellejo de pies a cabeza. Es que esa reflexión, "hay muchas calles en la ciudad", al sentirse llamada, se había venido, como ciertos invitados indiscretos, acompañada de otras dos... "y muchas ciudades en el país, y muchos

países en el mundo". Espontáneamente, D. Severo se había figurado el globo terrestre, como en los mapas de vialidad, envuelto en una red, pero incomparablemente más apretada, pues él no se imaginaba los caminos existentes, que no conocía, sino todos los itinerarios posibles, esto es, en número sin fin. Y D. Severo no podía resistir la idea de infinito, bajo ninguna de sus formas. Su trayecto diario, perdido en aquel laberinto universal, le causaba el pavor que había experimentado alguna vez al saberse, de pronto, arrojado en la eternidad.

Parado otra vez en medio de la acera, sacó el pañuelo y se enjugó el sudor frío que le humedecía la cara y las manos. Alrededor suyo se había hecho una de esas extrañas pausas de silencio que hacen parecer desiertas hasta las calles de más trajín. Del lado del incendio llegaba el rumor del tumulto. Se volvió y se dio cuenta de que había caminado, no una cuadra, como debió hacerlo para retomar su dirección, sino cerca de tres. Junto a él, un colegial, y, desde un automóvil detenido, una pareja lo observaba como a un sujeto excéntrico. Entonces, en vez de retroceder, ganó a trancos la esquina y dobló. Pero antes de continuar se paró a restablecer el rumbo de sus pensamientos, como el que, después de una escapada, se detiene a cerciorarse de que no se le ha caído nada de los bolsillos.

—¿Qué diablos he hecho yo en veinte años, entonces? — pensó, al tiempo que volvía a caminar—. De mi casa a mi despacho y de mi despacho a mi casa. ¿Es eso vivir? Vivir. ¿Qué es vivir? Vivir es estar vivo, se comprende. Pero, ¿para qué se viene a la tierra, para qué has venido tú? Sí, sí, para remover expedientes. ¡Cuernos! ¿Sabe, al menos, quien nos crea que existen expedientes?

El señor Severo Barbat avanzaba lentamente, agobiado, con los brazos caídos. Hombre de convicciones, las tenía de todo género. La primera nacida con él, era la de su propia persona. Por orden de antigüedad, le seguía la adquirida allá en su época de escribiente, de que su destino humano y su destino burocrático eran uno mismo. Según ello, reglaba su cotidiano vivir, y vivía con la conformidad de la predestinación cumplida. Una convicción es como una consorte; la que se ha elegido en la juventud debe conservarse hasta la vejez. Por eso los espíritus prudentes se deciden por el escepticismo y el celibato. Pero sucede que, casi hasta el fin de sus días, uno ha tenido una, profunda, como el arraigo de un árbol, y de improviso sobreviene la hesitación, falta la fe. Es lo que ocurría con el señor Severo Barbat. La duda empezó por el haber perdido la tranquilidad sin saber por qué; fenómeno normal en un adolescente que todo lo espera del misterio, pero alarmante en un padre de familia y jefe de sección ministerial, que sabe cuanto le puede acontecer, desde la contingencia de un hijo más, hasta la probabilidad de otro ascenso. Y ahora, por efecto de una serie de accidentes físicos y mentales, descubría que la regla de su existencia era falsa, que su carrera y su vida eran cosas diferentes.

—Bueno — se decía —, quedamos en que no se viene al mundo a remover expedientes. Pero, ¿a qué se viene? ¿A qué vas al teatro, cuando vas? A ver, claro está. "¿Ha ido usted al teatro? — te preguntan—. ¿Y qué ha visto?" Al mundo también debe venirle para ver. Por eso, cuando uno ha vivido mucho, se dice: "Ha visto mundo, ha corrido mundo". Y tú, ¿qué has corrido? ¿Has corrido esa calle, idiota!

A D. Severo le dió de repente un impulso de ponerse a correr, a la vez, en las cuatro direcciones; de pasar, en una mañana, por todas las calles donde no había pisado en veinte años, y apretó el paso automáticamente. Pero a los diez metros se detuvo.

—¿A dónde corres ahora? La calle no está solamente para que la transites; está también para que la veas. Camina despacio. Párate. Observa a la gente. Conversa con el vigilante. Mira las vidrieras. Vuelve atrás y contempla la lucha de los bomberos contra el fuego.

Mas el señor Barbat no hacía nada de lo que se proponía, pues nada exterior podía interesarle tanto como lo que pasaba en sus adentros. En su andar sin rumbo ni ritmo, hecho al desarticulado compás de su meditación, obstruía el tránsito, y una linda transeúnte le pisó un pie y se excusó con una sonrisa más linda aun.

—Perdone, señor. ¿Le hice daño?  
—No, no; no es nada.

Pero la señorita seguía ya, sobre sus tacos altos.

D. Severo la miró y tuvo de pronto como la revelación de que la vida era eso, esa joven que se alejaba, apareciendo y desapareciendo entre los transeúntes, y se lanzó en su seguimiento, sin detenerse a pedir disculpas a los que tropezaban. Pero la desconocida llevaba un paso ágil y nervioso; llegó a la esquina y, de una carrerita, cruzó la calzada por delante de un automóvil, mientras D. Severo, llegando a su vez, se quedaba detenido por el tráfico. La miró perderse entre la multitud y tomó para otro lado.

Entonces se sobresaltó al pensar qué habría hecho si la hubiese alcanzado. ¿Sabía él, por ventura, qué se podía decir a las mujeres? ¿Sabía cuáles son las cuestiones que interesan e inquietan el espíritu de las personas, fuera de las que las llevan a presentar una reclamación o un petitorio a la mesa de entradas de un ministerio?

—¿Qué sabes tú de las almas! — se reprochaba—. ¿Hiciste acaso algo en tu vida por conocerlas? No, nunca te ocupaste más que de la tuya. ¿Y cómo! ¿Qué has hecho con tu alma? ¿Te preguntaste, por lo menos, alguna vez, para qué te la habían dado?

Mientras caminaba, con suma lentitud ahora, D. Severo se buscaba el alma, mirándose adentro, donde suponía que debía estar, pero no encontraba allí más que un maremágnum de leyes, reglamentos, decretos y resoluciones. ¿Es que la había perdido o es que su alma era sólo eso, un digesto ministerial, muy útil, por cierto, para evacuar un sinnúmero de consultas?

—¿Qué has hecho! ¿Qué has hecho! — se decía, llevándose las manos a la cabeza.

Sin saber cómo, se vió ante las puertas del Ministerio. Sus pies, como esos perros abandonados después de haberlos hecho correr por parajes desconocidos, que vuelven a la casa de sus amos, habían acabado por orientarse y lo habían conducido hasta allí. Se paró con asombro, e insinuaba ya un movimiento de retroceso, cuando vió al antiguo portero que lo saludaba con una sonrisa en que se conciliaban el respeto a la jerarquía y la familiaridad que resulta de cambiar diariamente el saludo durante veinte años.

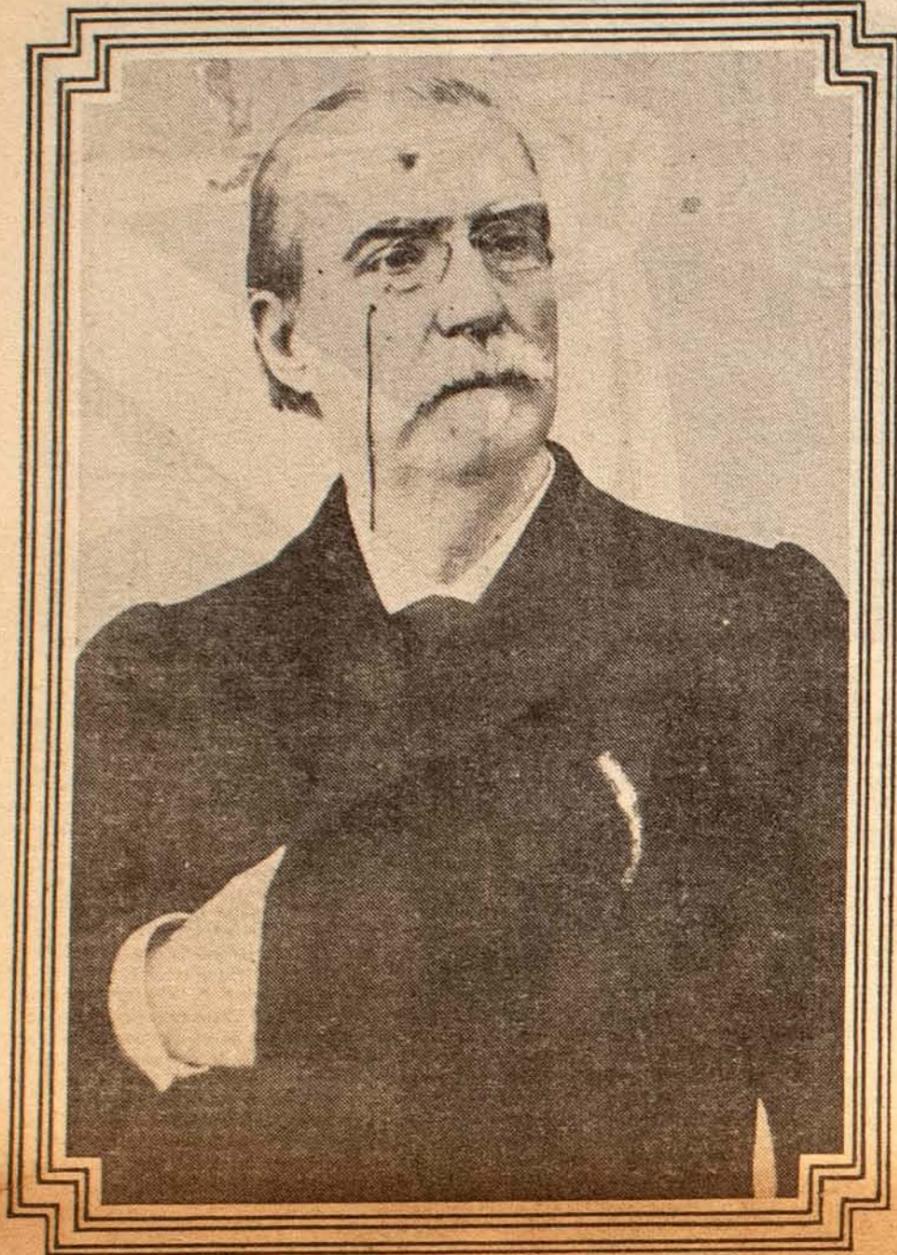
—Buenos días, señor Barbat. Ya estaba extrañando que no llegara.

Y D. Severo, que ni aun en su época de escribiente había tenido que recurrir a esas inocentes mentiras que sirven para excusar la falta de puntualidad, tuvo que hacerlo esta vez con un ordenanza, para salvar el buen ejemplo.

—Buenos días, Pedro... Es que vengo retrasado por una indisposición de mi señora.

Y entró, como todos los días

**SEVERO  
BARBAT  
Y LA VIDA**  
POR  
**ROBERTO  
LEDESMA**  
ILUSTRACION  
DE ERNESTO  
M. SCOTTI



DON ANTONIO CANOVAS DEL CASTILLO

## CANOVAS • DEL • CASTILLO • RESTAURADOR •

POR  
FRANCISCO  
GARCIA  
CALDERON

(Para LA NACION)  
PARIS, agosto de 1930

**M**E dedicado un estudio en este diario a lo que puede denominarse la conversión de un político republicano, o sea la interesante trasmutación de M. Charles Benoist, notable escritor político,

ligado al régimen republicano durante cerca de medio siglo por vínculos de doctrina y de simpatía, que de él se separa rotundamente y exalta, en claros libros, la monarquía como condición necesaria de la restauración francesa. En un nuevo libro que acaba de publicar con el título de "Cánovas del Castillo. La Restauración Renovadora", (editor Plon), continúa su investigación que, en el análisis de un período español, busca nuevas razones en favor de su conversión.

A través de su vasta obra le ha guiado siempre un sentimiento vigoroso de la realidad social. No es ciertamente espíritu quimerista. Ha leído y releído a Maquiavelo, no sólo en su tratado clásico sobre el "Príncipe", sino también en el comentario a las Décadas de Tito Livio. A veces descubrimos en sus máximas, en su manera de considerar y juzgar acaecimientos, un maquiavelismo larvado. Escribe, por ejemplo, refiriéndose a los gobiernos que se establecen, que el éxito es el mejor bálsamo de su poder, y que después del triunfo llegan a ellos fácilmente y por añadidura la fuerza y el número. Nota que los pueblos ingratos, oscilantes, ve-

leidosos, adoran no al sol que se levanta, sino al sol que ya se ha levantado. Un sano pesimismo le anima en sus consideraciones. No cree en la bondad y en la ingenuidad de los hombres.

En consonancia con ese realismo pertinaz, evoca frecuentemente a individualidades poderosas, a héroes, en el sentido que diera Carlyle a este vocablo: Bismarck unificador, el magnífico empeño de León XIII. Cánovas del Castillo le atrae porque ha impuesto la huella prolongada de su genio en el desarrollo político de España. M. Benoist ha vivido en la intimidad del ministro, ha recibido de él confidencias, notas y documentos. Ha enriquecido así su estudio con impresiones personales. Admira al político, analiza con entusiasmo los aspectos de su actividad de escritor, de historiador, de restaurador. Aspira a derivar de esta vida prestante y de esta acción renovadora un ejemplo y una lección para Francia desvalida.

Cánovas no puede emparejarse con Bismarck y con Cavour unificadores, quienes asocian pueblos y coordinan fuerzas fundamentando su acción en el poder de un Estado menor y beligerante, Prusia o el Piamonte; ni con Disraeli, audaz constructor de un Imperio que dilata sin término la ambición inglesa y le confiere privilegios romanos. Es simplemente el restaurador. Vence la anarquía, detiene la acción de influencias centrifugas, ata con mano imperatoria los destinos de una dinastía y de la Nación. Su biógrafo, que no teme ditirambos, le compara con Richelieu, afirmador de la unidad francesa contra los bandos, duro enemigo de la dispersión, y descubre en él rasgos eminentes del Cardenal: la concepción de un Estado fuerte, el amor al poder, el valor para las durezas necesarias. Cánovas se le antoja el hombre de Estado completo en quien se ajustan los dones más diversos, ideólogo y plasmador de realidades, erudito y orador.

En su espíritu dominaba la visión

de lo posible, de lo agible. Nunca se perdió en sueños de grandeza ni olvidó el estado político de la península. Algunos de sus principios traducen prudencia y cordura. Todo lo que no es posible en política es falso, declaraba. En cada época histórica una nación sólo puede recibir una parte del ideal a que aspira. Conviene limitar su esperanza, ceñir su acción a tareas precisas. Se aparta del quiotismo castizo el ministro escéptico. Sus normas son la mesura y el equilibrio. De la pretérita grandeza nacional que él conoce profundamente porque la ha estudiado en archivos y en crónicas, no surge para él una extrema esperanza. Quien se empeñara en volver a los tiempos de Carlos Quinto para crear, en pleno siglo diez y nueve, un nuevo imperio sin fronteras, merecería, según él, ser conducido a una casa de locos.

Es pesimista porque conoce a los hombres y vive en estrecha relación con lo real. Para él, los optimistas turban a un pueblo, llevan desmesura a sus planes. Falsifican la naturaleza de las cosas y a su manera corrompen a una sociedad desviándola de su ruta necesaria. Multiplican decepciones y tristezas al anunciar que la perfección se instala en la tierra y que es radical la reforma de los individuos. Los pesimistas disminuyen al hombre, reducen el dominio en que se mueve, pero no lo inficionan. En todas partes y sobre todo en España enflaquecida, Cánovas teme a los que esperan demasiado. No por eso sufre desmedro su patriotismo. Al contrario, siente profundamente el dolor de su pueblo. Con la patria, explica, ocurre lo mismo que con nuestros padres: hay que estar siempre de su lado. Maquiavelo enseñó que la patria debe ser salvada en todo caso, sea con honra, sea con ignominia.

En el orden teórico, en el orden histórico, Cánovas cree que el régimen monárquico está íntimamente ligado al vigor de España. Ha estudiado morosamente las causas de la decadencia peninsular y ha adquirido ideas precisas sobre las condiciones de su remozamiento. Un pueblo necesita de un poder constante, de un eje firme en torno al cual se muevan sus pensamientos, de una fuerza segura de sí, que se oponga a los azares de la política y de las armas. Dentro de la monarquía se afirma esa autoridad. Ella ofrece el centro histórico de acción y de vigilancia. En la península, Cánovas no descubriría otro poder rector y enfrenador que la monarquía. No la electiva ciertamente, creada por una asamblea, sino la hereditaria, ennoblecida y robustecida por tradiciones seculares. ¿Podía ser preferido Amadeo, el príncipe intruso, a Alfonso, hijo de Isabel Segunda, sucesor de ilustres reyes, de forjadores y defensores de la nacionalidad?

Blasonaba el político de ser parlamentario a la inglesa. Seguía con constante interés los debates de Westminster, sabía de memoria tal o cual célebre discurso. La reyecía que él aspiraba a restaurar debía ser moderna, semejable a la británica, constitucional, liberal y parlamentaria. Monarquía moderna adecuada al espíritu de nuevos tiempos. El Rey absoluto, el Rey neto como él le llamaba, no podía gobernar en la España de su tiempo. Su autoridad sufriría contrarresto, tropezaría su acción omnimoda con influencias y poderes, fueros provinciales, privilegios de la nobleza, y el espíritu igualitario del pueblo. Existe una democracia difusa y real más allá de los Pirineos y que se patentiza de mil maneras. En los pequeños, familiaridad pero no irreverencia; en los grandes, señorío sin entono. En la nación entera, humos de nobleza, hidalguía general. Cánovas aceptaba los principios dominantes de su siglo, consideraba que la soberanía reside en el pueblo, pero que el ejercicio de ella corresponde al monarca. Así asociaba de manera personal recuerdos y principios, ejemplos del extranjero y tendencias españolas. Demostraba que aun los reyes en que pareció encarnarse una nefaria tiranía, tal Felipe Segundo, en realidad prefirieron, como lo demuestran la correspondencia y los actos de éste, ser amados a ser temidos. Cortes semejables a los parlamentos británicos, un monarca que guía pero que acepta consejos, clases separadas pero no enemigas, libertades sin menoscabo del orden, incitación al progreso sin desmedro de la estabilidad; todo ello podía coordinarse, bajo la inspiración de Cánovas, en un régimen instaurado con firmeza.

M. Charles Benoist exalta la doctrina y la obra de Cánovas porque obedece a esa convicción central sobre la necesidad de la monarquía. El ha demostrado en recientes libros que contra la

anarquía no se da otro remedio que la monarquía, gobierno de uno contra la indisciplina y el desgobierno de muchos. La monarquía le parece la forma natural de la dictadura, es decir, de esa suma concentración de poder necesaria en las naciones cuando se sienten apretadas por graves males y viven horas trágicas.

Cánovas detestaba el pronunciamiento a la española, la intervención de los jefes militares, el gobierno de campamento, según la expresión en que parecía concentrar su odio y su desdén. El motín y la dictadura pretoriana o el rey permanente; la revolución o el jefe histórico que preside al debate libre y regular de los partidos; en esta disyuntiva no cabía tercer término, según el estadista previsor.

¿Qué ofrecía España desde la caída de Isabel II? Regionalismo beligerante que amenazaba la unidad, sucesivos pronunciamientos, dictadura de jefes militares, la república metafísica de Salmerón, la república federalista de Pi y Margall, multiplicación de ministerios, multiplicación de constituciones políticas, ensayos de dictadura pretoriana, flaqueza en el gobierno y anarquía. Consideraba Cánovas que el país había descendido hasta el último escalón en la gradería que conduce a la decadencia. Sólo quedaba como solución media y como solución histórica, como transacción oportuna, la restauración monárquica que cerraría el ciclo de las aventuras y de los errores entre 1868 y 1874.

Esa restauración en favor de don Alfonso, hijo de Isabel Segunda, la prepara el consejero de la familia real sin apresuramiento. Ambiciona convertir el alfonsoismo en aspiración general de la Nación como término a tantos ensayos frustrados y afirmación resuelta de la unidad y de la estabilidad. En todas las clases hay elementos favorables al régimen que va a instaurarse, en la nobleza antigua y reciente, en la burguesía rica, en la alta banca, en la industria, en el comercio, entre los oficiales fatigados de la guerra civil, en representantes del clero que se separan del carlismo. Porque anhela que la monarquía no sea en el país desvaído una nueva forma de pronunciamiento, Cánovas teme la solución militar o la postpone, espera que el Reino entero aclame al ordenador. Se le acusa de timidez porque ambiciona establecer una alianza lenta, natural y definitiva, entre el Rey y la Nación. El levantamiento de Martínez Campos, en Sagunto, precipita los sucesos, echa por tierra la presidencia militar de Serrano y se impone al mismo Cánovas, que sacrifica entonces su fe civil y acepta el concurso de los generales.

La monarquía de que ha sido verdadero restaurador con sus consejos, con su tenacidad, con su previsión, no es semejable al carlismo. En ella encuentra el pueblo español la dosis mínima de gobierno fuerte que es capaz de aceptar. Hacia la izquierda están los republicanos incapaces de concierto. Hacia la derecha el carlismo reaccionario y utópico. El ministro restaurador ofrece el "tertium quid", necesario y viable. M. Charles Benoist recuerda que el carlismo contenía por definición el máximo de monarquía y el alfonsoismo el mínimo de ella.

El Rey se instala en Madrid en 1874, establece la continuidad, ata el presente al pasado. En 1876 una nueva Constitución moderada le vincula al pueblo y desarma a reaccionarios y republicanos. Se forma pronto una izquierda dinástica, un partido liberal que colabora con el partido conservador de Cánovas, enriquece las discusiones políticas y contribuye al equilibrio del régimen. De esta suerte iban a conciliarse la autoridad y la libertad, ni aquella se confundiría con el absolutismo ni ésta engendraría revoluciones. Cánovas aparece como vencedor del carlismo y de la anarquía, de los pronunciamientos y de la división regional, autoridad moral indiscutible, héroe de la nueva edad que ejerce una manera de dictadura fundamentada en el respeto, en el talento y en el éxito.

Frente a él Castelar, que es su amigo constante y su enemigo político irreconciliable, parece un personaje del coro en diálogo con los actores del drama. Ha sido presidente de una república efímera, de una república que él quería unitaria y conservadora y ahora encauza a los ministros monárquicos, los aguija, contribuye con sus vehementes intervenciones oratorias al acierto de los gobiernos. El y Cánovas están de acuerdo en lo que se refiere a las bases de una restauración española. El régimen ha de ser constitucional y li-

(Continúa en la pág. 40)

*Film Social*



"Episodio romántico de un pintor que viajó por diversos países" fué el título que sirvió para el reciente festival de caridad organizado por la Liga Argentina de Damas Católicas, y cuya sugestión animó verdaderas escenas de gracia y arte. El cuadro persa fué interpretado por las Srtas. María Elena Lanús Green, Lucrecia de Oliveira César, Sr. Eduardo Lanús y Srtas. Inés Zavalía Bunge y Graciela Calderón



Una de las escenas típicas del festival fué confiada a la Srta. María Clementina Villegas, quien, con el señor Eduardo Beláustegui, compusieron una ajustada pareja



Los comentarios musicales contribuyeron al mayor éxito del cuadro ruso, en el que tomaron parte: la señorita Anita Nougués, Sr. Joaquín Vedoya, Srta. Margarita Duggan, señor Manuel Green y Srta. Magdalena de Uribelarrea Peña, que figuran de izquierda a derecha



La Srta. Noemi Lanús Novaro, de aldeana bretona



Aldeanos bretones representados por el señor Guillermo Wilson, señoritas Ana Teresa del Carril, Noemi Lastra y señor Luis Vedoya



# LOS ERRORES DE JOAQUIN COSTA

**V**IRTUALMENTE concluyó el ciclo de las novelas de guerra, aun perdura otro ciclo literario que en su género es anterior a la guerra de los Cuatro Años y que se dará en todos los tiempos, pero al que ese suceso histórico le imprime un impulso específico, como si fuera una reacción individualista contra aquel cataclismo de masas: el ciclo biográfico.

Nos falta una filosofía de la historia estética que intente explicarnos los motivos, la duración y, en conjunto, las relaciones de estos movimientos cíclicos del arte con la historia general de los pueblos. Cuando florece un género o tipo de producción intelectual, correspondiente a un gusto dominante del público, es un poco pueril pensar que ello ha sido obra exclusiva de los innovadores. El intelectual es un simple proveedor de la sociedad en que vive; si no lo es, porque no quiere o no puede serlo, por impotencia natural o por haber venido demasiado tarde o demasiado pronto al mundo que le rodea, entonces no hay correspondencia entre él y su medio social y de él se dice que es un fracasado. El individuo puede hacer por su cuenta lo que quiera, y en ocasiones podrá incluso producir una obra genial que tal vez no comprenden sus contemporáneos; pero la pauta de los grandes ciclos literarios y artísticos la dará la propia sociedad, ávida de tener conciencia de sus realidades más profundas. Casi siempre el artista de éxito es la conciencia de una época y de una sociedad determinadas, independientemente de su valor intrínseco y duradero.

España no podía ser una excepción a esta apetencia universal de biografías, que en cierto modo están reemplazando a la novela tradicional, agotada no como género, sino en las variedades del llamado naturalismo, y sobre todo, del nauseabundo naturalismo sexual. También ha invadido a España el ciclo biográfico; pero es curioso observar que la única colección de biografías originales que se está publicando ahora en lengua castellana sólo comprende vidas españolas del siglo XIX, es decir, vidas de escasa universalidad como lo fué en nuestro país el siglo en que existieron.

Hay en esto quizá el deseo de conocer una centuria que terminó cronológicamente, pero que históricamente y sobre todo como realidad política sigue perviviendo en el siglo XX. ¿Se quiere un episodio más siglo XIX que el pronunciamiento y la dictadura de Primo de Rivera?; pero tampoco deja de sorprender que ahora no susciten curiosidad en España las grandes figuras representativas de otro siglo, señaladamente las de acción o mando, cuando los biógrafos extranjeros tanto se ocupan de algunas de ellas. Sólo de Felipe II se han publicado recientemente tres en francés, y son varias las de conquistadores y misioneros de América que estos días andan en distintas lenguas europeas. Esta apatía de los españoles por sus personalidades más vigorosas, consideradas puramente en su vitalidad y en su aptitud para la organización y el dominio, aunque en otro plano se repudien muchas veces sus métodos y sus fines, ¿no revela una grave desvitalización del sentimiento de la historia, un apocamiento físico ante el presente y el porvenir? Y cuando este sentimiento se da impetuosamente en un hombre como Joaquín Costa, ¿no es extraño que se equivocara tan radicalmente sobre los medios de realizarlo? Con este interrogante cerramos la excelente biografía de "Joaquín Costa—El gran fracasado" que ha escrito Manuel Ciges Aparicio para la aludida colección de vidas españolas del siglo XIX. (Espasa Calpe, Madrid).

De toda la colección, esta biografía es una de las que más me interesan por varios conceptos. Desde luego por el autor, una de las figuras más sugestivas y menos bulliciosas del grupo literario que se destaca a raíz de la guerra de Cuba. Ciges Aparicio sufrió aquel desastre en su propia carne, no al modo de otros, como espectador lejano, sino como soldado en la manigua cubana, primero, y más tarde como preso en la Cabaña, la fatídica fortaleza-presidio de La Habana, donde el capitán Weyler le tuvo encerrado muchos meses—y

aun parece ser que estuvo a punto de fusilarle — por un artículo en que nuestro autor censuraba a las autoridades españolas de la isla.

Ciges relató su prisión en un libro titulado "Del cautiverio", tremenda historia de la vida de un presidio, ante la cual palidecen las más terribles que sobre tema análogo se han escrito en cualesquiera idiomas, sin excluir la autobiografía del mismo Dostoievski en sus años de Siberia. En ninguna lengua, que yo conozca, existe una pintura tan acabada y horrorosa de semejante infierno real, y el propio dantesco sólo se le aproxima en lo que tiene de imaginario. Luego publicó Ciges Aparicio una serie de libros también autobiográficos, de soldado aun en Marruecos, de enfermo en un hospital, de periodista en Madrid, formando con todos ellos como el espejo trágico, inexorable en su impasibilidad, de una nación que se deshacía entre la inepticia, la brutalidad y la rapiña de las clases directoras y el estoicismo o la inconsciencia de un pueblo reducido a categoría de rebaño.

Me explico la biografía de Joaquín Costa por Ciges Aparicio. Probablemente Costa fué para Ciges, cuando a fines del siglo XIX y comienzos del XX sufría la guerra y el presidio, el cuartel y el hospital, toda la amargura nacional y encima su incipiente bohemia literaria, lo que fué para los españoles más sensibles: una figura mesiánica, el Salvador de España, el "cirujano de hierro" — según la frase del propio Costa — que necesita España. Costa fué para una minoría el mito providencialista con que los españoles, como todos los pueblos políticamente primitivos, son aficionados a soñar. Lo malo es que frecuentemente confunden al superhombre con su caricatura, y cuando por raro azar tienen el superhombre al alcance de la mano, no se percatan de ello hasta que muere, como en el caso de Costa.

Si alguien se ha acercado en España a la idea nietzscheana del superhombre, incluso en el concepto aristocrático y aun autocrático del poder, fué Joaquín Costa. Como voluntad y como carácter, su vida tiene dimensiones de coloso. Hijo de unos modestos labradores aragoneses, alterna la escuela primaria con las faenas del campo, en que ayuda a su padre. Luego estudia el bachillerato, ganándose el sustento como peón de albañil. Se hace maestro de primera enseñanza. Más tarde estudia derecho y filosofía en Madrid, viviendo casi de milagro, de lo poco que le dan a regañadientes sus parientes menos pobres, de los miserables ahorros que a duras penas logra reunir su padre, de lo que él gana con modestos trabajos de oficinista o traductor, de la paciencia de las patronas de las casas de huéspedes, que acaban siempre poniéndole en la calle, de ir con los zapatos rotos y la ropa deshecha, de padecer continuamente hambre, frío y humillaciones, él que era la altivez misma. Por dos veces piensa suicidarse para no soportar tanta miseria y para escapar a la vergüenza de no poder pagar sus deudas, que generalmente no pasan de 25 ó 50 pesetas.

Se doctora al fin por partida doble, en derecho y en filosofía; comparte con Marcelino Menéndez y Pelayo la admiración que en los círculos más cultos comienza a suscitar su inmenso saber en historia del derecho español y de la primitiva civilización ibérica, y en general su producción enciclopédica; pero no consigue ganar una cátedra universitaria, que era su profesión soñada. Luego se hace notario y también trabaja como abogado. Gana un pleito importante; pero tarda diez años en cobrar sus honorarios, harto disminuidos. Finalmente se retira a vivir en Graus, un pueblecito del Pirineo aragonés, en compañía de una hermana suya, con los intereses de un capitalito que ha podido ahorrar con grandes sacrificios y que ha invertido en papel del Estado. Descontados sus otros gastos — ropa, pa-

pel, plumas y tinta, otras necesidades no tiene —, destina una peseta y cincuenta céntimos diarios para casa y manutención. Consulta con un amigo: "¿Podré vivir con eso?". Y como el amigo le mirara perplejo, porque la pregunta parece una chanza y Costa no suele chancear, éste añade que también puede recibir consultas como abogado, por lo menos una diaria, lo que aumentaría considerablemente sus ingresos. "¿Las pagan bien?", pregunta el amigo. "A cuatro reales", responde Costa. "¡Ah, pues con diez reales diarios podrá pasarlo muy bien!", comenta irónico el amigo, maravillado de la ingenuidad de Costa.

Esa es otra de sus características: la ingenuidad, el candor con que percibe la realidad circundante. Su deformidad física — cabeza y cuerpo gigantescos servidos por unos brazos semiatrofiados y sostenidos por unos pies infantiles, que apenas le permiten andar —, parece un reflejo de su extraña personalidad desequilibrada. La hermosa cabeza aleonada es firme y clarividente en el juicio de la historia mediata o abstracta, en la especulación filosófica del proceso jurídico y político de la nacionalidad española. Su ancho pecho simboliza a su vez la voluntad invencible, el carácter indomable, el esfuerzo hercúleo, el temperamento imperioso, la vitalidad sobrehumana. Pero le fallan las extremidades casi paráliticas, poco desarrolladas y débiles por efecto de la miopatía crónica. Le faltan los tentáculos para moverse sobre la realidad concreta, para percibirla y valorarla. Este defecto físico se proyecta en los errores candorosos con que percibe la realidad histórica inmediata.

Yo no podría decir si esta enfermedad suya predispone o guarda relación con los estados paranoicos, ni probablemente tiene ello ninguna importancia, porque basta leer un tratado cualquiera de psiquiatría para llegar a la conclusión de que todos — no sólo los genios, como creía aquel pobre Max Nordau, sino también los tontos — más o menos, adolecemos de algún desarrreglo psicopatológico. Pero llama la atención que Costa, adolescente aun, pensara en inundar el Sahara con las aguas del Atlántico por medio de un canal que se abriría a ese efecto a la altura de las Canarias, y que también se le ocurriese tender un puente sobre el paso de Calais, suspendiéndolo de unos globos cautivos. Inventiones parecidas a éstas — como el aprovechamiento del calor solar y de la energía de las mareas — son las que suelen presentar los neurólogos como síntomas típicos de la tendencia paranoica, y no porque tales proyectos sean imposibles ni inútiles, sino porque los que los conciben rara vez piensan en las dificultades de realizarlos ni en si el provecho compensaría el costo. Deslumbrados por la ocurrencia, son incapaces de estudiar los medios ni los frutos de llevarla a la práctica. Las exaltaciones de una imaginación enfermiza contrastan con la pobreza del sentido de la realidad.

Este contraste se revela en otro aspecto de la mentalidad de Costa: en sus sueños africanistas, precisamente en visperas de ponerse de relieve en América el agotamiento colonial de España. La noticia de que los ingleses y los italianos proyectan, después de Lesseps, convertir el Sahara en mar, le hace prorrumper en estas jeremiadas: "Ya no se escuchará el español en labios de la raza negra (Costa olvidaba las antiguas Antillas españolas); el inglés acabará de invadir el planeta; ya no podrá España lavar sus manchas de la conquista de América (Costa no veía ni preveía que Marruecos estaba lejos de ser el Jordán de la conquista de América). ¡Adiós, generosos proyectos de civilización, de estudiantes negros en Madrid, dominación universal, de islas, costas!"... Estas lamentaciones no le impidieron, sin embargo, sostener largo tiempo su propaganda africanista, hasta que la pérdida de las últimas co-

lonias de América le convenció de que España no tenía más remedio que echar doble llave al sepulcro del Cid. Como a don Quijote — el más genial de los paranoicos — los años y los reveses le fueron devolviendo la razón.

Pero aun padeció otra ilusión peligrosa, acaso la más grande y más grave de su vida: la ilusión de que la España rural — el hombre de calzón corto — había de llevarle al poder para transformar el Estado, pacíficamente, con guante blanco, y desde él toda la vida nacional. Aspiraba a un Estado corporativo y tecnocrático, que representase principalmente a las clases campesinas y fomentase las obras de ingeniería que necesitan la agricultura y la población agraria de España. Muchas de estas obras — sobre todo las hidráulicas y las de carreteras y caminos — se han realizado posteriormente, y en gran parte a las prédicas tenaces de Costa se debe; en este sentido, su fracaso es discutible.

En Costa había un materialista de la historia: en primer término colocaba el hecho económico, la despensa, o por lo menos, la colocaba al par de la escuela. Le impacientaba el parlamentarismo al uso, contra el cual pronunció reiteradamente las mayores diatribas que se han dicho en ninguna lengua; elegido diputado republicano en una ocasión, ni siquiera quiso pisar el Congreso. Concebía mejor una democracia corporativa y lo más directa posible, que el sistema de representación por distritos. Tampoco era un liberal de tipo europeo, como puede juzgarse por las siguientes palabras que en 1896 escribe a un amigo y que probablemente suscribirían algunos dictadores de nuestros días: "Ignoro por qué me dice usted que la palabra "libertad" no apasiona ya a los pueblos: parece como si no se hubiera enterado aún de que por creerlo yo casi fundé la Cámara Agrícola, en la esperanza de que se agrupasen en torno a ella todos los hombres de buena voluntad para trabajar en bien del país, fomentando sus intereses permanentes y dejando al lado tantas murgas sonoras ("libertad, orden", etc.), con que se nos viene engañando hace medio siglo".

Quería unir a los españoles, no por principios del Estado o de la sociedad, sino por intereses, y principalmente por los intereses de la agricultura. Con ese criterio funda primero la Liga de Contribuyentes, que se circunscribe a una comarca aragonesa y que cuando quiso ponerla a prueba, incitándola a no pagar los impuestos del Estado, le fracasó, naturalmente. Luego organiza la Cámara Agrícola del Alto Aragón y poco después, en 1899, la Liga Nacional de Productores, especie de federación de las asociaciones agrícolas patronales del país. En 1900 constituye la Unión Nacional, con la cual ambiciona desterrar del Gobierno a los viejos oligarcas y caciques; pero esta flamante Unión Nacional, que no tenía de nacional sino el nombre y que sólo estaba compuesta, como las Cámaras Agrícolas, por todo el caciquismo rural de España, abandonó a Costa y siguió sosteniendo con sus votos y su poder a la oligarquía vigente. Don Santiago Alba, que nació a la vida política como espóquico de Costa, se quedó, claro es, con el bando oligárquico. Desilusionado de la inercia, mezclada de cazurrería, del campo, Costa colabora en 1903 con la Unión Republicana, que es un movimiento de las ciudades dirigido por Salmerón y otros profesores de procedencia krausista, pero por lo mismo condenado a inevitable esterilidad.

Ese fué el error de Costa: esperar la transformación política de España de unas clases campesinas que eran precisamente el principal sostén del caciquismo local y de la oligarquía central, y de un profesorado inepto para la acción. Costa, dotado de maravilloso sentido de la historia escrita, no percibía con claridad la historia viva. Le faltaban antenas y tentáculos, como a su deformado cuerpo, para pulsar y apresar la realidad circundante. No comprendió que el señorío campesino es antipolítico, anticivil, rémora siempre en la historia; pero tampoco comprendió que con profesores sólo no triunfará nunca la ciudad sobre el campo, la civilidad sobre el ruralismo. Hoy probablemente lo hubiera comprendido ya. Y la enseñanza de sus errores ayuda a los hombres de hoy a comprenderlo mejor.



JOAQUIN COSTA

LUIS ARAQUISTAIN

(Para LA NACION) MADRID, agosto de 1930.

## DON RAMÓN DEL VALLE INCLAN Y SUS "ESPERPENTOS"

últimos volúmenes la parte descriptiva se limita a darnos puntos de sugestión y referencia, en estilo casi telegráfico. El diálogo suple, con creces, esta sobriedad descriptiva.

—Yo todo lo dramatizo—suele decir Valle-Inclán.

Gusta de ver y oír, cara a cara, a sus personajes, venciendo las mayores dificultades por medio del diálogo. De ahí que todas, o casi todas, las obras últimas de don Ramón sean teatro puro, y teatro excelente, aunque no se pueda representar en un escenario moderno. Como es teatro, y del mejor, "La Celestina", de Rojas. Lo dramático no es necesariamente lo patético. Drama equivale, etimológicamente, a "hacer", a acción, y allí donde hay una acción que se transmite directamente por el diálogo de los personajes al lector o al oyente, hay teatro. No creemos posible una representación escénica de la maravillosa tragicomedia clásica de Rojas "La Celestina", pero, ¿hemos de negarle por ello su condición de obra de teatro? Así sucede con los "esperpentos" de Valle-Inclán.

—Yo—me decía en una ocasión el gran poeta—no hago más que teatro, porque, lejos de seguir a mis personajes, yendo detrás para espiar su marcha y decir a los lectores lo que hacen y cómo lo hacen, los coloco delante de mí, como si estuvieran en un escenario, y reproduzco sus gestos y sus palabras.

La diferencia entre el arte de novelar y el de dramatizar consiste justamente en esa posición del escritor frente a sus personajes. El novelista los describe — narra—; el autor dramático los escucha — reproduce—. El primero se expresa por descripciones; el segundo por diálogos. Y mientras uno soslaya o atenúa las dificultades, el otro las afronta y acrece. La grandeza de Shakespeare reside en que no rehuye

nunca ningún conflicto. Dió siempre la cara a sus personajes. El mal teatro es el que, ahogando — novelísticamente— con un diálogo divagatorio e ingenuo las palabras espontáneas de las criaturas dramáticas, oculta al espectador la expresión directa de las pasiones. El llamado teatro psicológico ha quebrado la línea de lo teatral; unos hombres y unas mujeres que, en vez de manifestarse naturalmente, nos dicen desde el escenario cómo son y cómo quieren ser, tienen toda la categoría de personajes de novela y ninguna condición de personajes dramáticos. Los hombres de Shakespeare y de los grandes autores hablan, no de sus pasiones ni de sus conflictos, sino que sus pasiones y sus conflictos hablan por ellos, a borbotones. El espectador o el lector—o sea el crítico—dirán luego cómo son y definirán, si pueden, su alma. Ellos se limitan a "ser". A ser y a actuar. Sin saber que "son" y que actúan. En tal sentido, los "esperpentos" de Valle-Inclán tienen una jerarquía dramática que no es nada frecuente en el teatro contemporáneo.

Su tónica es grotesca y genuinamente castellana. En muchos de ellos la muerte se pone una carátula grosera y excita la hilaridad: postura muy castiza en la literatura española, en que los temas dramáticos universales se resquebrajan en burlas tragicómicas. Valle-Inclán se mofa, en sus "esperpentos", de toda la tramoya de falsas pasiones y supersticiones: el amor, el honor, la muerte. Sus personajes son fantoches de retablo, que viven animados de prejuicios, que bullen, rien, gozan, gritan y lloran grotescamente, como marionetas, vueltos de espalda a la naturaleza, obedientes a los dictados de esa segunda naturaleza que forman todas las convenciones mundanas. Al contrastar la actuación falsa de esos personajes con la evidencia de sus pasiones y con la inexorabilidad del destino y de las fuerzas superiores, dejan una dolorosa sensación tragicóptica. ¿Habrá algo tan espantoso como un hombre que reventara en un ataque de hilaridad? Pues toda la gracia grotesca de los "esperpentos" concluye reventando trágicamente...

El diálogo de Valle-Inclán en esta clase de obras es realista en su forma, pero no en su significación. Realista en cuanto a las palabras y a las imprecisiones, pero imaginativo en cuanto a su gestación y alcance. Como los tipos esperpénticos se presentan al poeta con todas sus falsas y grotescas vestiduras, el poeta reproduce las expresiones, pero estas expresiones adquieren un sentido caricaturesco universal y trascendental, gracias a la decantación artística.

### Digestiones irregulares

Por efecto de los excesos de las malas comidas o de la agitación a que obliga la vida moderna son muchos los que sufren de digestiones irregulares, que convierten su vida en un martirio constante.

Es bueno saber que para regularizar la digestión, evitando el dolor, acidez, ardor, etc., basta tomar después de cada comida media cucharadita de bicarbonato cálcico, disuelto en un poco de agua. Es el bicarbonato cálcico un producto científico, que elimina el exceso de acidez, causa de estas molestias, al par que estimula la perfecta digestión.

Un interesante folleto respecto a las bondades de este producto se puede solicitar gratis a los señores Laich & Rey, calle Belgrano 2344, Buenos Aires.



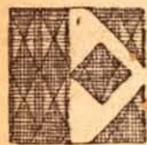
Ultimo retrato de Don Ramón, María del Valle, paseando después de su dolencia, por el paseo de la Castellana de Madrid



## P O R LUIS CALVO

(Para LA NACION)

MADRID, agosto de 1930



En las tertulias y cenáculos desparramados por los cafés madrileños se ha sentido estos días la ausencia de uno de sus más amenos corifeos, D. Ramón del Valle-Inclán, a quien una grave dolencia, que hubiera arruinado a otra naturaleza más joven y robusta, pero que no ha podido, por dicha, vencer el cuerpo de "fakir", esquelético e ingrátido del maestro, ha retenido en un sanatorio, bajo la angustia de un padecimiento insufrible y de una interrogación trágica, en pugna con la muerte.

—Don Ramón— se decía —no puede salvarse. Lo han pronosticado sus médicos.

Y los médicos, en sus augurios, afirmaban, sin embargo, que nada podía descontarse en la fisiología de Valle-Inclán, que es un hombre extraordinario, en cuerpo y espíritu, para quien la ciencia no sirve, porque se le diría insensible al dolor y a las necesidades y prevenciones físicas. Su fortaleza espiritual supera las miserias corporales... Y he aquí que un día, Don Ramón se presenta, de nuevo, en los cafés, con esa apicada e infantil expresión de bondad en los ojos y esa adorable y fantástica ebullición de palabras en los labios, narrando historias, anécdotas, episodios aventureros, como en los años distantes de su mocedad. Acaba el insigne escritor de

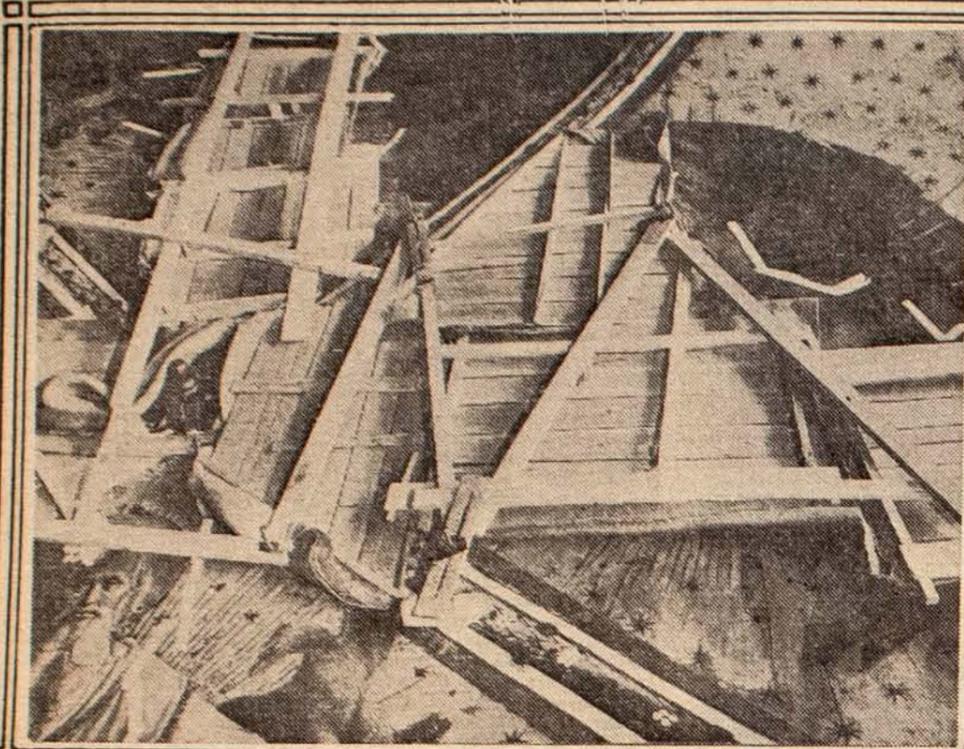
Don Ramón con sus cuatro hijos: Ramón, Mariquiña, Jaime y María Antonia, de doce años el primero y de siete la última

editar una nueva edición de sus "esperpentos". Lleva el título de "Martes de Carnaval", título un poco enigmático, que alude al dios de la guerra, por referencia a los fantoches militares que desfilan por las tres obras reunidas en el volumen, a saber: "El terno del difunto", "Los cuernos de Don Friolera" y "La hija del capitán". Y a propósito de esta "Hija del capitán"...

Es sobremanera conocida la intrepidez quijotesca con que se ha desenvuelto libremente toda la vida en el mundo de las letras — turbio manantial de vanidades, recelos y bajas pasiones — el hidalgo Don Ramón María del Valle-Inclán. Pero en contra de su fama y del copiosísimo y veraz anecdotario que la abona, el autor de "Tirano Banderas" es hombre bondadoso, noble, desprendido y cordial. Se ha pasado los años arriesgando su tranquilidad y reputación por la defensa de nimias o grandes causas, siempre justas, propias o ajenas. En los cercanos "mal llamados años" de la dictadura, su voz se alzaba diariamente, agresiva y mordaz, contra el gobierno ilegítimo; y cuando los estudiantes, vejados por el dictador, que difamaba a nuestras universidades, decidieron provocar a sonadas en toda España, don Ramón del Valle-Inclán arrojó de tal modo en sus burlas incisivas contra el Poder público, que llegó incluso a rechazar en la calle la acción de la policía. Un día fué detenido y encarcelado, y Primo de Rivera publicó una nota oficiosa donde lo cali-

ficaba de "eximio escritor y extravagante ciudadano". Era la segunda alusión dictatorial al insigne poeta; la primera, con oportunidad muy regocijante, merece figurar aquí, al dar noticia de los "esperpentos", género literario creado y así bautizado por don Ramón hace muchos años y caracterizado por un tono de tragedia grotesca y de trágica mascarada. Acababa de publicar Valle-Inclán, en una publicación breve y hebdomadaria, el "esperpento" "La hija del capitán", donde su musa zumbona, agria y chocarrera se clavaba, so capa de farsa y con disfraces inequívocos, en las casacas y uniformes de elevados personajes. La dictadura lo comprendió así y, recogiendo la edición, publicó una nota oficiosa donde venía a decir sobre poco más o menos: "Hemos tenido que retirar de la venta esta novela de Ramón del Valle-Inclán porque es obra tan burda, grosera e inmoral que su propio autor la califica de esperpento..."

Valle-Inclán ha creado este género literario y ha tenido, a la vez, el acierto de darle un nombre castizo, eufónico y pertinente. Dentro de la más castiza literatura castellana, el "esperpento" es una derivación de "La Celestina" y de los entremeses de los siglos XVI y XVII. Entran en la más pura tradición del teatro castellano y son, como casi toda la producción de Valle-Inclán, obras eminentemente dramáticas, en el sentido de acción que debe abscribirse a lo dramático. En su afán—perfectamente logrado—de renovarse, el insigne poeta ha encontrado en el diálogo la forma de expresión más frondosa. Su descripciones disminuyen cada día, y en los



**R**

ECIENTEMENTE, por los periódicos italianos corría la voz de que se nutrían serias preocupaciones con relación al estado de deterioro en el cual se encontraban los célebres frescos de la Capilla Sixtina y que se procedería a hacer una detallada reproducción fotográfica de todos ellos para, en base a estos datos, proceder a una urgente reparación de las pinturas. No he creído inoportuno averiguar personalmente el verdadero estado de las cosas. Y felizmente he podido comprobar en el Vaticano que estas noticias catastróficas carecían de fundamento.

Con gran satisfacción me he enterado que existe una organización para la conservación y la reparación de las pinturas maestras reunidas en el Vaticano, organización que efectivamente, merece ser conocida también por los estudiosos de arte de ultramar.

En verdad, un laboratorio para la conservación y la reparación de las pinturas existía ya durante el pontificado de Pablo III. En el 1543, este Papa instituyó "unum officium picturarum cappellarum palatii apostolici" y encargó de él a Francisco Amatori, llamado Urbino, fiel amigo de Miguel Ángel. El "limpiador de pinturas" al cual se concedían privilegios y asignaciones pecuniarias, tenía, en realidad, un encargo muy sencillo: el de preservar "a pulveribus et aliis immunditiis" las capillas Sixtina y Paolina y la Sala Regia. Sebastián del Piombo al ocupar este cargo, fué encargado de restaurar los frescos de las Galerías de Rafael, que habían sufrido graves daños durante el saqueo de Roma del año 1530. En los primeros decenios del 1700, Carlos Maratta se ocupó de la conservación de los frescos del de Urbino y un siglo después Francisco Agricola y Francisco Camuccini hicieron lo mismo. Se sabe que Domingo Carnevali "rehizo" en la Capilla Sixtina, una parte del fresco "El Sacrificio de Noé"; y que dos pinturas de Signorelli y de Ghirlandajo, existentes en la misma capilla, fueron "casi íntegramente rehechas" bajo el pontificado de Gregorio XIII. No todos los artistas encargados de tan delicados trabajos supieron mantenerse a la altura de su encargo y comprender que su deber era el de limitarse solamente a la protección de la pintura, y que cualquier añadi-

Manera de aplicar la prensa ideada por el cav. Mandel

dura de su pincel constituía una deformación y una profanación.

En los últimos tiempos el oficio de "limpiador" no fué ocupado por nadie; lo que, sin embargo, no quiere decir que la Santa Sede se haya olvidado de proteger las pinturas maestras del Vaticano. Encargó primero de este trabajo a Luis Cavenaghi — el célebre restaurador de la "Cena", de Leonardo, en la Iglesia de las Gracias de Milán — y después de su muerte a Ludovico Seitz; a estos dos pintores se deben las últimas reparaciones en el departamento de los Borgia y en el techo de la Capilla Sixtina. Luego se encargó a la Dirección General de los Museos y de las Galerías Pontificias, cuyo jefe es el muy conocido profesor Bartolomeo Nogara, de proveer a la conservación y a la reparación de las obras de arte existentes en el Vaticano. Se nombraron dos directores artísticos, uno para las pinturas y otro para las esculturas. Para lo primero fué designado el profesor Biagio Biagetti, el cual, consciente de su alta responsabilidad, inició en seguida un escrupuloso estudio de todo el material pictórico, sea de los frescos como de las pinturas de caballete. Trató de informarse también sobre todo lo que se había hecho antes de él, pero sin gran resultado, porque, exceptuando algunas noticias esparcidas en libros de arte o perdidas entre un montón de papeles y de cartas de poco interés, no encontró nada que hubiera podido informarle de cuanto se había ya hecho con relación a la reparación de las pinturas. Dedicó sus primeros cuidados a los cuadros de la Pinacoteca. Estos habían sufrido mucho, en parte por la influencia del tiempo y luego durante el éxodo de Italia a Francia durante el período napoleónico. Todavía no habían podido sacar ningún beneficio de los importantes trabajos de ventilación y de calefacción invernal gracias a la cual el ambiente de las salas queda menos sujeto a los fuertes cambios de temperatura tan perniciosos para la salud de las pinturas. Estos inconvenientes han sido eliminados por medio de las instalaciones necesarias en los nuevos locales de la Pinacoteca. Las pinturas murales ofrecían mayores indicios de deterioro, lo que hacía necesario el consolidamiento de revocos y de co-



Profesor Biagio Biagetti, director artístico de la restauración de pinturas

## EL MEDICO DE LAS PINTURAS DEL VATICANO POR ALBERTO DE ANGELIS

(Para LA NACION)

ROMA, agosto de 1930

lores como también inteligentes reparaciones de restauración y limpieza periódicas. En base a tales comprobaciones el profesor Biagetti, ya en 1922, pidió y obtuvo de Pío XI el permiso de instituir un verdadero laboratorio para las reparaciones y para que fuera posible vigilar y cuidar escrupulosamente y sistemáticamente todo el patrimonio pictórico vaticano.

Sería imposible enumerar las precauciones hasta ahora adoptadas, no tanto por la cantidad de obras restauradas, sino porque daría lugar a penetrar demasiado en el campo de la técnica de las diversas reparaciones que se van empleando. Materia extremadamente delicada, en la cual deben asociarse en modo perfecto la experiencia del pintor, la competencia del historiador y la paciencia del

La capilla del Beato Angélico, actualmente en restauración

cartujo. Casi siempre las reparaciones necesitan procedimientos largos y complicados y son de un costo bastante elevado. Entre las operaciones más delicadas recordaremos la del separar un fresco de la pared y la del despegar una sutilísima capa de pintura de su tablamar para ser transportada sobre tela: como ejemplo típico de esta operación se recuerda aquella realizada en Francia con la "Virgen de Foligno", de Rafael.

Se creyó útil prohibir que se giraren los cuadros para poder observarlos en la mejor luz, porque esto producía inevitablemente averías en las tablas, en las telas y en los marcos. Para alcanzar la misma finalidad se aplicaron a los cuadros unos sostenes de hierro forjado, por medio de los cuales las obras quedan fijadas en diagonal y en las mejores condiciones posibles de luz. Son muy delicadas e interesantes las operaciones que se efectúan para hacer desaparecer, por medio de inyecciones, la carcoma de las maderas; las de enderezar con procedimiento húmedo o por medio del calor seco las tablas curvadas y evitar luego esta deformación con la ayuda de una rejilla de refuerzo colocada en su parte posterior, con pistones verticales fijos y horizontales móviles, para evitar nuevos encurvamientos y favorecer los movimientos de la tabla.

Para proteger los "Primitivos" de la Pinacoteca Vaticana de los peligros ocasionados por la cercanía de los visitantes y del estado húmedo o seco de la atmósfera que influye grandemente sobre la conservación de los cuadros, se ha procedido a protegerlos por un vidrio que no excluye la ventilación necesaria y que puede ser fácilmente quitado en caso de necesidad. Se encargó de la conservación y reparación de estas pinturas de caballete al cav. Piero de Frai. Su laboratorio empezó a funcionar desde el 1923; el cav. Oreste Mandel dedica todas sus actividades y experiencias al cuidado de los frescos.

Bajo la dirección del com. Nogara y del profesor Biagetti, se continuaron, y ultimaron desde el 1921, las reparaciones de la Galería de las Cartas Geográficas y de la ex capilla de Pío V, cerca de las "stanze"

de Rafael, y que se encontraba muy averiada, especialmente en la cúpula, pintada por Federico Zuccari, a causa de la humedad que había penetrado desde el piso superior. Contemporáneamente el profesor Biagetti se ocupó de la Capilla Sixtina, célebre monumento de la pintura italiana del Renacimiento. Los lunetos y las paredes necesitaban un buen despolvoreamiento. Se hizo construir un castillo de madera para poder examinar de muy cerca todos aquellos frescos y darse una idea clara y precisa de su estado de conservación. Al mismo tiempo iba estudiando las escasas memorias y documentos existentes que se relacionaban con las reparaciones de aquellos frescos. El primero de estos documentos firmado por el pintor Camuccini, lleva fecha del 1824 y contiene la declaración que en aquel tiempo el revoque se encontraba en buen estado de conservación; se mencionan solamente algunos daños en las pinturas de Signorelli y se dice que el "Juicio Final" se encuentra muy ennegrecido por el humo de las velas del altar. El segundo documento data del 1901 y consiste en una memoria redactada por el pintor Cingolani y anotada por Seitz. En ella se menciona la obra de limpieza de los frescos realizada en aquel año por dos pintores con la ayuda de los bomberos pontificios.

La memoria Seitz-Cingolani es de especial importancia porque contiene fotografías que reproducen las pinturas de las paredes de la Sixtina en las cuales se ha indicado, con diversos colores, las hinchazones, el despegamiento y las restauraciones ya realizadas. Esta documentación gráfica por medio de fotografías obtuvo la mayor aprobación por parte de Biagetti, quien se decidió a adoptarla en escala más amplia. La idea de Biagetti fué plenamente compartida por el alemán E. Steinmann, el más ilustre historiador de la capilla Sixtina en nuestros días, y que ha dedicado a este insigne monumento dos grandes volúmenes llenos de erudición, de observaciones y de ilustraciones.

Hace más de veinte años — dice Steinmann — tuve la suerte de poder ver de cerca y hasta tocar los frescos del techo de la Capilla Sixtina. Entonces me pude convencer de que estos frescos estaban pin-

(Continúa en la pág. 34)

# EL POETA CONTRA EL COMENDADOR

POR  
LUCIO  
D'AMBRA

(Para LA NACION)  
ROMA, agosto de 1939.

Los jóvenes escritores italianos pueden ser clasificados a simple vista en dos categorías opuestas: aquellos para los cuales existe el pasado y los otros que tan sólo cuentan con el porvenir; en pocas palabras, los tradicionalistas para los que todo, literatura o vida es, en el transcurso de los siglos, coordinación, sucesión lógica y encadenamiento natural de las cosas, y los otros, los modernistas, para los cuales no existe lo que ya se ha hecho, para los cuales cada generación (como si fuese esto cosa tan fácil...) debe tener la impresión de abrir los ojos por primera vez y de descubrir el mundo a su manera. Se dice que a estos indicios — el descubrir al mundo y a los hombres con ojos novísimos, sin valerse de la memoria — se reconocen los poetas. Sí, tal vez, los poetas muy grandes. Y ni siquiera esto es verdad. Dante ya conocía, antes del suyo, el mundo de Virgilio. Leopardi ya conoció, antes de sentir de Recanati el mundo de la retama, el mundo épico de Dante y el lírico de Petrarca.

Pero esta "novedad" tiene todavía menos consistencia en cuanto se refiere a aquellos poetas de orden secundario de los cuales vive la literatura si no en los decenios, en los siglos. La vieja guerra literaria, vista por aquel Balzac que veía y preveía todo, se renueva en realidad, cambiando las palabras: el mundo de la literatura y de las ideas contra el mundo de la literatura de las imágenes. Hoy, la nueva literatura más bulliciosa — y menos seguida por el público, agita por doquier, barnizándolo de nuevo, el mundo de las imágenes. Estos novísimos decoradores del mundo, que están en primera fila con barnices y esmaltes, ignoran o rechazan en absoluto las ideas. ¿Balzac? Y se encogen de hombros... ¿Zola? Mucho peor... ¿Hugo? Ni hablar de él... ¿Quién es el que lo lee todavía? Y si paran mientes en Manzoni y en Flaubert, no es por lo que dicen (ideas), sino por el modo como lo dicen (barniz...). Y sobre todo no leen a los precedentes. Ahorrándose esta molestia la nueva literatura en estos tiempos superficiales, que pocos leen lo que se escribió antes. Y desde luego es mucho más cómodo condenar todo en conjunto y enterrarlo todo bajo una palabra escrita en el centro de una lápida: PASADO...

Pero todavía subsisten los que reconocen a las tradiciones y a los maestros, aquellos que, embargados de amor por las letras, todavía no se sienten predestinados a rehacer por sí mismos todo el mundo poético. Estos se contentan con dar en sus nuevas páginas que vienen de lo antiguo (y tal vez de lo eterno) un pequeño trozo de originalidad sin querer entrar por eso en contienda con los gigantes de la poesía, ni escarnerlos pretendiendo encerrarlos en un rebaño como a las ovejas. Todos sabemos como un célebre músico del cual la música brotaba como el torrente de las rocas, Joaquín Rossi, dijo en París que sería capaz — sin libretos románticos y melodramas sugestivos — de poner en música, desde la primera palabra hasta la última, los anuncios de publicidad que en sus tiempos llenaban las cuartas páginas de los periódicos, y recordando esto, un joven poeta italiano, de los tradicionalistas, tuvo una mañana la ocurrencia de poner en versos la química.

Sí, señores, la química. Alberto Cavaliere, joven escritor

calabrés, aventurero y paradójico, habiendo nacido con instintos de vagabundo y poeta, fué condenado desde el principio de los tiempos al ostracismo universitario y destinado por la familia, no se sabe por qué, al estudio de la química. Pero, condenado a estudiar de memoria las fórmulas químicas, pensó versificarlas con rigurosa ortodoxia, permitiéndose solamente la libertad de terminar una fórmula química sobre el cloro o sobre el arsénico con un libre comentario filosófico. Surgieron los versos así, por diversión, en el laboratorio químico, entre un ácido y un reactivo, y Alberto Cavaliere se encontró con que había versificado todo un curso escolástico.

No es de extrañarse por lo tanto si el éxito que obtuvo entre la juventud italiana la "Química en versos", de Cavaliere, fué rotundo, editada por un gran y conocido editor, Zanichelli, de Eolagna, el editor de Carducci y de Pascoli. El ingenioso acrobatismo métrico de Cavaliere divirtió también a los profanos. Pero los estudiantes de química encontraron que aquellos versos ofrecían una extraordinaria facilidad para aprender de memoria las fórmulas. Y las aprendieron tan bien por medio de aquellos versos y de aquellas rimas que muchos de los estudiantes, al ser examinados, respondieron a los profesores no como lo exigían los textos oficiales escolásticos, sino como quiso la Musa químico-experimental de Cavaliere. Y sucedió así que muchos estudiantes, aun sabiendo la química de memoria y de cabo a rabo, se vieron obligados a estudiarla de nuevo en prosa, sin que "arsénico", por ejemplo, rimara con "neurasténico".

Con la popularidad obtenida por la "Química en versos" el afortunado editor brindó a Cavaliere otro tema: desde luego, uno que pudiera interesar al mundo de los estudiantes, buenos compradores de libros que puedan facilitarles, rompiendo de ese modo, toda la monotonía de los difíciles estudios. Y con maravillosa facilidad y singular maestría el poeta didascálico logró entrelazar, uno después de otro, en un rápido y encadenado juego de rimas maravillosamente espontáneas y felices, los millares y millares de septenarios y de octosílabos de la "Historia Romana", narrada en versos desde la fundación de Roma hasta las guerras púnicas, desde los reyes hasta los emperadores, desde los orígenes a la decadencia. El éxito de esta obra fué mayor que el de la química. La filosofía barata de Cavaliere, puesta al servicio de los acrobatismos métricos de las fórmulas químicas versificadas, tenían algo de arbitrario y de artificial. En cambio, en la "Historia Romana", la vena didascálica se funde fácil y naturalmente con la vena satírica del narrador, que ve los grandes acontecimientos en pequeñas

dimensiones a través de una especie de reducción como si mirase por un anteojito puesto del revés. Todas las grandezas romanas, no obstante la escrupulosa exactitud histórica, adquieren en el relato versificado de Cavaliere un cierto sentido grotesco y sublime, caricatura que algunas veces raya en la más completa sátira de las costumbres y de las ambiciones de los grandes romanos; otra sátira se deduce de la comparación entre lo que fueron los



Autorretrato de  
ALBERTO CAVALIERE

romanos en los remotos tiempos de la historia y de tal como hoy día son, o sea comparándolos con los romanos del siglo XVI y de la época de Julio César. En esta historia humorística, redactada con grave y austera sangre fría, hay representaciones y narraciones que difícilmente se olvidan, en las cuales brillan recuerdos y ejemplos de un gran poeta satírico como José Giusti, capaz de esconder en un verso, con facilidad maravillosa y con la mayor espontaneidad, sus más endiablados atrevimientos, para que después, como el que no quiere la cosa, el poeta termina dando una tremenda bofetada sobre la mejilla del lector contemporáneo, al hombre de su época, hijo de sus costumbres.

Naturalmente, como reacción al gran éxito obtenido entre el público con estos dos volúmenes de Cavaliere — uno de los cuales, el segundo, fué consagrado oficialmente por medio de un prefacio escrito por un ministro de las Bellas Artes, Giuseppe Bottai — los poetas del otro campo, aquellos de las imágenes y del mundo completamente renovado, hicieron ostentación de indiferencia hacia el hecho artístico y tuvieron para el poeta apenas si aquella simpatía condescendiente

que se puede otorgar a todo aquel que ejercite una relativa maestría de dedos y se divierte en matar el tiempo — y a hacer perderlo a los demás — con juegos de prestidigitación. En pocas palabras, a los "purisimos", a aquellos para los cuales dos versos deben encerrar el Cosmos entero, los versos de Cavaliere no revelaron el temple de un poeta, sino tan sólo a un virtuoso, a un prestidigitador de rimas, a un acrobata del septenario o del endecasílabo, a una especie de número de music hall como si se tratase de un "rimador" de improvisaciones capaz de encontrar en seguida una rima a nuestro nombre y apellido o el modo de escribir bajo forma de verso cualquier tarjeta de visita.

Los poetas puros aplaudieron, pues, entonces al poeta de la "Química en versos" y de la "Historia Romana" lo mismo que se aplaude a un caballo calculador o a un perro amaestrado con aire de saber leer el alfabeto. Pero buen cuidado tuvieron en no confundir estos juegos y estas acrobacias con el arte, que no tiene nada que ver con estas gimnasias verbales. Pero casi como para contestar anticipadamente a los de la otra orilla, Alberto Cavaliere, por medio de su mismo editor, contemporáneamente al grueso volumen de la "Historia Romana", publicaba un pequeño volumen de versos líricos, completamente personales, sin juegos, sin acrobacias, sin saltos mortales, los versos nacidos en su corazón, los libres cánticos de su alma.

A esta novísima obra "Camino sobre el abismo" seguía otro volumen de libres líricas de Cavaliere, "El descanso del vagabundo", acogidas por la crítica, hace dos años, con aquella indulgencia que haría perder el coraje hasta a las obras maestras, si no fuesen alentadas con gritos de unánime entusiasmo por la mayoría de las nacientes instituciones literarias. Pero los hombres y los escritores independientes — que no poseen un periódico donde manifiesten públicamente la independencia — reconocieron, sin poder levantar la voz, que Cavaliere era un verdadero poeta, de aquellos

que escriben versos porque una voz interior los obliga a escribir y porque, por medio de sus versos, siempre tienen algo que decir.

Con sus patillas a los "Stendhal" de "carbonaro" romántico del 1830, con sus ojos fijos y magnéticos de gitano estático ante su sueño interior e indefinido, con su palabra volcánica que levanta el fuego y las llamas en todas partes, Cavaliere, con capacidad suficiente en todas las artes y habiéndose ensayado en todas las ocupaciones, pasando por los empleos de secretario de aventureros y hasta de actor dramático en compañías errantes, capaz de traducir en tres noches un entero poema dramático de François Porché y de escribir, corregir y copiar en un solo día un libreto de ópera "La Notte del Mille" para Pietro Mascagni, este poeta, franco y agresivamente romántico en épocas de clásicos o neoclásicos, adapta al tiempo moderno cada vez más intransigente con las irregularidades, el calvario risueño y amargo de los "poètes maudits". Las cortesanas, el garito, el amor vivido y fugaz, la fortuna perseguida por medio de una baraja o en el salto de una bolita de "roulette", el contraste al llegar el alba entre la noche perdida y el día fecundo que surge prometedor, toda la vieja sentimentalidad vuelve y resuena, en esta poesía toda italiana, aun desarrollándose en el Quartier Latin o en Montmartre. Poeta de la vida improvisada al capricho del viento y bajo variables cielos, Alberto Cavaliere, es la más bella lírica de su último volumen — lírica titulada "Comendador" — habla al jefe de su oficina en el Ministerio donde él, químico retirado, poeta en actividad de servicio, burocrático de pésimo humor, pasa los días melancólicos, soñando, en fantasías exóticas y lejanos pensamientos, con una evasión más que problemática de lo encerrado al abierto, de lo cierto a lo incierto, del preordenado al romántico, de los días siempre iguales a las horas imprevistas una de otra, siempre diversas, llevadas al alma por los vientos de la tempestad. En la bellísima lírica de Cavaliere confronta las dos mentalidades, los dos hombres, las dos vidas: la aceptación y la rebeldía, el orden y el desorden, la inutilidad obscura de vivir para morir y la ardiente alegría de vivir antes de morir. No se puede decir de qué parte estén las simpatías del poeta. Y en estos tiempos, contra el orden y la disciplina de la vida, sólo osa levantar el contraste la aventurera heroica, la épica conquistadora en el riesgo, el poeta del "Camino sobre el abismo" canta y sueña valorosamente la vida canalla, la vida perdidamente romántica en la fiebre del juego, en la magia de una mujer, en la voluptuosidad del mal, en el capricho de la embriaguez

(Continúa en la pág. 13)

¿QUE PUEDO HACER PARA ALIVIARME DE ESTE DOLOR QUE ME PRODUCE EL LUMBAGO?

EL CAPITAN X. VINO EL MARTES Y DIJO: "SR. FARMACEUTICO, NO HAY NADA COMO EL LINIMENTO DE SLOAN PARA ALIVIAR EL DOLOR PRODUCIDO POR EL LUMBAGO."

**LUMBAGO?** Linimento de Sloan

MATA DOLORS.

P O R  
WIFREDO  
S O L A



Nuestros días oímos hablar con frecuencia de las glándulas de secreción interna, esos maravillosos pequeños órganos, apenas, ponderables algunos, ya ocultos en los más recónditos vericuetos de la cabeza o esparcidos como al azar por cuello y abdomen, y cuya acción esencial, decisiva, para la vida se traduce por efectos a distancia, tan múltiples como insospechados.

Pocos serán, empero, los que sepan que el hecho, por demás aparente, de que algunos mortales seamos altos, otros bajos, gruesos unos y otros magros, depende en principal término del trabajo silencioso de dichas glándulas, realizado misteriosamente desde los albores mismos de la vida.

I.—Función de las glándulas de secreción interna

Ante todo se hace preciso definir el significado de los términos. Glándula, llamamos a todo órgano capaz de producir, de secretar, un determinado humor.

Este humor es vertido por la glándula ya directamente, sobre la superficie del cuerpo (el sudor, verbigracia); con mayor frecuencia en una cavidad interior, por lo común digestiva, comunicante a su vez, aunque directamente con el exterior; tales, por ejemplo, el jugo gástrico y la bilis.

Ahora bien, todas estas glándulas ofrecen canales excretorios propios por donde fluye el humor producido. Por eso decimos que la glándula es abierta y su secreción externa o exócrina (exofuera). Agreguemos aún que la mayor parte de las secreciones orgánicas pertenecen a esta categoría, que es también la más antiguamente conocida.

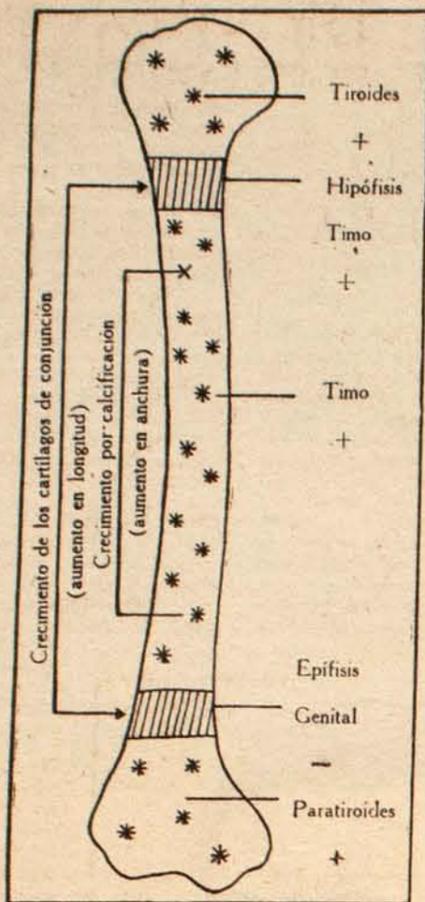
De otra índole son las glándulas de secreción interna o endócrinas, que, como su nombre indica (endo=adentro) vierten el jugo producido (inrección) en la sangre circulante, la que se encargará a su turno de distribuirlo por todo el cuerpo.

Digamos por último que así como existen glándulas puramente externas, (lagrimales, sudoríparas) e internas (tiroides, suprarrenales) las hay también mixtas, como el páncreas y el ovario, que a la par que producen secreción externa (el jugo pancreático y los óvulos, respectivamente), secretan un humor endocrónico, la insulina el páncreas, la luteovarina el ovario.

Las secreciones internas fueron presentadas por el insigne Claudio Bernard, quien en sus memorables lecciones del Colegio de Francia, refirióse hace ochenta años, a las glándulas sin canal propio, considerando con intuición genial su secreción como una propiedad general ofrecida no sólo por estos órganos especiales, sino por todos ellos sin excepción, así como por todo tejido y por toda célula. Tal es el concepto contemporáneo.

Bernard, con ser quien era, sólo conoció, sin embargo, el carácter negativo de las glándulas endócrinas, esto es, la carencia de conducto excretor (de donde su denominación de cerradas) sin referirse al positivo, es decir, la producción de un humor particular, capaz de influir a distancia y de manera diversa sobre los demás órganos del cuerpo.

El descubrimiento de esta correlación humoral interorgánica débese a otro gran fisiólogo del siglo pasado, Brown Séquard. Anteriormente se creía que la relación de simpatía existente entre las diferentes partes del cuerpo era obra exclusiva del sistema nervioso y aun tan sólo de una de sus porciones, el llamado por tal motivo, sistema simpático, pero aquel hombre de ciencia experimentando consigo mismo, demostró que la introducción en el organismo de la inrección genital determinaba una estimulación de carácter



Acción de las distintas inrecciones sobre el crecimiento esquelético

general traducida por un verdadero rejuvenecimiento.

Quedaba así demostrado que en el cuerpo humano, como en el mundo que habitamos, las células (los individuos) y los órganos (las colectividades) tienen dos maneras de relacionarse a distancia, la una vía material o nerviosa, comparable a la red telegráfica, la otra humoral, semejante a la transmisión inalámbrica.

Faltaba para aclarar un tercer punto: de qué manera, por qué mecanismo, estas maravillosas y sutiles antenas, que son las glándulas endócrinas, actuaban a distancia, repercutiendo sobre los rincones más apartados del cuerpo para asegurar así la correlación funcional demostrada por Brown Séquard.

Fué entonces cuando Starling, ya en los comienzos de este siglo, anunció la presencia en las paredes del intestino de un principio específico, la secretina, verdadero "mensajero químico" que transportado por la sangre estimula en la glándula pancreática la secreción de su jugo digestivo. Posteriormente, Scharpey Schafer propuso para los productos análogos la designación de hormonas, palabra de origen griego que significa "yo estimulo".

No todos los principios que genéricamente llamamos hormonas lo son, empero, en el significado estricto del término. Actualmente conocemos las categorías siguientes: 1o. hormonas propiamente dichas, de acción estimulante, como la tiroidina. 2o. autacoides, productos fármaco dinámicos, como la adrenalina de las cápsulas suprarrenales. 3o. calonas ("yo calmo"), cuya acción es opuesta a la de las hormonas, es decir, frenadora; así el extracto de placenta y la luteovarina que moderan, según Gley, el proceso de la ovulación. 4o. harmazonas ("yo armonizo"), que actúan especialmente sobre las formas (morfogénesis), como la citada tiroidina. 5o. parahormonas, citopoyetinas y trefonas, de acción menos precisa y conocida.

Las glándulas endócrinas más importantes son: el tiroides, las paratiroides (para = al lado), el timo, las suprarrenales, la epífisis (epi = encima) y la hipófisis (hipo = debajo).

Las tres primeras se hallan ubicadas en el cuello y en la cavidad torácica, las suprarrenales y genitales en el abdomen y la epífisis e hipófisis en la caja craneana, por encima y por debajo del cerebro, respectivamente.

ENANOS, GIGANTES, MAGROS Y OBESOS

De una manera general la alteración de las glándulas de secreción interna (sistema hormonopoyético) se traduce por uno de los tres estados siguientes: 1o. hiperfunción, en que como indica el nombre, la secreción "in toto" o sus extractos activos se encuentran aumentados. 2o. hipofunción, en que la secreción o sus agentes están disminuidos. 3o. y por último disfunción (dis = alteración), que participa de ambos estados a la vez.

II.—Influencia de las inrecciones sobre la morfogénesis

Consideremos ahora rápidamente, la relación de los órganos endócrinos con el proceso morfogenético.

Es indudable, como dice Gley, que el gran misterio de la vida es el crecimiento, pero el velo que lo cubre se rasga un poco todos los días por los aportes y descubrimientos en el dominio de las inrecciones.

El substrato de la forma humana es dado por el esqueleto: el crecimiento general del cuerpo está regido por el crecimiento óseo y éste depende a su vez del proceso de la osificación.

Nuestro esqueleto óseo está precedido en la vida embrionaria por un esbozo blando, cartilaginoso, apareciendo durante el período fetal puntos o zonas de calcificación en datas que varían para las distintas piezas.

Veamos ahora, siquiera sea someramente, cómo actúan las distintas inrecciones sobre el crecimiento óseo.

Las alteraciones por insuficiencia tiroidea actúan sobre el crecimiento esquelético, en toda la gama, desde el nanismo absoluto hasta el infantilismo ligero modificable por los medios terapéuticos. La acción del tiroides se ejerce especialmente sobre la calcificación.

Con referencia a la hipófisis o glándula pituitaria, su papel sobre el crecimiento es fundamental, resultando maravilloso que un órgano cuyo peso no excede de medio gramo influya tan poderosa y definitivamente sobre el desarrollo esquelético. Además, la hipófisis gobierna el metabolismo de la grasa, lo que explica su relación con la obesidad.

La función de la epífisis, residencia del alma para Descartes, es en cierto modo semejante a la de las glándulas genitales y antagónica de la hipófisis, pues por una parte modera el crecimiento de los huesos largos en el período de la pubertad y por otra determina el síndrome adiposo, si bien por un mecanismo contrario al de la glándula pituitaria (Marañón).

Las glándulas sexuales, más exactamente el tejido intersticial de las mismas, estimulan el crecimiento en el período prepuberal sin que esto signifique que la función no exista con anterioridad; de ahí que el desarrollo esquelético sea tardío e imperfecto en los casos de insuficiencia masculina, como igualmente la curvatura lumbar y el ensanchamiento pelviano en las mujeres privadas de sus ovarios (casos observados por Robert en la India).

Poco se ha adelantado en el conocimiento de la intervención del timo en el proceso del crecimiento, aunque los fisiólogos están contestes en afirmar su acción excitante sobre el metabolismo mineral especialmente cálcico. Weil piensa que el timo es de las glándulas que más influyen sobre el desarrollo esquelético, activando por una parte la calcificación y avivando también el crecimiento de los cartílagos de conjunción.

El esquema que antecede demuestra la influencia de las distintas inrecciones sobre el crecimiento esquelético.

III.—Gordos, obesos, flacos y magros

En condiciones normales de estatura se conceptúa normal en el adulto el peso oscilante entre los 60 y 80 kilos.

La magrura constitucional es propia de los organismos hipertiroides, pues,

como dice Marañón, el tiroides es el fuelle que activa las combustiones del cuerpo. Podríamos añadir, recurriendo a un nuevo símil, que el tiroides es también el fiel de la balanza orgánica. En una persona normalmente constituida el fiel marcará O, pero la normalidad fisiológica no es un valor absoluto, más aun, es excepcional, pudiendo asegurarse que 9 veces entre 10 personas la aguja apuntará hacia el hipero o hacia el hipotiroidismo.

Sin referirnos a la emaciación de los estados catalogados por la clínica, desde la conocida enfermedad de Basedow (llamada también bocio exoftálmico por la propulsión que determina de los globos oculares) hasta el bocio parcial y familiar, los cuales anuncian un aumento evidente de la inrección tiroidea, existe una magrura nata, imputable a un hipertiroidismo moderado, que deriva a su vez de causas diversas y por lo común hereditarias.

El problema del gordo es más complejo, el exceso de adiposidad deriva comúnmente de la disminución tiroidea (hipotiroidismo crónico benigno familiar). También el hipopituitarismo por destrucción del lóbulo posterior de la hipófisis (neuro hipófisis) o la alteración de los centros nerviosos vecinos de la base del cerebro (centros diencefálicos) acarrear igualmente obesidad. Digamos por último que la adiposidad tiroidea es difusa y afecta proporcionalmente todo el cuerpo, mientras la hipofisaria es regional y asienta en las caderas y raíces de los miembros.

La simple gordura más o menos fisiológica y familiar es la forma mínima y leve dentro de la gama de la obesidad por causas endócrinas cuyo extremo patológico constituye el síndrome adiposo genital descrito por Froehlich, mezcla de adiposidad a tipo femenino y de infantilismo, en que intervienen asociados la hipofunción hipofisaria, o bien la hiperfunción epifisaria, con la disfunción de las glándulas sexuales.

El cuadro que sigue resume las consideraciones expuestas:

MAGRURA . . . . .	Tiroides (+)
	Hipófisis (-)
OBESIDAD . . . . .	Tiroides (-)
	Hipófisis (+)
	Sexual (-)

IV.—Altos, gigantes, bajos y enanos

El esqueleto humano normal y adulto, con una longitud oscilante entre los 160 y 170 centímetros y un peso de 10 kilogramos, resulta del equilibrio funcional de las distintas inrecciones. En general consideramos gigante la estatura que sobrepasa los dos metros.

Anteriormente dijimos (véase el esquema) que la osificación por calcificación es influida activamente por tres glándulas endócrinas: el tiroides, el timo y las paratiroides. Ahora bien, el gigante resulta fundamentalmente del alargamiento desmesurado de los huesos de las extremidades y también se ha visto que el crecimiento en longitud está bajo la dependencia de los cartílagos en conjunción. Si dirigimos una mirada al esquema vemos que dos glándulas, el timo y la hipófisis (más exactamente el lóbulo anterior o prehipófisis influyen excitando aquel crecimiento; en cambio la epífisis y las genitales obran frenándolo, por intermedio de las suprarrenales.

Fácil resulta comprender, por tanto, que el hiperpituitarismo puede provocar ya el gigantismo total o bien la acromegalia (acro = extremo, megalia = grande), es decir, el desarrollo anormal y monstruoso de las extremidades. Esto en el extremo patológico de la gama. En cambio, el aumento moderado de la inrección hipofisaria determina el gigantismo fisiológico y los gigantismos parciales que se traducen por el cráneo voluminoso, la mandíbula fuerte, las grandes manos y pies de los

(Continúa en la pág. 40)



N día Marinetti, el enemigo de la mujer y del matrimonio, recibió la sonrisa de una estatua de carne y cayó en sus redes.

El poeta había escrito dramas en que el hombre, al sentir que se atravesaba en su camino el feroz enemigo de la mujer, salía por el balcón, en evasión feliz, porque el piso desde el que el protagonista se tiraba no era un quinceavo piso.

Benedetta reguló al poeta, le hizo viajar hacia países dorados, mezcló su ropa de encajes a su ropa de hombre y en el maletín un perfume mal cerrado se derramaba sobre los secos adminículos varoniles.

La mujer que domina a estos poetas italianos que se quisieron escapar al ritmo clásico de la vida nacional es generalmente una escultura en mármol de las que se ven en los museos de Roma o de Nápoles. Ahora Bontempelli pasea por París con su bella dama, que es como una mujer de líneas y palideces de mármol desenterrado en Herculano y que parece llevar a sus pies al poeta, siempre inclinado como ante un zócalo.

Benedetta tiene, además de un rostro de clara regularidad, una figura alta y esbelta, envuelta en túnicas, por más de que vista a la última moda. En las navas en que ha ido junto al poeta era como Victoria de Samotracia, con cabeza aplacando a los vientos en la proa y adornándose con ellos.

Marinetti ya tiene una mirada de soslayo que busca siempre a su mujer. Ese olvido del alrededor que busca sólo



Dolor

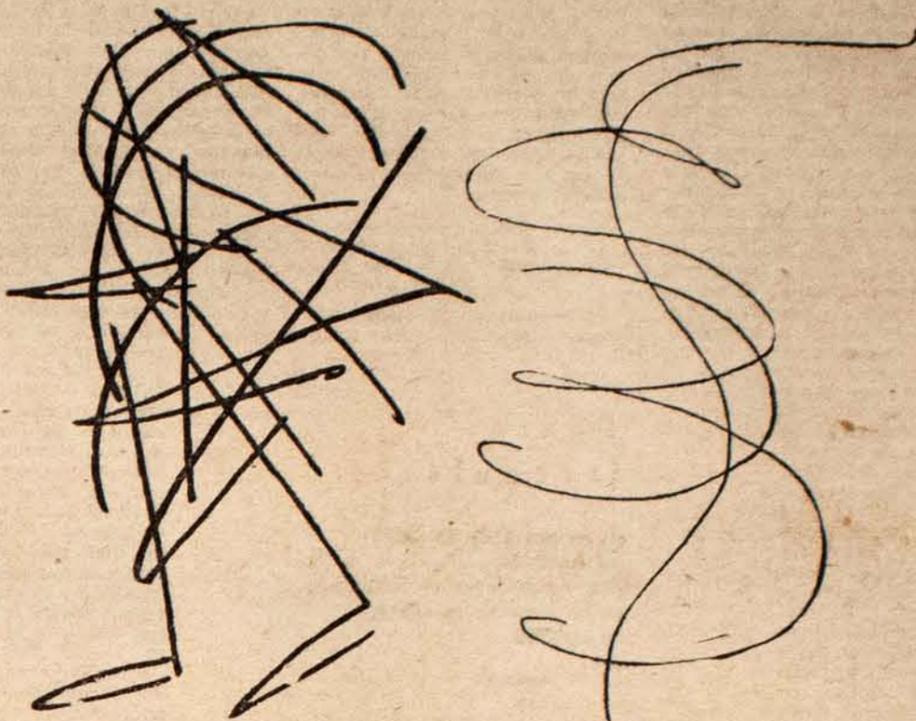
la estrella magnética de la inspiración, y que caracteriza al poeta solitario, ya no lo puede tener Marinetti. Desvía esa dirección pura la interferencia de su esposa, el involuntario gesto de su cabeza preguntando "¿dónde está?", buscando inquieto el sitio en que ella conversa.

Después la poseedora, para afirmar más el sentido de la Tierra y encadenar más al poeta discolor al sentido instintivo del mundo, le ha dado un hijo.

Marinetti, debatiéndose contra las fuerzas nuevas que le sojuzgan, tiene que hacer un esfuerzo bárbaro para declarar sus poesías de juventud, como si a esa locomotora que invita lanzando sobre su cabeza ráfagas de humo y asmáticos ruidosos, la hubiesen añadido más vagones que los que

# UN LIBRO DE BENEDETTA

## LA ESPOSA DE MARINETTI



Fuerza masculina (Armas y plumas)

soportaba cuando sólo era ágil locomotora de exploraciones, marchara en vías libres, en ejercicios de prueba siempre.

Benedetta, como sacerdotisa de otros cultos del presente, se ha enterado de ellos al lado de su esposo. Ha oído las disquisiciones, las promesas, los proyectos. Se ha ido saturando de misión, y así como ha quedado en cinta de un hijo, ha quedado en cinta de unas ideas.

Ella pintaba. Quería situarse en el paralelo artístico del poeta, no distraerle ni competir con él, y para eso nada como el cuadro que aproxime a la mujer al escritor.

Marinetti, cuando lanzaba sus conferencias con proyección, llegaba a veces a la reproducción en cristal gris de un cuadro de su esposa, marinas en que el mar quería ser futurista y latía con regularidades de gran efecto maquinista, y entonces Marinetti, con un tornavoz que la buscaba a ella en el fondo de la sala oscura, decía con noble orgullo y afecto:

—De Benedetta.  
En las noches de recepción en los salones castizos de Madrid, en que se cantaba flamenco, Benedetta aparecía en espléndido traje de noche, desgajada de telas como una estatua, canalizando la lluvia pertinaz del tiempo por el canalillo de su espalda y de su descote.

Cantares de playa que lamiesen su plinto resultaban los cantares de cante jondo, y ella solía estar alegre y resplandeciente ante ese juego popular de la gitanería rozando la forma intacta en perfección plástica.

Supo que yo era autor de un libro sobre los senos, y tuvo la sonrisa desafiadora de la que los guarda de mármol.

De asistir con su marido a fiestas y tertulias fué cuajan-

do en ella el deseo de un libro que definiese a su manera los misterios que iba viendo, y por fin, orgullosa de sus interpretaciones, lanzó ese libro que se llama "La fuerza humana".

La mujer parece conocer el revés del piano, el fondo de las fuerzas vitales, la madeja



Rebelión del yo

inmadejable del misterio.

Se atienden todas las palabras de Benedetta como si descubriesen el juego de los nervios a entrefilarse, pero vemos que con su pudor de madre del hombre no acaba de decir toda la verdad, no quiere aclarar el secreto, deja todos los nidos de sombra en el corazón humano.

Se presente que es la mujer que lo podría aclarar todo, pero sólo pone en su obra esos destellos del rayo que nunca se espera lo bastante en su luz para que veamos el trascielo.

No ha meditado Benedetta estas cosas que dice con la distraída imaginación del escritor; sino que, para que fuese más

RAMON  
GOMEZ  
DE LA  
S ERNA

(Para LA NACION)  
MADRID, agosto de 1930

Fuerza femenina (Espirales de dulzura — Sierpes de fascinación)

eficaz su meditación, ha creado en sus entrañas aparatos de cristal más sutiles que los de los laboratorios, y en ellos ha hecho sus experiencias. En esos finos alambiques, en que ha metido las almas para deducir sus substancias, hay reflejos, estrellificaciones, quejidos de luz que angustian el libro. La Sibila aparece en Benedetta cuando más profundiza en las almas humanas y las hace carear.

Ante todo libro nos colocamos frente a una tertulia, sentimos el diálogo, nos sentamos en el sillón del escuchar. Ante el libro de Benedetta estamos insituados, en vorágine de limbos, metidos en el armario secreto de la mujer, como esos amantes que se ahogan en donde les escondieron.

Todo el mundo lleva el pensamiento lleno de grafitos, pero durante toda su vida tiende a regularizarse, a convertirlos en ringorrango, en caligrafía de colegio. Pero esos grafitos no son regulares, su verdad es abstrusa, quieren decir lo que no se sabrá qué quieren decir, se enquizcan sobre sí mismos, tantean un dibujo como si un artista dibujase con los ojos cerrados.

Benedetta se ha atrevido a dibujar esos grafitos amorfos, diseños de los espiralismos del alma, gráfico de las fuerzas en contradicción que se presentan en todo deseo, lucha atlética de lo lineal que tiene sus combates en el fondo del ser.

Ante el lirismo que creía que todos los sentimientos son palabras, promesas, ilusiones, juramentos, Benedetta opone el sentido cargado de fuerzas del sentimiento, lo dinámico limpio de retórica, el rizo de voluntad que es relicto de las pasiones.

no es una contemplación, sino, según su plano, una dirección, una flecha plástica, un laberinto impetuoso, algo como la pungencia de un órgano secreto, de una especie de hígado del alma.

El dolor para ella no es una letanía de ciertas palabras, una elegía, una mujer llorosa como estatua de panteón, sino una fórmula enrevesada en que se abisma la vida, en que se empotra y embota la flecha del vivir.

Es un esfuerzo de creación y documentación este libro, en que no se ve al personaje siempre preparándose para la excursión y la confesión, metido en remolinos de tinta, atravesado por la estrella negra de su rebelión, subrayado de geometrías, en un lio de haces.

Marinetti queda un poco revelado por esta batalla espiritual que descubre su esposa en el hombre y en el gráfico de la fuerza masculina. Se le ve intrincado, batallador, angulizado de deseos, tal como fué siempre. Yo, que le he conocido flaco, pomulado, con unos bigotes rígidos a lo Kaiser, he reconocido su retrato de juventud, el que interesa a las mujeres, el que copian siempre al representarse al hombre que tienen al lado.

Al representar a la mujer, es cauta Benedetta, y en respecto al tópico de la seducción femenina, dibuja con excesiva sobriedad las líneas insinuantes del vals femenino, el abrazo de tentación que siempre ha sido. Es lástima que no se confiese más, que no descubra lo que hay bajo las redondeadas costillas, que sólo revela la



Arte

cinemática de película corriente, apelando a tan sencillas rúbricas.

Esperemos los nuevos libros de Benedetta en este camino de autoinspección indiscreta, de fórmulas dibujadas, de energética de las turbinas interiores. La rosa de los vientos interior resultará alguna vez aclarada.



Aféites: Usted con  
SUPER CREMA MENNEN

...y note la diferencia

Adiós molestias. Adiós barbas duras, y rebeldes, cutis delicados, tardanzas y malhumor... Con la aplicación de Crema Mennen, afeitarse es un placer más... una distracción grata.

Crema Neutra o Mentolizada

**MENNEN**

Distribuidor para la Argentina:  
H. M. HERZFELD  
Río de Janeiro 229 - 233  
Buenos Aires

### EL POETA CONTRA EL COMENDADOR

(Continuación de la pág. 11)

momentánea, en la morbosidad de un suicidio lento, día por día, hora por hora, fantasía por fantasía. ¿Baudelaire? Tal vez. Pero más humano, sin sombras de veleidades, al contrario, con un candor de corrupción que sonrío en medio de esta perversidad como el sueño profundo de una bondad abiertamente luminosa.

El drama es simple, elemen-

tal, de gran tejido romántico: el poeta contra el "comendador", la libertad contra la burocracia, el vagabundo contra el sedentario, el empleado descontento que archiva papeles de oficina al lado de la ventana, siguiendo en las nubes el inalcanzable ideal, y el jefe de oficina, la persona ministerial de respeto, el hombre sabio y anti-químérico, de costumbres y resignado, que vuelve las espaldas a la ventana y a las nubes y que limita su melancólico horizonte humano a obte-

ner una condecoración o una promoción. Y en todas partes, en cada una de sus líricas, el poeta, con su rebeldía, se pone en contra de todo, oficina o casa, familia o amor, que establezca en su esclavitud, limita, prevé, circunscribe, da al traste con el camino de ensueños de los hombres que los ha de conducir a un porvenir desconocido, reduce lo infinito de los deseos, de la curiosidad, de los anhelos químicos en medio del círculo cerrado de las costumbres, de lo habitual, de las aceptaciones, de la inmovili-

dad no solamente espiritual, sino también real y física. A decir verdad, cuando me he encontrado con Alberto Cavaliere de vuelta de su oficina en dirección a su casa, donde le esperaban sus papeles y sus poesías, siempre me ha anunciado un nuevo viaje suyo: "Iré a Rusia, a un laboratorio químico. Saldré en esta primavera para la China, como representante de comercio... El próximo invierno estaré en Persia, con una expedición"... El

(Continúa en la pág. 19)

# TEMBLOR DE ALMAS

**L**a Naturaleza, madre nodriza, maestra y consejera, a mediados del siglo XVIII gozaba de honores divinos que con elegancia reverencia o apasionado acento le tributaban los espíritus más esclarecidos de la época. Frente al doloroso y triste espectáculo que ofrecían los hombres, con sus luchas, ignorancias y miserias, contrastaba su armoniosa majestad, expresión directa o fiel reflejo de la sabiduría y bondad del Ser Supremo que con matemática regularidad presidía los destinos del Cosmos.

Desterrados a la manera de Lucrecio los Dioses iracundos del manejo personal de los negocios celestes y terrestres, la Naturaleza, fuente inagotable de bellezas, verdades y venturas, recibía plegarias filosóficas reveladoras de sincero optimismo; y como remedio a los males que aquejaban a la menguada y humana condición, se predicaba la vuelta a la madre común, de quien los mortales se habían alejado con veleidosas ilusiones de independencia. Mas por un azar, que en su propia inconsciencia trocóse en ironía, en una mañana del mes de noviembre de 1755 un violento temblor de tierra destruyó la ciudad de Lisboa, pereciendo entre sus ruinas, el agua y el fuego, más de treinta mil pacíficos moradores, que bien ajenos al terrible fin que les aguardaba, llenaban las iglesias, por ser día de festividad religiosa, o se entregaban a sus habituales ocupaciones.

El cirujano inglés Mr. Wall-fall, testigo presencial, en sus curiosas comunicaciones a la Royal Society de Londres describe apesadumbrado sus terribles efectos: "El espectáculo de los cuerpos agonizantes, los montones de muertos y los gritos y gemidos de los enterrados bajo las ruinas supera lo que pueda concebir la más dolorida imaginación."

Semejante acontecimiento que pugnaba con el optimismo reinante y la confianza en la bondad divina o de la naturaleza tuvo hondas repercusiones espirituales. Una ola de horror y de desesperanza invadió el mundo civilizado suscitando reflexiones amargas en los más, con excepción de contados filósofos, que después de atormentadas dudas permanecieron fieles a sus convicciones, tratando de desvirtuar con argumentos sutiles o declamaciones sentimentales, un hecho de la Naturaleza que en forma intempestiva y brutal se erguía a manera de reto ante sus forzosos espectadores. El universo abarcado en su totalidad ¿ofrece huellas en donde la inteligencia de los hombres pueda rastrear los pasos de la Providencia? ¿No es, quizá, un caos de incoherencia creador del Bien y del Mal ajeno a los ensueños y afanes de los hombres, víctimas y espectadores de una pesadilla cósmica, cuyos destellos trágicos logran percibir a manera de relámpagos de pensamiento, para convencerse de la ignorancia de su destino?

El eco de aquel terremoto que destruyó la bella y opulenta ciudad de Lisboa al extenderse a los cuatro vientos hizo temblar almas de las más nobles y excelsa calidad: la de Monsieur de Voltaire en Les Delices, la de Juan Jacobo Rousseau en L'Hermitage y más tarde al llegar a la ciudad de Francfort, estremeció el tierno espíritu de un niño bello como Euphorion, sano y feliz, mimado por sus padres, la fortuna y los Dioses, que se llamaba Goethe.

♦ ♦ ♦  
Monsieur de Voltaire. — Un tanto escarmentado de Federico, el Rey Filósofo, que reservando la grandeza de alma para sus cartas y los campos de batalla, parecía complacerse en prodigar la mezquindad entre sus amigos en las horas de paz,

Monsieur de Voltaire, después de andanzas y persecuciones por tierras de Francia, encontró un delicioso retiro cerca de Ginebra. Allí, desde su finca de Les Delices, apesadumbrado por el recuerdo de la sabia y coqueta marquesa du Châtelet, con quien antaño se entregara apasionadamente a experimentos de física y amor en el laboratorio y en la alcoba, ya viejo recreaba sus ojos en la contemplación del lago Lehman, del Ródano y los Alpes. La calma que llevaba al ánimo de su inquieto dueño la grandiosidad y belleza del paisaje, se afianzaba por la creencia en haber encontrado seguridad para su persona, lejos de los decretos de los Parla-mentos, de las excomuniones de los obispos, de las intrigas de los cortesanos y de la malquerencia del Rey, pues con tanta malicia como melancolía, hubo de escribir: "Il faut que des philosophes aient deux ou trois trous sous terre contre les chiens qui courent après eux".

Sobre sus frágiles hombros pesan más de sesenta años, pero su espíritu eternamente joven, alerta a todo, curioso siempre, en broma y en serio lo prodiga con la generosidad de quien sabe que su tesoro no ha de agotarse nunca. Con frecuencia su cuerpo esquelético parece que va a abandonar la vida. Mas al conjuro del café, nueva agua de Juvencia, resucita con desmedidos bríos ante los ojos llenos de asombro del doctor Tronchin y se lanza de nuevo a la lucha, ya que el cansancio fué una de las pocas cosas con que no trabó conocimiento. El terremoto de Lisboa le sorprendió en su delicioso retiro, acongojando su ánimo tan sensible al dolor de sus semejantes. Sin contentarse con las lamentaciones que forman el obligado cortejo de las calamidades y desgracias, Voltaire examina el inquietante problema del origen del mal y sus misteriosas y contradictorias relaciones con la bondad de la Providencia. De aquí nace su poema sobre el desastre de Lisboa, obra de noble inspiración, donde expresa el terror y la melancolía que le sugiere semejante tragedia de la naturaleza e invoca a los optimistas que proclaman que todo está bien, a que contemplen y mediten.

O malheureux mortels. ¡O terrible deplorable!  
O de tous les flambeaux assemblage effroyable!  
D'inutiles douleurs éternel entretien.  
Philosophes trompés, qui criez tout est bien,  
accourez, contemplez ces ruines affreuses,  
ces debris, ces lambeaux, ces cendres malheureuses  
ces femmes, ces enfants, l'un sur l'autre entassés  
sous les marbres rompus, ces membres dispersés!"

Como hombre se complace de los sufrimientos de sus hermanos; como filósofo declara que no puede explicarse el origen del mal, encontrando tan sólo un cobijo para la desesperanza humana en la idea de la Providencia y termina con estas palabras de estoica resignación que hubiera podido pronunciar Séneca:

"Que faut-il o mortels? Mor-tels, il faut souffrir!  
Se soumettre en silence, adoucir et mourir".

Más tarde en otras ediciones Voltaire suprimió este final,

## Danza irregular

En la punta de un látigo  
mi corazón  
danza una danza en tirabuzón;  
en la punta de un látigo  
mi corazón.

En la punta de un triángulo  
mi corazón  
rebota por el césped como balón:  
un pie y otro lo manda  
a mi corazón.

Vertiginosamente sobre la vara  
del chino prestidigitador  
bola de oro y acero  
gira que gira  
mi corazón.

Flor helada y desnuda  
mi corazón,  
en las ramas de agua  
del surtidor,  
baja y sube a destiempo  
mi corazón.

Alrededor del mundo  
hace cordón  
de baba de luna  
mi corazón.

Ya por hilo de odio,  
ya por hilo de amor,  
trompo a siete colores  
zumba mi corazón.

Remolnea el látigo,  
sigue el balón,  
no descansa la vara  
ni el surtidor,  
otra vuelta da al mundo,  
gruñe zumbón,

Pero forzad la danza  
de mi corazón.

De uno en otro picando  
su rebote es mayor.  
Atajadme! que me alza  
mi corazón.

## Alfonsina Storni

quizás por considerarlo pesimista en exceso, y entreabriendo las puertas a la luz del consuelo, exclama:

"Un jour tout será bien, Voilà  
[notre esperance  
Tout est bien aujourd'hui, Voilà  
l'illusion".

Diríase que quiere engañarse sin lograrlo. Frente a sus más íntimos deseos, la Razón se yergue y a manera de centinela le cierra el paso.

♦ ♦ ♦  
Juan Jacobo. — El ciudadano de Ginebra se refugia en abril de 1856 en L'Hermitage, gozan-

do de las delicias de la primavera en los jardines de Francia. Allí comienza el Emillo y concibe la Nueva Eloísa. Sus trabajos y ensueños no le vedan los encantos del amor. En su alma febril y atormentada se despierta una pasión por la picante y graciosa Madame d'Houdetot, cuñada de Madame d'Epinau, sin que la resistencia de la coqueta apaguen sus entusiasmos de adolescente.

Al recibir un ejemplar del Poema del Desastre de Lisboa, que supone le enviara su autor, Juan Jacobo se cree en la obligación de escribirle, no por razones de mera cortesía, sino por imperativos de su conciencia. Quien proclamaba la bondad de la naturaleza y aconsejaba con acentos de apóstol la vuelta a su seno para que la felicidad, lo que vale decir tanto, la justicia, la igualdad y la virtud, reinara sobre la tierra, había de sentirse herido por las flechas impregnadas de pesimismo, que en forma de versos disparaba Voltaire.

El filósofo errante se dirige a su colega ya sedentario y defendiendo su razón contra las seducciones de la poesía, le reprocha que en vez de los consuelos que esperaba hallar en su lectura le aflija aún más en su desgracia, complaciéndose en acentuar las miserias anejas al destino humano. Mas, sin negar la existencia del mal particular, cosa indudable, lo que procede averiguar es si todo está bien para el todo. ¿Acaso las contradicciones dolorosas no se funden en una armónica unidad dentro de la obra de la creación?

Frente a los argumentos maliciosos de Voltaire, los sentimientos de Rousseau reivindicaban sus fueros, y con vehemencia no exenta de ironía, exclama: "No puedo menos de notar a este respecto una oposición bien singular entre los dos. Harto de gloria y desencantado de las humanas grandezas, vivis libre en el seno de la abundancia; bien seguro de la inmortalidad, meditáis tranquilamente sobre la naturaleza del alma, y si el cuerpo y el corazón sufren, tenéis a Tronchin por médico y amigo; a pesar de esto no encontráis más que mal en la tierra. Yo, hombre oscuro, pobre, y atormentado por una enfermedad sin remedio, medito con placer en mi retiro y encuentro que todo está bien. ¿De dónde viene esta contradicción aparente? Vos mismo lo habéis explicado. Vos gozáis, yo espero, y la esperanza lo embellece todo. No; he sufrido demasiado en esta vida para no esperar en la otra. Todas las sutilezas de la metafísica no me harán dudar de la inmortalidad del alma y de una Providencia bienhechora." Su alma sedienta de infinito, hermana

de la de Pascal, el gran poeta de la ansiedad humana, invocaba las razones del corazón para explicarse la trágica ignorancia de su destino.

Esta carta conmovedora tuvo una breve y burlona respuesta que incendió en ira a Juan Jacobo. El 12 de septiembre del mismo año Voltaire escribe: "Perdóneme que deje estas discusiones filosóficas, que no son más que diversiones. Tengo una sobrina enferma, yo estoy enfermo, y hago de enfermero". A decir verdad, la respuesta fué aplazada, pero llegó a su hora y cumplidamente con las andanzas de Cándido, las ingenuidades de Cunegunda y las reflexiones optimistas del Doctor Pangloss.

♦ ♦ ♦

Euphorion. — En la imperial ciudad de Francfort, un niño bello, curioso y juguetón, anima con sus travesuras una vieja casona en la calle del Foso de los Ciervos. El consejero aúlico Gaspar Goethe, paternal y metódico, se ocupa con seriedad de la educación de Johann Wolfgang, bajo la mirada tierna y sonriente de la madre. Cornelia, una mujercita que adora los cuentos maravillosos, recibe las confidencias y participa de las risas e infantiles enfados de su hermano. En el alma naciente del niño brotan inquietudes espirituales como florecillas tempranas. El Dios que está en contacto íntimo con la naturaleza, que la reconoce y ama como a su propia obra, se le aparecía como el Dios verdadero, sin que pudiera representarse a este Ser con una figura determinada. De aquí que le buscara en sus obras y le erigiese un altar al modo del antiguo Testamento, en donde diversos productos naturales representasen alegóricamente el mundo; sobre ellos ardería una llama que significaba el corazón de los hombres ascendiendo hacia el creador.

La ingeniosidad del niño dió en una sutil combinación que le permitía satisfacer sus religiosos deseos. Colocó sobre un atril una colección de minerales, y valiéndose de un espejo ustorio, provocó una llama. El primer experimento le llenó de contento; mas al repetirlo un leve incendio arruinó su obra, y ante sus crédulos y sorprendidos ojos, surgieron indelebles huellas negras, como si por allí hubiese pasado un espíritu del mal para advertirle de lo peligroso que era acercarse a Dios por semejantes caminos.

Al correr del tiempo y sin que su precoz curiosidad hubiese tenido parte alguna, llegada a sus sensibles oídos la nueva del terremoto de Lisboa, quedó destruida de un modo violento la serenidad del espíritu de aquel niño; según confesión de los años maduros, entonces comenzó a sospechar de la bondad de Dios.

♦ ♦ ♦

Voltaire, Rousseau, Goethe. — Cuando el espíritu humano se duerme en un sueño feliz diríase que la naturaleza, inspirada por un demiurgo maligno, se complace en despertarlo. De labios del español Baltasar Gracian, salieron estas palabras que tienen, a un tiempo, resplandores de verdad y sabor a ceniza: "Madrasta y no madre se mostro con nosotros la Naturaleza, pues lo que nos quita de conocimiento al nacer, nos restituye al morir.

De las entrañas doloridas del hombre brotan imprecaciones o plegarias lanzadas como flechas al infinito. Toca al filósofo poner su alma en tensión heroica, y acallando los anhelos del corazón, no sin penoso esfuerzo, mantenerse en la noble posición bipeda ante el misterio. Hacia la otra orilla de la Estigia vuelan nuestros más íntimos deseos y angustiosas preguntas:

¿El Averno? ¿Los Campos Eliseos? ¿Un sueño sin despertar? Tal es el secreto de Caronte.

RAFAEL SANCHEZ DE OCAÑA

# PASION Y MUERTE DE BOLIVAR

POR  
**JOSE MARIA SALAVERRIA**

(Para LA NACION)  
MADRID, agosto de 1930

**L**a Sociedad de los Amigos del Arte ha abierto en Madrid una exposición dedicada a la colonización española en las Indias.

Yo me he apresurado a visitar la exposición, y lo primero que descubre mi mirada es un retrato al óleo de Simón Bolívar. Por estos días me encuentro tan lleno de estudios y recuerdos bolivarianos que la presencia de ese retrato del Libertador casi me ha parecido providencial. Y a su vista, como quien está realmente obseso, me he entregado al juego de las evocaciones imaginarias.

La imaginación me conduce al momento de la vida de Bolívar que aproximadamente representa su retrato. Es la época que sigue a las grandes victorias; después de Junin y de Ayacucho; cuando los pueblos ponen en sus manos el máximo poder.

¿Se resolverá por último Bolívar a ceñirse la corona de rey? Esta es la interrogación que ocupa las mentes de sus admiradores de todo el mundo. En Europa le siguen con creciente expectación; comprenden que se halla en el instante peligroso en que todas las fuerzas de la insinuación le estrechan el cerco y le empujan hacia lo irreparable; y todos sus admiradores del mundo le han amado precisamente porque personificaba el ideal de libertad, el gesto redentor frente a la tiranía y al espíritu de los tiempos viejos. Si vencieran esas fuerzas de la insinuación ambiciosa, si accediese a ceñir una corona, Bolívar caería de ese pedestal de gloria al que le ha encumbrado la admiración del mundo, para sumarse al número de los grandes aventureros históricos. Demasiado lo sabe él. Por eso rechaza indignado a cuantos le proponen la realeza. Prefiere el título nada más de Libertador. ¿Nada más? Pero es un título que vale por todas las coronas del mundo.

¿Si los años de juventud y de vigor no hubieran pasado tan pronto! A los cuarenta y cinco años se siente tan sin energías como un hombre de sesenta. La tisis que ha heredado de su madre está haciendo estragos en su organismo. "Una calma universal, o más bien una tibieza absoluta, me na sobrecogido y me domina completamente..." Demasiado comprende que en semejantes circunstancias, cuando la voz exacta de la naturaleza le está descubriendo el secreto de su breve vida, mejor que en coronas le conviene pensar en la postura con que ha de trasladarse y quedar fijo en el fondo de la Historia.

La sombra de Napoleón le persigue también en este caso. ¡Genial y funesto precedente! Los que le adulan le enfrentan con el espectro del extraordinario corso, invitándole a imitarlo, y los que le admiran desde lejos temen que, efectivamente, se deje arrastrar por el mismo camino que condujo a Bonaparte al trono. ¿Pero qué hay de semejante en los dos vencedores? La genialidad, el don de vencer en la guerra y la virtud de conmovier y dominar a las muchedumbres les son comunes. Y no más. Bonaparte es el tipo auténtico del aventurero que nada es por sí mismo, sino por la oportunidad de las circunstancias; es el obscuro extranjero que se engancha en el ejército de la Fortuna y llega, trepando, al puesto de la cabecera. Bolívar recuerda más bien a César. Bolívar es el patricio que nace grande y principal por derecho propio y sin pedir ayuda a la oportunidad. Nace para mandar. Es cesarista legítima y naturalmente. Y por lo mismo, aunque en el fondo le halague y le tienta la idea, no se apresura a coronarse rey. Después de todo, hace bastantes años que está ejerciendo de emperador. Como César. Lo mismo

que César, Bolívar es el Dictador por naturaleza y por antonomasia.

A continuación del frustrado asesinato en la noche del 25 de septiembre de 1828, Bolívar se deja caer por la pendiente de la reacción empujado por los interesados consejos de sus amigos y por su deseo de salvar la obra de la Gran Colombia. Y también por la ruina de su organismo, por la vejez que avanza, por el negro pesimismo que invade su mente. Puesto que en la conspiración capitaneada por Santander han intervenido muchos estudiantes y algunos catedráticos de Bogotá, un decreto manda reformar los estudios universitarios, empezando por suprimir los

tratados de legislación de Jeremías Benthan (el autor fervorosamente amado por Bolívar en los años juveniles), porque, según explica el ministro, "contienen, al lado de máximas luminosas, muchas opuestas a la religión, a la moral y a la tranquilidad de los pueblos, de lo que ya hemos recibido primicias dolorosas". En lo sucesivo los estudiantes deberán asistir por uno o dos años a una cátedra de fundamentos y apología de la religión católica romana, de su historia y de la eclesiástica, "procurando que sea el tiempo bastante para que los cursantes se radiquen en los principios de nuestra santa religión, y puedan así rebatir por una parte los sofismas de los impíos, y por otra resistir a los estímulos de sus pasiones..."

¿Se acabó! Aquel sol brillante que abrasó al Nuevo Mundo con su fuego y extendió sus fulgores hasta los horizontes más remotos, ahora marcha tristemente a su ocaso. Todos los ademanes de la juventud le han fallado. Y en esta ocasión es cuando arrecia en torno la maquinación monárquica. Es verdad que la idea de república ya no inflama los espíritus como antes; en Francia han vuelto a reinar los Borbones, y los Estados Unidos no son todavía, por su modestia, un motivo de admiración para nadie. La posibilidad de establecer la monarquía en América no produce, pues, ni asombro ni repugnancia. Son muchos los que confían en que un rey constitucional, un rey venido de alguna estirpe europea prestigiosa serviría para ahogar los gérmenes de disolución que están haciendo inalcanzable la vida ordenada y segura de las nuevas naciones. Se ha perdido la fe en la capacidad política de los criollos. Y Bolívar es el más desengañado de todos. Bolívar quisiera, en efecto, que un rey venido de Europa gobernase en Colombia, pero que reinase precisamente como un monarca constitucional inglés. Y que él, Bolívar, conservase, entretanto, vitaliciamente, el puesto de Dictador, para pasar luego a la historia con el único título de Libertador.

Contra este natural egoísmo del grande hombre trabajan, sin embargo, sus secuaces, que aspiran ante todo a conseguir sus fines de poderío a la sombra del héroe. El héroe transformado en rey salvaría la unidad de Colombia, inutiliza-

ría al partido federal y daría el mando permanente a los conservadores. Ya desde 1825 había tramado el general Páez en Venezuela una especie de complot monárquico, en su odio a los "curiales y letrados" que capitaneaba Santander. Bolívar se apresuró a condenar el in-

transmitir el trono a sus descendientes.

Pero las negociaciones no resultan fáciles como parecían al principio. ¿A qué gran dinastía de Europa se encargará un príncipe adecuado? No hay que pensar en uno de esos principillos que tanto abundan en los pequeños Estados alemanes. Se desea un monarca prestigioso. Que no pertenezca a la casa real de España, desde luego. Un príncipe francés sería muy bien acogido, si no fuera porque Inglaterra se opone en absoluto a la intromisión de Francia en el nuevo continente. Y Francia, por su parte, no consentiría en proporcionar un rey a Colombia por su amistad y respeto a España, que aun no

ha renunciado oficialmente a sus legítimos derechos. Y tampoco el gobierno de Londres se presta a ceder uno de sus príncipes. Así es como queda por último descartada la idea de una monarquía en Colombia.

Todo, mientras tanto, marcha a su término conducido de la mano de la fatalidad. Centralistas y federales riñen sus luchas más terribles, en presencia de un hombre que se ve rápidamente empujado hacia el sepulcro. Tremenda agonia del hombre que lo ha podido todo, que estaba acostumbrado a dominar las más grandes tormentas y que ahora siente que las fuerzas le fallan, que los

hombres le traicionan! Ha tenido que sufrir el dolor y el despecho de que el general La Mar invada Colombia con las tropas del Perú; el general Sucre, con fuerzas inferiores, ha batido fácilmente a los peruanos. Pero en seguida es Venezuela la que reclama la separación de Colombia, sin aguardar a que el héroe termine sus días. Y será el general Páez quien ampare la rebelión, quien niegue al héroe y desnude su espada contra él. Y Venezuela, la patria y el amor de Bolívar, será la encargada de vituperar, aborrecer y despedir como a un ser peligroso y despreciable a su propio hijo. La ciudad de Puerto Cabello pide que el nombre de Bolívar "sea condenado al olvido".

Ya no le queda otro recurso que el destierro. Marcharse. ¿Y adónde se marchará ese pobre cuerpo flaco y triste? ¿A Europa? ¿Tal vez a Jamaica? Imagina y plantea su viaje con esa febril ilusión, en cuyo fondo se oculta el pánico, peculiar a los tuberculosos desahuciados. Desea huir de su patria y de la muerte. Pero en Cartagena tiene que detenerse y esperar a que sus parientes de Caracas quieran o puedan remitirle los fondos que ha solicitado; porque se da el caso, por cierto bien original, de que este hombre que ha nacido en la opulencia, que ha tenido bajo su poder los caudales de cinco naciones, que ha rechazado el donativo de un millón de pesos fuertes que le brindara el Perú, ahora se encuentra tan pobre y miserable de dinero como de salud.

En esto le llega la terrible noticia. El general Sucre, aquel modelo de caballeros, el noble vencedor de Ayacucho, el joven héroe todo esperanza y energía, ha sido asesinado co-

bardemente, obscuramente, en la soledad de Barranquilla, allá en Colombia. El golpe destruye el alma del Libertador y apresura el avance de la enfermedad. Su vida está inexorablemente arruinada. Por eso, a los que le instigan a volver a Bogotá para hacerse cargo de la Presidencia, les responde con lúcida y aterradora amargura:

"Todas mis razones se fundan en una sola: no espero salud para la patria. Este sentimiento, o más bien esta convicción interior, ahoga mis deseos y me arrastra a la más cruel desesperación. Yo creo todo perdido para siempre, y la patria y mis amigos sumergidos en un piélago de calamidades. Si no hubiera más que un sacrificio que hacer, y este fuera el de mi vida, o el de mi felicidad, o el de mi honor, créame usted, no titubearía. Pero estoy convencido de que este sacrificio sería inútil, porque nada puede un pobre hombre contra un mundo entero; y porque soy incapaz de hacer la felicidad de mi país, me deniego a mandarlo. Hay más aún: los tiranos de mi país me lo han quitado; así yo no tengo patria a quien hacer el sacrificio."

Ni siquiera puede apresurar la marcha al extranjero porque carece de los más elementales recursos. El dinero no llega. De Cartagena se traslada a Soledad y Barranquilla. El primero de diciembre desembarca en Santa Marta y tienen que transportarlo a tierra en una silla de brazos. Está flaquísimo y desfalleciente, con una nerviosidad inquieta que produce angustia a cuantos le miran. La voz sale ronca, le sacude una tos profunda y constante. Digiere mal. Los cabellos se le han enralecido y aparecen grises, lacios, sobre la frente descolorida. Se ha encogido su cuerpo hasta parecer un hombre chiquito. El médico francés Reverend y el cirujano de una fragata norteamericana, Mac-Night, auscultan al enfermo y pronuncian el irremediable diagnóstico: tuberculosis pulmonar y la muerte para dentro de pocos días.

Los aires del campo le sen-

(Continúa en la pág. 34)



Simón Bolívar en su edad madura

tento. "Yo diré al general Páez, escribía, que debe temer lo que Itúrbide padeció por su demasiada confianza en sus partidarios; o bien debe temer una reacción horrible de parte del pueblo, por la justa sospecha de una nueva aristocracia destructora de la igualdad. Esto y mucho más diré para borrarles del pensamiento un plan tan fatal, tan absurdo y tan poco glorioso. Plan que nos deshonraría delante del mundo y de la historia; que nos atraería el odio de los liberales y el desprecio de los tiranos; plan que me horroriza por principios, por prudencia y por orgullo." Estas últimas palabras reflejan de modo definitivo el pensamiento de Bolívar con relación a la corona real.

Ahora estamos en 1829 y la campaña monárquica cobra un acento mucho más vivo. Los progresos que hace la implacable enfermedad en el Libertador aumenta el miedo y la impaciencia de los amigos, quienes consideran con exactitud que el único vínculo de la Gran Colombia es el héroe, débil ya y caduco. Miran a venezolanos, granadinos y quiteños odiarse cordialmente; cómo cada elección de presidente o vicepresidente ocasiona motines, y cómo, en fin, los infinitos caudillos locales mantienen latente el espíritu de revuelta. Consideran todo esto, y en su desolación de republicanos defraudados ponen su esperanza en una monarquía constitucional, a condición de que Bolívar mande en ella lo poco que le queda por vivir, con el título de Libertador Presidente; pero que desde luego se llame a un príncipe extranjero, quien se erigirá en primer rey con derecho

## ¿Se Quemó Ud.?

**P**UES aplíquese Iodex inmediatamente. Este espléndido y calmante unguento amen-gua el dolor y apresura la cicatrización. No hace daño usar Iodex: ni irrita la piel, ni la mancha.

Se vende en todas las farmacias. Los médicos lo recomiendan.

MENLEY & JAMES, LTD  
70 W 40th St., Nueva York  
E. U. A.



# IODEX



**P**OCAS personas habrá ha oído menos sensibles que yo a las emociones teatrales. Jamás pude perder, ni por un instante, durante un drama o comedia, la conciencia de hallarme frente a "una ficción". Sólo me subyugó a veces el teatro fantástico o poético, justamente porque no pretendía ser la realidad. ¡Pero el teatro realista!

El ver a una actriz, así sea de primer orden, llorar en la escena, me exaspera; encuéntrala tan ridícula que me avergüenzo por ella y por mí. Esto me sucedió siempre, desde los juveniles tiempos en que el teatro era mi pan de cada día. En los momentos álgidos del drama no dejaba nunca de ocurrírseme alguna idea que convertía en cómico lo trágico. Y más de una vez, comunicando esta idea a alguna amiga, nuestras mal contenidas risas provocaron la indignación de algún vecino de palco o de platea que, como dirían mis nietos, había "pillao la vida en serio". Hubo siempre en mí como una incapacidad de tomar a lo serio el teatro serio, aparte del elemento musical o artístico.

Mas he aquí el cinematógrafo que, con argumentos a veces absurdos — cuyo valor moral dista mucho de aquellos dramas en que solía reír — me desarma por completo. Aquí no hay ridículo que me valga. Si alguno se pone triste, triste me pongo yo. Mis lágrimas corren por la más trivial aventura romántica, por una insignificante escena de ternura. Las alegrías, las sorpresas; todo se me impone. Mi corazón late con fuerza cuando el minuterio está a punto de marcar la hora fatal, mientras el que impediría la tragedia, lejos todavía, y en medio de una desenfrenada carrera, tropieza con un nuevo obstáculo. ¡Emoción no amenguada por la seguridad de que se llegará exactamente a tiempo! Inútil añadir las noches de desvelo que me traen las escenas de locura y de terror... ¡a mí, que antes me jactara de la tranquilidad de mis nervios!

¿Sucedeme esto por haberme tomado el cinematógrafo tan de sorpresa? Desde el mar del destierro y en la barca de mi viudez fui a encallar frente a la pantalla como el naufrago ante una costa extraña. E inesperada... pues jamás presentí la importancia de este moderno invento.

Las personas de mi generación asistieron a la aparición del cinematógrafo; se maravillaron ante los primeros ensayos cuya torpeza, según me cuentan, nos haría ahora reír; y los más jóvenes han nacido, puede decirse, frente a la escena muda. Sus figuras no les son menos familiares que la sombra de los árboles que el viento mueve sobre un muro, o que las ventanas de la casa de enfrente. Lo cual equivale para ellos a no haber nunca visto el cinematógrafo por la primera vez.

Pero yo — ¡voto a la manivela, al obturador y al celuloide! — yo sí que lo vi por primera vez. Por la serie de circunstancias narradas en estas memorias, fué hacia "el medio del camino de mi vida" que me hallé, no diré "perdida en una selva oscura", pero sí llena de expectante emoción en una obscura sala. No había yo conocido los tanteos de la "moving picture", ni me había habituado a ella desde la infancia. Soy, pues, poseedora de una "primera impresión" nada común: la de haber mirado con ojos absolutamente nuevos — y a la vez hechos ya para la vida — un cinematógrafo en todo su apogeo.

Interesaría, por cierto, conocer una impresión paralela: la de aquellos campesinos, igno-

rantes hasta del pico de gas, a quienes se les muestra hoy, de pronto, el cinematógrafo. Pero no es del todo mi caso, ya que, sin gran jactancia, puedo decir que era yo una persona civilizada — harta de ampollas eléctricas y decoraciones teatrales cuando descubrí el Séptimo Arte.

Dichoso arte que tiene el arte de manejar-me como un juguete; de hacer de mí, tan pronto un ser romántico y sentimental, como... ¿No me sorprendí alguna vez en no sé qué vacilaciones de mis principios morales, alegrándome con el pícaro que vence, el ladrón que se casa con la niña angelical, o la bailarina de ligeros cascos que roba su novio a una muchacha juiciosa?

He oído y leído las impresiones del ciego de nacimiento que, por una feliz operación, adquiere el don de la vista. La falta de experiencia de este "nouveau riche" le hace incapaz de apreciar el espacio que le separa de las cosas. Todo lo ve en un mismo plano; parecele que todo se le viene encima. No se atreve a dar un paso creyendo dar de narices con una pared que se halla, sin embargo, a cinco metros de distancia. Y por otra parte, según leemos en "Marianela", obra de Pérez Galdós, su apreciación de lo bello y de lo feo es absurdamente exagerada. Se extasia ante un vidrio de color, y un tintero chorreado de tinta le parece un objeto monstruoso.

Y bien: alguna analogía encuentro entre estas impresiones y las que yo experimenté al abrirse mis ojos ante una "superproducción", sin haber antes presenciado el más mínimo ensayo de la fotografía del movimiento: ¡la realidad de las cosas "se me venía encima"! Parecíame que aquella realidad objetiva se exacerbaba como en una pesadilla; que ella asaltaba mi ser con extremada impertinencia. Entrábaseme por los ojos, se incrustaba en mi cerebro, sin llamar a las puertas, sin darme tiempo de pensar. La distancia moral entre aquellas representaciones y mi ser íntimo desaparecía de una manera absoluta.

¡Sí; aquellos seres y aquellas cosas se revestían a mis ojos de una realidad más fuerte que cuanto viera antes en la vida. Aquella evidencia, insolente casi, no dejaba nada en la penumbra; todo era allí "demasiado real". Me hacía el efecto de una claridad físicamente excesiva derramada sobre el mundo, de un excesivo triunfo de las apariencias. Nada podía ser vago ni fugaz. Una sonrisa, una cabellera, adquirían no sé qué fuerza de "ser" que las convertía en una "super-sonrisa", una "supercabellera", para expresarme en el lenguaje de las empresas.

¿Explicarán los sabios esta impresión de realidad lograda por fantasmas de hombres mejor que por los hombres mismos? No soy sola en sentir de esta manera... Uno de mis nietos, chichuelo "habitué" del cinematógrafo, al ser llevado por primera vez al teatro y querer luego contar lo que ha-

bía visto, díjonos: "Era una imitación del cine; pero no estaba muy bien hecha. La gente no parecía de verdad... Y además, no se entendía tan bien". Mi nieto ha coincidido,

del hombre bueno en bestia humana, sino que aquellas figuras me obsesionaron por más de un mes...

Han pasado algunos años desde aquellas primeras experiencias mías... y debo confesar que mi sensibilidad ante la pantalla no ha variado gran cosa. Jamás pude, por ejemplo, soportar las escenas de torturas corporales. "¡Avisame cuando hayan terminado", digo invariablemente al compañero. Y el espectáculo de la maldad moral en algunas películas rusas ("Iván el terrible" y otras) ha llegado a descomponerme.

Y hay otra clase de impresiones... Durante el desarrollo de aquel estupendo "film" alemán titulado "Metrópolis", yo percibía, inconfundiblemente, no sé qué soplo diabólico que me sería difícil explicar. Una especie de vértigo, a ratos intolerable para mis nervios, haciame evadir los ojos, tratando de "escapar" espiritualmente de aquel ambiente fantasmagórico que me daba la impresión de lo infernal...

Y escenas hay, ni espeluznantes, ni fantásticas, ni perversas, que me son igualmente intolerables, y ante las cuales bajo la vista como una colegiala... Es decir, como una colegiala de los tiempos en que yo era colegiala. Sólo por temor al ridículo no digo entonces a mi vecino: "¡Avisame cuando hayan terminado..."

Y entonces me he planteado este problema: Si sobre mí, a quien la vida no ha ahorrado impresiones fuertes; sobre mí, madre y abuela de larga familia, esto tiene tal poder, ¿qué pasará en los espíritus noveles? Con terror me he preguntado cuáles serán las impresiones del niño a quien, casi sin control, se lanza frente a la pantalla. La vida nos va sabiamente dando las cosas poco a poco; el cinematógrafo lo da todo de golpe a algunos niños. Cuando los veo en algunas vistas, imagino siempre que no tienen madre. ¡Sólo que hubiera en Buenos Aires una terrible proporción de huérfanos!

Pero tampoco en este terreno me faltaron las sorpresas. Cuando durante escenas que mi delicadeza de mujer me impide describir aún en estas páginas íntimas, mis desocupados ojos han vagado por entre la concurrencia, con estupor he advertido que otros ojos, por cierto más candorosos que los míos, fijábanse con avidez en la pantalla; que muchos bellos ojos de chichuelas de catorce años, miraban sin turbación aquellas cosas...

¿Era inocencia? Nunca fui inclinada a mal pensar; pero mi habitual y bello optimismo que, según me dicen, me conserva joven a pesar de mi cabello enteramente blanco, no encuentra esta vez una rendija por donde colarse. Inocencia, sí, antes de ver aquello. ¿Pero "después"? ¿Pero "mientras" se estaba mirando? ¿Con esa peculiaridad de hablar a gritos que tiene el arte "mudo", no dejando medio de darse por no entendido! En el teatro, como decía mi nietecito, "se entendía menos", y una chichuela podía no ver, no oír... Pero aquí, no hay ceguera que valga mien-

tras se tengan abiertos los ojos. Como mis nietos mayores comienzan ya a hablar, a propósito de arte, de "la nueva sensibilidad", esta palabra que mucho me intriga, se me da vuelta en tales ocasiones, y me digo mirando a esas chiquillas: "¡He aquí la nueva "insensibilidad"!".

Hubo un tiempo en que las mujeres se desmayaban al ver un ratón, o al serles presentado un hombre de letras que consideraran grande. (¡Pensar que Voltaire causó más de uno de estos románticos desmayos!). Confieso que muchos hombres de letras me fueron presentados sin serme necesario el frasquito de sales; y que desde chica he salvado la vida, abriendo la trampa, a más de una lauchita que encontraba deliciosa con su vestido de terciopelo gris y sus vivísimos ojillos. Pero, a pesar de estas insensibilidades, yo no puedo friamente mirar aquellas escenas que las chicas de hoy miran sin pestañar...

No hay duda, pues, que la sensibilidad femenina sufre grandes y sucesivos cambios. Las mujeres actuales, por ejemplo, sienten poco el frío y poco el sol. Necesitan menos del vestido. Y otras cosas hay en que demuestran una sorprendente insensibilidad y sobre las cuales he de volver en estas memorias. ¿Dónde entonces se ha refugiado "la nueva sensibilidad"?

No creo que ella consista justamente en una disminución de la sensibilidad misma: en permanecer impasible ante los "films" más espeluznantes, o en que candorosas criaturas puedan fijar sus ojos, sin el más leve indicio de rubor, sobre escenas que... ya me entiendo yo, y basta. Debe haber por otros lados un "superávit", y es lo que yo busco...

¿Han llegado los jóvenes a tomar el olor de las estrellas? ¿Perciben la música de las esferas celestes? ¡Ay! Yo me muero de envidia... Si alguno leyerá por sobre mi hombro, diría que me aparto de mi tema; mas no es así. Pues, ¿de dónde sino de este Séptimo Arte, puedo esperar la revelación del misterio? El cinematógrafo, vidrio de aumento que todo lo intensifica, está en el deber de iniciarnos en estas nuevas y para mí desconocidas capacidades del sentir...

Desgraciadamente, todas las cosas tienen su decadencia y su fin. Y, sin darme la clave del enigma, veo con pena agonizar el arte mudo. He aquí el "film" sonoro. He aquí el "film" "hablado" que viene — a mis ojos, por lo menos —, a deshacer todo el hechizo. Como si asistiera a un episodio de cuento de hadas en que hubiera de guardarse un gran silencio, porque a la primera palabra, el palacio se convertirá en choza, la princesa en bruja. Quizá se trate sólo de un mal momento; de los borradores de "otra" maravilla. Tal vez se perfeccionen las cosas hasta resultar el cinematógrafo parlante y sonoro, la suma y culminación de todas las artes. ¡Pero por ahora!

El cine-ópera, el cine-opera, requieren artificialidad y color en la decoración — ya que el hablar o el vivir cantando es artificio, todo se ha de poner de acuerdo. Y podría todo aprobarse si nos lo presentaran como "otro" arte, el Octavo... del cual podamos decir lo de las lentejas: si las quieres las tomas y si no las dejas. Pero que no nos echen a perder este Séptimo Arte, cuya característica, y mayor valor probablemente, es la verdad de los ambientes; el moverse en escenarios reales: au-

(Continúa en la pág. 42)

## EL SEPTIMO ARTE DE LAS MEMORIAS DE UNA MUJER DE LA VIEJA SENSIBILIDAD POR DELFINA BUNGE DE GALVEZ

*La autora de estas Memorias se precia de ser "una mujer fuerte", y en parte ha demostrado serlo, viéndose obligada, durante algunos años, a sostener una fuerte lucha por la vida. En los manuscritos que me ha confiado, creo, sin embargo, descubrir que ella no es en el fondo más que un corazón lleno de viejo romanticismo. Ha consentido en la publicación de algunas páginas con la sola condición de callar su nombre. Como tanto se habla ahora sobre el cinematógrafo, me han parecido no carecer de interés aquellas en que narra sus impresiones sobre el arte "mudo", que, por raras circunstancias, sólo ha conocido hace pocos años y constituye para ella una enorme novedad.*

pues, conmigo. Inútil añadir lo "pobre" que me resulta el teatro después de las prodigalidades de toda especie del cinematógrafo. A causa de él, ¡llegaré a parecerme también "pobre" la vida; pobre en acontecimientos y en decoración?

No olvidaré jamás uno de los "film" con que estrené este nuevo par de ojos, este nuevo don visual de la cinematografía: "El hombre y la bestia". Adaptación de "El caso extraño del doctor Jekyll", novela de Stevenson, cuya lectura ha-



Claudio Debussy

Música tenue, vaporosa,  
De vivaz ritmo y claro acento,  
Tiene la gracia de una rosa  
Blanca, mecida por el viento.

Es alegría dolorosa,  
Sonrisa oculta en un lamento,  
Ala de frágil mariposa,  
Hondo y sutil presentimiento.

Celaje, espuma, arpegio, flor,  
Toda su música es así.  
Y rememoro a Debussy

En una existencia anterior,  
Cuando — fauno joven — oí,  
Ebrio de luna, al ruiseñor.

Leopoldo Díaz

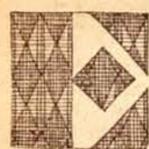
Dibujo de Luis Macaya

bíame ya impresionado hondamente en mi juventud. ¡Pero otra cosa era "verlo", interpretado por Barrymore! Ciertamente que allí se añadía, para impresionarme, la profunda verdad de aquella concepción genial. Así, no sólo me faltó valor para mirar algunas de las terribles transformaciones



# CUENTO DE FRONTERA

POR  
**ANIBAL  
SANCHEZ  
REULET**  
ILUSTRACIONES DE  
**LUIS MACAYA**



STABA en cucullas, entre tinieblas, los pies desnudos clavados en la arena, acariciando el suelo con la mano, apretada

la respiración y el ojo vigilante. Pancho Suárez — oscuro y trágico — espiaba por una rendija, en actitud furtiva. Afuera, era todo noche fría y viento delgado. Adentro ambiente cargado de olores humanos y de olor a cuero.

Envuelto en breve poncho — junto a Pancho Suárez — dormitaba Garmendia. A distancia, en los toldos de la indiada, sonaban — en agrio pororó — gritos de borrachera.

De pronto, Pancho Suárez sacudió con mano firme a su compañero.

—Vamos, Garmendia.

Hubo un corto silencio. Garmendia saltó sin abrir los ojos y se estuvo sentado, quieto, sin fuerzas. Pancho Suárez no veía pero adivinaba.

—Vamos, Garmendia, despiertesé, despiertesé de una vez.

A lo lejos, estallaban los gritos bárbaros y furiosos de la indiada alegre. Entonces, Garmendia se despertó lentamente. Cargó el poncho en el hombro y se apartó un poco de Pancho Suárez. Los dos hombres quedaron agazapados consumiendo en atención y espera, agujereando negruras con los ojos, con avidez. A lo lejos bailaba la luz de las hogueras y — entre el fuego — las figuras negras de los indios. Garmendia comentó risueño, como de costumbre:

—Lindo nomás. Metele caña.

Hasta el toldo de los cautivos llegaban amplias y cálidas ráfagas de humo. Iba y venía el rudo oleaje de los alaridos.

Pancho Suárez dijo al fin:

—Vamos.

Sallieron, entonces, del toldo — campana de cuero y palo — y se escurrieron en la noche. La marcha era difícil y peligrosa, gateando, yendo por fuera de los círculos de penumbra, el cuerpo cosido con la tierra — montón de tierra y músculos — a tientas entre la noche poblada de resplandores.

A Garmendia le bailaba el corazón de puro contento. Pancho Suárez iba muy serio, con su cara ancha, de palo, de extrañas proporciones. Anduvieron largo rato moviéndose entre los yuyos. A Garmendia le dolían las manos y apenas podía contener el jadeo. Pasaron junto al algarrobo, al jagüel, silenciosos en su prolija fuga.

De pronto, un bulto se movió en la obscuridad. Los hombres se quedaron quietos, ahogados por la incertidumbre. Garmendia sacó su cuchillo en apresurada alarma. Pancho Suárez siguió serio, sin inquietarse. Apenas un ligero sudor cubría la cara oscura. Garmendia sintió un gran frío. Los gritos de la indiada — en el viento — pasaban rozando la tierra. A Pancho Suárez se le iban los ojos en pura adivinación. Pero Garmendia dijo, apretando la voz:

—Es un perro.

Y silbó suavemente. Un perrorote sucio y flaco se acercó y lamó la cara y las manos de Garmendia, y le echó su aliento agrio. Garmendia, asqueado, quiso calmarlo con palmadas. Pero el perro se le fué de las manos y se perdió en la noche.

Emprendieron otra vez la marcha, arrastrándose sobre la tierra fría y reseca. Garmendia iba adelante. Detrás, Pancho

Suárez, tape callado y receloso, de mirada escondida. Garmendia sentía su respiración, lo sentía pegado a la espalda. Y pensó: "¡Si se le ocurriera largarme una puñalada!"

★★★

Garmendia, al agachar la cabeza, vió, destacándose sobre el cielo oscuro, puntas agudas de estacas. Y entre las estacas, mansos bultos negros recortados en negro. Se detuvo y quedó silencioso e indeciso, mirando. Allí estaban los caballos, junto al palenque, en el corral. Pancho Suárez se acercó y le dijo:

—¿No se le anima, don?

Garmendia no contestó. Entonces Pancho Suárez, poniéndose el facón entre los dientes, se fué hacia el corral, sombra deslizada entre sombras. Garmendia se quedó esperando, agazapado, cada vez más impaciente. Los indios seguían su ruidosa balumba. Pasó el tiempo. Garmendia aguzaba el oído. Y oyó chistar una lechuza. Pensó: "Es Pancho Suárez". Entonces, irguiéndose, corrió hacia el corral. Anduvo un rato pegado al cerco. De pronto, se topó con Pancho Suárez que estaba de rodillas, frente a un cuerpo oscuro e inerte. Lim-

piaba su cuchillo entre las ropas del indio.

—Vamos, despacito.

Entraron al corral, se metieron entre las bestias: alientos tibios, cabezazos, agitación silenciosa. Garmendia echó un cuero sobre el lomo, tomó riendas y clinos con una mano, se hizo hacia atrás, saltó. ¡Tranquila alegría de tener un pingo entre las piernas!

Sallieron luego del corral. Y por una ladera llegaron a la rastrillada. Iban lentos, sin ruido: Garmendia prendido al cogote, como queriendo confundirse con el caballo; Pancho Suárez, erguido, la mano puesta en la cintura. Junto a las fogatas continuaba el baile redondo de gritos y alaridos. Por encima, la noche sin luna. Sólo andaban algunas nubes blancas por el cielo. Se perdieron, entonces, en la noche, con la alegría de llevar guardada la espalda en plena tiniebla. Después, abandonando sigilos, golpeando en la panza del caballo como en un tambor, echaron a galopar. Se asordaban, a la distancia, los gritos de regocijo.

★★★

El galope era brutal — a la manera india — la melena y la barba al viento, la espalda encorvada, tragando negruras con los ojos, temiendo siempre perder la rastrillada, la huella tendida entre médanos y guadales. Así, partiendo el aire, animándolo con gritos, el oído alerta, el viento hecho redondo en las orejas, Garmendia quería hablar, pero el viento se le metía en la boca. El camino era estrecho: cortaba un monte tupido. De vez en cuando una rama de piquillín le rayaba la cara. La marcha era angustiosa para Garmendia, ignorando destino, en amarga vigilia, olis-

queando enemigos: los sentía venir detrás.

Estaba cansado por el frío y el viento y el galope. Tenía las manos duras, las piernas de palo. Por momentos perdía el compás del galope. Pancho Suárez, en cambio, confiaba en su baquia y en su buena suerte, iba bien derecho, cayéndole el viento en plena cara, la mano muy apretada contra la cintura.

Sallieron al fin del monte y, bajando por una cuesta pedregosa, desembocaron en un cañadón seco. Allí corría con fuerza el viento: volaban las puntas de los ponchos. De repente — entre voz y rugido — gritó Pancho Suárez con firmeza: —Párese, don, que ya no puedo más.

Garmendia alzó el rebenque con intención de seguir. Pero se contuvo y tiró de las riendas con fuerza. El pingo se clavó, manoteando en el aire. Después, de un salto, estuvo en tierra. Se orientó en la obscuridad. Junto al caballo, en el suelo, estaba Pancho Suárez. Garmendia tuvo un momento de alegría: le alegraba que fuera Pancho Suárez el primero que confesara cansancio. Por lo menos había triunfado una vez. Pancho Suárez era un bulto negro sobre el suelo gris. Garmendia lo miró en silencio durante un rato. Pero, bruscamente, pasó de la alegría al miedo. Hasta tuvo ganas de huir. Pero se quedó allí junto a Pancho Suárez. Luego se acercó despacio, como insinuándose. Le puso una mano en el hombro, lo zamarreó. Se quedó así, de rodillas, junto a la

(Continúa en la pág. 10)



Muchachas tehuanas con

el autor de esta crónica

## NOTAS DE UN "RAID" POR LAS DOS AMERICAS POR AIME F. TSCHIFFELY

### Fiesta en Tehuantepec



LEGAMOS a Tehuantepec sin incidente y dejé a Mancha en el patio del antiguo palacio municipal. Como siempre que

le tocó al viejo estar con otros animales, lo separé de ellos por medio de una barrera hecha de sogas, tablas y cuanto objeto hallaba a mano. Esto para prevenir la repetición de un accidente, como el que había sufrido Gato.

Las autoridades se empeñaron en toda suerte de atenciones, y ya que al día siguiente se celebraba la festividad de San Jerónimo, tuve la feliz oportunidad de conocer el lugar en sus aspectos mejores y más típicos.

Por la mañana una procesión recorrió las calles de la ciudad, pero, contrariamente a lo que había visto hasta entonces en los varios países visitados, esa procesión no evidenciaba ningún carácter religioso. Grandes carretas, alegremente decoradas de hojas verdes y flores multicolores, abrían el cortejo, lentamente arrastradas por recias yuntas de bueyes. Y viendo, así, su paso, hubiérase dicho que esos animales andaban conscientes de la solemnidad de la ocasión.

Seguían los hombres. Todos vistiendo blusas y pantalones blancos, cubierta la cabeza del tradicional sombrero mejicano. Iban en dos filas compactas, y muy luego venía la "pièce de résistance": las mujeres, las tehuanas, esas famosas mujeres de Tehuantepec.

Llevaban el traje regional.

Era algo pintoresco y bonito; digo mejor, hermoso, como será ciertamente difícil hallar en país o región alguna.

El vestido de la tehuana se compone de una blusa suelta, de manga corta, primorosamente bordada en varios colores. La pollera, en graciosos "volants", cae casi hasta el suelo, mostrando bordados, al igual de la blusa, en líneas horizontales. Noté que los círculos así formados, aunque la regia variedad de colores y de combinaciones entre sí, terminaban siempre en blanco en el ruedo.

Son muy aficionadas a llevar collares labrados en oro, generalmente

te provistos de numerosas monedas del mismo metal, y son notables los diseños de muchas de estas prendas, que hablan bien alto del arte de los orfebres nativos.

La mayoría de las mujeres iban descalzas, pero con su porte de natural distinción, con su paso rítmico y las largas faldas, este detalle apenas si se notaba. Algunas llevaban cintas en el cabello, otras una especie de cofias hechas de tela blanca con puntillas.

Muchas eran de cutis absolutamente blanco, y hasta noté a algunas de ojos azules y gris. Estas mujeres son, indudablemente, des-

Traje típico



de la tehuana

Mancha. Había pasa-

cientientes de los franceses que en tiempos del emperador Maximiliano ocuparon la región, y esta misma mezcla de sangre ha dado lugar a la formación de un tipo de mujeres famoso por todo Méjico, por su excepcional belleza.

Por la noche se realizó un baile, al cual fui invitado especialmente, y ello me proporcionó la feliz oportunidad de entablar conversación con varias de estas muchachas, llamándome muy particularmente la atención la facilidad y el donaire en su expresión. Nada de apocamiento, como es tan corriente en mujeres, aun de buena educación social, al cabo de pocos minutos de conversación con hombres.

La fiesta se realizó al amparo de un gran toldo, levantado y decorado ex profeso. Si bien los "fox-trots", los "one-steps" y valeses primaban, no se echaron de menos los bailes regionales, pues el mejicano se apega a sus tradiciones. Y éstas, ciertamente, merecen ser amadas y cultivadas.

Con la alegre luz de las lámparas en sus mil colores, los vestidos brillantes de las tehuanas al lado de los trajes de blancura inmaculada de los hombres, el baile fué lo más pintoresco y de más rico colorido que jamás he visto, siendo de notar la gracia y el encanto con que se movían las parejas, pese al hecho de que la mayoría de los asistentes iban descalzos.

Contiguo a la tienda mayor donde se bailaba, habíanse instalado numerosos puestos donde se vendían bebidas no alcohólicas, como ser jugo de naranjas, de limón, de toronjas, etc., y la gente que no bailaba miraba de afuera, contagiándose de la alegría de los más felices.

A altas horas de la noche me despedí y fui a ver a Mancha. Había pasa-

## HACIA LA SIERRA MADRE

do un gran día, y una vez dormido, soñé de hermosas tehuanas, de bailes y música: ¡qué cambio después de todo lo que habíamos pasado!

### Un viaje nocturno

Antes de la apertura del Canal de Panamá, Tehuantepec fué una ciudad rebosante de vida y actividad. Para ahorrar el gasto enorme que significaba el paso por el estrecho de Magallanes, o los altos fletes ferroviarios a través del territorio de los Estados Unidos, muchos buques descargaban sus mercaderías en tránsito en el Istmo de Tehuantepec.

Ahora, por supuesto, este tráfico ha quedado anulado. Más,—y por eso refiero el hecho — hace poco dos ingenieros alemanes de nota dieron a conocer el proyecto de una obra que podría denominarse "canal ferroviario" a través del istmo, el que, por lo interesante y original en su concepción, bien merece un párrafo. Se trataría de sacar del mar a los buques, aun los más grandes, por medio de una especie de "gallineros" de acero, arrastrados por locomotoras eléctricas que correrían a través del istmo sobre 36 pares de rieles. Según los cálculos practicados, el viaje total, incluyendo las operaciones de retiro del vapor de su elemento natural y su botadura de nuevo en la otra costa, requerirían solamente de siete a ocho horas, es decir, un tiempo prácticamente igual al que necesita un buque para recorrer los 60 kilómetros del Canal de Panamá.

El costo de construcción y explotación de semejante "canal" sería relativamente bajo, comparado con las sumas acostumbradas en obras de pareci-

da finalidad, con la ventaja adicional de que el casco de los barcos podría ser sometido a reparaciones de menor importancia durante su viaje por tierra.

Huelga decir que si nunca llegara a construirse este "canal", ello afectaría profundamente la estrategia naval, y por esta misma razón—no hay por qué explayarse mayormente en causas de orden político que son obvias a primera intención—dudo de que el proyecto, en sí factible y grandemente útil del punto de vista de la economía mundial, sea materializado alguna vez.

★ ★ ★

Debido a la latitud y a la poca elevación sobre el nivel del mar, la región de Tehuantepec es calurosa, por cuyo motivo, y al mismo tiempo en el deseo de evitar encuentros con bandidos, el comandante de la nueva escolta resolvió marchar de noche. Todos los hombres pertenecían a la guardia civil; cuerpo formado y armado para defender a los campesinos de los peligros del bandolerismo.

Ya por la tarde del día anterior al fijado para la partida, estos voluntarios fueron llegando al palacio municipal, construcción fuerte y maciza de estilo colonial que da sobre la plaza principal. Algunos hombres eran paisanos, otros arrieros, y los había, como es tan común en México, que carecían de una ocupación definida. Montaban caballos y mulas, y unos pocos se presentaron de a pie. Nos saludamos todos y fumamos bajo la recoba del palacio municipal, para preparar luego las maletas, revisar las monturas y cumplir con todos esos pequeños menesteres que es preciso cuidar en visperas de un viaje por una región donde ningún auxilio puede esperarse.

Yo estaba en lo mismo, mientras mucha gente me observaba, pues es de tener presente que para ellos mi recado criollo, los cojinillos, freno, riendas y estribos eran cosas desconocidas. Miraban llenos de curiosidad, y una pregunta se seguía a otra; preguntas que, por haber sido formuladas ya una y mil veces, yo contestaba como gramófono ambulante. Me fijaba especialmente en el recado y los sudaderos, cincha y correa, pues sabía que tales piezas son tan necesarias al éxito como un buen par de zapatos lo es a un corredor de maratón. Siempre conservé estas cosas muy limpias y bien cuidadas, y a ello se debe el hecho casi increíble que ninguno de mis caballos jamás presentó la menor lastimadura o dolencia del lomo. Al observador casual esto le parecerá cosa insignificante, pues quien sólo ensilla para hacer un paseo y tiene varias mudas de caballos, generalmente no sabe nada de estos cuidados. Para mí fueron una pesadilla constante, y, además, había que cuidar de los vasos y observar de continuo el funcionamiento

de los intestinos y los riñones. Mas dejémosnos de estas cosas; tres largos años fueron bastantes en este sentido y no deseo revivir hechos tan desagradables.

Bien entrada la noche partimos. No había luna. Cada hombre conocía el camino, pero asimismo, uno marchaba adelante, alumbrando con la linterna eléctrica de vez en cuando para cerciorarse de que íbamos bien. Primero fuimos por arenales y pastizales secos, después entre monte bajo y raío. A las pocas horas alcanzamos la selva.

Cabalgar de noche es siempre desagradable, y más aun en parajes extraños y desperejados donde a cada rato uno puede caer en un pozo o chocar con un obstáculo. Las horas parecen que no pasan y siempre he tenido la sensación de estar sentado en un corcel gigantesco, con el suelo lejos abajo.

Al principio todos charlaban, mas andando y andando, llegó a reinar el silencio, sólo interrumpido por el golpeteo de los vasos en el suelo y algún bufido, o la voz de alarma anunciando alguna rama baja que atravesaba el sendero, o la blasfemia de un nombre que había chocado con un obstáculo, la que generalmente era contestada con risas de los demás. Millones de estrellas en el cielo, y millones de insectos cantando por la tierra. A veces la nota aguda e inconfundible de un ave nocturna quebraba la pesada monotonía.

Nos acercamos a las serranías. Venía clareando el día y en la penumbra se destacaban, acá y acullá, enormes plantas de cactus. Luego llegamos a divisar la línea quebrada de las montañas de la Sierra Madre. Un río, correntoso y de feos barrancas, interrumpió la marcha, pero como tanto los hombres de la escolta como las bestias que llevábamos, estaban hechos a esta clase de obstáculos, logramos pasar sin grandes dificultades y poco después llegamos a Jalapa, término de la etapa. Habíamos tardado la noche entera para recorrer ocho leguas escasas.

Tiempos hubo en que Jalapa fué próspera, como lo dicen sus tres iglesias. Dos están ahora en ruinas. La tercera queda abierta, mas no tiene quien la atienda y la cuide. Muchas casas están abandonadas y medio derruidas; las calles dejadas y las malezas invadiéndolo todo. No hay que hacerle; consecuencias inevitables del bandolerismo y del cáncer revolucionario que minan su salud y llevan paulatinamente a la ruina, aun al país más generosamente dotado por la naturaleza.

Hicimos alto en el "municipio", rancho destartado de dos piezas, fabricado de adobe, con un corredor a su frente donde tiramos monturas y

Los bailarines antes de empezar la danza

pillchas. Nos desayunamos con frijoles y café, forrajearnos a los caballos y nos acostamos a descansar un poco. El calor y las moscas eran insoportables, pero asimismo el pequeño reposo nos sentó bien.

Luego me invitaron a una fiesta. Se bailaba al reparo de una enramada cubierta de hojas frescas y flores. El alcohol corría libremente y había "tamales" a discreción. Esta comida la hacen de maíz molido y picadillo de carne, envolviendo la mezcla en hojas de maíz que luego ponen a hervir en agua. Plato sabroso y muy nutritivo, que hace honor al mejor cocinero.

Lo notable era el baile. Solamente para mujeres viejas. Llevaban grandes pañuelos rojos que movían a la manera como trabaja el torero con su capa. Los hombres hacían de toros, atacando, y cada vez que la ocasión era propicia, les daban a las bailarinas un buen chirlo, imprevisto. Huelga decir que de esta suerte abundaban las situaciones cómicas y sobraban las risas, especialmente cuando "coreaban" hombres ya cargaditos de alcohol.

Fiestas como ésta gozan de mucho favor. Las organiza un solo hombre, que llaman "mayordomo", quien corre con los gastos y es ayudado en los preparativos por varios "padrinos".

Tarde nos retiramos a descansar, es decir, pensamos descansar, pues hubo una pequeña sorpresa. Varios individuos que se habían excedido en la bebida fueron llevados por la policía al dichoso "municipio", y ahí, nosotros echados en el suelo del corredor, los tuvimos a esos borrachos gritando, cantando y vociferando durante toda la noche en el improvisado calabozo. Parecía un jardín zoológico a la hora del reparto de la comida. ¡Final de una gran fiesta!

### EL POETA CONTRA EL COMENDADOR

(Continuación de la pág. 13)

tiempo pasa. Ni Rusia, ni China, ni Persia. Alberto Cavaliere recorre todos los días el mismo itinerario que le lleva a su Ministerio. Los versos son ahora su sola evasión. Pero soñar, fantasear, ser tan inquieto en medio de la tranquilidad, es su única riqueza, su fausto, es tener su tesoro escondido en el fondo del alma capaz de hacer de lo irreal variable, lo real estable, es abrigar el patrimonio espiritual de poesía que le permite, aun siendo empleado, levantarse fieramente desde la humildad desdeñosa de su mesa de malhumorado contra el comendador para decirle románticamente y en voz alta: "Mirame. Me tienes envidia y miedo. Miedo porque me creen loco. Envidia porque sabes que soy poeta, mucho más rico que tú".



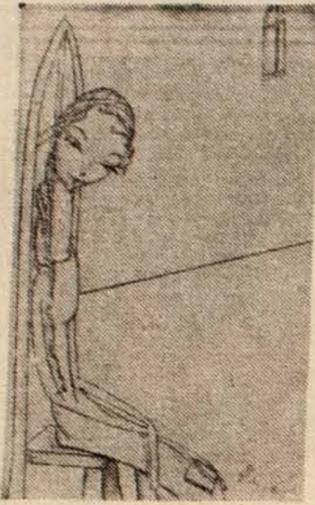
Una belleza tehuana



**Calcetines Holeproof**  
pronúnciese "jolpruf"

**E**L hombre bien vestido pone especial cuidado en la selección de sus calcetines. Los Calcetines Holeproof no solamente son siempre de última moda y elegante apariencia, sino que duran de 3 a 4 veces más que otros. El famoso refuerzo "Ex" evita que se agujereen y triplica la resistencia en la puntera.

Representante: J. FERNÁNDEZ, Alsina 1328. Buenos Aires; Cuareim 1236, Montevideo. Al por mayor: En Bs. As. I. BENGOCHEA, Rivadavia 1255. En Montevideo: PIZ ZORNO CASTRO Y CIA., Rincón 734.



Lillian Gish



Dolores del Río



Alice White



Gloria Swanson



Vilma Banky

EL SEPTIMO ARTE

CARTA DE HOLLYWOOD POR WHITE SCREEN

(Para LA NACION)

HOLLYWOOD, agosto de 1930

LA Lee y Fred Kohler, dos de los más antiguos y experimentados artistas de la pantalla norteamericana, están próximos a formar parte de la constelación cinematográfica de Cielandia. La compañía Warner Brothers, que tiene contratados a los veteranos comediantes, ha resuelto elevarlos a la categoría de estrellas tan pronto como la citada empresa encuentre un par de obras buenas para que hagan el debido debut, es decir, como corresponde a una luminaria de Hollywood, con la pompa y publicidad que se acostumbra para tales casos, y especialmente como lo hace la Warner Brothers con cada artista que ha hecho ocupar un lugar en el firmamento de la gelatina.

Reginald Denny es el único actor contratado al mismo tiempo por dos compañías distintas.

Denny ha hecho dos contratos independientes, uno con la compañía Metro-Goldwyn Mayer y el otro con la empresa cinematográfica Sono-Art, y de acuerdo con los mismos, el actor hará cinco películas para cada empresa. El posible conflicto ha sido salvado ventajosamente por una de las cláusulas que contienen los contratos, que permite a Reginald alternar en los "lots" de Culver City y North Gower Street, hasta que las diez producciones parlantes hayan entrado a los laboratorios de revelación y la tijera haya terminado su misión.

La única persona que ha batido todos los "records" en materia de contratos ha sido la versátil Betty Compson que, con motivo del éxito obtenido en su primera película hablada, "The Barquer", llegó hasta firmar contratos para trabajar en trece distintas producciones y para casi la mayoría de las casas editoras de películas de la ciudad cinematográfica del Oeste.

"Aloha" suena algo así como si se tratara de una historia de Hawaii, filmada en Hollywood con exteriores tomados en las montañas de Verdugo y en las playas de Santa Mónica, con palmeras y cocoteros plantados de trecho en trecho y varias "extras" haciendo de "nativos". Pero esta historia "Aloha" será llevada a la pantalla en forma muy distinta a sus antecesoras, porque será filmada en la propia y verdadera isla e interpretada por los no menos "genuinos" hawaienses.

Joseph Schildkraut que, dicho sea de paso, desde hace varios días viene ocupando preferente espacio en la prensa local con motivo de su petición de divorcio de su esposa, la actriz Elise Bartlett, actuará con su compañera de triunfo en "Cock of the Walk", miss Myrna Loy, en los papeles principales de la obra; el resto de los actores y actrices que secundarán a esta pareja lo compondrán el elemento histrionico nativo de Hawaii.

Clara Bow, que días pasados hiciera un paréntesis a sus tareas microfónicas y se ausentara por dos semanas de vacaciones a Cuba, ha sido descubierta por un periodista local en Dallas, Texas, habitando en el hotel Century en compañía de su secretaria y ocultando su identidad bajo el nombre de Lucy Johnston. Según noticia del repórter del "Dallas Times Herald", la visita a esa ciudad respondía a un asunto amoroso que la chica del "it" desde tiempo atrás venía cultivando con un joven banquero de Dallas. El repórter,

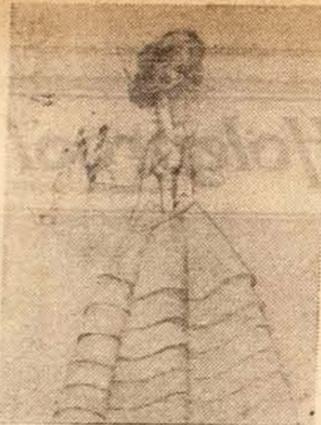
al dar la noticia en su diario, creyó que lo hacía en cumplimiento de su misión periodística y que la misma no tendría complicaciones de ninguna naturaleza, pero he aquí que las cosas no resultaron inofensivas como el reportero se lo suponía, pues el joven prominente banquero de Dallas es casado y los viajes que éste hacía con frecuencia a Los Angeles habían llegado a despertar ciertas sospechas en la esposa, que había oído ciertos rumores de las simpatías de su esposo por el talento artístico de la estrella peli-roja. Lo cierto es que la esposa, al enterarse de la presencia de Clara en Dallas, envió un abogado para que entregara a la actriz un sobre que contenía una demanda por cincuenta mil dólares por tratar de romper la unión matrimonial y la paz de su hogar. El abogado, lo mismo que el repórter, que esperaban "explotar" el incidente, no han dado aún con miss Bow ni con la secretaria. Según últimas informaciones, parece que Clara abandonó repentinamente el hotel, tomando un automóvil que la conduce de vuelta a Los Angeles. Antes de dejar el hotel Century, el cajero del mismo inquirió de la estrella las razones que habían para que ella dejara el hotel tan bruscamente. A lo que miss Bow respondió: "Veo que la temperatura se va a poner muy caliente y es mejor que me busque otro lugar donde haya más frío".

Las compañías cinematográficas First National, Warner Brothers y Columbia, están utilizando tantos actores y actrices en las películas cortas conocidas con el nombre de "Vitaphone Varietes", que los dirigentes de estas tres empresas han decidido hacer todas esas cintas sonoras en los antiguos "studios" de la compañía Viograph, en Brooklyn, estado de Nueva York, en vez de impresionarlas, como hasta la fecha lo habían estado haciendo, independientemente, en sus "studios" de Hollywood.

Caricaturas originales para "La Nación", de Eugenia Crenovich



Mary Pickford



Dolores Costello



Colleen Moore



Eccie Love



Paulina Frederick



Lillian Gish en "La Boheme"



Greta Garbo



Constance Bennet



Dolores Costello



Clara Bow



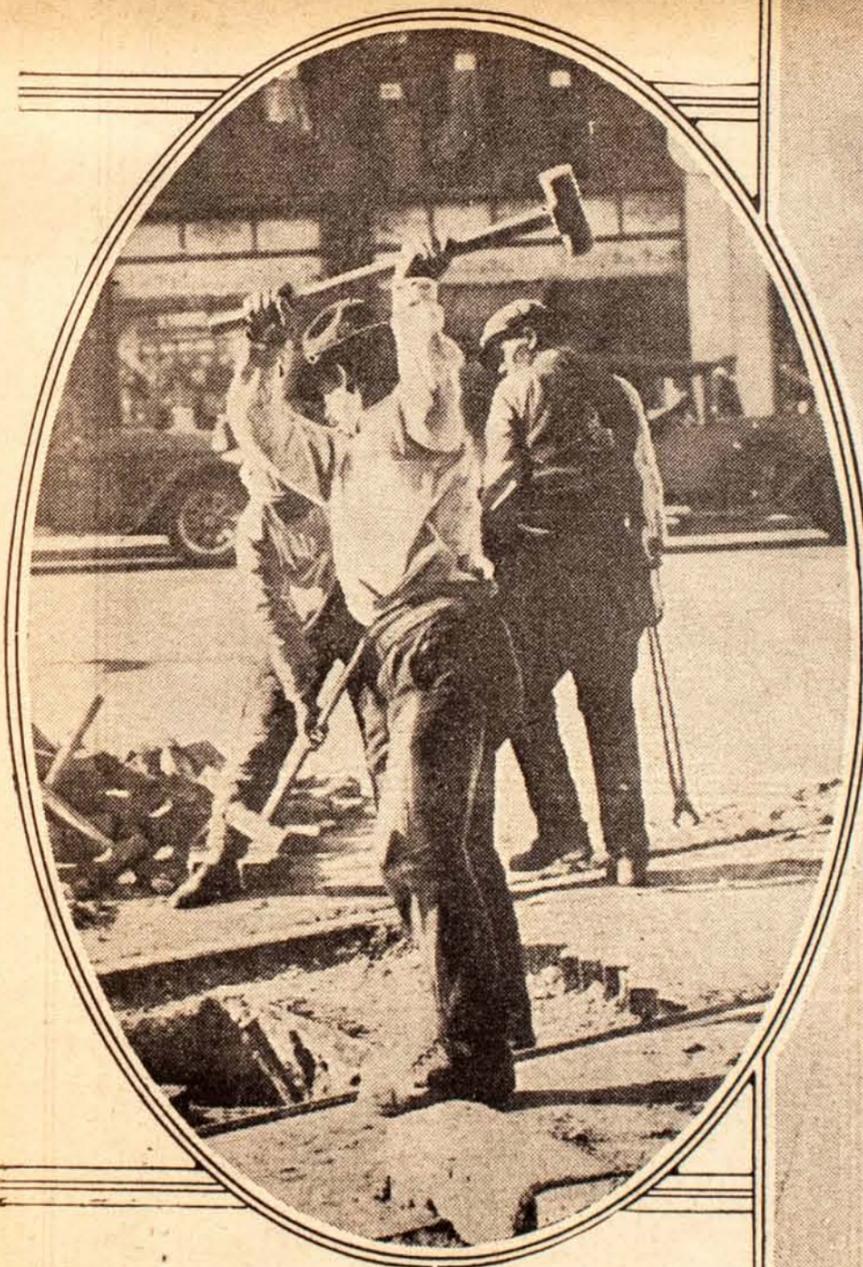
Olive Borden



Hacia los "courts" Ana-  
lia Obarrio de Aguirre,  
Julieta Ezcurra de De-  
llepiane, Maria Avela  
Pesce de Calatayud,  
Leonilda Giusti, Nélida  
Giusti, Gladys Woo-  
druff, Haydée Campos  
Urquiza y Delia Balli de  
Caini Garmendia, dis-  
puestas a comenzar los  
matches disputados re-  
cientemente



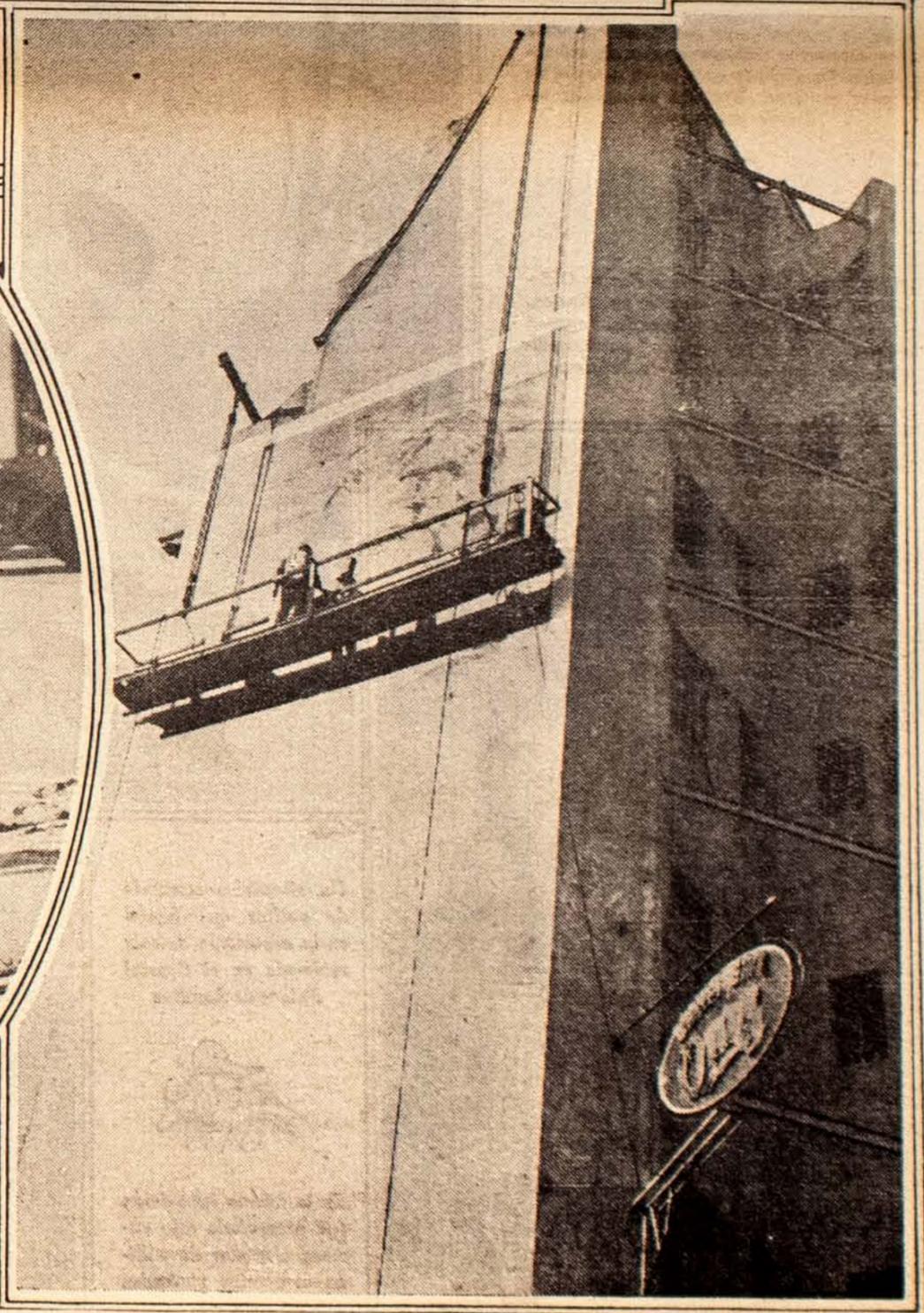
Instantáneas



Escena de la interminable re-  
moción de las calles porteñas



Un artista que raya  
a gran altura

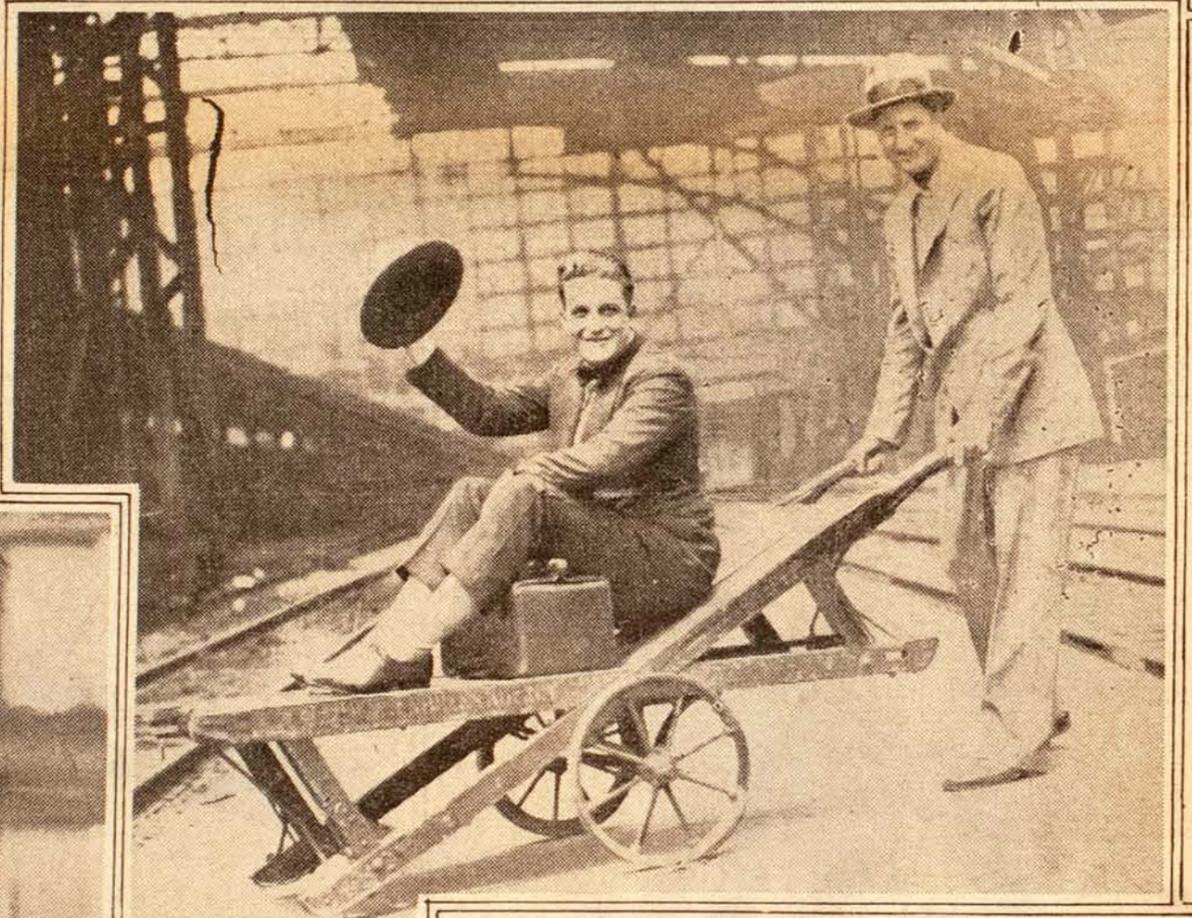




Grupos de competidores que tomaron parte en los concursos internacionales de atletismo realizados últimamente entre equipos de Alemania y Gran Bretaña, al realizar un desfile preliminar



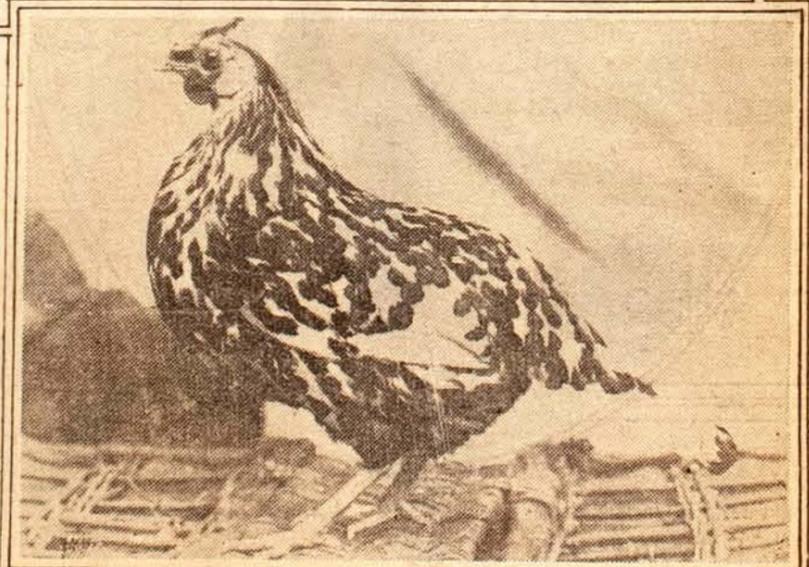
Victorio Campolo y su sparrer Carlos Oldani estuvieron no hace mucho en Boston. Por lo que demuestra la fotografía, llegaron a la estación de la gran ciudad norteamericana de una manera harto original



Un simpático conjunto de patitos que figuró en la exposición avícola realizada en el Crystal Palace de Londres



En la misma exposición fué presentado este curioso ejemplar de gallina con vetas plateadas



Cual es su sport predilecto?  
 Falda larga o falda corta?  
 Que música prefiere?  
 Como estudia sus bailarines?

La hábil y aplaudida bailarina solista del Teatro Sarmiento ha respondido así:

**T**ENGO verdadero entusiasmo por los sports. Los considero sumamente necesarios en la vida moderna, tan llena de inquietudes y de preocupaciones. La mujer, sobre todo, debe practicarlos con más decisión, con más método y fervor que nadie. La natación es, a mi juicio, el más conveniente de todos, no sé si porque he obtenido de su práctica inmejorables resultados: flexibilidad, soltura, salud — que es todo — o porque lo conozco en todos sus secretos y encantos.

“La falda, “casi larga”, la que es verdaderamente una transición entre la que se usaba hasta hace poco y la que ahora quiere imponer la moda, es la que yo prefiero. La mujer puede lucir así su silueta, no pierde la elegancia y no se encuentra de pronto trabada en sus movimientos y en su acción”.

“Las bailarinas que hemos estudiado danza en escuelas, especialmente fundadas para ello, tenemos preferencia especial por la música clásica, que, como se sabe, ha sido inteligentemente utilizada para los “balléts” y para los “divertissements”.

“Estudiar los bailarines”, es más difícil de lo que parece, pues hay que “estudiar” también el personaje que uno encarna, y si se trata de un simple número coreográfico, la mejor forma de combinar los pasos con la música para ofrecer al público un espectáculo que, además de agradable, sea eminentemente artístico”.

cuatro preguntas a Germaine Myrtil

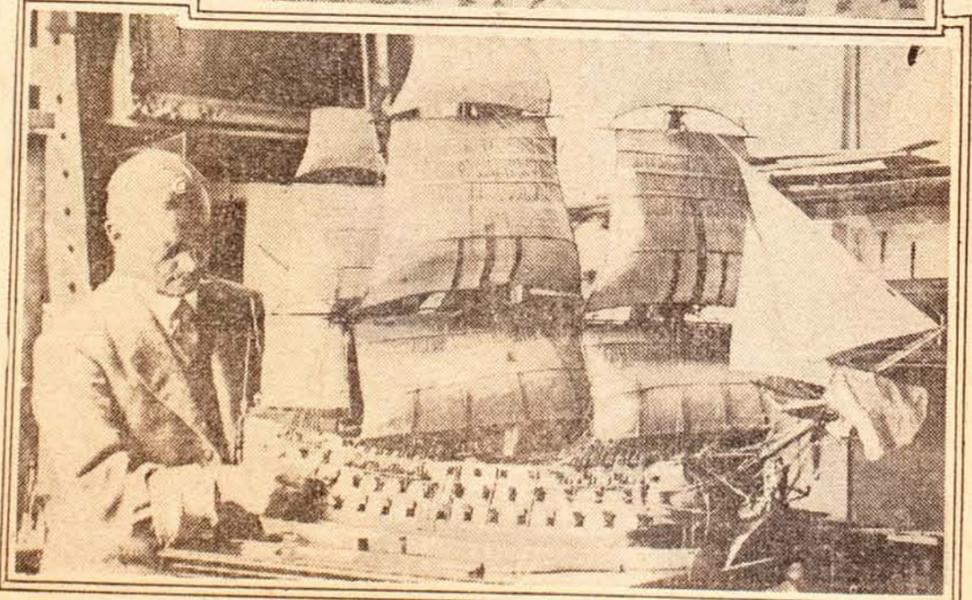
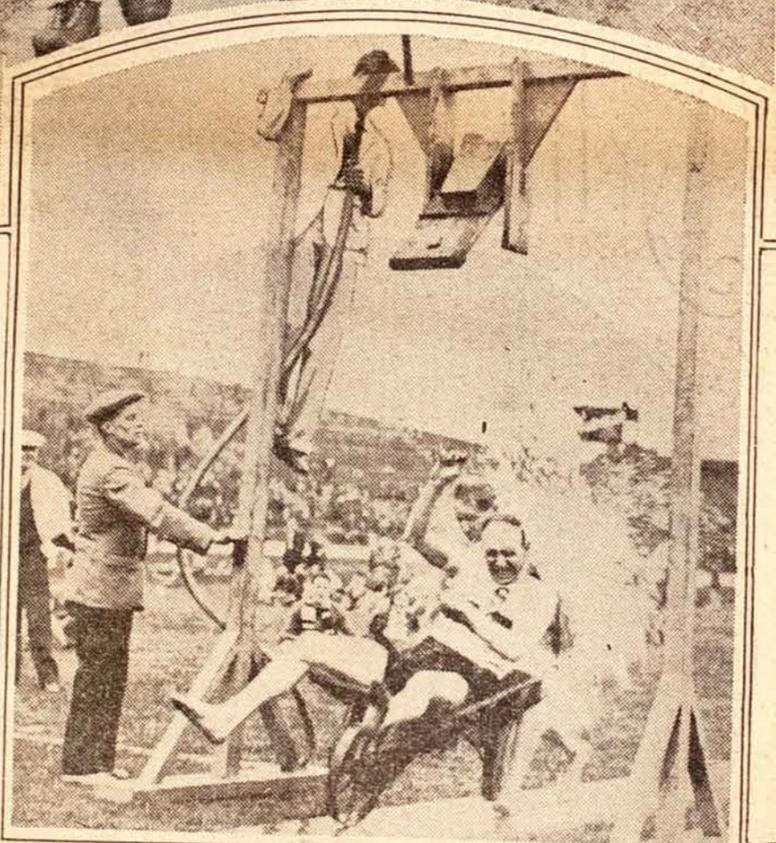




En el torneo internacional efectuado en Birmingham tomaron parte mujeres inglesas y alemanas, elegidas entre las mejores sportswomen de sus respectivos países. El team alemán



Durante las exhibiciones de destreza efectuadas por la brigada de bomberos de Londres, el público pudo presenciar este juego de la ducha, que podrá ser agradable en verano, pero que en invierno no resulta



Se acaba de idear en Bran Bretaña el uso de un bastón blanco para los ciegos, por medio del cual todos los transeúntes o automovilistas podrán reconocer a los que necesitan ayuda para cruzar las calles o los caminos

Magnífico modelo de la nave Victory, planeado y ejecutado por el comandante Harold Wyllie, por encargo de Lord Louis Muntbatton. La construcción de este modelo, que ya está casi concluido, ha requerido cuatro años de trabajo, y su costo ascenderá a muchos miles de libras

**Las Canas.....**

hay que hacerlas desaparecer, pero en forma inteligente, y ello sólo se consigue usando el **COLORANTE ALSINA**, pues su preparación eminentemente científica hace que sus tonalidades sean perfectas y siempre iguales, dando así, al cabello la sensación del color natural.  
**CAJA \$ 7.- Interior \$ 7.50**  
 Para evitar falsificaciones, extra la caja cerrada.  
 Aplicaciones y venta:  
**MAIPU 443 - U.T. 31 Retiro 0374**



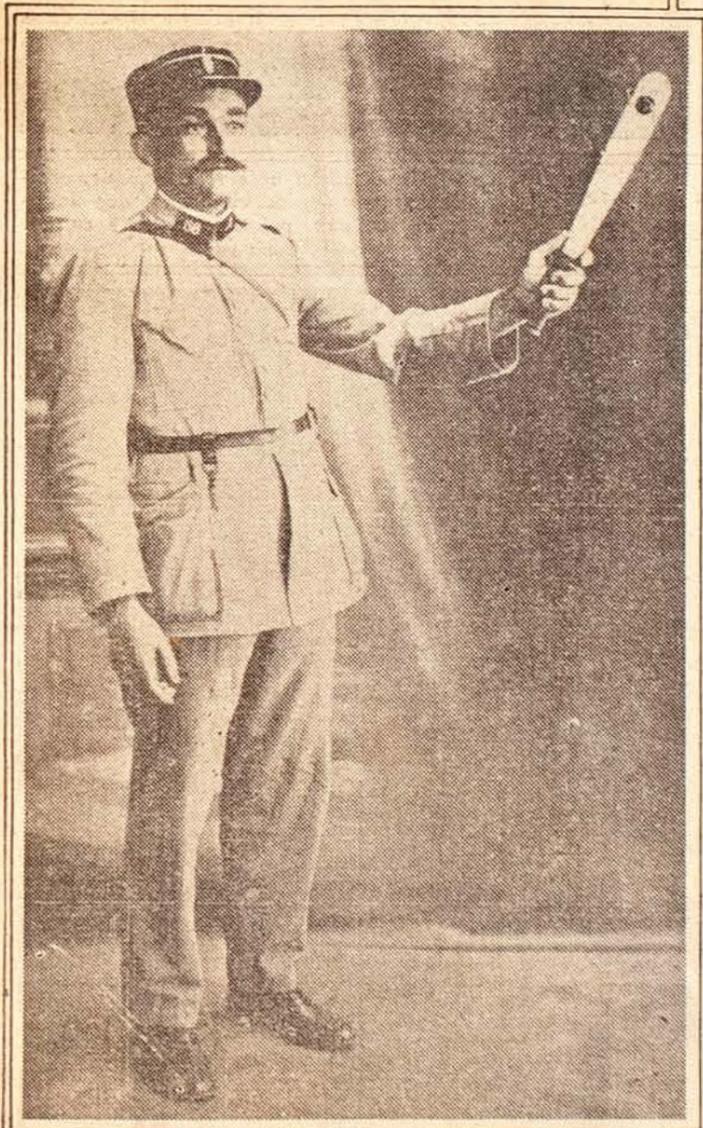
Pequeño percance ocurrido a Mr. John Denison-Pender a la salida de la iglesia St. Margaret, en Westminster, Londres, donde contrajo enlace con miss Camila Pemberton



Instantánea de la caída de una motocicleta durante una carrera efectuada en el Africa del Sur



Saxson Brown, que goza de renombre mundial por su fuerza, arrastró con los dientes un ómnibus de dos pisos en el garage Gunnersbury, de Chiswick



Agente de policía de la ciudad de Limoges, provisto de un bastón blanco iluminada por luces rojas a cada lado, que señalan su presencia a los automovilistas durante la noche

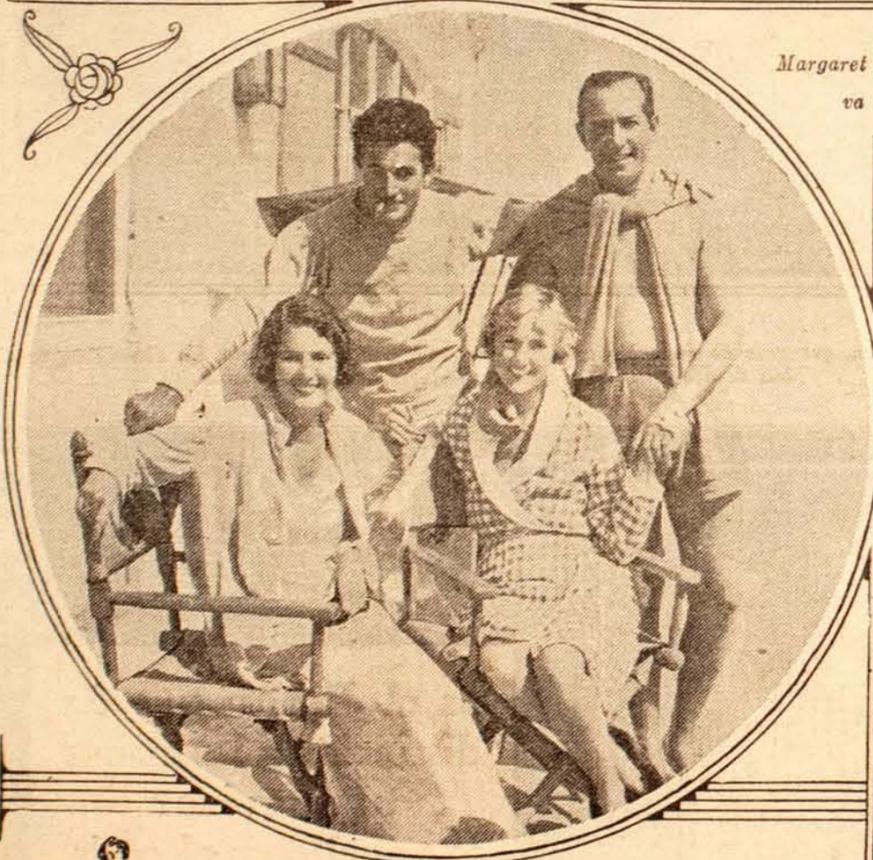
**Heno de Pravia**

es el Jabón que da distinción a las manos al suavizar y embellecer el cutis.

Precio \$ 0,70

GAL MADRID BUENOS AIRES

Figuras de la pantalla



Margaret Manners, en una escena sugestiva de la película "Scandals"

Gloria Swanson ante el micrófono, entonando una de las canciones que interpreta en una película parlante en que toma parte

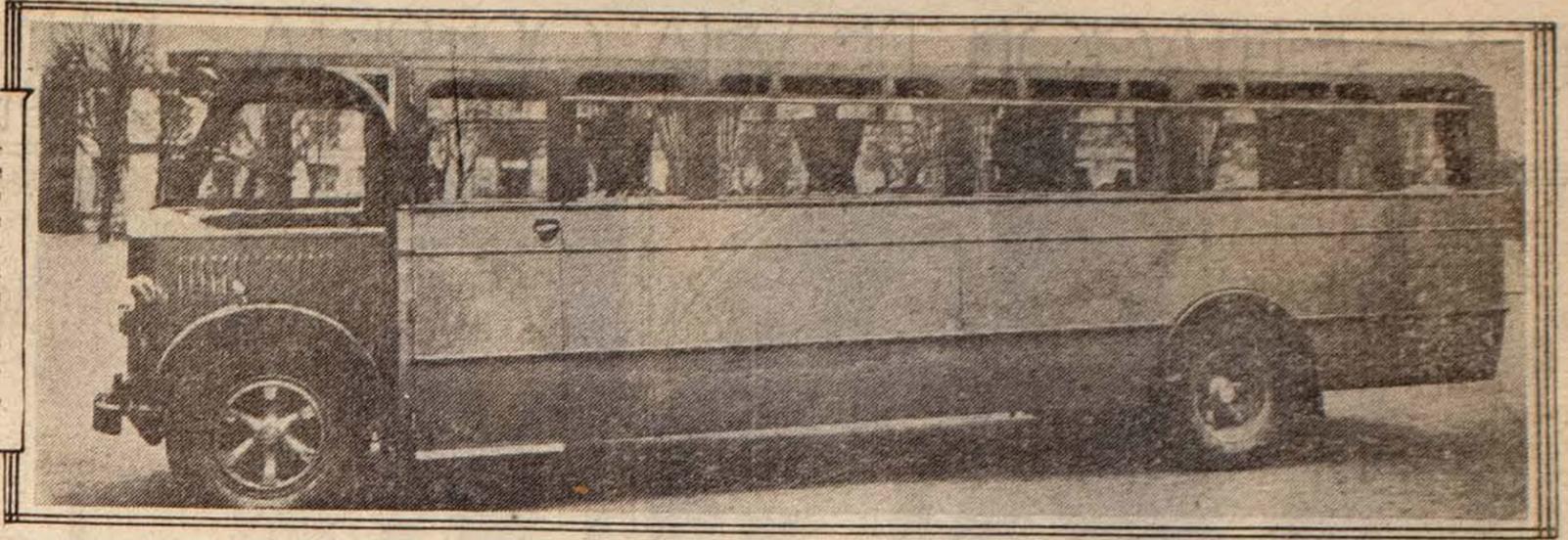


Dorothy Jordan durante su diaria sesión de gimnasia

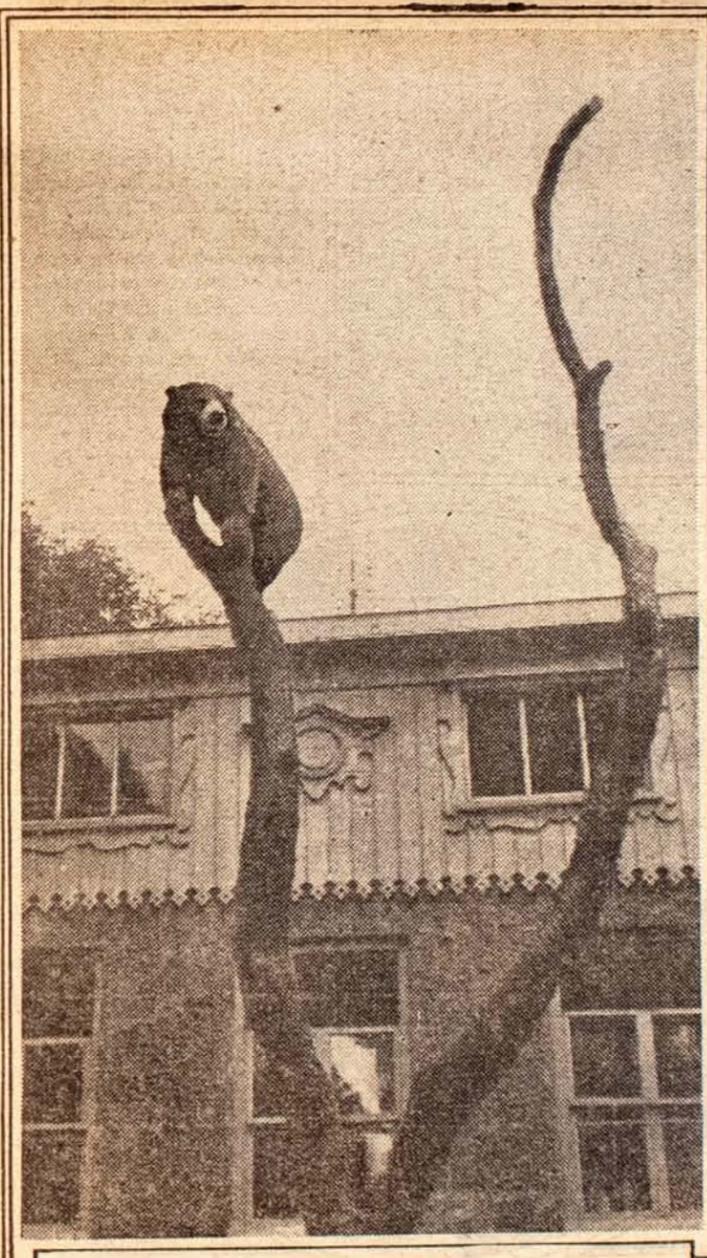


Norma Talmadge, Gilbert Roland y Constance Talmadge con su esposo

Palacio sobre ruedas. Un fabricante sueco de automóviles hizo construir este modelo de ómnibus, destinado a efectuar viajes de larga distancia, y que aparece frente al Capitolio de Suecia, en Estocolmo



Nuevo sistema de publicidad puesto en práctica en el Japón por los vendedores de sombreros de paja



Las ramas de este árbol han sido revestidas de una red especial de alambre, a fin de que el oso pueda encaramarse a él

# Es Ud. un Buen Esposo?

*Este breve comentario le dirá*

EN el hecho que se refiere a continuación, una señora cuenta como la visión de su esposo salvó a su familia de un desastre.

"Mi esposo salió un sábado para su oficina, como de costumbre. De regreso a casa fué atropellado por un auto, falleciendo tres días después a consecuencia de una neumonía".

"Nunca me había detenido en pensar lo que su muerte significaba para mí. No teníamos prácticamente dinero. Casi todos nuestros pesos los gastábamos en la educación de nuestro hijo, a quien le faltaban dos años para recibirse de dentista".

"Además, estábamos terminando de pagar la hipoteca de nuestra casita, pero muy felices en pensar que pronto tendríamos la recompensa de tanto esfuerzo".

### UNA CRISIS FAMILIAR

Qué le ocurrió a esta familia? Tuvo el hijo que abandonar su carrera? Hubo necesidad de vender la casa?

NO. Inmediatamente recibió un cheque de "La Continental", Compañía de Seguros. Aquí está lo que esa señora nos escribió:

"Vds. desean saber lo que ese seguro ha significado para mí. Debo decirles que sin él mi situación hubiera sido deplorable. Es indudable que todo el oro del mundo sería insuficiente para compensarme por la pérdida de mi esposo. ¡Pero cuánto se agravaría mi situación en caso de no disponer de algún dinero!"

"Por él pude salvar todas las dificultades materiales, hacer que mi hijo terminara su carrera y continuar pagando mi casa".

"Espero que mi experiencia pueda guiar a otros hombres, previendo como lo hizo mi esposo. Por lo general siempre ocurre lo inesperado".

### INVERSION POCO COMPRENDIDA

Mucha gente tiene una idea equivocada del Seguro de Vida. Consideran que es algo desagradable, algo que está en conexión con la muerte. Grave error!

Toda persona, desde el momento que hace el primer depósito, se maravilla de los beneficios del Seguro de Vida. Desaparecen



las dificultades económicas, tiene asegurado su futuro, y la garantía que poseerá las cosas que desea.

El Seguro de Vida es el calor de su hogar, la alegría de sus hijos cuando van al colegio, la tranquilidad y despreocupación obtenida una vez por todas.

### COMO CONSEGUIRLO

Lea la lista al pie de varias cosas que podemos proporcionarle. Hay alguna que Vd. desea, no es cierto?

Envíenos llenado el cupón, y además del consejo oportuno recibirá un obsequio útil. La tranquilidad suya y de su familia depende de que lo haga. Esto no le costará nada. No contrae obligación alguna.

ENVIE EN SEGUIDA EL CUPON LLENADO



COMPANIA DE SEGUROS GENERALES

Avenida Roque Sáenz Peña 555

Buenos Aires

Para conseguir esto . . . . . Envíe este cupón

1. FORMAR un capital cuando llegue a los 50, 55 ó 60 años.
  2. FONDOS para pagar la casa hipotecada, ante cualquier eventualidad.
  3. EDUCAR a sus hijos de acuerdo a sus gustos.
  4. UN BUEN regalo de bodas.
  5. TENER una renta garantida si se incapacitara.
  6. DEJAR medios a su familia si a Vd. le ocurre cualquier cosa.
- Marque con una X el o los puntos que tengan más interés para Vd.

SEÑOR JEFE DE CONSULTAS:

Sírvase hacerme llegar información de los puntos que señalo, sin que ello signifique obligación alguna, y además el obsequio útil.

Nombre .. .. .

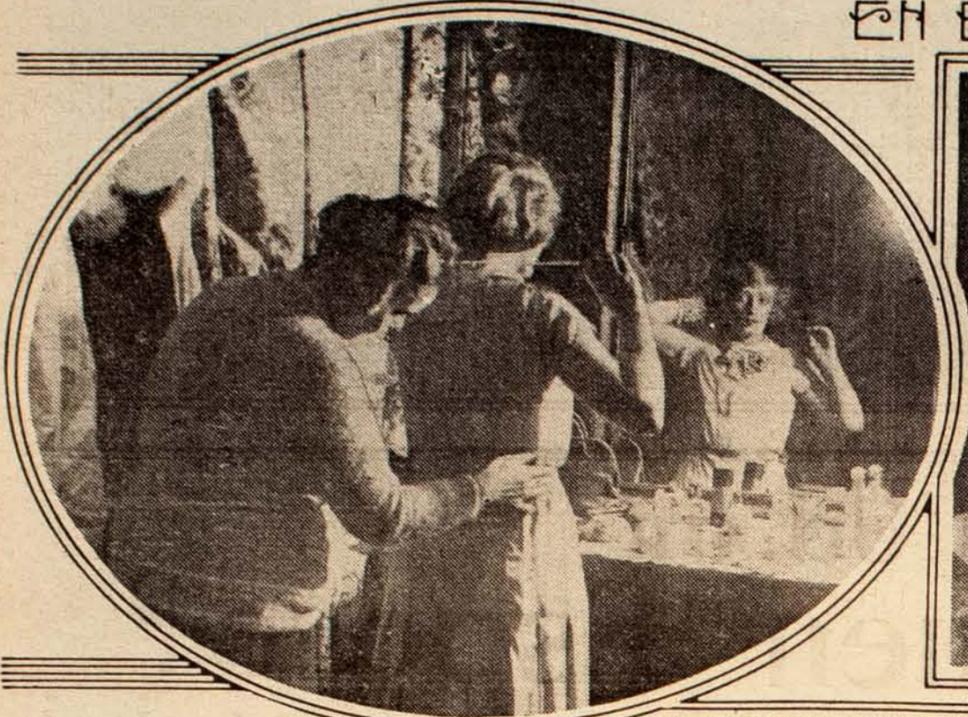
Calle .. .. .

Ciudad .. .. .

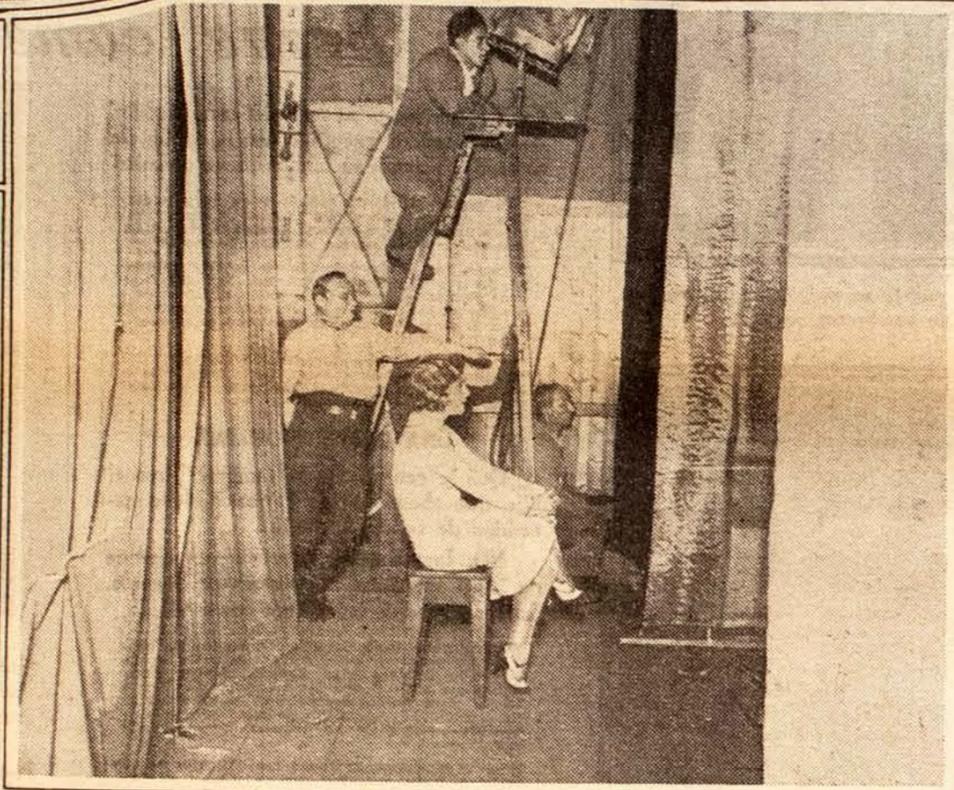
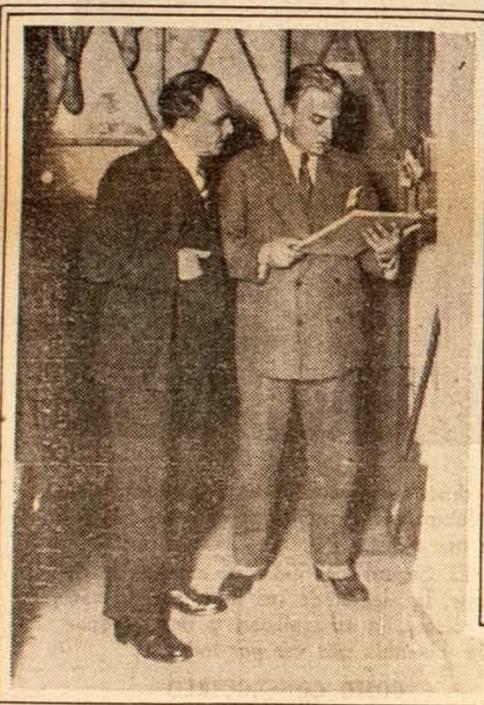
Provincia .. .. .

Año de nacimiento .. .. .

# REPRESENTACION DE UNA OPERETA FAMOSA EN EL TEATRO DE LA OPERA



Rose Marie y Cloe Vidiane dos nombres que se confunden en Paris. La artista creó ese papel en el Mogador y lo hizo 1500 veces. Todo un "record". Por eso el público comenzó a llamarla pronto "Rose Marie". Alistándose para entrar en escena



Un eficaz y activo colaborador: Paul Istá (ubicado detrás del pequeño mostrador). Es el encargado del material, de los trajes, de los accesorios, etc. Con sus ayudantes locales da los últimos toques a la "Maison de couture", donde al cabo de pocos instantes Pasquali, Louisard y Jane Marny — "la rubia inquieta" — harán mil diabluras para entretejer al público



¡"Attention!", ha dicho Istá. Se va a realizar un cambio de escena. Jane Marny, muy seria, espera con evidente atención el instante de salir a escena. El electricista destacará la figura de la tiple con la poderosa irradiación de los reflectores; el maquinista, va a tirar la cortina negra...

El director artístico de la compañía, Henri Gautrin, cuyos rasgos fisonómicos recuerdan al célebre Coquelin, sigue, en la partitura que lee el maestro sustituto José Tempesta, los acordes de la orquesta dirigida desde el pupitre por el maestro Caccosta. Con imperturbable calma Gautrin dirige las entradas y salidas de los 72 artistas; les recuerda el comienzo de su respectiva parte — él conoce de memoria toda la obra —, da las señales de luz al electricista y el cambio de telones a los maquinistas



Las Albertina Rasch "girls" se aprontan para hacer su famoso baile en puntas de pie, al iniciarse casi el segundo acto. Es un asunto serio hacer en conjunto, con mecánica precisión, los mismos movimientos. Cada "girl" hace de esto, cuestión de amor propio, pues la índole del número exige que el pie sea colocado en perfecta posición vertical. La capitana, miss Vera, impartiendo, como todos los días, algunas instrucciones antes de presentarse al público



Las Hillers "girls", de Berlín, son muy disciplinadas, lo que no excluye cierta coquetería. El "maquillaje" es para ellas un arte que practican sin descuidar el menor detalle

(TEXTO DE ESTA NOTA, EN LA PAGINA SIGUIENTE)

# "ROSE MARIE" COMO NO LA VE EL PUBLICO (POR ERNESTO ESCOBAR BAVIO)

**N**A se han apagado los últimos acordes del magnífico "fox" del primer acto que bailan Cloe Vidiane y todas las "girls". El espectador tiene muy presente todavía la visión de aquel espléndido conjunto donde la visualidad y el movimiento han contribuido tan poderosamente a intensificar la belleza del cuadro. En ese instante se han aunado los factores que en esta clase de espectáculos son imprescindibles para que cuanto pase en el escenario reconcentre la atención de la sala. Han hecho "mutis" las últimas bailarinas que aun quedaban siguiendo el ritmo de la difundida página musical, bien destacado por la batería—aliado poderosísimo de los bailarines no muy expertos en eso de "pescar" tiempos—y también ha dejado a poco la escena, Rose Marie...

¡Qué "infierno" será el escenario en ese momento de desbande general! ¡Cuántos encuentros inevitables entre los que salen apresuradamente y se dirigen a sus camarines y los que están allí mismo, "entre bastidores" y no pueden esquivar a los que corren desordenadamente casi en la misma dirección!... Desde su butaca, en el transcurso de la brevíssima mutación, quizá el espectador imagina así lo que está ocurriendo en esos momentos, fuera del alcance de su observación... No llegan a la sala ni siquiera ligeros murmullos, pero la fantasía los suple con ventaja...

Las cuarenta y tantas "girls"

se han "desbandado" en pocos segundos, haciendo chistes, con intenciones de levantar la voz, pero contenidas ante el peligro inminente de la infaltable reprensión enérgica del traspunte. Como por arte de encantamiento, los maquinistas entran en acción; sacan un "trasto" que estaba arrimado a la pared, junto a la casilla del bombero; acercan un practicable, desclavan precisamente la verja del jardín que tanto carácter daba al sitio donde se desarrollaba la acción; se oye el crujir de cuerdas que corren por las roldanas, caen unas cortinas y se levantan otras; los utileros hacen un rapidísimo balance de los objetos que deben colocar en seguida sobre el mostrador de la "Casa de Modas"; se cercioran de que está, efectivamente, la "pierna" que momentos después servirá a Pascuali para provocar la franca carcajada del público; Tossi, el veterano electricista de la Opera—toda una historia viviente del teatro lírico local—vigila que los reflectores estén bien colocados. Por la pequeña boca que conduce al foso de la orquesta van saliendo los músicos, ávidos de respirar un poco y de prenderse al cigarrillo que algunos ya llevan encendido. El escenario parece un amplio campo de acción colectiva donde cada uno sabe lo que tiene que hacer. En medio del aparente desorden, entre aquel clavetear, descolgar cosas y bajar y subir decorados, todo marcha perfectamente. El bombero, familiarizado con todo esto, sigue con la vista la rápida transformación de la escena. El vasto jardín, radiante de luz, se ha



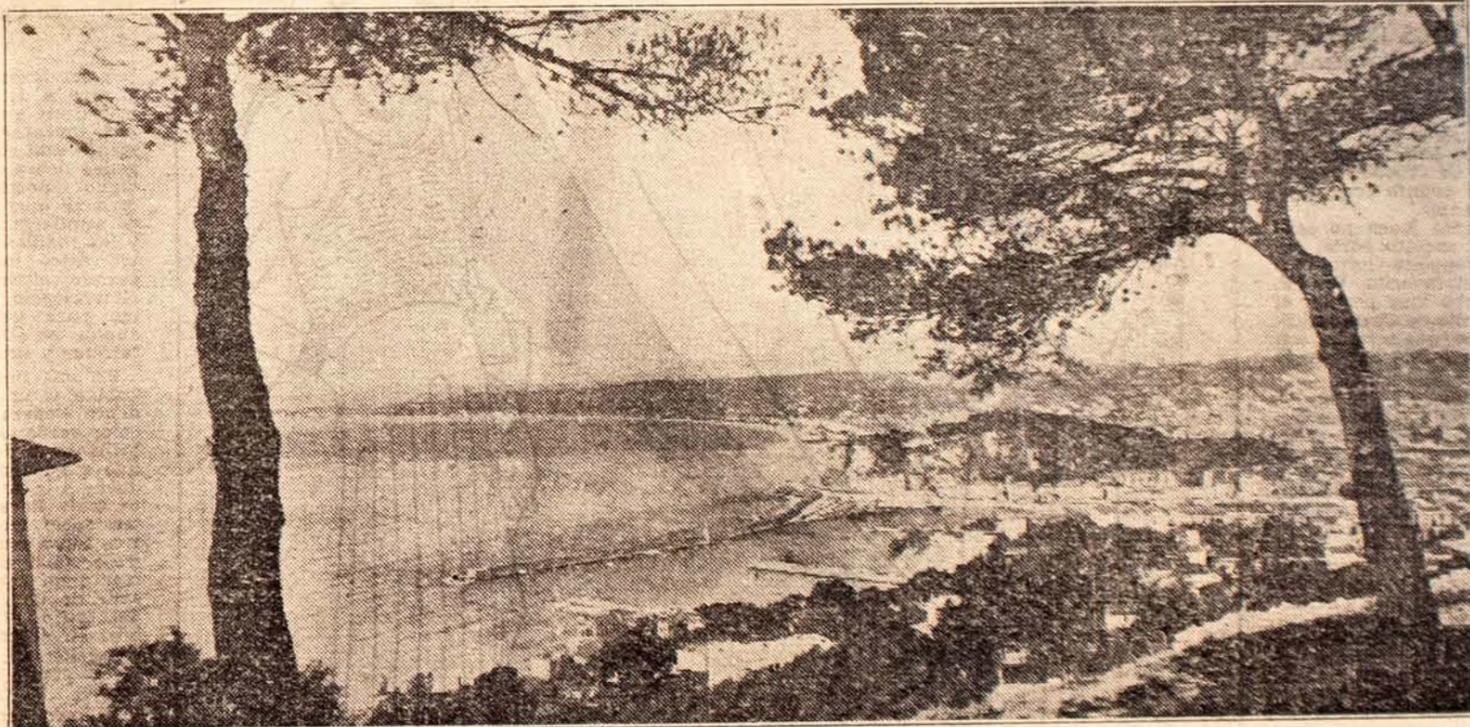
Dos de los soldados rojos del Sargento Malone, listos para entrar en escena

convertido en un negocio pequeño de modas, donde hay vistosos sombreros femeninos y modelos de última creación, y tiene detrás, oculto por la "pared" de papel del comercio, la cabaña de Jim Kenyon, con su casita en alto, entre las rocas, desde la cual Geo Bury escuchará una vez más cuando la obra vaya llegando al final, aquella famosa canción que en el Mogador de París cantó más de mil quinientas veces seguidas. Junto a la modesta vivienda ya está colocado el "tacho" de luces y las "cacer-

las" — de ingeniosa fabricación casera — con que el importante personaje de la opereta va a ser "bañado" con los reflejos acertadamente combinados para dar la sensación plena de una radiante salida de sol. Repiquetean los timbres en los pasillos y en los camarines. Las Albertina Rasch girls van llegando al escenario con sus trajes de sports, unas, y con sus célebres galeritas las otras. Van a ejecutar luego el difícil bailable en punta de pie. Y ensayan con esmero. Como el boxeador que antes de sonar el gong hace algunas flexiones, estira los brazos y se arquea para "entrar en calor" y para impresionar al contrario, ellas ensayan el paso más difícil del bailable; alzan y bajan las piernas rápidamente y caminan breve trecho en punta de pie. Prueban así las "zapatillas de punta" y al hacerlo, probablemente sólo buscan un fin: estar seguras de que el número saldrá bien; pero el entrenamiento tiene un inesperado efecto: recuerda al empresario, al pasar casualmente por allí, que ese calzado es caro y que hay que renovarlo con mucha frecuencia... Henri Gautrin, el director artístico de la compañía, y Paul Istá entran ahora en acción. Los timbres repiquetean más furiosamente que nunca. Se oyen continuas palmadas; los artistas se congregan en el escenario; el maestro Raccosta ya está frente al pupitre de la orquesta y el maestro sustituto, Tempesta, con la partitura lista, pronto para seguir el desarrollo musical de la obra. Mientras el público va tomando ubicación para presenciar el segundo acto, se hacen algunos comenta-

rios. Mixandra, la "fantasista" de la compañía, agrega a sus dos mil interpretaciones de Ethel, la excéntrica dama de Quebec, que da lecciones de elegancia y sociabilidad a Rose Marie, una más y celebra su creación de la moda de llevar el pañuelo atado en la muñeca... ¡Atención!... Es como una orden rigurosa, electrizante... Cesan los comentarios. Nadie chista siquiera... Se abre la cortina y parece llegar hasta el escenario algo así como una sensación común de expectativa, como si toda la curiosidad del público se materializase en una ráfaga y se colara adentro... Es "el frío de la sala", de que hablan los artistas... Comienza el segundo acto. A poco entran a escena las girls; hacen su baile y el público las aplaude. Disparan hacia los camarines y apenas si queda un leve rumor de su paso veloz. Pascuali y Jane Marny están ahora en escena... De tiempo en tiempo se oyen rumores, que "estallan" como ligeros rezongos, por momentos intensificados. La sala toda celebra a carcajadas las ocurrencias del dúo cómico... El fotógrafo prosigue su cosecha de "notas gráficas". "C'est la photomanie", murmura un "boy" con cara de pocos amigos... Director artístico, traspunte, maquinistas, utileros y actores que están "entre cajas", miran al sitio donde el fogonazo del magnesio ha puesto un poquito de inesperada vislumbre... El bombero observa también de reojo y dirige en seguida una significativa mirada de arriba abajo a la enorme palanca de hierro negro junto a la cual se lee: "25.000 litros. Tanque de seguridad. Abrir. Cerrar".

## NIZA, REINA DE LA COSTA AZUL



LA CIUDAD DE LA ETERNA PRIMAVERA  
LE OFRECE A USTED EN EL INVIERNO DE 1930  
EN UN MARCO ADMIRABLE Y CON UN CLIMA IDEAL

**EN ENERO**

Meeting de carreras de obstáculos (Gran Premio: 500.000 francos). Campeonatos del NICE LAWN TENNIS CLUB. Gran fiesta de disfraces "Todo el Cinema"

**EN FEBRERO**

Concursos de ski en Peira-Cava. Carnaval. "Redoute" y Bailes. Batallas de flores. Concursos de Ski en Beuil. Feria-Exposición.

**EN MARZO**

Campeonatos internacionales de tenis. Criterium Internacional de Turismo Paris-Niza. Concurso de superelgancia automovilística. Regatas internacionales a vela. Exposición floral. Exposición de automóviles.

**EN ABRIL**

Regatas internacionales a remo. Exposición internacional canina. Concurso Hípico militar internacional

**NO VAYA USTED A EUROPA SIN VISITAR**

Los hoteles más confortables y menos caros

**NIZA**

Uno de los centros de arte más atrayentes de Francia

Facilita informaciones gratuitas el SINDICATO DE INICIATIVA: 32, Rue de l'Hotel des Postes — Niza



Modelo de Premet, en un nuevo tono de aubergine.—Traje de Martial y Armand, en voile de algodón rojo. Cuello de hilo blanco con vainillas y bordado fino

LOS TAPADOS CORTOS  
Por SILVESTRE DORIAN

LOS tapados de noche ya han conseguido adaptarse por completo para los trajes largos. Se han tomado dos o tres tipos de tapado, y cada uno de éstos cuenta con partidarios constantes.

Para la gente joven no cabe duda que el saquito corto, llegando escasamente hasta las caderas, es el favorito. En París se ha hecho muy popular el elegante saquito de Chanel ajustado al cuerpo, que termina con un volado en forma con efecto de péplum.

La otra noche, en uno de los casinos de moda tuve ocasión de anotar varios trajes y tapados. Entre los últimos, uno de los más elegantes es el modelo de Vionnet hecho en terciopelo blanco y transparente, un terciopelo que se adapta a las líneas más inimaginables. Este modelo encantador está cortado en forma de capa, se ciñe a los hombros y brazos, y en el frente parece más un saquito con mangas flotantes. Tiene un botón que prende a la altura de la cintura y llega hasta las caderas. Un pequeño moño de armiño en el cuello es una ingeniosa nota de elegancia. Era llevado sobre un traje blanco en mousseline de soie que cae a los tobillos formando amplios pliegues.

He visto el mismo saquito en otros colores, con trajes en el mismo tono.

Molinuex ha sacado otro modelo de saquito corto hasta las caderas, con mangas ajustadas, todo ribeteado de armiño. Se ha hecho mucho en azul turquesa y se combina a la perfección con los trajes bleu, tal a la moda para los dancings de esta estación. Otro tapado de noche, que titubea entre largo y corto, es el modelo de Chanel en terciopelo, con un efecto de capa sobre los hombros, pero que termina al llegar al frente. Le da forma dos cortes adelante, que llegan hasta unos centímetros debajo del talle. Se ata

La ELEGANCIA FEMENINA



Modelo de Madeleine, en chiflon verde, con bolero en tu mateado.—Modelo en mousseline de soie negra, con bolero muy corto, de Martial y Armand

Traje para yacht de Champ-communal. El tapado y la falda son en tweed marrón obscuro. El sweater, tejido en tono más claro.—Traje sencillo de Jenny, en crêpe de lana azul claro. Cuello y puños en crêpe de Chine blanca

con dos lazos, uno en el cuello y otro a la cintura. Está de más decir que esta línea es de una juventud extrema, y solamente esta edad o las muy delgadas deben adoptarla. Para el digno señorío de nuestras madres es muy sentador el tapado semilargo; entre las caderas y las rodillas. Hay también entre éstos una variedad muy grande; el material favorito es el terciopelo, que lo es asimismo para los saquitos cortos, aunque en éstos he visto mucho taffetas y satén.

En una noche de gala en el Casino vi un traje de sorprendente belleza. Era en encaje color verde en un tono suave y brillante, y de un corte clásico que moldeaba el cuerpo de su dueña a la perfección. Sobre este traje llevaba un tapado en terciopelo transparente, dos o tres tonos más oscuros que el traje. Casi sin adornos; solamente un echarpe que parecía salir de un corte en el frente del tapado. Caía de sus hombros en draperies, que daba la sensación de una estatua griega. El efecto era en un todo soberbio.

Vi otro tapado en un color blanco cremoso, largo, así como el traje en crêpe blanco. Este tapado estaba lujosamente adornado con bizón, y el vistoso contraste con el terciopelo crema era de un efecto maravilloso.

LA INFLUENCIA GRIEGA

LA influencia griega en los trajes de noche ha traído el resurgimiento del châte, que se modela y corta en las formas más originales. Generalmente se colocan lisos adelante y se prenden al hombro con un prendedor vistoso, y a veces bajan hasta las rodillas.

Sólo un grupo de elegantes está en el encanto de la línea griega, pero la generalidad se inclina hacia el Directorio.

DIBUJOS DE PEDRO CATASUS

# PINTORES PRIMITIVOS ESPAÑOLES



Retrato de Isabel la Católica, atribuido a Bermejo

identificación entre el Rubeus latino y el Bermejo castellano hizo por Raimundo Casellas al comparar un San Miguel de la colección Wernher, en Inglaterra, con una "Pietà" de la Catedral de Barcelona. Aquel, con fulgurante armadura, gracioso revuelo de manto y alas, gallarda actitud de remador, monstruo irreal a sus pies y postrada figura de donante (buen retrato) a la izquierda; ésta con su grupo central del Cristo muerto sobre las rodillas de su Madre, con un San Jerónimo a la diestra, y del otro lado, el donador, canónigo Desplá, arrodillado (retrato magnífico, lleno de verdad y sentimiento) y extenso fondo de paisaje, darían por sí solas, razón de un artista excepcional. Hay que añadirles el hierático Santo Domingo de Silos, procedente de Daroca, hoy en el Museo del Prado, con su trabajo minucioso de ropas y ornamentos, con su dosel de bulto, acorde con la arquitectura del trono en que el prelado se sienta, con mitra y báculo, y la Virgen de Montserrat, o de Monferrato, que adorna la Catedral de Acqui; documentada con todo rigor la primera obra, firmada la segunda, también con fondo de paisaje, y formando parte de un tríptico cuyas tablas laterales son de otra mano.

Además, no firmada, ni documentada, pero de evidente autenticidad para todos, la Santa Faz del Museo de Vich, imponente cabeza de Cristo, que fuerza la admiración con el aliento de las obras maestras; y unos dibujos para vidrieras de Barcelona (ejecutados luego); y una cantidad de tablas de altar atribuibles con mayor o menor suma de probabilidades por analogías de estilo y composición. Tormo, en su catálogo, llega a 36 números. Entre sus atribuciones es particularmente firme e interesante la del retrato de la reina Isabel la Católica conservado en el Palacio Real de Madrid.

Su biografía la resume así Tormo: "floreció de 1474 a 1477 en Daroca y Zaragoza y de 1490 a 1495 en Barcelona, pintando para Daroca, Barcelona, Tous (Valencia) y Acqui (Norte de Italia)". Es dato curioso el que señala para cuatro tablas atribuidas a Bermejo, dos en el Museo y las otras en una colección particular, todas en Barcelona, procedencia de Guatemala.

Bartolomé Bermejo siente profundamente el influjo de la pintura flamenca. Su técnica es la primitiva del óleo, magistral en su empleo de tonos y veladuras. Tormo no deja de anotar su marcado naturalismo en la expresión, y le destaca como retratista, aun en el Santo Domingo de Silos, "pues a ello lleva, caracterizando individualidades, el modelado escrupuloso, tan porfiado que recae en dureza, característico del autor, de este sólido, solidísimo pintor". Señala también su habilidad para sugerir la materia de que están hechas las cosas, su gusto por el paisaje, a la flamenca asimismo, sin desdenar aún, o sin desprenderse en totalidad, del gusto español por el oro para fondos y ornamentos; ve en arte "la bravura potente, la pesantez realista que dos siglos después tendrá Ribera".

Un estudio de las obras del pintor, no a lo erudito, sino dejándose penetrar por su acento emocional, abriendo el oído a su voz íntima, persuade con facilidad de la escasa hondura que en su alma española tuvo la enseñanza de Flandes. Se le ve mucho más apasionado, sin la serenidad o el vuelo místico de los maestros flamencos, y, aun al lado de Van der Weyden, más dramático, más patético. No sólo anuncia a Ribera. El Cristo del Museo de Vich, con su rostro asimétrico surcado por la sangre que mana de la frente, con sus terribles ojos claros; la Dolorosa del canónigo Desplá, con sus entornados ojos oblicuos, con la boca, en curva de sufrimiento, anticipan en siglos el patetismo de la gran escultura de los imagineros españoles.

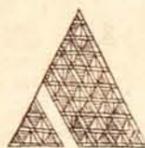
A la devoción española, que todavía no ha asimilado las dulzuras que sólo Murillo, hijo de otros tiempos, ha de comunicarle, la conquistan mejor estas exhibiciones de dolor, contenidas en cuanto a las contorsiones del cuerpo, pero elocuentes, con expresión irresistible, en estas actitudes de dolor estático, fijas por el padecer, que desgarran el alma, pero no sin traslucirse en las facciones, no sin correr en sangre o llanto.

Ningún otro pintor de España, entre los primitivos, ni aun los que representan, con todo lujo de pormenores y sin aborrazarse una sola crueldad, escenas de martirio, encuentra, a mi ver, la palabra persuasiva con que da, en sus obras que son, a la vez, técnicamente mejores, Bartolomé Bermejo. Resume, con nuevo vigor y plena maestría, toda la ascendencia gótica, y si aun deja sentir la Edad Media es como la dejan sentir también, en literatura, sus contemporáneos el poeta de las "Coplas a la muerte del maestro don Rodrigo" y el autor de "La Celestina".

## BARTOLOME BERMEJO

P O R  
ENRIQUE  
D I E Z  
CANEDO

(Para LA NACION)  
MADRID, agosto de 1930



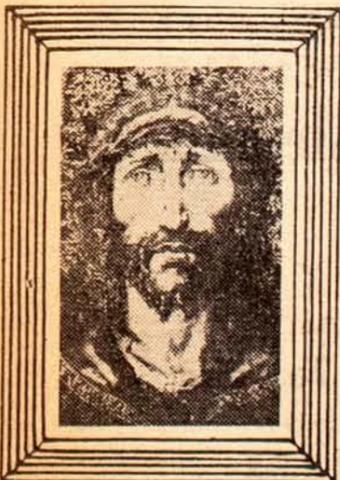
Bartolomé Bermejo le llama el historiador del arte español D. Elías Tormo — hoy ministro de Instrucción Pública — en una monografía que reúne la suma de datos más completa consagrada hasta hoy al artista, "el más recio de los pintores primitivos españoles". Cualidad común a todos ellos (se busca una excepción y no ocurre fácilmente, fuera de los primeros primitivos, imitadores de Siena) es la reciedumbre, y no la delicadeza. El primitivismo español anuncia ya ese carácter varonil, más bien duro y seco, que no desvirtúan, en todo el curso de la historia de nuestra pintura ni aun las suavidades del tierno Murillo que se refugia en la sobriedad y reserva de un Velázquez y se alía, en Goya, a los mayores atrevimientos y casi demasias de unos pinceles indomables. Pues si entre tantos artistas recios, el pintor de que aquí ha de hablarse merece calificarse en superlativo, ¿cuál no será su energía!

Hoy se destaca en los orígenes de la pintura española el nombre de Bartolomé Bermejo como uno de los fundamentales. Su obra, en España o fuera de ella, procede del antiguo reino de Aragón, de las que hoy son provincias de Zaragoza, Barcelona, Valencia, en primer término. Pero el artista es andaluz, de Córdoba. Hay

documento, en uno de sus cuadros mismos, aunque no de su mano, que lo declara: "Opus Bartholomei Vermeio cordubensis"... De su vida no es mucho lo que se conoce; fechas de obras, o de contratos y encargos, todo ello. Y hasta en su nombre hay dudas. Dos tablas suyas ostentan firma en latín: Bartolomeus Rubeus. Rubeus corresponde a rojo o bermejo. Este apellido es corriente en España. (Hoy lo lleva un pintor distinguido). No falta quien lo considere, más que apellido, sobrenombre, bien transformación de un Cárdenas, que también dan algunos documentos, bien como indicación personal, de pelo y tez. (Los documentos, con su intachable seriedad, ponen a veces en grave apuro a los eruditos, y no es cómodo encontrarles avenencia).

La primera mención detenida y calurosa de una obra suya viene del tiempo romántico, y se debe a aquel admirable hombre llamado Pablo Piferrer, que analizó en el tomo I, "Cataluña", de los "Recuerdos y bellezas de España" (publicación que marca fecha en los estudios artísticos de la península) una de las principales obras de Bermejo. Esto es en 1839. Después Cook, Casellas, Samper y Miguel, Tormo, Bertaux, Mayer. Olvidado, o mencionado apenas, en los manuales, ocupa Bermejo en las reseñas e historias más recientes lugar señalado.

¿Cuáles son sus obras? La



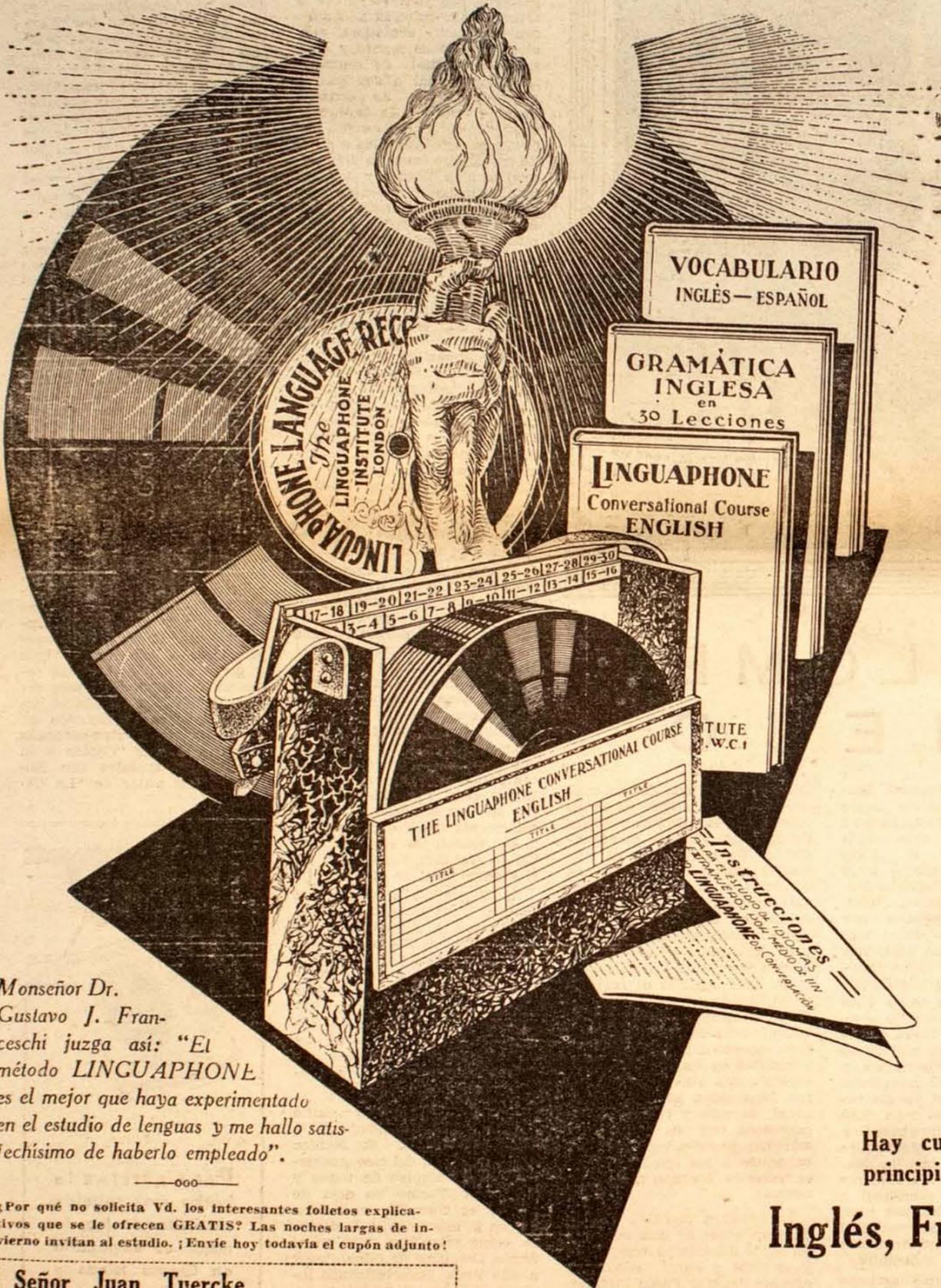
Bartolomé Bermejo. — Santa Faz. (Museo de Vich)



PARA AFEITAR la barba mas rebelde sin irritar la tez, lo mejor es empaparla en Crema Hinds y enjabonarse como de costumbre. Haga el ensayo y convéngase.

### CREMA HINDS

# Estudie IDIOMAS por discos LINGUAPHONE



El método ideal para estudiantes  
adultos por sus

**15**

ventajas:

1. Vd. estudia en casa, sin etiqueta alguna.
2. Vd. estudia a la hora que se le antoja, de día o de noche.
3. Vd. estudia el tiempo que quiere: diez minutos, una hora, dos horas....
4. Para sus lecciones no rige ningún horario, sino su estado físico o el tiempo que tenga disponible.
5. Vd. no pierde horas preciosas en caminatas improductivas. Cada minuto lo aprovecha para adelantar.
6. En cada curso LINGUAPHONE Vd. estudia con varios profesores a la vez, de manera que acostumbra su oído a voces distintas.
7. Los maestros de los cursos LINGUAPHONE son destacados catedráticos universitarios de Europa que enseñan sus respectivas lenguas maternas. Mejores profesores de idiomas no hay.
8. Con los discos LINGUAPHONE, que pueden pasarse en todos los fonógrafos corrientes, Vd. hace repetir las frases cuantas veces quiera. Sus profesores nunca se cansan y nunca se irritan.
9. Al elegir una púa determinada, Vd. obliga a sus profesores a hablarle exactamente con la fuerza de voz que Vd. desee.
10. La rapidez de dicción puede Vd. guardarla a voluntad, mediante el tornillo regulador.
11. Toda la familia y sus amigos pueden aprovechar su curso LINGUAPHONE, sin gastos adicionales.
12. Las repeticiones que Vd. haga del idioma aprendido por un curso LINGUAPHONE, aún años más tarde, le resultarán gratis.
13. Los cursos LINGUAPHONE combinan textos, láminas y discos, permitiéndole practicar simultáneamente vista, oído y lengua.
14. Los cursos LINGUAPHONE tratan de temas prácticos únicamente e incluyen los últimos inventos como la radio, el automóvil, el aeroplano, el subterráneo, etc.
15. Los cursos LINGUAPHONE no sólo son los mejores y más modernos, sino también—rara coincidencia—los más baratos. Se venden completos o en reducidas cuotas que están al alcance de todos los bolsillos.

Monseñor Dr. Gustavo J. Franceschi juzga así: "El método LINGUAPHONE es el mejor que haya experimentado en el estudio de lenguas y me hallo satisfechísimo de haberlo empleado".

¿Por qué no solicita Vd. los interesantes folletos explicativos que se le ofrecen GRATIS? Las noches largas de invierno invitan al estudio. ¡Envíe hoy todavía el cupón adjunto!

**Señor Juan Tuercke**  
Casilla Correo 1209, Buenos Aires

Sírvase enviarme, gratis y sin compromiso, el folleto LINGUAPHONE.

Me interesa el idioma .....

Nombre .....

Profesión .....

Calle ..... N.º .....

Ciudad ..... F. C. ....

L N 07090

Más de 300 médicos y abogados argentinos poseen ya cursos LINGUAPHONE, que es el método de los estudiantes exigentes.

Hay cursos LINGUAPHONE para principiantes y adelantados en

**Inglés, Francés, Alemán, etc.**

Exclusividad:

**Juan Tuercke**

Demostraciones gratuitas:

**VICTORIA 636, 7o. piso**

De 9 a 13 y de 15 a 19

**BUENOS AIRES**

ROSARIO: Sarmiento 853  
MENDOZA: Unión 228

CONCORDIA: Entre Ríos 636  
MONTEVIDEO: Sarandi 620

# EL ESPIRITU DE RECONSTRUCCION. - I

**H**EMOS visto anteriormente de qué forma la guerra, al abatir tantos seres humanos, tantos monumentos e ideas, al hacer entrever la ruina posible de la civilización, al llevar la duda y la alarma al dominio de todas las creencias, al quebrar la estabilidad del mundo había provocado un espíritu de inquietud, de negación y hasta de abdicación. También vimos cuáles habían sido sus principales modos expresivos: desde el dadaísmo al "nuevo mal del siglo", pasando por la apelación a lo inconsciente, a lo irracional y recurriendo a la evasión. Vimos, en suma, cómo todos esos movimientos se relacionaban parcialmente con la teoría "gidiana" de la disponibilidad, del acto gratuito, con las teorías proustiana y pirandelliana, relativas a la inexistencia de una personalidad estable, y con un sistema freudiano de lo inconsciente.

Después de haber derruido la noción del hombre que los siglos precedentes nos legaron, tratase ahora, o bien de renunciar al hombre occidental, y accesoriamente a la vida, al menos, a la civilización occidental, o bien de volver a poner en pie una civilización y una idea del hombre.

Esta empresa de reconstrucción pudo parecer desmesurada y terrible. En realidad, tratase de una empresa a la cual se unce periódicamente la humanidad y que suele llevar a cabo con éxito. Periódicamente y, sobre todo, después de las grandes sacudidas: grandes invasiones, grandes guerras, grandes migraciones, grandes revoluciones.

En esos trances, el hombre vuelve a comenzar el inventario y escruta de nuevo la tierra, los cielos y se observa a sí mismo para extraer nuevos mitos, nuevas religiones, nuevas razones de vivir. Entonces se afirma lo que se llama clasicismo; y una gran época clásica se desarrolla siempre que uno de esos inventarios toca a su fin y que el escritor, el artista encuentra a su disposición un conjunto de ideas sobre el hombre y la vida, nuevamente comprobadas, admitidas por todos y, sin embargo, bastante fragantes aun, para no haber degenerado en tópicos ni en academismos. El escritor puede entonces apoderarse de esas ideas nutriendo con su substancia una obra que puede hacer perfecta. A cada redescubrimiento del mundo sigue puntualmente una gran época clásica.

El espíritu de inquietud que ha vuelto a poner en duda todo contribuye realmente a una obra fecunda al provocar y hacer necesario un espíritu de redescubrimiento y de reconstrucción. El espíritu de inquietud ha hecho estallar las teorías y las prácticas literarias más extravagantes, monstruosas y anormales. Este espíritu respondía a un período en el cual la máquina humana produce intensamente, sin retención ni control, ávida únicamente de novedad y de grandeza. A esta literatura de paroxismo debía fatalmente oponerse una literatura de orden y de armonía. Al concepto de sinceridad, de riqueza, de originalidad debían oponerse, y se han opuesto, las ideas de verdad, de perfección, de equilibrio. Pero para que el espíritu de orden y de reconstrucción se aplicase de una forma valedera era necesario que el espíritu de inquietud hubiérase preparado su materia, una materia rica y ardiente.

De una manera global puede decirse que el espíritu de reconstrucción se manifestó desde 1918, pero que solamente a partir de 1925 tomó la delante

ra respecto al espíritu de inquietud.

La primera forma adquirida por el espíritu de reconstrucción desde 1918, la más visible, ha sido la renovación católica, con bases tomistas e intelectualistas, cuyo profeta fué Jacques Maritain. En todos los periodos de crisis, el catolicismo, como es sabido, ha luchado en Francia con todas sus fuerzas para restablecer el orden en los espíritus y limitar los efectos del individualismo. El restablecimiento literario y espiritual más característicos a este respecto es el "Genio del cristianismo", de Chateaubriand, publicado a raíz de la Revolución.

El catolicismo servíase del arte gótico, de la belleza formal de sus catedrales y de sus ritos para atraer hacia él a los espíritus perdidos por el sensualismo de los ideólogos. Hoy día, el catolicismo opone fuertemente a la noción de "devenir", al historicismo que domina el siglo XIX, la noción del ser, tal como lo definió Santo Tomás. No insistiré sobre el neotomismo, no porque no haya mucho que decir sobre él, sino porque ya se ha dicho mucho. Y, sobre todo, porque lo que hoy nos interesa es más que sus justificaciones, la repercusión de su doctrina sobre la sensibilidad actual.

Ahora bien; ¿cómo puede explicarse el prestigio del neotomismo en los jóvenes—son, o han sido, bastante numerosos—que se orientan hacia Maritain? Para algunos, no se trata más que de fortificar la tradición greco-latina apoyándola sobre el catolicismo. Para esa especie de neo-tomistas, más próximos de Henri Massis y aun de Charles Maurras que de Maritain, tratase de conservar a la vez la idea católica y la idea greco-latina del hombre, de luchar por la tradición. Puede decirse que los jóvenes que así piensan dan más bien pruebas de un espíritu conservador que de espíritu reconstructor, propiamente hablando.

Pero resulta que la mayor parte de los jóvenes neo-tomistas piensan al margen de la política. Han ido y van al neotomismo por un deseo de orden, de estabilidad, por cansancio de la libertad. Van, también, por razones un poco diversas y que apenas han sido aclaradas hasta la fecha; piensan, en parte, como aquella gran dama de la que hablaba Stendhal y que exclamaba, al saborear un sorbete: "¡Lástima que no sea pecado!" La libertad total, la ausencia de toda moral quita sabor a la vida. Estos jóvenes han ido al neotomismo para encontrar una disciplina, para reencontrar el sentido del pecado, el gusto de los sentidos y de las cosas prohibidas, para hallar barreras y poder saltarlas.

En una colección de confesiones publicada por los "Cahiers du mois", con el título de "Examen de conciencia", esta tendencia se manifiesta claramente. Convertirse no compromete a nada, nos dice uno de esos jóvenes conversos, Robert Honnert. Y escribe: "Yo me siento, como siempre, recorrido por el tropel brillante de los deseos y mis sentidos están más que nunca al acecho de todo lo curioso que pasa en la tierra..."

Sería injusto, empero, no señalar que menos preocupados por la doctrina que de una interpretación del hombre y de la vida, algunos novelistas—pienso en Mauriac, en Georges Bernanos, en Julien Green—nos proponen una visión católica de la vida, representada por la lucha entre las pasiones y la aspiración del alma a la santidad, entre la carne y el espíritu.

No insistiré mucho sobre la

apelación al comunismo, tan frecuente ahora como el catolicismo entre los jóvenes. Es costumbre, por otra parte, ver cómo un joven pasa del comunismo al catolicismo o recíprocamente. Muchos, de entre ellos, como los neo-tomistas, no van al comunismo por deseo de un orden severo, de una reglamentación que les haga sentir, por contraste, la dulzura de la libertad. Aceptan un conformismo para tener la libertad de substraerse a él, aceptan una regla del juego

H. Lefebvre, Friedmann—tienen una actitud más característica. Rechazan todo individualismo, niegan que el análisis individual, la introspección, pueda conducir a un conocimiento del hombre; reprochan a la generación que les precedió el haber "renunciado a la parte eterna de ellos mismos". Oponen al individuo el hombre sociológico, el hombre marxista. Borran las diferencias.

Friedmann escribe: "Esto es lo necesario. Entrar con candor en el mundo, dejar caer sobre él todo el peso de nuestra alma y, a continuación, afirmar altivamente un cierto número de verdades poéticas, filosóficas, políticas, místicas, que forman la inseparable expresión del Espíritu".

Pero tampoco me detendré en este punto. La actitud marxista, al igual de la actitud católica, comporta la aceptación de creencias ya formadas antes de la guerra y que implican, si se quiere, un espíritu de reconstrucción; pero este espíritu no ha salido de la encuesta llevada a cabo después de la guerra.

Llegamos ahora precisamente a las formas completamente nuevas asumidas por el espíritu de reconstrucción después de 1915. A partir de 1920 Jacques Rivière indicaba el método a seguir, reclamaba de los escritores lo que él llamaba una gran encuesta positiva: "No podremos renovarnos—escribía—más que si el acto del escritor se aproxima al esfuerzo para comprender. No imitando al sabio sino emparejándose de nuevo con él, es como el escritor verá que le devuelve fecundidad. Y, sin duda, seguirá siendo siempre, a diferencia del sabio, un inventor, un ser falaz. Pero será necesario que aparente ignorarlo. Será necesario que el mundo irreal que tiene por misión suscitar, nazca solamente de su aplicación a producir lo real, y que la mentira artística sea engendrada únicamente por la pasión de la verdad".

Retengamos algunas de estas expresiones: encuesta positiva, pasión de la verdad, aplicación a reproducir lo real. ¿Qué otra cosa quiere decir Rivière sino que todo el conocimiento del hombre y de la vida debe recomenzarse sobre nuevas vías?

Pregúntase a veces por qué Paul Valéry y Alain—después de Gide y de Proust—han llegado a ser los maestros favoritos de la juventud. Débese a que fueron los primeros en entregarse a esa inmensa tarea de reconstrucción. Gide y Proust habían aniquilado las viejas nociones; Valéry y Alain no han traído soluciones nuevas, pero sí facilitan métodos para reconstruir al hombre. Por algo los héroes preferidos de Valéry son Leonardo de Vinci y Descartes, y los de Alain, Descartes y Spinoza: en suma, tres reconstrucciones.

La primera y más importante regla suministrada por Valéry y por Alain consiste en el retorno a lo elemental. En sus "Entretiens", Valéry cuenta lo siguiente: "Yo tenía un amigo que había escrito hace treinta años un hermoso ensayo sobre las grandes ciudades. Le hice observar que encontraba en él una laguna un poco extraña: "No me parece que usted haya pensado el hecho de que en una gran ciudad haya mucha gente reunida en un espacio pequeño; y, sin embargo, ¡cuántas cosas en esa observación tan sencilla! Su instinto literario le ha jugado la mala pasada de desdén, sin tener conciencia de ello, una noción esencial cuya riqueza es infinita".

Esta revisión de los problemas por su reducción a lo ele-

mental comporta, a los ojos de Valéry, una necesidad, a fin de que sea útil y fecunda. Esta necesidad es la de alejar de su radio toda imprecisión, todo prejuicio. "Las ideas o los ídolos—escribe—que desde hace siglos sirven para enunciar los problemas y concebir sus soluciones, comienzan a encontrarse en oposición, cuando no en conflicto, con las condiciones impuestas al pensamiento por la vida moderna, condiciones resultantes del desarrollo de la precisión, de la conexión y de la potencia que la ciencia ha impuesto a Europa y que Europa impone al mundo".

En cuanto a Alain, cada uno de sus "propos" se halla fundado sobre una idea elemental y esencial de la que extrae las consecuencias más remotas. Aquellos que hayan leído los dos abultados volúmenes de Alain sobre "Les idées et les âges" comprenderán lo que quiero decir. Sin embargo, he aquí un breve apólogo de sus "Propos sur le bonheur" que ilustra bien su método: "Cuando un niño grita y no quiere ser consolado, la nodriza se entrega fácilmente a las más ingeniosas suposiciones concernientes a ese carácter infantil y a todo lo que le gusta y le disgusta; recurriendo, inclusive, a la herencia, reconoce ya al padre en el hijo; estos ensayos de psicología se prolongan hasta que la nodriza haya descubierto el alfiler, causa real de todo".

Valéry hablaba de la busca de una idea simple y Alain habla de descubrir el alfiler. Esto no quiere decir que el hallazgo del alfiler sea siempre fácil, ni que el alfiler explique todo. Pero sí quiere decir que el inventario debe reemprenderse desde el comienzo.

Ya es sabido cuáles son los problemas en los que se interesa por encima de todo un Valéry y son los concernientes al funcionamiento humano, los problemas del cuerpo en su relación con el espíritu, el estudio de un fenómeno como el sueño, esa "ausencia", como él dice. De la misma manera, Alain consagra las primeras páginas de "Les idées et les âges" al insomnio.

Este estudio del cuerpo humano dió origen, desde 1918, a toda una literatura que erróneamente se ha denominado deportiva. Son bien conocidos los libros de Montherlant sobre el sport; más curiosos, desde el punto de vista que interesa hoy, nos parecen obras como "Cinq mille", de Dominique Braga, relato de una carrera de cinco mil metros, monólogo interior del corredor, o, si se quiere, diálogo del corredor y de su cuerpo, durante el esfuerzo; o libros como "Plaisir des sports", de Jean Prévost, donde el cultivo del cuerpo, su adiestramiento, es estudiado en su repercusión sobre el espíritu y el alma, y en tanto que es un sistema para el conocimiento del yo. Debemos agregar a estos libros los "Dialogues avec le corps endormi", de Jean Schlumberger.

Continúa el inventario del cuerpo humano en todo lo que se refiere a lo humano y a los diversos aspectos que reviste el hombre, desde el ser primitivo de mentalidad prelógica hasta el hombre más civilizado. Debo aludir a ese aspecto nuevo, documental, que ofrece la más reciente literatura de viajes. Después de haber pagado su tributo al espíritu de inquietud en "Rien que la terre", un Paul Morand contribuye al espíritu de reconstrucción con documentaciones sobre Asia ("Boudha vivant"), sobre los negros "Magie noire", "Hiver caribbe"). Del mismo modo un Luc Durtain, un Dubamel nos ofrecen su contribución al conocimiento de Rusia. Luc Durtain, además, al de Estados Unidos e Indo-China.



## Los jazmines de San Ignacio

Lindo es el sol de Mayo,  
Tú eres más linda,  
Porteña mala...

El domingo de Ramos  
En San Ignacio  
Por la mañana,  
Compré jazmines,  
Jazmines blancos,  
Y al decirle a tu parda  
Que te los diera,  
Me miraron las negras  
De la Recoba  
Como con lástima...

Lindo es el sol de Mayo,  
Tú eres más linda,  
Porteña mala...

A Carmen, la mulata  
De San Francisco,  
Le di una carta  
Para tus manos,  
Y Carmen me la trajo  
Sin decir nada...

Y cuando fusilaron  
Aquel muchacho rubio  
Allá en la Plaza  
De la Victoria,  
Vi que llorabas,  
Y que el muerto tenía  
Jazmines blancos  
Entre sus manos  
Ensangrentadas...

Héctor  
Pedro  
Blomberg

para poder hacer trampas cuando les venga en gana. Se ha visto, por lo demás, cómo la mayor parte de los jóvenes escritores inscriptos en el Partido Comunista, fueron expulsados de él rápidamente por herejía o por diletantismo.

Empero, algunos jóvenes revolucionarios—pienso, sobre todo, en el grupo que publicó estos últimos años la revista "Philosophies", luego "L'Esprit" y después la "Revue Marxiste": Politzer, P. Morhange,

BENJAMIN  
CREMIEUX

BUENOS AIRES, agosto de 1930.

# FAMILIAS ETIMOLOGICAS

POR

LEOPOLDO  
LUGONES



**L**a concurrencia de acepciones y de voces parónimas en la formación de las actuales, no sólo robustece su etimología, sino que ensancha y aclara la investigación conducente, permitiendo a la vez el hallazgo de orígenes inadvertidos por falta de aquel recurso, cuyo empleo contradice el prejuicio de la unidad radical, atribuida sin excepción a toda palabra. Simplificadas así, las etimologías resultan muchas veces arbitrarias, equivocadas o tautológicas, como esta del Diccionario Académico, que tomo por ejemplo sin segunda intención: mofa, "de mofar". Mofar, "hacer mofa".

En un próximo artículo daré la etimología de aquella voz. El presente está destinado al estudio de las palabras "abandonar" y "abandono", que carecen de etimología en aquel libro, además de otras que son del mismo doble tronco latino, aun cuando la Academia atribuye a la mayor parte procedencia germánica.

La voz latina "pannus", tela, paño, trapo, retazo, engendró las bajolatinas "bandum" "bandum"—pues la doble ene hacia con frecuencia "nd"—, que significaban enseña, estandarte de compañía; ya que el pabellón imperial llamábase "labarum" y "vexillus". Del mismo "pannus" derivaron "banna" y "panna", que dieron nuestros actuales "banda" y "pana"; así como salió "benna", origen de nuestra "venta", por regresión al de la voz latina que es la griega "penos", tejido, tela, género. "Banna", en bajo latín, era una clase de lona; y "panna" una especie de pelliza. Pero esta misma voz significaba también taco de madera, bajo

la acepción pedazo del "pannum" latino, que, según justa observación de Littré, dió por apócope habitual "pan", trozo, pedazo: origen de nuestra voz "pan" que designa la hoja de metal de los batidores. De "panna", taco, salió la segunda acepción de pana, que es tabla de bote. Pero "panna" fué también "penna" y tal es el origen de la voz castellana "peña": piel para forro o guarnición, según define el Diccionario (1).

De "banda", bandum, derivóse "bandera", lo mismo que "pendón", asociado probablemente con "pender", porque el lábaro colgaba de un vástago transversal que formaba cruz con el asta (2). Concurriría asimismo a la acepción genérica, otra del antedicho vocablo "banna", que era toldo. "Bandum" fué, pues, el estandarte feudal por excelencia, la insignia del señor, entre cuyos privilegios estaba la administración de justicia, la convocatoria militar de los vasallos, la molienda del trigo y la concesión de hornear el pan. De ahí que se llamase "bandum" por antonomasia al pregón con estandarte y clarín que publicaba las sentencias y decretos: origen de nuestro "bando", y del verbo anticuado "bandir", o sea pregonar la condena en rebeldía de los prófugos: verbo que según la Academia es también de raíz germánica. Dicho pregón, contraído en "ban", por la habitual caída de los sufijos latinos "um" y "us", hállese en la locución francesa "ouvir le ban", que significa lo mismo; y de ahí también que alguacil fuese en bajo latín "banerius". En castellano, "echar bando" es publicar una ley o mandato. El prófugo puesto fuera de la ley por bando, fué, así, el "bandido"; mientras la acepción de convocar milicias engendró a

"bandus", compañía libre de mercenarios, que hizo "bando", "banda", y su diminutivo "bandilla". La milicia de Castilla en tiempo de don Alfonso el Sabio recibía por antonomasia el nombre de "banda", por la cinta roja que llevaba como distintivo al brazo derecho. "Baner", o pregonar la rebeldía del prófugo, de donde salió el antedicho castellano "bandir", significó también convocar milicias: alzar bandera. Creo más probable que de ahí proceda "bandir" y no del gótico "brand", tizón, según dice la Academia; puesto que "banderia", congregación bajo banderas, fué también "banderia" en bajo latín. Y el mismo origen atribuyo a "blandón": hacha de cera y cirial.

Los bandos o decretos de concesión de los derechos feudales fueron a su vez el "ban del molino", el "ban del horno" (3); y de aquí que los peones molineros y panaderos recibiesen en bajo latín la denominación de

"bannerium". La cesta del grano y del pan fué, así, la "banana", de donde salió "banasta", como "canasta" de "canna" caña (4). Pero "banna" significó también franquicia del "ban" o decreto; y tal es el origen de la locución "dispensa de banas" aplicada a la exención de los derechos matrimoniales. "Banas", o amonestaciones nupciales, no proceden, pues, del francés, como cree la Academia, sino del bajo latín "banna", que precisamente con esa estricta acepción fué voz canónica corriente en toda Europa durante la Edad Media.

"Bannum" significó, asimismo, en la natural expansión de sus diversas acepciones jurídicas, expulsión por antonomasia. Así, desde confinar y desterrar, que es el actual francés "banir", cuya doble ene indica al bajo latín "bandire", hasta excomulgar. De esta suerte, confiscar fué, legalmente hablando, "in bannum mittere". El antiguo francés traduce literalmente, desde el siglo XII, "mettre á ban": confiscar, saquear. Mas, al propio tiempo, el bajo latín forma la expresión "a ban dono", o sea donación legal, que también significó hipoteca; y por cierto que el correspondiente verbo: "abandonare". Ambas formas tenían asimismo las acepciones de garantizar y dar en caución.

He ahí, pues, la etimología de "abandonar" y "abandono", que el Diccionario ignora por

completo; mas, aquí corresponde proponer una concurrencia interesante. "Pando", en latín, significa abrir, desplegar, ensanchar, franquear, tender; lo cual daría en bajo latín la expresión "a pando": a campo abierto, al arbitrio; como tenemos "afuera" y "aforo", compuestos con "foras", fuera, y "foro", plaza pública. "Bandum" hizo, efectivamente, "bandum" en bajo latín; regresión confirmativa al "pannus" latino; y de ahí "pandare" y "pandiar", abrir sucesión por edicto, a la vez que "pand" y "pandagium", hipoteca. "Pandator" fué, todavía, el alguacil o pregonero, y "pandatio" el pregón mismo.

Hemos hallado o rectificado, pues, diez y seis etimologías mediante el estudio de un solo tronco: "pannus", ramificado en bajo latín y en romance, como sucedió, ya se irá viendo, con muchas otras palabras. El lector apreciará así cuál es el método acertado.

(1) Obsérvese que la voz "penna" regresa también al original griego "penos", corroborando así la atribución.

(2) El pendón era también un estandarte de compañía o de mensada; y por su forma peculiar una verdadera banda de tela.

(3) Hablamos también de la siega, de la vendimia, de la esquila, etc.

(4) Grupo de despectivos familiares en "asta", "astra", "aza", como los citados, y madrastra, carnaza. Banasta fué también "banassa" en bajo latín.

## EL MEDICO DE LAS PINTURAS DEL VATICANO

(Continuación de la pág. 10)

tados casi como miniaturas. En las señales del techo se podía distinguir, día por día, el trabajo cotidiano del gran artista. Es imposible darse cuenta de la belleza de estas pinturas y del arte concienzudo y experto con el cual fueron ejecutadas, sin haber podido observar de cerca lo que Miguel Angel ha creado.

Desgraciadamente, el "Juicio", expuesto al humo y al polvo (aunque este último haya influido tan poco que no hubo nunca necesidad de limpiarlo gracias a la genial idea de Miguel Angel de dar a la pared de la pintura un desplome de 20 centímetros, de manera que el polvo no podía asentarse), ultrajado también por imprudentes retoques y a causa de la alteración que sufrieron las materias colorantes usadas por Miguel Angel, se presenta hoy, a quien lo admira de lejos, desde la inmensa sala, fumoso, obscuro, misterioso.

Se puede afirmar — dice Steinmann — que aquí más que en ninguna obra, se necesita hacer urgentemente un "codex absolutissimum" que llegaría a realizar su finalidad solamente si se pudiera reproducir fotográficamente, "en tamaño natural", por lo menos, las cabezas y las partes principales de esta grandiosa composición, desgraciadamente destinada a desaparecer en el transcurso de los siglos.

Objetivo utilísimo pero tarea casi insuperable, no solamente por la materialidad del trabajo (piénsese solamente, en la dificultad de erigir un castillo autónomo adelante del "Juicio" sin poderlo sujetar en la pared), sino también por los enormes gastos que implicaría,

Mientras tanto, el estudio para la realización de este trabajo ha sido asumido por una comisión compuesta por personajes de la Ciudad del Vaticano y del Estado italiano, tales como el director general de los Museos Vaticanos, un representante del gobernador de Roma, un representante de la Dirección General de Antigüedades y Bellas Artes y otros insignes estudiosos. El presidente es el conde David Costantini, en su calidad de presidente de la "Asociación Internacional para los Estudios Mediterráneos", creada en Roma en el 1929, y que toma a su cargo los gastos necesarios para la ejecución de las reproducciones fotográficas.

Esta obra fotográfica que no se limitará a la Sixtina, sino que se extenderá a todas las demás capillas y salas y a todos los frescos importantes, no tiene solamente por objetivo la documentación histórica, sino también la de servir de base para hacer las restauraciones necesarias.

Es interesante conocer cómo se realizan estas restauraciones. Se cubren las grietas del revoque con tiras de papel que tienen la doble finalidad de impedir, durante los trabajos, que dichas grietas aumenten de tamaño y el de encerrar el aire en las hinchazones del revoque. (Téngase en cuenta, por ejemplo, que el fresco del Papa San Cornelio tenía una gran hinchazón en las manos, que sobresalía de 10 centímetros sobre la superficie del revoque). Una vez realizada la operación mencionada, se hacen pequeños agujeros en el revoque, probablemente en coincidencia con las grietas, para no dañar nuevamente la pintura. En tales agujeritos se colocan pequeñas bombas con las cuales se aspira todo el polvo u otras materias que se hayan acumulado en la hinchazón del revoque.

Una vez terminado este trabajo, se lava, con agua de caseína y por medio de otras pequeñas bombas, el espacio comprendido entre el revoque y la hinchazón. Luego se introduce lentamente argamasa líquida. Para evitar que el revoque caiga durante las operaciones y para obtener el aplanamiento y la adhesión segura de la hinchazón, se hace amplio uso de la "prensa", máquina ideada por el cav. Mandel. Veremos en qué consiste y cómo se usa. En la zona de la operación se colocan algunos clavos terminados en ojales, los que están destinados a sostener una especie de telar de madera, el cual se adhiere al fresco hinchado o directamente o con la ayuda de fieltros mórvidos capaces de adaptarse mejor a la forma curva del fresco. Después de esto, el telar se aprieta lentamente contra el revoque hasta el momento en que llega a adherirse y pegarse a la hinchazón. Cuando la encoladura está seca, se quita la prensa, se despegan — después de haberlas mojado ligeramente — las tiras de papel que servían para evitar el chorreo de las materias líquidas; se sacan los ojales apuntados sobre la superficie y finalmente se cierran y pintan los pequeños agujeros que han servido a la operación.

Las fotografías del "Juicio Universal" se iniciarán cuanto antes y serán — como ya hemos dicho — objeto de gran interés para los estudiosos, porque este fresco, al cual nadie se había acercado hasta ahora, podrá ser observado hasta en sus menores detalles. Todavía no se sabe nada respecto a la fecha en que comenzarán los trabajos de restauración, los cuales "no presentan ningún carácter de urgencia".

Y esta es la mejor noticia que pueda darse a los innumerales admiradores de las obras maestras de Miguel Angel.

## PASION Y MUERTE DE BOLIVAR

(Continuación de la pág. 15)

tarian bien. Y el destino, en efecto, le juega al gran enemigo de España la última irónica partida. Lo conducen para morir a la finca precisamente de un hacendado español; la quinta de San Pedro Alejandro, propiedad de don Joaquín de Mier.

Ya no se moverá de junto a la tierra. Adiós, definitivamente, a la vida de actividad y de victoria. La altanera águila caudal habituada al vuelo sobre las gigantescas cimas de los Andes yace ahora con las alas vencidas, miserable despojo de vejez y de desengaño que la tierra aguarda impaciente. Adiós a los sueños de triunfo y poderío. No más apoteosis clamorosas en las ciudades empavesadas, ni aquel galopar entusiasta bajo la solemne emblema de los volcanes humeantes, ni aquel surcar los ríos majestuosos, ni aquellas embriagueces de los amores gustados con alegre frenesí entre dos batallas.

Un grupo de generales y coroneles le rodea, únicas reliquias de las antiguas muchedumbres de admiradores. Gente ruda que mata como puede el ocio de la espera, contando anécdotas, recordando los días de aventura y expresando a su manera tosca de soldados su dolor. Cuando el médico anuncia al general Mariano Montilla que el Libertador está condenado a morir pronto, el bravo guerrero, montando en repentina cólera y dándose puñadas en la frente, prorrumpió en una palabrotta castiza y al punto se echa a llorar como un niño...

— "¡Vamos, muchachos!" Es Bolívar, que rompe el silencio de la noche con sus gritos de delirio. ¡Pática obsesión del alma que quiere huir, ambiciosa de otros horizontes más serenos, de otros hombres más generosos, y siente que la tierra le ase con argolla invencible. "¡Vámonos, vámonos!" "¡Esta gente de aquí no nos quiere!" "¡Vamos, muchachos!" "¡Lleven mi equipaje a bordo de la fragata!"

Es verdad. Por fin ha podido embarcarse en la veloz fragata

que no retorna nunca. El 17 de diciembre de 1830, a la una del día, Simón Bolívar sale de viaje para la inmortalidad. Antes de alejarse, el cura de Matucos, esa humilde aldea de indios que está ahí al lado, le ha tomado confesión y le ha puesto en las manos un crucifijo.

Dejemos ahora hablar a los hombres. Oigamos la voz de un compatriota, Juan Antonio Gómez, gobernador de la provincia de Maracaibo, que comunica la noticia al ministro del Interior en los siguientes términos:

"Anoche ha llegado a esta ciudad el capitán inglés Pil Riton en la corbeta de guerra La Rosa, procedente de Jamaica y salida el 6 del presente de aquella isla. Trae por noticias la confirmación de la muerte del general Bolívar en la villa de Soledad, provincia de Cartagena; de cuyo acontecimiento no hay ya la más pequeña duda, pues todos los informes y noticias sobre el particular son consonos. Un acontecimiento de tanta magnitud, y que debe producir bienes innumerables a la causa de la libertad y al bien de los pueblos, es el que me apresuro a comunicar al Gobierno por el conducto de V. E. y por medio de un oficial que sólo lleva esta comisión. Bolívar, el genio del mal, la tea de la discordia, mejor diré, el opresor de su patria, ya dejó de existir y de promover males que refluían siempre sobre sus conciudadanos. Su muerte, que en otras circunstancias y en tiempo del engaño pudo causar el luto y la pesadumbre de los colombianos, será hoy sin duda el más poderoso motivo de sus regocijos, porque de ella dimana la paz y el avenimiento de todos. ¡Qué desengaño tan funesto para sus partidarios, y qué lección tan imprevista a los ojos de todo el mundo, al ver y conocer la protección que por medio de este suceso nos ha prestado el Supremo Hacedor! Me congratulo con V. E. por tan plausible noticia..."

Pero sobre el acento de estupidez y de odio de esta desdichada voz de los contemporáneos, la posteridad ha levantado su voz potente que ya nunca será rectificadora y que gritará siempre junto al nombre de Bolívar la palabra que él amó tanto: ¡Gloria! ¡Gloria!

# U N A F U G A

## Preparativos para recobrar la libertad



El cuartel de oficiales en Stralsund estaba sobre una isla, o mejor dicho, sobre un par de islas, llamadas la Grande y la pequeña Dalholm, separadas de la tierra firme por una estrecha corriente de agua que un ferry-boat permanente atravesaba de un lado a otro. En la parte más lejana de aquellas islas, donde el canal era más ancho—quizá tendría dos tercios la anchura del Solent en su punto más angosto—estaban las hermosas playas de Rügen. El mar azul y las barrancas boscosas de la isla, recordaban al prisionero nostálgico las bellezas de su hermana menor, la isla de Wight.

Allí, en el verano de 1918, llegaron más de quinientos oficiales británicos hambrientos, huéspedes involuntarios de Guillermo II, que era entonces Su Majestad Imperial. Se trataba de una parte no muy considerable de los muchos tomados prisioneros en las tres gigantescas ofensivas alemanas realizadas entre el 21 de marzo y el 27 de mayo. Llegaban en grupos desde los campos de sorteo de Rastatt y de Karlsruhe — este último perdurará siempre en la memoria de los que vivieron en él—, o en números reducidos, procedentes de los hospitales donde habían sido dados de alta.

Allí llegaron también en el mes de septiembre doscientos oficiales que habían perdido en Aachen (Aquisgrán) sus últimas ilusiones. Fueron enviados desde varios campamentos a aquel lugar, que era el más seguro, y permanecieron allí dos meses. Los equipajes de casi todos que debieron precederles, se extraviaron. Gran parte de sus pertenencias llegó hasta Holanda. Los oficiales realizaron varias caminatas, y conocieron la tierra prometida. Y por fin, a última hora, la congestión de enfermos en Aquisgrán hizo necesaria la dispersión, y fueron enviados al Báltico, para esperar a que comenzara su éxodo. No tardaron en despertar nuestras simpatías. Hacía dos años y medio que habían caído prisioneros; tenían muy poco que comer y andaban muy escasos de ropas. Pero uno de ellos era dueño de una máquina de escribir.

Llegaron también allí tres oficiales del campo de Holzminden, Brunswick, transferidos como personas sospechosas a un campamento que ofrecía mayores seguridades. Al mayor Gilbert, al teniente Ortweiler y a mí, se nos advirtió, cierta mañana, que disponíamos de una hora y media para empaquetar nuestros efectos. Lo preparamos todo, y partimos. Stralsund era algo así como una cura de reposo.

Era, en realidad, un lugar agradable. Un canal, angosto en los extremos y que se ensancha hasta tener unos noventa metros en el centro, divide las dos islas. Desde el puente que atraviesa el canal en su punto más angosto, se divisaba hacia el Oeste la población de Stralsund, muy bella, ya se la contemple a la luz del sol que se pone tras sus edificaciones o iluminada por el sol de la mañana. Venecia, vista desde el mar, no es mucho más espléndida. La cúpula de la Marianne Kirche domina la ciudad, y se distinguen también las velas amarillentas de los barcos pesqueros, entre los cuales se mezclan algunas lanchas a motor, que navegan en las aguas azules. En la Danholm Grande, los castaños ofrecen un espectáculo magnífico. Hay una avenida bordeada de árboles, que parece la nave de un lugar apartado y rodeado de cercos, al cual llamábamos el Jardín de Enrique VIII, sin nin-

guna razón particular para ello, pero nos parecía que el nombre le sentaba perfectamente. Nos era permitido dar caminatas de media hora de duración en los alrededores del campamento.

Peero no tengo la intención de describir un cuadro demasiado hermoso, pues temo perder las simpatías de mis lectores. Aquel lugar era agradable, pero alemán. Los edificios no resultaban malos, pero dentro habían encerrados muchos rusos. El aire, saludable, pero pródigo en malos olores. Hacía mucho tiempo que estábamos prisioneros, al punto de que nos considerábamos casi como veteranos en aquella horda. Y en invierno hacía frío, mucho frío.

Nos dieron una quincena de vacaciones, y pudimos admirar la rara belleza de los paisajes;

## I POR EL CAPITAN H. G. DURNFORD

(Para LA NACION)  
LONDRES, agosto de 1930

Varias tentativas de fuga fracasaron una tras otra, en rápida sucesión. En cada caso, el objetivo era el mismo, aunque se trataba de alcanzarlo por métodos diferentes, a saber: el mar libre y la isla dinamarquesa de Bornholm, u otro punto cualquiera de la costa de Dinamarca. Dos oficiales, "yachtsmen" consumados, cortaron el alambre una noche, nadaron hasta Rügen, subieron a bordo de un barco pesquero vacío, y bogaron mar adentro. Pero encallaron frente al rin-

por mar, era necesario verse favorecidos por una combinación de suerte y oportunidad, y tener, sobre todo, gran habilidad como marinos. Todos sabíamos hablar alemán; Gilbert y yo conocíamos hasta cierto punto el idioma, y Ortweiler lo hablaba con fluidez. Además, podíamos sobornar al personal, contábamos con una máquina de escribir y no ignorábamos adónde debíamos dirigirnos, en un viaje por ferrocarril. Gilbert y Ortweiler habían salido del campamento con bastante frecuencia, y por mi parte, les oí conversar muchas veces sobre el tema. Además, Gilbert, que tenía el grado de mayor, había conseguido un cuartito y me invitó a compartirlo. Ortweiler era un constante camarada nuestro. Trazamos nuestros planes en el más absoluto

ba al civil portador de él a visitar el campo y sus alrededores entre ciertas fechas que se especificaban, junto con el nombre del tenedor y su oficio, y llevaba al pie la firma del comandante. Estaba impreso en alemán en una tarjeta ordinaria, y no nos parecía imposible hacer una imitación exacta de él. Nuestra expectativa en este sentido se satisfizo plenamente. El teniente Lockhead, uno de nuestros compañeros, había prestado servicios como escribiente en Holzminden. Le mostramos la tarjeta, y después de dos días nos entregó un duplicado exacto con la firma, y tan bien hecho, que podía confundirse con el original.

Crecieron nuestras esperanzas. Recordamos que debíamos completar el resto de nuestro equipo esencial, consistente en ropas de civil, dinero alemán, pasaportes falsos, mapas y brújulas. Por mi parte, carecía de algunas de estas cosas. Gilbert poseía un pasaporte falsificado, copiándolo de un viejo modelo, pero dudábamos de que tuviera eficacia en el norte de Alemania. Decidí proveerme de todo lo necesario cuando hubiera decidido definitivamente la ruta que iba a seguir. Estaba convencido de que era absurdo emplear tiempo en la adquisición de artículos que solamente serían necesarios en la última etapa del viaje, cuando corriera mayor riesgo de detención. Ahora comprendo, sin embargo, que el razonamiento era curiosamente ilógico, pues esas cosas, o por lo menos la mayoría de ellas, se hacían indispensables hasta para un viaje corto.

A esta altura de los preparativos, ocurrió algo que me indujo a abandonar definitivamente mi plan de huir a Holanda, y me decidí por la frontera de Dinamarca. Un soldado raso alemán fué a nuestro cuarto cierto día, para realizar algunas reparaciones. Vestía uniforme, pero estaba de licencia en Stralsund, donde tenía su casa, y como entonces escaseaban los obreros, se dedicó a ejecutar algunos trabajos para su antiguo patrón.

Ningún prisionero que proyectara escaparse, desperdiciaba la oportunidad de conversar con alguien llegado al campamento desde otro punto. Lo cierto es que las autoridades conocían tan bien esta circunstancia, que en la mayoría de los campamentos hacían acompañar con un centinela a la persona proveniente de otro lugar, con instrucciones para que no la dejara sola mientras permaneciera en el campo de concentración. Pero Stralsund constituía una excepción a la regla general, quizá porque hacía muy poco tiempo que los prisioneros británicos se encontraban allí, o por la convicción que abrigaba el comandante acerca de su seguridad. Sea como fuere, lo cierto es que aproveché en seguida la ocasión de obtener útiles informaciones de aquel soldado alemán. Supe así que había prestado servicios como centinela en la frontera de Dinamarca.

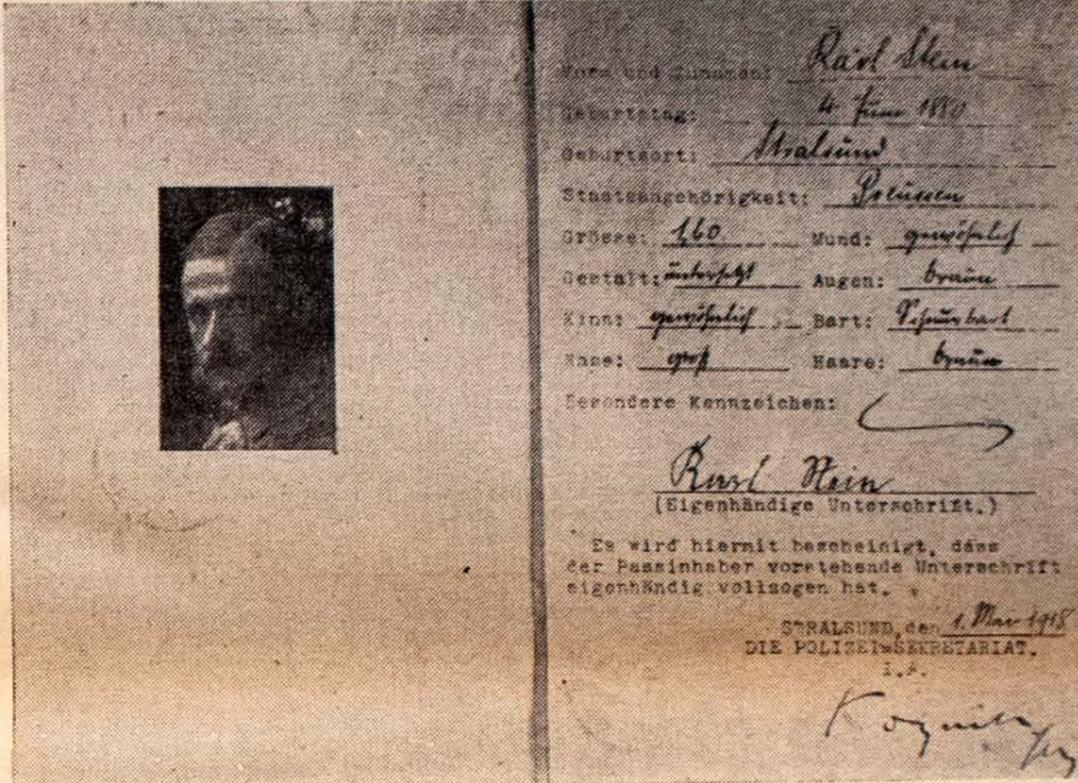
—¿Es muy aburrida la vida allí?—le pregunté.  
—¡Muchísimo!—me contestó.  
—¿Son muchos los que pasan por aquella frontera?  
—¡Oh, sí!  
—¿Prisioneros?  
—Unos cuantos, pero casi todos los que la atraviesan son contrabandistas y desertores. En cuanto a nosotros, hacemos la vista gorda.

Esas declaraciones del soldado alemán me bastaron para madurar mi plan de huir hacia la frontera de Dinamarca.

## II

### Los pasaportes fraguados

Olvíde todas las precauciones, y advertí que no me había equivocado al juzgar a aquel soldado alemán. Era un verdadero canalla, interesado y desleal hasta la medula. Apenas había permanecido media hora en nuestro cuarto, cuando estaba ya tan comprometido frente a las



dormir en camas menos incómodas y con una sábana extra; tomar baños de mar al aire libre, por las mañanas; movernos con entera libertad, sin que nos molestara para nada el personal alemán, ni el comandante interviniera en nuestros asuntos. Pudimos también beber cerveza (algo diluida, pero cerveza al fin), averiguar noticias de boca de los nuevos prisioneros que llegaban, contemplar el océano y practicar nuestros juegos sobre el pasto. Y luego, nos dedicamos a estudiar el ambiente.

Supimos que las autoridades, que se mostraban corteses con nosotros, estaban seguras de que no nos era posible escapar de aquel campo de concentración. Pero, como es natural, sabían que realizaríamos tentativas para huir.

—Claro que sí—nos decían—. Sabemos que es el deber de ustedes, pues nosotros también lo haríamos, si nos encontráramos en su lugar.

Y expresaban comentarios por el estilo, comunes entre los oficiales alemanes correctos (y casi todos lo eran en aquella isla), cuando conversaban con los británicos, agregando:

—Pero no es posible. Nadie se ha escapado todavía de aquí. Lo cierto es que puede ser fácil cortar el alambre y llegar hasta la tierra firme, pero tenemos perros. Si nadan ustedes hasta tierra firme, serán reconocidos y traídos aquí de nuevo. Aun cuando consigan pasar a Rügen, serán echados de menos. Tenemos un hidroavión para vigilar el mar. El ferry-boat tiene una guardia permanente...

Acontecimientos posteriores contribuyeron a confirmar, al parecer, estos puntos de vista.

### Falso pasaporte con el cual el capitán Durnford engañó a los centinelas alemanes al escapar a Stralsund

cón noroeste de Rügen y fueron recapturados. Otros tres se apoderaron de un bote que encontraron en el canal, remaron hasta alcanzar la costa, y allí se separaron. Dos de ellos fueron descubiertos inmediatamente, y el tercero arrestado, después de haber vagado durante algunos días. No tuve noticias de estas tentativas de huida hasta pasado algún tiempo. Otros tres prisioneros trataron de llegar a Rügen, a fuerza de remos, en una barcaza para el transporte de animales. Salieron en una noche tormentosa, y apenas habían avanzado cincuenta metros en las aguas del canal, la embarcación se tumbó, y regresaron a la costa a nado, sin que nadie los descubriera, y venciendo grandes dificultades, pues uno de ellos no sabía nadar.

A consecuencia de todas estas tentativas, los alemanes extremaron las precauciones, impartiendo órdenes severas contra los que dejaran botes en el canal o en la costa sin asegurarlos con candados. Por lo demás, el comandante se mostraba muy satisfecho de su segunda línea de defensa, a saber: el agua, pues estábamos a mediados de septiembre, y cada día se hacía más fría y menos atrayente para los que quisieran escapar a nado.

Tal era la situación cuando el trío de Holzminden empezó a realizar sus preparativos de fuga. No creo que ninguno de nosotros se propusiera en serio escapar por el agua. Eramos todos hombres de tierra y Gilbert no sabía nadar. Para huir

secreto, y por fortuna los alemanes no sospecharon de nosotros y nos dejaban solos.

Nuestra idea, en síntesis, cristalizó en la forma siguiente: Saldríamos juntos o separadamente, según lo impusieran las circunstancias, con el fin de engañar al centinela de la puerta principal y al guardia del ferry-boat. Llegaríamos así a tierra firme y luego viajaríamos por tren hasta la frontera de Holanda. Realizamos nuestros preparativos cuidadosamente, a fin de que, por lo menos en teoría, el plan tuviera buen éxito.

Nuestra primera idea consistió en reunirnos con otros tres o cuatro camaradas y salir cual si fuéramos a dar un paseo, acompañados por uno de nosotros disfrazado de centinela alemán. En varias ocasiones los oficiales habían salido ya a pasear por los alrededores de la población, con una escolta de soldados. Nuestro plan consistía en salir en grupos, separarnos luego y seguir rutas distintas. Llegamos a creer que podríamos emplear un fusil de "camouflage", pero no tardamos en descartar la idea, pues nos parecía impracticable por varias razones. Era muy difícil construir un fusil tan bien imitado que pudiera pasar por auténtico en pleno día. Por otra parte, no podíamos estar seguros de conseguir un uniforme de centinela, y resultaba muy probable que todos los del campamento se conocieran personalmente.

Por fin, después de algunos días, encontramos la "clave" que buscábamos. Gilbert había conseguido un "permiso", sacándolo del saco de un obrero que trabajaba en el campamento. Ese "permiso" autoriza-

**N** El tratado en mis artículos anteriores la convención generalmente adoptada para la declaración de "nullo". Existe, sin embargo, otra variante, de que es autora la tratadista de Bridge Miss Florence Irwin, que consiste en extender el concepto de "nullo" al juego con triunfo. Con este sistema varía el valor de la baza de "nullo", según el triunfo a que se refiera, en la siguiente forma:

Nullo a Sin Triunfo: 10 puntos  
 " " Pique . . . . . 9 " " " Corazón . . . . . 8 " " " Diamante . . . . . 7 " " " Tréboles . . . . . 6 "

Queda establecido como regla absoluta que la declaración de "nullo" cede siempre el paso a la declaración ordinaria correspondiente. Así, por ejemplo, una declaración de "dos nulos a Corazón" es superada por una declaración de "dos Corazones", aunque en números resulten equivalentes.

En lo que se refiere a los honores, existe también otra manera de adjudicarlos. Jugando "nullo a Sin Triunfo", ellos son constituidos por los Ases, como en Sin Triunfo, pero deben ser anotados a favor del bando que no los tiene. Así, por ejemplo, suponiendo que los dos bandos estén compuestos por Norte-Sur y Este-Oeste, y que el primero tenga cuatro Ases en una mano, es el segundo el que debe anotárselos, con el valor correspondiente de cien puntos.

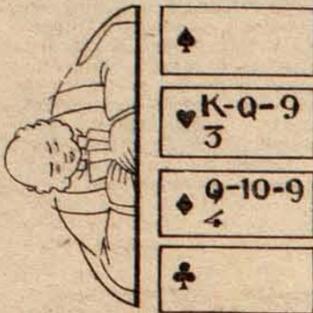
Jugando "nullo" con triunfo, el procedimiento es el mismo con referencia a los honores del palo elegido.

\*\*\*

La mayoría de los autores aconsejan que en una declara-

## BRIDGE POR LEON CASABAL

ción de "nullo" la mano sea jugada por el compañero del declarante, quien resulta entonces el "muerto" y tiende, por lo tanto, sus cartas sobre la mesa. Esta modificación debe responder a la finalidad de hacer más fácil la defensa del bando declarante, que presenta



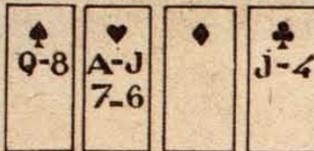
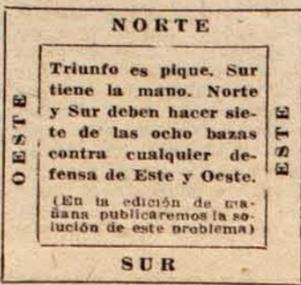
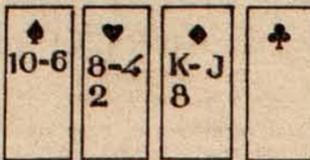
un blanco más difícil al exponer la mano menos vulnerable al ataque de los adversarios.

El ataque, entonces, debe hacerlo el jugador ubicado a la derecha del declarante. Voy a explicarme mejor empleando el cuadro usado para los problemas: Sur ha declarado "tres nulos" y le han sido adjudicados. El atacante debe ser entonces Este; Sur tenderá sus cartas sobre la mesa y resultará el "muerto". La mano debe ser jugada por Norte.

Esta disposición hace que la oposición entre el "Sin triunfo" y el "nullo" sea completa.

\*\*\*

Expondré ahora algunos buenos principios, y casi reglas,



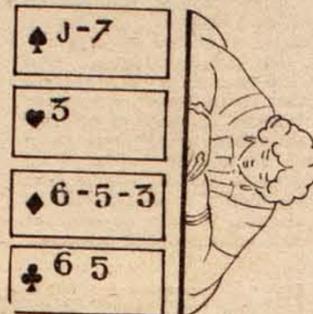
que deben aplicarse jugando "nullo".

En el juego corriente conviene retener la mano lo más posible, pues ello involucra ha-

## DEL "NULO" (CONTINUACION)

cer bazas: el "nullo" resulta el juego invertido y la conveniencia consiste en entregar la mano a los contrarios a la mayor brevedad.

Si jugando "sin triunfo" es un error realizar de inmediato los Ases y Reyes al principio del juego, resulta equivalente,



jugando "nullo", deshacerse precipitadamente de las cartas chicas. Ellas deben ser el baluarte de la suprema defensa, y mientras las cosas marchen bien, sin necesidad de emplearlas, deben guardarse cuidadosamente, pues siempre llegará la oportunidad de utilizarlas. Por esa razón, cuando se deba hacer una salida en el curso del juego, dentro de una serie de dos o tres cartas, sálgase con la mayor en el primer caso y con la intermedia en el segundo.

Así como jugando "sin triunfo" no conviene apurarse a jugar el As o el Rey del palo largo de los adversarios, en el "nullo" no debe entregarse fácilmente el dos o el tres, que,

como las mejores cartas, resultan armas preciosas.

Conviene siempre evitar el bloqueo de un palo si queda formado tan solo con cartas grandes.

Es principio elemental que todo jugador evite el descarte del bando contrario y procure el del propio. Por ese motivo, los adversarios del declarante deben apresurarse a jugar en el palo que éste pretende descartar, porque es, sin duda alguna, el temido.

El que juega con el "muerto" debe cuidar siempre de tener defendidas las largas del juego expuesto.

Son estos algunos principios generales que deben observarse, pero que no pueden bastar para llegar a la perfección del juego. Sólo la práctica del carteo puede hacer un buen jugador. La gran dificultad para jugar "nullo" consiste en vencer la dificultad de la inversión de los valores que trastorna todos los métodos a que está habituado un jugador de Bridge ordinario. Los comienzos son difíciles; pero, vencida la primera dificultad, con poco esfuerzo se llega a dominar esta variación del juego.

\*\*\*

El "nullo" pretende proporcionar a las cartas pequeñas la oportunidad de luchar en buen terreno contra los juegos aplastadores. Es, sin duda alguna, un arma poderosa sabiendo utilizarla, pero de dos filos y, por consecuencia, peligrosísima para el novicio y para quien abusa de ella con el único objeto de empujar a los oponentes hacia declaraciones altas.

En todo caso, es una innovación interesante a que no es difícil acostumbrarse, vencidas las primeras dificultades. El jugador que se habitúa a practicarle lo desea y lo prefiere a todo otro juego.

leyes alemanas, que no tuve el mínimo temor de que pudiera echarse atrás y traicionarnos. Gilbert entró poco después, y el soldado nos habló de la frontera escasamente vigilada, con un alambrado tan bajo, que era posible saltar sobre él; de la ruta exacta desde Stralsund hasta la última estación fuera del "Grenz-Gebiet" (territorio fronterizo), y del viaje aburrido en un tren lento, sin las complicaciones del examen de los pasaportes, como sucedía en la temida zona del Canal de Kiel. Al día siguiente nos hizo otra visita, trayendo consigo cuellos y corbata y un mapa bastante rudimentario de las líneas férreas. Cada vez que nos visitaba, salía de nuestro cuarto bien provisto de ropas de lana, cigarrillos, jabón, chocolate y queso. En cambio, me dió unos treinta marcos en moneda alemana. Había prometido hacer mucho más por nosotros, pero su licencia terminó, y no lo volvimos a ver. Probablemente se sentía intranquilo, y prefirió desaparecer. Desde el punto de vista comercial, el balance estaba en nuestro favor, pues el soldado alemán nos había dado informaciones muy valiosas. Empezamos a cifrar grandes esperanzas en el éxito de nuestra empresa, y tanto Gilbert como yo nos decidimos a probar fortuna por la frontera de Dinamarca.

Vendí yo por 45 marcos, las botas que correspondían a mi equipo, valiéndome de Ortweiler como intermediario. En consecuencia, pude reunir 75 marcos, cantidad que me bastaba. Hice también todo lo posible por obtener ropas de particular. Tenía en mi poder un viejo pantalón azul, que había pertenecido al capitán Clarke, de la marina mercante, y un par de botines de "tommy", mucho mejores que los que se fabricaban en Alemania. Era dueño también de una camisa, un cuello y una corbata. Pero necesitaba proveerme, además, de un sombrero, un saco, y, en vista de lo avanzado de la estación, de un sobrete.

Tuve la suerte de poder conseguir una gorra. Se recibió un traje nuevo, con una gorra, para un marino mercante que se había dirigido a Aquisgrán. Gilbert y yo adquirimos en seguida el traje, y éste, desprovisto de sus botones dorados, le sirvió a mi compañero como traje particular. Una vez que arrancamos las trencillas de la gorra, se convirtió ésta en una de ese tipo tan comúnmente usado por los alemanes de la clase obrera. Decidí fingir un papel que estuviera de acuerdo con las ropas que encontrara, y finalmente resolví viajar en cuarta clase y pasar por un mecánico de profesión. Más tarde conseguí un saco que había sido confiscado por los alemanes al entrar al país, procedente de Gran Bretaña, y que luego les fué robado. Estaba nuevo, e hice todo lo posible por dejarlo bastante ajado, pues resultaba demasiado elegante para el papel que me había propuesto desempeñar. Decidí luego usar un impermeable naval, de color azul oscuro, que me regalaron, cuando viajara durante el día. Estaba provisto, en consecuencia, de un equipo completo de civil. Si hubiera esperado, quizá pudiera proveerme de mejores ropas, pero no había tiempo que perder, pues era necesario encontrarse listo al mismo tiempo que los demás. Pude también conseguir un mapa bastante bueno de la región del norte de Schleswig, con sus caminos y vías férreas, y a última hora, gracias a mi buena suerte, me vi también dueño de una brújula. La escasez de todos estos artículos nos parecía extraordinaria cuando recordábamos cómo abundaban en otros campamentos. Al hombre que me regaló la brújula le estaré eternamente agradecido, pues ya desesperaba de encontrarla.

Por una persona del personal del campamento supe que el tren de Hamburgo partía a las 6.40 de la mañana, y de otra fuente averiguamos que había además un tren a las 18.43. Mientras tanto, Gilbert ha-

bía estado muy ocupado con la máquina de escribir que tuvo la prudencia de comprar en Aquisgrán. Llenó los "ausweis" con nuestros nombres y las señas particulares de cada uno.

El mío fué llenado como sigue: En la parte exterior: "Personal-Ausweis für Karl Stein aus Stralsund". En el interior, a la izquierda, mi fotografía. Los alemanes me habían fotografiado en ese mismo campamento, mientras estaba envuelto en una vieja túnica de voluntario hindú que, en el retrato, se parecía mucho a una túnica alemana. Esto fué una mera casualidad. Al lado derecho, figuraban mis señas particulares, como sigue: "Karl Stein. Fecha de nacimiento: 4-6-1880. Lugar de nacimiento: Stralsund, Prusia. Altura: 1.60 metros. Barbilla: ordinaria. Boca: ordinaria. Nariz: larga. Ojos: pardos. Cabello: castaño. Barba o bigotes: bigotes. Señas particulares: ninguna. Firma auténtica: Karl Stein. (Estaba escrita con una caligrafía muy defectuosa). Certifico que el tenedor de este pase ha suscripto su nombre, de su puño y letra". (Al pie, una firma del teniente de policía, de Stralsund).

Los sellos del pasaporte, dos de los cuales iban sobre la fotografía, y uno a la derecha, constituían una imitación asombrosamente bien hecha por el teniente Lockhead, el amigo que ya nos había ayudado a falsificar las tarjetas de permiso. Hizo esos sellos a mano, valiéndose de un pedazo de papel carbónico de color púrpura, que conservaba yo en una vieja libreta de mensajes del ejército, y la falsificación era perfectamente idéntica al original. Gilbert llenó cuidadosamente los pasaportes. Había adquirido una buena caligrafía alemana, y falsificó la firma del teniente de policía con una gran rúbrica. Se encargó también de llenar las tarjetas de permiso. Cada uno de nosotros tenía dos pasaportes, uno de Stralsund y el otro de Schleswig. Naturalmente, debíamos mostrar el de Stralsund cuan-

do estuviéramos en el territorio de Schleswig, y viceversa.

En esa forma, ultimamos los preparativos para nuestra huida, tomando toda clase de precauciones.

Convinimos en que Ortweiler haría la primera tentativa, pues era quien contaba con mayores probabilidades de éxito. En consecuencia, partió el lunes 14 de octubre. Estaba bien disfrazado, y unos bigotes que se pegó con goma, de guías largas y curvadas, le daban un aspecto feroz. Los bigotes eran de estopa, pero de noche podrían pasar por auténticos. En cuanto a nosotros, nuestra obligación consistía en vigilar el camino que conducía al portón principal, desde las 17 hasta las 18.30, con el fin de dar aviso cuando los alemanes que representaban algún peligro salieran del campamento, y de prevenir a Ortweiler si pasaba alguien que pudiera sospechar de él.

Conviene mencionar aquí el hecho de que el cuartel donde nos vestíamos distaba unos doscientos metros del portón principal, y desde ese portón hasta el "ferry" tendríamos que andar 350 metros más. En esa época del año, era muy probable que, después de oscurecer, partieran para la isla muchos alemanes que vivían en la ciudad, y el "ferry" estaría, en consecuencia, en constante movimiento. Nuestro objeto consistía, ante todo, en evitar encuentros con los alemanes más peligrosos, por ejemplo, los oficiales y los inspectores, que nos conocían todos de vista.

Pero todo ocurrió tal cual lo deseábamos. Di la señal de "vía libre" a las 18.30, y Gilbert y yo partimos delante de Ortweiler, para acortar progresivamente la marcha, con el fin de que nos pasara cuando llegáramos a unos cuarenta metros de distancia del portón principal. Lo vimos cuando exhibió su tarjeta al centinela, quien lo dejó pasar. ¡Nuestro plan había tenido éxito! Dejamos escapar un suspiro de alivio. Cuando regresábamos, en-

contramos al intérprete, que iba a tomar el "terry-boat". Como seguía muy de cerca a Ortweiler, suponía un peligro para nuestro compañero, y lo detuve, para conversar un rato con él. Estaba muy apurado, y no se me ocurría nada interesante que decirle; así lo logré detenerlo un minuto o dos, con el propósito de que no pudiera alcanzar a Ortweiler, pero después supe que viajaron juntos en el "ferry-boat".

A las 20, cuando se pasó lista, uno de nosotros contestó "¡Presente!" por Ortweiler. Era ésta la forma corriente de ocultar una fuga. El sargento encargado de la cuadra no se dió cuenta de la ausencia de nuestro compañero hasta la mañana siguiente, a las nueve. Contaba así aquél con una ventaja de doce horas, en su viaje a Berlín. Estábamos casi seguros de que saldría triunfante, porque dominaba el idioma alemán, y lo cierto es que logró escapar a Holanda, después de pasar por Berlín, Francfort y Crefeld, experimentando en la frontera una serie de aventuras que no refiero aquí, por abreviar mi relato. Ortweiler se dirigió a Cambridge, pero murió poco después en España, en un accidente de aviación.

Gilbert y yo, como era natural, estábamos contentísimos por el éxito de su fuga, y tanto más cuanto que después de realizar una serie de investigaciones, supimos que las autoridades alemanas no tenían la menor sospecha de la forma en que se había fugado nuestro camarada. Debido a las repetidas fugas y a que los alambrados habían sido cortados muchas veces, la guardia fué reforzada. Los centinelas no permitían el paso de ninguna persona que no mostrara sus papeles o credenciales. Estábamos perfectamente convencidos de eso. Los alemanes creían que Ortweiler permanecía aún escondido en el campo, y nosotros nos sentíamos tan felices, que nos abrazamos repetidas veces.

(Continuará)

## LA REINA ISABEL DE BELGICA COMO CASAMENTERA

POR  
CONSTANCE  
DREXEL(Para LA NACION)  
NUEVA YORK, agosto de 1930

del príncipe de Gales, que tiene varios hermanos.

Pero existía el grave peligro de que, teniendo en cuenta que todas las jóvenes de Italia, desde las de apellido más ilustre hasta las más modestas actrices de "music-hall", estaban enamoradas del joven príncipe, éste resolviera no casarse. Y a no haber sido por la estratégica combinación de la Reina de Bélgica en favor de la

vadieron Bélgica. El rey Alberto hubo de trasladarse al frente, para dirigir su ejército, como general en jefe. La reina en los hospitales. Para poner a salvo a los príncipes, éstos fueron llevados con toda urgencia a Gran Bretaña. Pero Leopoldo deseaba regresar a su patria y participar de la lucha.

Aunque joven, se trasladó a las trincheras. Su alta silueta ostenta las consecuencias de la fatiga de aquellos días. Como era demasiado joven para combatir, cargaba bolsas de tierra, de un peso muy superior al que podía resistir su organismo en crecimiento. Aun hoy, sus hombros están agobiados por los esfuerzos realizados entonces.

De carácter tímido y reservado, el príncipe Leopoldo lle-

más, una de ellas, la princesa Astrid, visitaría en el mes de junio a los soberanos británicos en el Palacio de Buckingham, respondiendo a una invitación especial de la reina María.

Con el antecedente de la extinta reina Alejandra, que fue una princesa de Dinamarca, existía la posibilidad de que una princesa escandinava fuera elegida para novia del príncipe de Gales. Por otra parte, ella constituía el tipo ideal del heredero de la corona británica, es decir, su antagonista, pues era una joven delgada, morena, llena de vida y vivacidad. La princesa Astrid tenía una hermana, la princesa Marta, que contrajo más tarde enlace con el príncipe heredero de Noruega, y que, en consecuencia, está destinada a ser reina de ese país.

De cualquier manera, las dos princesas eran solteras y la reina podía ir a Suecia y estudiarlas, sin que el hecho llamara la atención de nadie. Sin sospechar el verdadero motivo del viaje, el príncipe Leopoldo acompañó a su madre. Su ausencia de Bélgica, que duró una quincena, pasó inadvertida. A su regreso, los diarios informaron que Su Majestad acababa de realizar una gira por los hospitales escandinavos. Como la reina es una estudiosa de los últimos métodos de medicina y cirugía, el pretexto tuvo todas las apariencias de verdad.

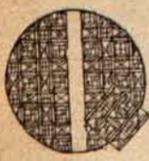
Tan bien se disimuló la llegada y la permanencia de los reales visitantes en Estocolmo, que ni siquiera el gerente del Grand Hotel, donde se alojaron, supo quiénes eran. Las habitaciones habían sido reservadas para una cierta Madame de Retty, de Bruselas, que viajaba en compañía de su hijo. Ni siquiera se apeló a un título, si bien se creía generalmente, que aquella señora tranquila y misteriosa, era alguna condesa. Los viajeros no utilizaban jamás la entrada principal del establecimiento y siempre estaban de paseo. Bien envuelta en el cuello de piel de su oscuro abrigo de kasha, la reina no llamó la atención ni fué tampoco reconocida.

Al día siguiente de su llegada, la reina Isabel preguntó a la princesa Ingeborg, madre de las princesas Astrid y Marta, si podría ir a visitarla. Era un día frío de marzo, especialmente adecuado para una reunión íntima, al calor del hogar. Apenas se inició la tertulia, se observó que el príncipe Leopoldo quedaba prendado de la belleza de la princesa Astrid, la menor de ambas jóvenes, y que ésta le correspondía con iguales sentimientos. Fué un caso de amor a primera vista. Con fino tacto y comprensión, la reina dejó sola a la pareja durante el resto de su permanencia en la capital.

Acompañada por el barón de Groot, ministro de Bélgica en Suecia, y presentada simplemente como una "dama belga que deseaba estudiar las más recientes innovaciones en materia de hospitales", la reina se ocupó de visitar todos los establecimientos sanitarios e instituciones científicas.

Mientras tanto, la soberana aconsejaba a su hijo, quien no había estado jamás en Estocolmo, que se dedicara a conocer todas sus bellezas, y se convino en que la princesa Astrid fuera su guía. Acompañada solamente por una discreta dama de compañía, que podía desaparecer en el momento oportuno, la princesa Astrid condujo al heredero del trono de Bélgica a todas las galerías de cuadros, museos, iglesias y edificios públicos de interés. Y los jóvenes pasaron días muy felices, únicos quizá en la historia de los compromisos matrimoniales entre príncipes, pues gozaban de toda la libertad de que disfrutaban los novios comunes.

Fuó un buen principio. Pero la mano dirigente de la reina no se detuvo allí. Con todo disimulo concertó una nueva entrevista seis semanas después. La gloriosa, encantadora y romántica capital de Francia, en primavera, debía ser el lugar de cita. El pretexto consistía en el bautizo del hijo mayor del príncipe René de Borbón de Parma (un primo de la reina Isabel) casado con una prima de la princesa Astrid. La soberana belga se hizo acompa-



UE hija puede ser más dichosa que aquella que posee una madre capaz de conducirla a un matrimonio feliz y conveniente? ¿Qué más puede una madre hacer por sus hijos, ya sean estos varones o mujeres, que concertar con buen éxito un enlace feliz para ellos? Y qué pocas son estas madres, lo mismo entre la realeza que entre las gentes humildes...

El reciente fracaso del compromiso matrimonial de S. A. R. la princesa Elena de Rumania con el conde de Hochberg ha causado enorme sorpresa, porque la reina María de Rumania había sido siempre conceptuada como la más hábil de las soberanas europeas en cuestiones matrimoniales. Al permitir, sin embargo, que su hija alentara una ilusión imposible de realizar y al recordar demasiado tarde la necesidad de estudiar las condiciones de su futuro yerno, no solamente malogró la reina María la felicidad de la princesa, sino que la colocó también en situación violenta ante todo el mundo.

La verdad es que la reina María no ha dado nunca pruebas de hábil casamentera. Su hijo mayor, el hoy rey Carol, contrajo una unión morganática que la Reina logró anular. Hizo después que Carol se casara con la princesa Elena de Grecia, matrimonio, empero, que fué disuelto por el divorcio. Como consecuencia de estos enlaces poco afortunados y de las relaciones existentes entre Carol y la señora Lupescu, se suscitaron en Rumania numerosos desórdenes políticos que alejaron a Carol del trono que acababa de conquistar.

He aquí un ejemplo de la grave repercusión que puede tener una unión real. El amor no debe ser tomado en cuenta como requisito único para ella. Es necesario recordar una serie de consideraciones, y esto crea una situación tal, que los matrimonios dichosos y convenientes entre reyes y reinas, lejos de ser comunes, constituyen la excepción de la regla.

Sin embargo, aunque poca gente lo sospeche y aunque lo sepan las pocas personas enteradas de estas cuestiones, existe en Europa una reina que ha conseguido intervenir en los matrimonios de sus hijos con muy buen éxito, tanto por la felicidad de las uniones realizadas como por su conveniencia política. Contrariamente a la reina María de Rumania, se trata de una soberana retraída y enemiga de la publicidad. Me refiero a S. M. la reina Isabel de Bélgica, quien no solamente logró formalizar el compromiso de su hija, la princesa María José, con el simpático y gallardo heredero de la Corona de Italia, sino que intervino también con fortuna en el enlace de su hijo mayor, el príncipe Leopoldo, heredero del trono belga, con la encantadora princesa Astrid de Suecia. Quiere decir esto que su única hija será Reina de Italia y su primogénito obtuvo para sí y para Bélgica a la princesa que contaba con más probabilidades de casarse con el príncipe de Gales. Y lo que es más, estas uniones no sólo han resultado sumamente satisfactorias desde el punto de vista sentimental, puesto que constituyeron verdaderos idilios principescos, sino que también lo fueron por su carácter político, social y racial. La reina Isabel tiene aún otro hijo, el príncipe Carlos, conde de Flandes. Cabe preguntarse si esta madre real concentrará ahora su atención en buscar para esposa de este hijo a otra de las princesas europeas, y en caso afirmativo, a cuál de ellas elegirá.

En el caso del príncipe Leopoldo, la Reina empleó poco tiempo en concertar el matrimonio. Ocho meses después de haberse conocido ambos jóvenes, se realizaba el enlace. Pero en lo que concierne a la princesa María José, la reina Isabel comenzó a trabajar en favor de su casamiento con el príncipe Humberto, desde que la princesa era aún niña. A la edad de 11 años, la hizo ingresar en una escuela de Italia y desde entonces la envió a aquel país frecuentemente, con cualquier pretexto. Realmente, se

trata de una estrategia no igualada en los negocios matrimoniales entre príncipes. ¿No son acaso los príncipes los que tienen que ir en busca de las princesas?

Esto es, por lo menos, lo que hizo el rey Alfonso. Se trasladó a Gran Bretaña para encontrar esposa y se enamoró de la hermosa nieta de la reina Victoria, que cñe hoy la corona real de España. Ello está de acuerdo con las costumbres establecidas, y la Reina de España no ha querido apartarse de ellas. Quizá si hubiera enviado a su encantadora y atractiva hija, la infanta Beatriz, a Italia, las cosas hubieran cambiado de aspecto.

No faltan rumores según los cuales, el Embajador de España en Roma, conde de la Vi-



La reina Isabel de Bélgica

mano de su hija, quizá hubiera escapado.

Pero antes de entrar en detalles sobre el idilio del príncipe Humberto, quiero relatar cómo la reina Isabel consiguió una princesa para su hijo, el príncipe heredero Leopoldo, duque de Brabante. Conoció todos los pormenores del asunto, cuando estuve en Estocolmo, para asistir a la real boda. Dije anteriormente que esta boda se concertó en poco tiempo; pero en ello anduve errada. Porque ninguna madre podrá tener éxito en estas cuestiones, si antes no lograra obtener la más amplia confianza de su hijo.

Como sus hermanos, el príncipe Leopoldo tuvo una infancia trágica.

Contaba solamente trece años de edad, cuando estalló la guerra. Las fuerzas alemanas in-

ñaza, había puesto todo su empeño en esta cuestión y hasta se asegura que el príncipe Humberto se mostraba propicio a entrar en una alianza con la antigua y brillante dinastía española. Además, desde el punto de vista político y religioso, la unión hubiera sido ideal.

Exceptuando al príncipe de Gales, es indudable que el heredero del trono italiano ha sido el mejor partido en el mercado matrimonial de príncipes. Único hijo varón, con varias hermanas, fué señalado como tal desde su infancia. Alto y buen mozo, con un semblante y una figura que se asemejan a los de Apolo de Belvedere, es un rey, por su porte y aspecto. Y siendo el único hijo varón de un padre, que también fué hijo único, su prematuro enlace tenía mayor importancia para la continuación de la dinastía italiana, que el



CHO de menos mi vida de soltero? Por supuesto... ¿Quién no la extraña? Esto no significa que no me sienta contento de haberme casado. Después de todo, el matrimonio es el estado normal del hombre, aunque considero una locura casarse ante de los treinta años. La primera vez que me casé era mucho menor, pero no aconsejo a nadie que siga mi ejemplo. En la juventud se está lleno de idealismo y esto hace que se rehuse constantemente a afrontar la realidad, con el resultado de llegar de pronto a verse comprometido en el asunto más importante para un hombre, careciendo de la prudencia y la capacidad necesarias para afrontarlo con buen éxito. Es muy hermoso hablar del nido de amor, pero a menos que este amor sea muy real y muy ideal, es susceptible de sucumbir ante las duras exigencias de la vida. Creo que la mitad de los divorcios del mundo se deben a la escasez de dinero, y que el error inicial consiste en tratar de vivir dos personas con unos ingresos suficientes apenas para una sola.

Opino, por lo tanto, que ningún hombre tiene derecho de solicitar a una mujer en matrimonio si no la puede mantener de la manera adecuada. Una vez que el hombre pue-

## ¿CELIBATO O MATRIMONIO?

da hacerlo, o en el caso de que la futura esposa contribuya con sus medios, nada es más conveniente que el vínculo matrimonial, especialmente para el artista de cinematógrafo. Creo que la gente no se da cuenta de lo enojoso y excitante de nuestra vida, y de que por lo mismo precisamos a modo de compensación y tal vez más que ninguna otra persona, la paz y la armonía del hogar. Sin ella sería casi imposible sobrellevar nuestra existencia. California ofrece al respecto cuanto necesitamos. Es un país agradable. Una de sus características notables consiste en la vida de hogar que allí se hace, y creo que no tiene en este sentido igual en el mundo.

Sé que existe la tendencia general de creer que ningún artista puede ser feliz estando casado, y que el éxito en nuestra profesión es incompatible con el matrimonio. No hace mucho que las artistas tenían que comprometerse a aceptar un contrato, a permanecer solteras hasta que aquél caducara. Esta cláusula ya no es tomada en cuenta, y son pocos los artistas del momento que la aceptarían aunque estuvieran en condición de cumplirla.

Decir que el matrimonio supone un obstáculo para el triunfo es falso, pues no puedo



El celebrado galán Adolphe Menjou

recordar estrellas de más éxito que Gloria Swanson y Mary Pickford, personas de larga experiencia matrimonial. Y para presentar un ejemplo más

**ADOLPHE MENJOU**  
(Derechos adquiridos por LA NACION)

próximo, he aquí mi caso. Mi mujer me aporta una enorme colaboración. Tiene muy buen criterio en cuestiones de cinematógrafo, escribe mis "escenarios" y generalmente me ayuda en mi trabajo, además de ser ella misma una actriz muy buena.

Hablando de éxito, recuerdo los cambios fundamentales introducidos en el mundo del cinematógrafo por las películas sonoras. Se han terminado las películas mudas, lo aseguro, y estamos viendo sus últimas versiones sincronizadas. Les doy seis meses de vida, cuando mucho. Por supuesto, que los extranjeros están atrasados en este punto. Francia va tres años a la zaga, y Alemania lo menos dos. En cuanto a Inglaterra, aunque progresa, no ha alcanzado el nivel de los Estados Unidos. Por el momento somos dueños del campo y toda la producción de los años próximos será hecha por nosotros. ¿Y qué significa esto? Significa que tendremos que producir películas en cuatro o cinco idiomas para conseguir un mercado apreciable, pues limitarnos al público de habla inglesa sería reducir aquél en las cuatro quintas partes. Esto plantea un problema muy importante, ya que un artista para ser útil debe hablar al menos tres o cuatro

idiomas, y los norteamericanos no se caracterizan como políglotas. Es la ventaja de que gozan Dolores del Río y Novarro, que hablan dos idiomas además del suyo, el español. Sin embargo, todos nos esforzamos en aprender nuevas lenguas. Jannings está estudiando el inglés y yo el ruso, que constituirá mi quinto idioma. No debemos olvidar que los rusos son muy buenos clientes y que debemos satisfacer su demanda aunque sepamos luego que emplean nuestras películas para propaganda.

Pero me he apartado del tema original; el casamiento. Esta digresión servirá, no obstante, para indicar que la vida se ha hecho tan ardua que el matrimonio con una artista que pueda ayudarnos en nuestro trabajo es una necesidad mayor hoy en día que en la época de las películas mudas. Por lo que se refiere a las versiones de disipación y vida alegre de Hollywood que tanto crédito adquirieron en Europa, pueden creerme que resultan muy exageradas. No somos más morales que otra gente, ¿pero es acaso el tanto por ciento de divorcios en el mundo de nuestro cinematógrafo mayor que en Francia y especialmente que en Inglaterra? Lo dudo... De cualquier modo, estamos tan empeñados en el estudio de nuevos idiomas que apenas tenemos tiempo para otras cosas...

ñar por el príncipe Leopoldo a Paris, donde, como de costumbre, se alojaron, de incógnito, en el Hotel Meurice. La princesa Astrid también fue a Paris y el idilio continuó.

Después, nada más lógico que invitar a la princesa a detenerse en el Palacio Real belga, en Laeken, a su regreso a Suecia. Todo esto fué mantenido por la soberana en absoluta reserva, de modo que no trascendió a los diarios.

La razón de este silencio era evitar que se hicieran comentarios prematuros, que habían sido el motivo de muchos fracasos en materia de uniones principescas.

También se guardó en absoluta reserva la invitación que los padres de la princesa Astrid formularon al príncipe, para que visitara su casa de campo en el sur de Suecia. El príncipe fué invitado a pasar una quincena en este lugar; pero prolongó su visita desde julio hasta agosto. Esta visita no se vió exenta de momentos difíciles; porque los padres de Astrid tuvieron que impedir, a toda costa, que llegaran amistades a la casa de campo, y si, por casualidad, aparecía alguno de improviso, el heredero del trono belga debía ocultarse en el sótano. Cuando el príncipe fué nuevamente a Estocolmo, en septiembre, viajaba en tercera clase, y llevaba personalmente sus maletas, logrando así fácilmente, pasar inadvertido. Nadie sospechó siquiera el romance y hasta en los círculos allegados a la Corte hubo una verdadera sorpresa cuando el rey Alberto anunció oficialmente el compromiso.

Con el fin de darle más realce se convino en principio que la boda se celebraría en la primavera; pero esto no fué del agrado de los enamorados, que no podían conformarse con una separación tan larga. Se celebró, pues, en noviembre de 1926, y yo logré asistir a la ceremonia nupcial y a algunas de las fiestas que se celebraron en honor de la nueva pareja. En la función de gala realizada en la Opera, el palco real estaba resplandeciente de príncipes y princesas, cuatro reyes, todos ellos de más de 1m80 de estatura, con sus vistosos uniformes, y tres reinas que lucían las magníficas e históricas joyas de sus respectivas cortes. Fué un espectáculo maravilloso; pero, naturalmente, todas las miradas estaban fijadas en los novios. El príncipe Leopoldo vestía uniforme y la princesa Astrid un regio traje de satén rojo.

Un pequeño detalle me demostró en esos momentos el cariño que la princesa sentía por su marido. Cuando las luces se apagaron y creyó que nadie podía verla, pude observar desde mi butaca, muy pró-

xima al palco real, que desabrochaba uno de sus guantes blancos, buscaba furtivamente la de su esposo, y la estrechaba fuertemente. Durante la ceremonia nupcial observé el mismo detalle.

Se realizaron dos actos nupciales, el civil, en el Palacio Real de Estocolmo y el religioso, en la Catedral de Bruselas, y en cada una de estas ocasiones, la princesa lució un vestido digno de su alta jerarquía.

En Estocolmo tocóse con una corona de siempre vivas sobre el velo nupcial, de acuerdo con el hábito tradicional de las jóvenes suecas que aman sus bosques; y, en Bruselas satisfizo la moda de su patria adoptiva, confeccionando su traje y su velo con encaje de esa ciudad. Y actualmente, la princesa sueca es la princesa heredera Astrid de Bélgica, que vive dichosamente en una de las alas del Palacio Real de Bruselas, y que está destinada a ser reina de Bélgica.

Una vez realizada esta unión, la reina pudo concentrar toda su atención en la dicha de su única hija, que a la sazón contaba 18 años de edad. De ello hace cuatro años, y fué entonces, en mayo de 1926, cuando tuve la primera oportunidad de hablar con Su Majestad. Entrevistar a la reina de Bélgica es tarea sumamente dificultosa, pues se trata de una soberana retraída, enemiga de conceder audiencias que no tengan por objeto resolver importantes cuestiones. Tan sólo ante la presión insistente del embajador de los Estados Unidos, que está ligado a la reina por una sincera amistad, y del Ministerio de Relaciones Exteriores de Bélgica, la reina Elizabeth accedió a mi pedido. Un telegrama del embajador, que me fué entregado en mi hotel, en Paris, me informó que la reina me recibiría en la tarde del siguiente día, en el Palacio Real de Laeken, muy próximo a Bruselas.

El barón de Traux de Warden, secretario privado de la reina, fué quien me acompañó hasta el palacio. Al recorrer la larga muralla que lo circunda creí que se trataba de una verdadera ciudad. Por fin, nos encontramos ante la reja de entrada, que el automóvil traspuso inmediatamente. Pero aun no habíamos llegado, pues fué necesario seguir un largo camino entre árboles y hermosos jardines, antes de dar en el palacio.

Un portero, de librea, nos anunció que Su Majestad y la princesa María José estaban en el Conservatorio y nos preguntó si deseábamos trasladarnos allí.

Mi audiencia se celebró poco tiempo después del viaje secreto a Suecia que la reina había efectuado, y en aquellos

momentos circulaban rumores acerca del probable compromiso matrimonial de la princesa María José con el príncipe heredero de Italia. Pero durante la conversación que sostuvimos, y que duró una hora, no se trató en absoluto este tema.

Cuando se habla con personalidades de la realeza, y especialmente con monarcas, la etiqueta prohíbe la mención de cualquier tema, a menos que el real personaje se refiera al mismo. Cuando la princesa me relató que había cursado sus estudios en Florencia y que amaba entrañablemente a Italia, un raro fulgor brilló en sus grandes ojos de tono gris azulado. María José es una joven alta, que ha heredado la estatura de su padre, el rey Alberto. Sus modales, como también el tono que presta a la conversación, son agradables. Su característica principal es el cabello, de color castaño con tono dorado, que en un tiempo caía suelto sobre sus hombros, y que ahora ha sido cortado en la forma impuesta por las leyes de la moda.

La reina, por el contrario, es de estatura inferior a la mediana; pero su silueta se conserva elegante, gracias a los cotidianos ejercicios, que realiza en su cancha privada de golf del palacio de Laeken. Sus características son sus grandes ojos, que miran fijamente a su interlocutor y sus dientes perfectos. Sus modales son gentiles y nunca trata de imponerse. Pero, estudiada su persona detenidamente, se observa en ella una inteligencia privilegiada, y un corazón de oro, capaz de sacrificarse por el bienestar de los demás. Más tarde llegué a saber cuán grande es la importancia de su influencia — nunca obstruyente — en Bélgica. Es una entusiasta alentadora de las artes y de las ciencias médicas, y dona gran parte de su renta personal a la Fundación de la Reina Isabel, laboratorio de investigaciones médicas, situado en Laeken.

Es la cabeza activa e inspiradora del movimiento que ha dado por resultado la reducción de la mortalidad infantil en forma apreciable, en toda Bélgica.

Pero volvamos al tema de nuestra conversación. Durante la entrevista pude observar que la reina destacaba dos puntos, cuyo conocimiento sería especialmente agradable para la familia real italiana, que pensaba en un sucesor sano. Tan es así, que entre otras cosas, me dijo:

"Creo que toda joven debe ser educada antes de casarse, en forma de estar en condiciones de ser más tarde una buena madre. Debe saber cómo ha de cuidarse a sí misma y a sus hijos. Por esta razón dispuse que mi hija siguiera el curso

de Bienestar Infantil en la Escuela de Ciencias Sociales de Bruselas. Creo que su ejemplo moverá a otras jóvenes a imitarla."

Más tarde, cuando la princesa me refirió que su deporte favorito era la natación, la reina la interrumpió con estas palabras:

"Mi hija es fuerte y resistente y cuando se dedica a nadar en Ostende, quedamos maravillados ante su resistencia física."

Pero la reina de Bélgica es algo más que una buena casamentera. Aunque trazaba los planes para que su hija realizara un matrimonio brillante, tuvo siempre la precaución de no exponerla a eventualidades.

"Soy de parecer — me dijo — que toda joven debería ser capaz de aprender con suficiente amplitud algún oficio o profesión que le permitiera siempre, en cualquier emergencia de la vida, poder asegurar su propio sostén en caso de necesidad. Mi hija, por ejemplo, ha elegido por profesión, la de la música".

En la época en que se realizó mi audiencia, el destino parecía querer oponerse a la felicidad de la joven princesa; porque Bélgica tenía un gabinete socialista, presidido por un jefe de Gobierno que detestaba a Mussolini, y que era detestado por él.

Por esta causa se decía que "no sería posible la realización de una alianza entre las casas reinantes de Bélgica e Italia, en vida de Mussolini".

Mientras tanto, la princesa continuaba creciendo, pálida y delgada, y amenazaba entrar en un convento. ¿En qué forma podía resolverse el dilema? La reina de Bélgica no puede inmiscuirse abiertamente en la política y por su carácter es demasiado honesta para valerse de la intriga. Además, no quería precipitar a su país en desórdenes políticos para conseguir a ese precio la felicidad de su hija. Pero un cambio de tendencia parlamentaria obligó al gobierno socialista a retirarse del poder y un gabinete conservador lo substituyó. El obstáculo político quedaba, pues, eliminado.

Mas lo que realmente influía en la marcha de los acontecimientos, eran los frecuentes viajes de la princesa a Italia, planeados por la reina. ¿No era acaso lógico que fuera la muchacha más indicada para casarse con el heredero del trono de Italia, ella que se había educado en ese país, que conocía su idioma y que había sabido granjearse la amistad de todos los miembros de la familia real?

La princesa y el joven príncipe Humberto se vieron por primera vez en 1917. Bruselas y la mayor parte del territorio belga se encontraban entonces bajo la dominación extranjera. Nada más natural, pues, que la joven princesa belga fuera invli-

tada por los reyes a pasar parte de sus vacaciones, en compañía de las hermanas del príncipe Humberto. En años posteriores, asistió también a la boda de las princesas italianas, la de la princesa Yolanda con el conde Calvi di Bergolo, en 1923, y la de la princesa Mafalda con el príncipe Enrique de Hesse, en 1925.

En todas estas oportunidades, la princesa María José se encontró infatigablemente en Italia.

Pero la reina de Bélgica no había esperado estas ocasiones casuales para fomentar en su hija el amor por Italia. Cuando la princesa tenía apenas 15 años, la reina la llevó en compañía de sus dos hermanos, los príncipes Leopoldo y Charles, a un tranquilo lugar de la Riviera italiana, donde residieron de incógnito varias semanas.

Naturalmente, todos estos detalles aumentan el valor de la princesa a los ojos de los monarcas italianos, quienes veían en ella a la joven más adecuada entre todas las princesas europeas para casarse con su único hijo, Humberto. Con toda habilidad, la reina Elizabeth consiguió dirigir las predilecciones de su hija en la misma forma que los del príncipe Humberto. Por ejemplo, los diarios anunciaron hace tres o cuatro años, que el heredero del trono italiano se había transformado repentinamente en un entusiasta de los sports de invierno, en las Dolomitas, y que tenía el propósito de implantarlos en Italia. En efecto, en las cercanías de Turín, en el Piamonte, hay suficientes montañas para ello. S. A. R., el príncipe Humberto, envió un retrato suyo con sikis, a la princesa María José. Esta cursaba aún sus estudios de música y bienestar infantil. Pero en las vacaciones de Navidad de aquel año, la reina Elizabeth llevó a su hija a Suiza, donde un profesional le enseñó a practicar los sports de invierno. La princesa María José se hizo también entusiasta de ellos y los periódicos fueron autorizados para propagar la noticia. Como es natural, algún grabado o fotografía de la princesa en sikis, llegó a poder del príncipe Humberto.

Por último, el corazón de la princesa quedó satisfecho y los esfuerzos de la reina Elizabeth dieron sus frutos, cuando en el pasado mes de octubre, el príncipe Humberto se trasladó a Bruselas, para solicitar la mano de María José y la boda se celebró con toda pompa y ceremonia, en Roma, en los primeros días de enero.

Y ahora, la princesa belga, a la que todos compadecemos durante los días de la guerra, es la princesa de Piamonte, heredera de la corona italiana, señora del Palacio Real de Turín y destinada a ser reina de Italia. Su romance de adolescente y el sueño de su madre se han convertido en realidad.

## MI VIDA

POR  
LEON TROTZKI

CAPITULO XXIII

A hora cero de la revolución acercábase. A la sazón el Instituto de Smolny se había convertido en una fortaleza.

En el sótano había una docena de ametralladoras, que allí dejara el antiguo Comité Ejecutivo. El capitán Grekoff, comandante militar del Instituto, era enemigo notorio; pero, en cambio, el jefe del destacamento de ametralladoras me informó que los artilleros estaban de parte de los bolcheviques. Comisioné a alguien — ¿fue Markin? — para que inspeccionara las ametralladoras, y las encontré en mal estado, a causa del prolongado abandono. Los soldados se habían desmoralizado por su falta de entusiasmo para defender a Kerensky.

Yo hice ir al Smolny un nuevo destacamento de ametralladoras de toda confianza. Era la madrugada gris del 24 de octubre (1). Inspeccioné el edificio, piso por piso, en parte por ocuparme en algo y en parte para ver si todo estaba en orden y también para alentar a los que precisaban aliento. Por los corredores empedrados, interminables y sombríos a la luz confusa de la madrugada, los soldados arrastraban sus ametralladoras, con gran estrépito de hierros. Era el nuevo destacamento que yo había hecho venir.

Rostros asustados asomaban y desaparecían al instante en las puertas; se trataba de los escasos mencheviques y social-revolucionarios que se habían quedado en Smolny. La música de las máquinas de artillería sonaba en sus oídos con augurio funesto. Uno tras otro apresuráronse a salir de Smolny, dejándonos dueños absolutos del edificio que estaba a punto de alzar su testa bolchevique por sobre toda la capital de la Nación.

Al rayar el alba, un obrero y una obrera que subían atropelladamente una escalera, tropezaron conmigo, que bajaba. Estaban sin aliento, por haber corrido desde la imprenta del partido. Jadeantes, me refirieron que el Gobierno había clausurado el órgano central del partido, así como el periódico del Soviet de Petrogrado y había sellado las puertas de la imprenta por mano de sus agentes, a quienes acompañaba una escolta de cadetes de la escuela de oficiales.

El efecto de esta noticia fué instantáneo.

—¿No podremos romper los sellos? — preguntó la mujer.

—¿Rómpanlos! — respondí —. Y para evitar cualquier incidente enojoso, les daremos una escolta de confianza.

—Hay un batallón de zapadores cerca de nosotros — dijo la mujer —. Por lo menos, los hombres se pondrán de nuestro lado—agregó con profunda convicción.

Sin dilación, el Comité Revolucionario de Guerra ratificó la orden siguiente:

“1o. Procédase a la apertura de las imprentas de los periódicos revolucionarios.

“2o. Intímese al personal de redacción y al de máquinas que reanuden el trabajo.

“3o. Encomiéndase el deber y la honra de custodiar las imprentas revolucionarias y de defenderlas contra cualquier asalto de la contrarrevolución, a los valientes soldados del regimiento de Litovsky y del Sexto batallón de zapadores de reserva”.

Desde aquel instante las imprentas funcionaron sin inte-



rrupción, y ambos periódicos se publicaron con regularidad.

El 24 de octubre surgieron dificultades en la central telefónica. Los cadetes de la Escuela Militar se habían posesionado del local, y, bajo su protección, las telefonistas demostraban su oposición al Soviet, privándonos de comunicaciones. Era el primer caso de sabotaje en contra nuestra. El Comité Revolucionario de Guerra despachó a la central un destacamento de marineros, quienes apostaron dos cañoncitos en la entrada. Inmediatamente volvieron a funcionar nuestros teléfonos. Así empezó nuestra toma de posesión de los órganos de la administración.

En una salita situada en una esquina del tercer piso del Smolny, estaba reunido permanentemente el Comité. En esa habitación concentrábase toda la información acerca de los movimientos de tropas, temperamento y la actitud de soldados y obreros, la agitación de los cuarteles, los planes de bandoleros y organizadores de pogromos, las intrigas de políticos burgueses y diplomáticos extranjeros, la vida en el Palacio de Invierno y las conferencias celebradas por los antiguos partidos soviéticos. Nuestros informantes provenían de todos los campos: eran obreros, soldados, oficiales de ejército, porteros, cadetes socialistas, sirvientes domésticos, esposas de oficiales subalternos, muchos de los cuales llevaban noticias desdenables; pero había quienes suministraban informes serios y valiosos.

Hacia una semana que vivía yo en el Smolny, casi sin salir fuera, robando raras minutos al trabajo para dormir en un sofá de cuero, sin desvestirme siquiera, porque me llamaban incesantemente correos, espías, mensajeros, telegrafistas, sin hablar del teléfono, que apenas dejaba de sonar. El momento decisivo había llegado: era evidente que no habría retirada posible.

En la noche del 24 los miembros del Comité Revolucionario se encaminaron a los diversos distritos de la Capital. Me quedé solo. A poco llegó Kamenev, que era opuesto a nuestro alzamiento; pero aquella noche decisiva acudió al Smolny y me acompañó en la salita esquinera del tercer piso, puente de comando de la revolución que empezaba. En el gran salón contiguo se había insta-

Los soldados arrastraban sus ametralladoras

## ILUSTRACION DE PEDRO DELUCCHI

lado una central telefónica, y su campanilla sonaba constantemente, anunciando cosas importantes o fruslerías. Su repiqueteo tornaba aún más impresionante el silencio avizor. Fácil era imaginar el aspecto de Petrogrado en aquella noche memorable: mal alumbrada y azotada por el cortante viento otoñal del mar. Burgueses y ex funcionarios del Gobierno se revolían en sus lechos, preguntándose temerosos qué estaría pasando en las tenebrosas y siniestras calles de la Capital. Los barrios obreros, estaban sumidos en el profundo sueño de un vivac en campaña. Miembros de los partidos adictos al gobierno, reunidos en sesión, aguzaban su ingenio en los viejos palacios imperiales, donde los espectros vivos de la democracia se codeaban con los fantasmas, todavía en acecho, de la monarquía. De rato en rato la dorada marquetería y los tapices de seda se sumían en tinieblas: era que faltaba carbón para mantener la energía de las centrales eléctricas.

Afuera, en los distritos, destacamentos de soldados y marineros vigilaban. Jóvenes proletarios iban y venían, con cartucheras de ametralladoras o rifles al hombro. Piquetes de guardia calentábanse en fogatas encendidas en plena calzada. Racimos de teléfonos constituían el sistema nervioso principal de la ciudad en aquella noche de otoño en que alzaba la cabeza por encima de una época para contemplar otra.

A la salita de aquel tercer piso afluían noticias de todos los barrios, de todos los arrabales, de todos los puntos de acceso a la Capital. Al parecer, todo se encontraba previsto, los jefes estaban en sus puestos, las comunicaciones aseguradas, nada había sido descuidado. Una y otra vez, en mis pensamientos desbocados, revisé todos los puntos. Esta noche se iba a decidir la cuestión.

La víspera misma había dicho yo en mi informe a los delegados al Segundo Congreso Soviético: “Si ustedes no vacilan, no habrá guerra civil; nuestros enemigos capitularán

## LA NOCHE DECISIVA

en seguida, y ustedes ocuparán el lugar que les corresponde por derecho”. No podía dudarse del triunfo: estaba tan asegurado como puede asegurarse de antemano una victoria. No obstante, aquella noche decisiva aguardábamos llenos de ansiedad la hora fatal del golpe.

La noche anterior, el Gobierno había movilizó a los cadetes militares y ordenado al crucero Aurora que navegase aguas afuera del Neva. El Aurora iba tripulado por aquellos mismos marineros bolcheviques a quienes Skobelev suplicara, humildemente, en agosto, que protegieran el Palacio de Invierno contra Kornilov. Los marineros acudieron al Comité Revolucionario de Guerra, preguntando qué deberían hacer; por eso el Aurora se hallaba a la sazón en el mismo lugar en que estuvo el día anterior.

Un mensaje telefónico, procedente de Pavlov, me informó que el Gobierno había ordenado que viniera allí un destacamento de artillería, así como un batallón de tropas de línea de Tsarskoye-Selo y un cuerpo de cadetes de la Escuela Militar de Peterhof. Entretanto, Kerensky reunía a sus cadetes y oficiales con el batallón femenino de línea, en el Palacio de Invierno. Ordené a los comisarios que dispusiesen defensas adecuadas a lo largo de los caminos que conducen a Petrogrado y que enviaran agitadores al encuentro de las tropas que acudían por orden del Gobierno. Transmitíamos nuestros informes y órdenes por teléfono, de modo que los agentes del Gobierno podían enterarse de ellos; pero, ¿les era ya posible interceptar nuestras comunicaciones?

Repetí sin cansarme en mis mensajes telefónicos: “Si no pueden detenerlos con palabras, empleen las armas. Es cuestión de vida o muerte”. Sin embargo, sólo creía a medias lo que decía. La revolución era aún demasiado confiada, demasiado magnánima, demasiado optimista y segura de sí misma. Hablaba mucho más de emplear la fuerza que lo que tenía intención de hacerlo en realidad. Todavía esperaba que se podría arreglar todo por la virtud de las palabras. Hasta entonces había sido victoriosa. La oposición se disgregaba, se evaporaba al simple contacto con su cálido aliento; pero efectivamente, aquel 24 de octubre se había ordenado que al primer signo de tumultos o pogromos se emplease implacablemente la fuerza armada. No obstante, nuestros enemigos se doblegaron completamente, no se atrevieron a salir a la luz, mantuvieron ocultos, y las calles fueron nuestras.

Nuestros comisarios se encargaron de vigilar todas las entradas a la Capital. Los cadetes de Peterhof no respondieron al llamamiento del Gobierno, como tampoco los artilleros. Sólo una fracción del destacamento de Oranienbaum maniobró, amparada en la noche, para franquear nuestras líneas. Yo me enteraba por teléfono de cada uno de sus movimientos. Finalmente enviaron una delegación a Smolny a que parlamentase con nosotros. El Gobierno provisional pedía auxilio, en vano, a todas partes, mientras el suelo crujía bajo sus pies.

Un nuevo destacamento de ametralladoras vino a reforzar los puestos avanzados de Smolny. Todas las secciones de la guarnición manteníanse en contacto. Todas las compañías de guardia estaban alerta; todos los comisarios en sus puestos. Delegados de todas las entidades militares hallábanse en Smolny a las órdenes del Comité Revolucionario de Guerra para el caso de que se rom-

piera algún eslabón de la cadena de comunicaciones. En todos los barrios de la ciudad destacamentos armados recorrían las calles, tocando a rebato en los edificios públicos o simplemente, sin tocar, tomando posesión de éstos, uno tras otro.

Casi en todas partes eran bien recibidos y saludados como amigos largo tiempo esperados. En las estaciones de ferrocarril, comisarios especiales inspeccionaban minuciosamente los trenes que entraban y salían, sobre todo los de tropas. Nada alarmante ocurría. Prácticamente todos los puntos importantes de la Capital cayeron en nuestras manos sin resistencia, sin lucha, sin efusión de sangre.

El teléfono suena: “Aquí estamos”. Todo marcha bien; no podía marchar mejor. Pude dejar, por fin, el receptor y volver a sentarme en mi sofá.

Al relajarse mi tensión nerviosa, invadíome un entumecimiento de fatiga. “Déme un cigarrillo”, dije a Kamenev. (Todavía fumaba un poco, a la sazón). Apenas había exhalado dos bocanadas de humo, pensando complacido en que ya todo estaba consumado, cuando perdí el conocimiento. De mi madre he heredado la propensión a desmayarme cuando sufro un dolor fuerte, físico o moral. Esta debilidad fué lo que indujo a un médico norteamericano a diagnosticarme de epilepsia.

Al volver en mí dime con la cara asustada de Kamenev.

—¿Quiere que le traiga alguna medicina? — me preguntó.

—Preferiría algún alimento — le respondí, procurando recordar cuándo había comido por última vez. Por cierto que no fué la víspera.

A la mañana siguiente me lancé ávidamente sobre los periódicos burgueses y liberales. ¡Ni una sola palabra del golpe de Estado iniciado la noche anterior! Y era que esos periódicos habían vociferado tan ruidosamente y durante tanto tiempo acerca de la amenazante sublevación militar, acerca del saqueo y del tumulto inevitables y de los ríos de sangre que iban a correr, que simplemente no advirtieron el comienzo efectivo de la revolución. Mientras tanto, sin violencia ni desorden, casi sin disparar un tiro, sin derramar una gota de sangre, un edificio público tras otro fueron ocupados por destacamentos de soldados, marineros y guardias rojos, cumpliendo órdenes del Instituto de Smolny.

La población se frotaba, azorada, los ojos. ¿Era posible, era verdaderamente posible que los bolcheviques hubieran tomado el poder? Una delegación del Concejo Municipal fué a verme y me hizo una serie de preguntas inimitables: “¿Nos proponíamos obrar, y en qué forma y cuándo?”. El Concejo debía saberlo “por lo menos con veinticuatro horas de anticipación”. “¿Qué medidas había tomado el Soviet para garantizar el orden y la seguridad?”. Y muchas otras por el estilo. En respuesta, les di una breve conferencia sobre la revolución y les aconsejé que el Concejo Municipal nombrase a uno de sus miembros para que participase de los trabajos del Comité Revolucionario de Guerra, insinuación que atemorizó más que el propio golpe de Estado.

Terminé, como siempre, refiriéndome a la resistencia armada.

Si el Gobierno recurre al hierro, le responderemos con acero.

—Entonces, ¿nos disolverían ustedes precisamente porque nos oponemos a la entrega del poder al Soviet?

—El actual Concejo Muni-

pal — respondi — refleja el espíritu de ayer. Si se suscita un conflicto, propondremos al pueblo que se pronuncie, mediante nuevas elecciones, acerca del Gobierno.

La delegación marchó, tan prudente como vino; pero se fué dejando tras de sí la seguridad del triunfo. Algo había cambiado la noche anterior. Hacía tres semanas que ganáramos la mayoría en el Soviet de Petrogrado. Eramos poco más que un símbolo, desprovistos como estábamos de imprenta, de fondo, de ramificaciones. Apenas la víspera, el Gobierno había resuelto arrestar a los miembros del Comité Revolucionario de Guerra, y se afanaba en hacer una lista de nuestras direcciones. Y ahora una declaración del Concejo Municipal acudía al comité "arrestado" ¡a indagar sobre su propia suerte!

El Gobierno residía aún en el Palacio de Invierno, pero no era más que una sombra de tal. Políticamente había dejado de existir. En el curso del día 25 de octubre nuestras tropas sitiaron el Palacio por todos lados. A la una de la tarde informé al Soviet de Petrogrado sobre la situación general. Un periódico resumió así mi informe:

"En nombre del Comité Revolucionario de Guerra, declaro que el Gobierno Provisional ha dejado de existir. (Aplausos). Algunos ministros han

sido arrestados (¡Bravo!); los demás lo serán dentro de pocos días u horas (Ovaciones). La guarnición revolucionaria que está a las órdenes del Comité Revolucionario de Guerra ha disuelto la asamblea destinada a constituir el "Preparlamento" (Aplausos calurosos). Nos hemos mantenido toda la noche, al tanto, por teléfono, del modo cómo los soldados y guardias obreros revolucionarios cumplieron su deber, sin escándalos ni desorden. Los habitantes de la ciudad durmieron tranquilamente, ignorantes, de que un gobierno había reemplazado a otro. Las estaciones ferroviarias, las oficinas postales y telegráficas, la Agencia Telegráfica de Noticias de Petrogrado y el Banco del Estado fueron tomados por nuestras fuerzas (Clamorosas ovaciones). Todavía no hemos tomado el Palacio de Invierno, pero su suerte se decidirá dentro de pocos minutos (Ovaciones)".

Esta narración escueta daría una impresión falsa del espíritu y la actitud del Soviet en aquella mañana. He aquí lo que ocurrió, según lo que alcancé a recordar: cuando informé del derrocamiento del Gobierno ocurrido la noche anterior, sobrevino un silencio de varios segundos, seguido por algunos aplausos, nada tempestuosos, sino tímidos. La explicación cabal de este fenómeno puede ser la siguiente: mientras nos preparábamos

para la lucha, la clase obrera se sentía inflamada por entusiasmo indescriptible; pero una vez que hubo franqueado el dintel del Gobierno, su sentimiento de orgullo cedió el paso a cavilación y reflexión angustiosas, lo cual era indicio de profundo instinto histórico. Todavía podía quedar frente a nosotros toda la resistencia del Viejo Mundo: guerra hamburra, frío, ruina, sangre y muerte. "¿Podremos afrontar y vencer todo esto?", preguntábase muchos para sus adentros. Tal fué la causa de aquel instante de silencio angustioso.

—Lo venceremos todo—fué la respuesta general. Los nuevos peligros se escondían en la lontananza; pero la victoria estaba lograda y esta certidumbre hacía bullir la sangre de los revolucionarios. El entusiasmo cristalizó en una ovación enorme al presentarse Lenin, por vez primera, después de la ausencia de casi cuatro meses.

A horas avanzadas de aquella noche Lenin y yo nos hallábamos en una habitación vacía, contigua al salón del Congreso, aguardando la sesión del Congreso de los Soviets. No había más mobiliario que unas sillas. Alguien había tendido una manta en el suelo para nosotros, y otra persona, me parece que la hermana de Lenin, llevó dos cojines. Allí estábamos los dos, descansando física y mentalmente, como resortes distendidos

después de formidable tensión. Era un descanso bien ganado; pero no podíamos dormir. Conversábamos en voz baja. Lenin se había reconciliado ya con la primitiva idea de aplazar el golpe de Estado. Sus temores se habían disipado. Me preguntó acerca de los piquetes mixtos de guardias rojos, soldados y marineros apostados en todas partes.

—¿Qué cuadro! ¡El soldado y el obrero, cada cual con su rifle al hombro, juntos ante una fogata callejera! — murmuró con hondo sentimiento—. Por fin unimos al soldado y al trabajador.

En seguida su voz dió una nota de angustia:

—¿Qué hay del Palacio de Invierno? ¿No lo han tomado aún? ¿No habrá en ello un peligro?

Me levanté para averiguar por teléfono cómo andaban las cosas; pero él me lo impidió, diciendo:

—No se moleste; voy a enviar alguien inmediatamente a que averigüe.

Pero no pudimos permanecer más tiempo en la habitación, porque la sesión empezaba en el salón contiguo. Oulyanova, la hermana de Lenin, llegó corriendo en busca mía.

—Dan está hablando; le llaman — exclamó con voz agitada. Dan reprochaba su conducta a los "conspiradores" y predecía el fracaso inevitable del alzamiento. Propone que formásemos una coalición con

los social-revolucionarios y los mencheviques. Los partidos que la víspera, desde el Gobierno, nos perseguían y nos encarcelaban, querían negociar con nosotros, ahora que los habíamos derribado.

Respondí a Dan, que en esas circunstancias personificaba el Ayer:

—Lo que acaba de ocurrir es un golpe de Estado y no una conspiración. Un levantamiento de las masas populares no necesita justificación. Nosotros forjamos y organizamos la energía revolucionaria de obreros y soldados. Abiertamente forjamos la voluntad rebelde de las masas. Nuestro alzamiento ha triunfado. Y ahora se nos dice: anula la victoria, entrad en negociaciones. ¿Con quién? Vosotros sois lastimosos individuos desunidos; sois políticos fracasados; habéis perdido la partida. Idos al lugar que de aquí en adelante os pertenece: al basural de la historia.

Tal fué la última palabra del gran debate que empezara el 3 de abril de 1917, en el día y a la hora de la primera llegada de Lenin a Petrogrado.

(1) Nota del autor. La fecha que aquí doy es del antiguo calendario que todavía estaba en vigencia en Rusia; conforme al occidental, era el 6 de noviembre; por esto es que algunos llaman a la Revolución "de octubre", y algunos "de noviembre".

(Continuará)

## ENANOS, GIGANTES, MAGROS Y OBESOS

(Continuación de la pág. 12)

sujetos que comúnmente denominamos personas huesudas.

Se explica asimismo por qué la disminución de la increción genital es causa del gigantismo, pues como se dijo, en las glándulas sexuales intervienen como moderadoras del crecimiento en longitud (gigantes zancudos). Digamos para terminar que este gigantismo por hipofunción genital (eunucoidismo) es provocado igualmente por otras endocrinopatías (hipoepifinismo) y que en ambos casos afecta especialmente las extremidades inferiores.

El cuadro que sigue resume las diversas formas de gigantismo. Opuestamente al gigantismo, el na-

GIGANTISMO . . . . .	Hipofisario (+) Genital (-) Epifisario (-)	Acromegálico (Polichinela) (tiroides +)
		Infantilismo (Gigantes lampiños)
		Eunucoidismo (Gigantes de piernas largas)

nismo es determinado siempre por hipofunción. El hipopituitarismo por destrucción del lóbulo anterior (prehipofisis) acarrea el nanismo puro), o bien el simple retardo en el desarrollo con ausencia de los caracteres sexuales secundarios.

Por su parte, el hipotiroidismo provoca los síndromes clínicos denomina-

dos bocio endémico o coto (cretinismo) y mixedema, en que a la tumefacción gelatinosa de la piel, a que alude su

NANISMO . . . . .	Hipofisario (-) Tiroideo (-) Suprarrenal (-)	Acromegálico (Polichinela) (tiroides +)
		Infantilismo (Gigantes lampiños)
		Eunucoidismo (Gigantes de piernas largas)

nombre y al idiotismo más o menos avanzado se suma el nanismo más absoluto (sujetos de 60 a 80 centímetros).

NANISMO . . . . .	Hipofisario (-) Tiroideo (-) Suprarrenal (-)	Nanismo puro (Liliput)
		Infantilismo
		Mixedema (Cretinos)
		Nanismo senil (Enanos con caras de viejos)

Existe también el nanismo por hipergonadismo, cuyo mecanismo es opuesto al del gigantismo eunucoides. Finalmente, el hiposurrenismo por alteración de la corteza de las suprarrenales acarrea una forma particular y más rara de nanismo (nanismo senil) caracterizado por la coexistencia de la disminución estatural y el envejecimiento prematuro.

El cuadro adjunto sintetiza estas nociones.

## CUENTO DE FRONTERA

(Continuación de la pág. 17)

pe, en el centro de la noche. Sentía cómo se agrandaba el terror. Dijo con serenidad fingida:

—¿Qué le pasa, amigo?

Pancho Suárez, retorciéndose un poco, dijo levemente:

—Aquí, en el costado.

Garmendia alargó su mano en la oscuridad, palpó entre los trapos. Sintió algo húmedo, algo pegajoso y frío. Retiró con rapidez la mano.

—¿Quién fué?

—Ayá, en el corral. No es nada, se me va a pasar.

—¿Por qué no me lo dijo antes?

—¿Pa qué?

Garmendia se sentó en el suelo. Frotó la mano en la bombacha. Así estuvo un rato, sin saber que hacer: las manos vacías, la cabeza pesada, con mudo descontento. Sólo pensaba en una cosa: se iba a quedar solo: Pancho Suárez se moría. Solo en el desierto. Empezaba a estimar a Pancho Suárez. Le asustaba tener que quedarse solo. De repente, saltó desesperado, agarró a Pancho Suárez, casi lo abrazó. Pancho Suárez estaba tranquilo, en actitud de descanso:

—¿Qué le pasa, don? Usted cree que me va a morir.

Garmendia no contestó. Tenía la boca fría y la cara ardiendo. Pancho Suárez insistió:

—¿No ve que estoy lo más güeno?

Con esfuerzo, ahogándose con

las palabras, dijo Garmendia: —Descanse, Suárez, no es nada.

—Ya lo sé. Si usted supiera la confianza que me tengo!

Garmendia no oía, reducido al solo pensamiento de la soledad en el desierto. Nunca le había parecido tan buena la amistad del hombre, ni tan valiosa la compañía de un hombre. Sentía el peso de Pancho Suárez sobre su brazo y las piernas vencidas por el frío. Dos o tres veces puso la mano sobre la sangre y la retiró con asco.

Pancho Suárez hablaba desde el fondo de la voz y contaba historias, como un niño que se está durmiendo. Garmendia tenía una angustia rabiosa. Se sentía impotente.

Algo así como una gran distancia iba creciendo entre Pancho Suárez y Garmendia: Pancho Suárez hablaba despacio; Garmendia — de piedra — alimentaba dolor y rabia.

De pronto, a Garmendia se le ocurrió que podía curarlo: intentó una curación. Desesperado, cortó camisas y manejó trapos. Pancho Suárez, entre tanto, hablaba:

—¿Usted cree, Garmendia, que me va morir?

Y el viento oscuro le sacudía la melena.

★★★

La claridad del día fué corriendo por todo el cielo. En el cañadón, en el suelo, estaba Pancho Suárez. Tenía las manos juntas y la cara ancha — de palo — más oscura. En silencioso aparte, con los codos

en el lomo de su caballo, caída la cabeza entre las manos, descansaba Garmendia. El paisaje estaba quieto, el viento calmado, las nubes con forzada estabilidad. Sólo algún pájaro o una bandada rayaban el cielo. Garmendia se quedó así, inmóvil, durante un largo rato. El caballo, manso, parado en tres patas, acariciaba con el hocico las piedras pulidas.

Garmendia, al fin, con resolución, se acercó a Pancho Suárez. Lo miró largamente. Después, tomándolo por debajo de los brazos, se lo echó al hombro. Anduvo con él, tambaleante, tropezando, hasta dejarlo con cuidado sobre el lomo agudo de su pingo. Luego unió manos y pies con una guasca.

Partieron, entonces, al paso: Pancho Suárez doblado sobre su caballo, la cabeza derramada sobre el flanco; Garmendia con la mirada indecisa y el cuerpo roto.

★★★

Delgados hervores subían desde la tierra. El aire era líquido. Por delante se tendía el ancho campo: médanos pelados, rebullidos. Blanco estaba el sol. Y el viento detenido.

Garmendia iba casi desmayado, en su caballito, al trote. Llevaba el pecho desnudo, rota la camisa. El sol le lamía la piel cubierta de sudores. El calor se descolgaba por todas partes. Así había andado dos noches y dos días: sin agua, con frío, con sol. Pancho Suárez siguiéndolo siempre, hecho ovillo sobre su caballo.

Garmendia recordaba ahora

la cara inmóvil y dura de Pancho Suárez, los ojos profundos como si tuvieran varios fondos, la nariz aplastada, la barba bien negra. Pancho Suárez caminaba con las piernas abiertas, balanceándose un poco. Y sus manos caían a los costados — de trapo — cuando no las usaba. Garmendia recordaba aquella mano anchota que Pancho extendía en prueba de amistad. Y recordaba la sensación de aspereza. Ahora, Pancho Suárez estaba hecho un idiota, ausente de su cuerpo. Y la cara ancha — de palo, de extrañas proporciones — golpeaba contra el costillar del caballo. Y las manos iban colgando en la estrecha prisión de una manea.

Garmendia dejaba caer su cabeza sobre el pecho. Sentía bajo su cuerpo el firme traqueteo. La boca le dolía de tan seca. Se le cerraban los ojos. A través de una red de pestañas miraba la cabeza grandota del pingo, y los estremecimientos de la piel manchada de barro; y veía, también, las puntas de sus pies: los dedos desiguales y juntos. Allí lejos, más allá de sus pies, muy abajo, pasaba la tierra, bajo el trote monótono.

El campo se agrandaba siempre. Detrás de un médano, había otro médano. Detrás de un cerro, había otro cerro. En el cielo, en amplio círculo, volaba el carancho. Así pasaban las horas, derrotada la esperanza.

Garmendia ya no sentía el sol sobre la espalda. La boca la tenía áspera, la atención gastada. Se fué durmiendo poco a poco. Primero vió una nube,

después rodó sobre el pescuezo del caballo.

★★★

Despertó lentamente, como si le nacieran nuevos ojos, como si atravesara círculos — agua aérea, aire líquido — viniendo desde un fondo turbio. Lo primero que sintió fué el fuerte olor del caballo sudado. Tenía la cara húmeda. Se enderezó. Estaba en el suelo, un suelo áspero, de piedra. Se encontró muy débil, dolorido. Anochece. Vió las patas de los caballos. Más allá de las patas algo que corría ondulado, y brillaba. Entonces, se arrastró pensosamente. Allí estaba el agua. Alzó la vista y vió la melena brillante de Pancho Suárez. Y, por encima, el busto espeso, encaramado en el caballo. Después, sin conciencia, metió una mano en el agua tibia. Luego la otra. Y bebió.

## CANOVAS DEL CASTILLO RESTAURADOR

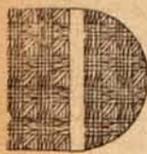
(Continuación de la pág. 6)

beral, republicano para Castellar, monárquico para Cánovas.

A medida que se votan leyes y se coordinan reformas, Castellar se siente conquistado por la monarquía. Si ésta se vuelve democrática, lo declara, será la fórmula de la presente generación, si abandona sus instituciones "farónicas". Puesto que la república conservadora no ha podido triunfar, que prospere la reyección democrática y la revolución se torne "Arqueológica", es decir, que se limite

(Continúa en la pág. 42)

# EL ARPÓN DE ORO



DESDE el amanecer continuaba la persecución de aquella ballena atemorizada, y los rubios cazadores del Norte sabían que se aproximaba, al fin, el momento dramático, tan conocido por todos los balleneros desde hace mil años hasta nuestros días. Emergiendo de las aguas, justamente a proa, la enorme mole, de un color azul grisáceo, despidió un delgado chorro de vapor. Sigurd Larsen seguía atentamente a aquella masa, listo el disparador del cañón, que, obedeciendo al movimiento de su mano, lanzaría el arpón en el preciso momento en que el ojo de la ballena emergiera del líquido elemento. Por fin llegó ese momento, y Larsen hizo fuego. Cuando el humo se hubo disipado, los tripulantes del ballenero Oslo vieron que el arpón resbalaba, sin herirlo, sobre el lomo de aquella ballena gigantesca. Un segundo aun la enorme mole permaneció ante su vista. Después un remolino fué todo lo que quedó en el lugar en que ella había desaparecido.

Sobre la plataforma del cañón el capitán Sigurd Larsen lanzó una maldición, mientras acompañaba con el cuerpo el balanceo de su barco. Sabía que transcurrirían algunas horas antes de que la ballena estuviera nuevamente a tiro, y fuese posible disparar contra ella por segunda vez.

Y aquel lobo de mar, de figura intensamente masculina, con sus ropas de agua y sus altas botas negras, se irguió vencido, pero desafiante y como avergonzado por un fracaso, que a su juicio le empequeñecía ante el recuerdo de sus antecesores, todos ellos marinos como él.

—Y bien, piloto, tiene usted un mal artillero hoy —gruñó al segundo, cuando éste abandonó la rueda del timón, que empuñara en el momento del disparo.

—No es eso, capitán... Esta vez se trataba de una ballena demasiado vieja para poder matarla de un solo tiro —contestó el interpelado—. Algún día errado ya antes, porque, ¿no vio usted la cicatriz que tenía en el lomo?

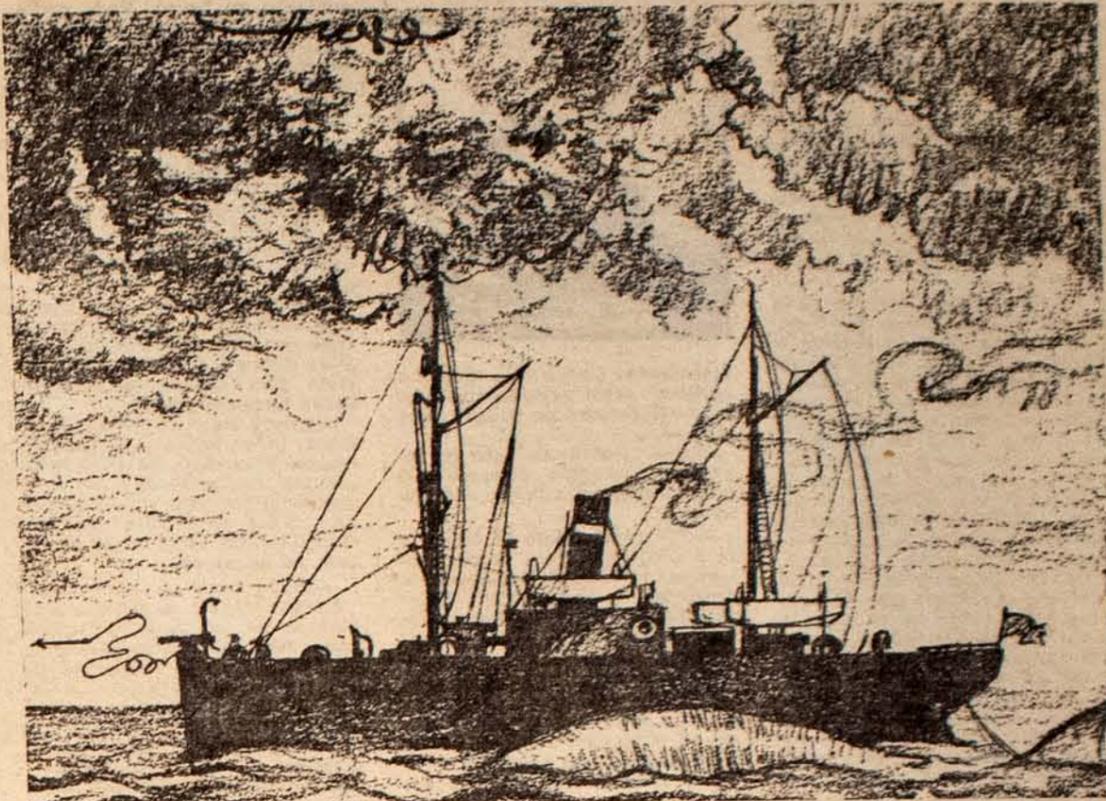
—Sí, es cierto; era una ballena veterana, que ha de tener seguramente en su cuerpo algún otro arpón. Quizá sea uno de esos animales milenarios de los que hay aún muchos en el mar.

Larsen lanzó una sonora carcajada y sus rubios cabellos fueron juguete de la brisa cuando sacudió el agua de su viejo sombrero. Sus azules ojos se entornaron un momento.

—Me parece haber tratado ya en otra ocasión de cazar esa ballena—dijo.

El capitán subió la escalinata del puente. Pocas palabras bastaron para indicar al timonel la ruta a seguir de regreso a la costa de Sud Africa, que aparecía como una línea azulada en el horizonte. Después, Larsen entró en la cabina de navegación. En ella tenía también instalado su camarote particular. Una serie de instrumentos náuticos y algunos efectos personales constituían todo el ajuar de aquél. Había una dura litera, un escritorio rústico y una percha, de la que colgaba una chaquetilla azul. Larsen abrió uno de los cajones del escritorio y se sentó para contemplar, en su interior, el único objeto de arte que contenía la cabina.

Era un modelo de buque viking, hecho con un trozo de espina dorsal de ballena. Tan exactas y delicadas eran las líneas de aquel modelo, que la vieja nave parecía tener un ritmo especial, una vida, un alma como los verdaderos buques de todos los tiempos. Larsen recordaba el día en que su padre había confiado la reliquia a su custodia; aquel día en que el fjord, delante de la casa, estaba en calma, y el jardín despedía un



perfume de estío. Muchacho aun Larsen, acababa de cumplir los cuatro años reglamentarios como marinero a bordo de un ballenero en el Antártico. El capitán Oscar Larsen, su padre, había dejado de navegar para gozar en paz el fruto de tantos años de dura labor en todos los océanos del mundo.

Y a la sombra de las montañas de Noruega el viejo marino había referido a su hijo la leyenda de este modelo de buque viking, la tradición que le había inspirado, como a tantos Larsen que le precedieron.

—Si no tienes fe, este relato y este buque tendrán muy poco valor para ti—había dicho el viejo capitán Larsen a su hijo Sigurd—. Por eso he esperado hasta ahora para contártelo, porque quise que conocieras primero el mar y las ballenas, que nosotros, los Larsen, siempre hemos cazado, a fin de que creyeras en esta reliquia y la conservaras. Puede ser que tú mismo descubras el valor de este legado de tus antepasados.

Sigurd le había contestado con una humilde inclinación de cabeza.

—Este buque es una reliquia que encarna el espíritu de muchos bravos marinos, entre ellos del Rojo Erik y sus vikings, que cruzaron el océano tormentoso en una distancia de 3000 millas, llegando finalmente a Groenlandia y al lugar que nuestros antepasados llamaron Vinelandia. Hace muchos años de eso. Entre aquellos bravos marinos se hallaba Leif Larsen. Fué el primero de nuestra familia que se dedicó a la caza de la ballena, y la leyenda refiere aún hoy su pericia y su valor. Dicen que utilizaba un arpón de oro, que manejaba éste con un diestro brazo y que jamás llegó a perderlo hasta el mismo día de su muerte, cuando una ballena atacó a su buque, y Leif Larsen desapareció en medio de un mar de espuma...

—El mismo Leif Larsen fué quien comenzó a construir este modelo de buque viking. Puede ver que todo en él es perfecto: el dragón en la proa, los escudos a lo largo de la borda, la cubierta y la elevada popa. No pudo ser terminado, como es lógico, durante una vida, troncada por la voluntad de los dioses del mar. Silvert Larsen, hijo de Leif, siguió trabajando en el modelo, y lo mismo el hijo de éste, Olaf, y así sucesivamente, todos los Larsen, hasta nuestros días, fueron dejando algo de su propia personalidad en este barco que se ha conservado a través de siglos para llegar ahora a tus manos.

El viejo marino había hecho una pausa, y una lágrima de orgullo empañó sus grandes ojos.

Sigurd había tomado el buque viking con reverencia, comprendiendo el misterioso encanto que poseía una reliquia que, a través de tantos siglos, sobrevivía a todos sus antepasados. Su imaginación le llevó a ver el buque tripulado por sus rubios antepasados, con sus trajes de pieles, sus cascos alados y sus hachas de combate. Le parecía

que la nave iba a escapársele de las manos para navegar como los barcos que representaba. Aquella materialización ósea del viejo espíritu de aventuras parecía estar lleno de incesante movimiento.

—¿Y la tradición, padre? ¿El significado de este buque de vikings? No me lo habéis referido todo...

El anciano capitán Oscar Larsen apoyó entonces su gruesa mano sobre el modelo y contestó solemnemente:

—Es ésta una propiedad del mar. Lo que el mar ha entregado a los Larsen debe ser devuelto un día. Los viejos reyes del Norte fueron todos sepultados en sus barcos, envueltos en llamas, en alta mar. Hombres y buques eran ofrecidos con gratitud a los dioses del mar, y éstos los aceptaban. Jamás se dejó que un barco se pudriera en una playa. Siempre se le destruía, como un símbolo de sacrificio en holocausto a los dioses del mar. En la misma forma debe ser destruido este barco algún día, cuando tú veas que necesitas recurrir a los dioses del mar, a los que los Larsen sirvieron durante mil años. He aquí la tradición. Yo soy un marino con todas las supersticiones del mar, y nosotros los noruegos somos más supersticiosos que todos... Conocemos todas aquellas cosas misteriosas que ocurren a un marino en el mar. Si nunca tienes necesidad de echar mano de este modelo, légallo a tu hijo. Pero si alguna vez llega el momento, tú mismo lo sabrás. Esto es todo lo que yo puedo decirte, Sigurd, y ahora vámonos al lado de tu madre, porque al amanecer debes hacerle a la mar...

★

Sigurd miró con ternura al barco y recordó todos los mares que había surcado, llevándolo siempre consigo. Había estado en todas las regiones en que los hombres se dedican a la caza de ballenas, aumentando en cada uno de ellos su pericia en la profesión. Entre los témpanos, más allá del Cabo de Hornos, había cazado su primer ballena. A los 25 años era capitán y ya había causado la envidia de hombres mucho más viejos, al regresar con 400 ballenas, en una sola temporada, a las heladas costas de Georgia del Sur. Una temporada la había pasado en Shetlandia, cerca de Noruega, por respetar un mal presentimiento de su madre. Y ése fué el año en que el barco en que iba a embarcarse para el Antártico no regresó jamás...

Recordó la nerviosidad y las prevenciones de su madre cuando firmara el contrato para formar parte en la temporada ballenera de Sud Africa. El la tranquilizó, prometiéndole que un día compraría una granja cerca del fjord y no volvería al mar. Y reflexionó al respecto. Había prosperado en el negocio de la caza de la ballena. Le pareció, por un momento, insensato arriesgar su vida en alta mar, cuando disponía de los medios necesarios para llevar

una vida tranquila en tierra, al lado de alguna mujercita del Norte y dedicando sus actividades a tareas rurales. Pero, en cambio, si resolvía separarse de la navegación, mientras le quedaban fuerzas para cazar ballenas, no tendría ya ocasión de pensar en aquel modelo de buque viking y en las hazañas de sus antepasados. Leif Larsen, el valiente, que cazara las ballenas con un arpón de oro, no había desertado su oficio hasta que la muerte le obligó a poner fin a la caza. Aquel hombre no se había amedrentado jamás ante las perspectivas peligrosas de su vida de aventurero. Ningún Larsen había abandonado la carrera de marino hasta que la edad le obligaba a ello.

Pero tampoco a él le habían faltado los momentos de peligro. Recordaba aún el instante en que se disipó repentinamente la niebla para mostrarle a proa un enorme iceberg; el momento en que su pequeña embarcación quedó sin carbón, lejos de las rutas comerciales. Tuvo entonces que quemar los muebles para no morir de hambre en el mar. Recordó la vez aquella en que un cable se había roto, matando al hombre que estaba a su lado. También recordaba la impresión que le causara en una ocasión ser arrastrado fuera del barco por una ola enorme y devuelto por otra mayor aun. En todos aquellos instantes sabía que la vida de marino está llena de peligros. Pero no por ello se había acobardado, lo que, por otra parte, se explicaba teniendo en cuenta que por sus venas corría sangre de vikings. Su padre le hubiera dicho, seguramente, que había sido el espíritu de sus antepasados el que le advirtió del peligro y le salvó la vida.

Sigurd Larsen miró nuevamente la navicilla reliquia. Conocía ya todos sus detalles, y pensaba si alguna vez le sería posible ver en él más de lo que habían visto los demás. Los ojos entornados, le pareció contemplar la cubierta de la nave poblada de hombres rubios, ocupados en poner las velas, y hasta creyó oír débilmente su canto, como transportado por el viento a través de las aguas desde distancias lejanas... Después el viento se hacía más fuerte, la nave cobraba velocidad y escapaba de sus manos...

Sigurd sonrió. No era ésa la primera vez que observaba esas visiones y escuchaba esos cantos. Recordaba aún que los había oído el día del iceberg y en otra ocasión en que estuvo a punto de morir ahogado. Era, pues, algo así como un aviso. ¿Qué le esperaba hoy? ¿Acaso aquella vieja ballena estaría allí para prepararle alguna sorpresa? ¿Dónde había él luchado con ella anteriormente? Había miles de ballenas en el mar, pero, sin embargo, sus colegas le habían referido a menudo encuentros con ballenas a las que reconocieron fácilmente como antiguos rivales. Algunas de ellas eran, incluso, tan conocidas que tenían nombres, como Paita Tom, un animal de fama

P O R  
LAWRENCE  
G. GREEN

ILUSTRACIONES DE  
JUAN CARLOS HUERGO

tan siniestra que su sola presencia bastaba para erizar los cabellos a cualquier cazador. Y ahora allí estaba una ballena vieja, con una cicatriz. Hacia quizá miles de años que surcaba los mares, escapando a los arpones de todos los cazadores de muchas generaciones.

Sigurd Larsen sintió un vehemente deseo de probar nuevamente su puntería contra aquel veterano del mar. De repente se levantó y guardó el modelo en el cajón.

—¡Ela-a-a-ast!

El vigía había localizado otra ballena. Las visiones cedieron el lugar a la realidad.

—¡Ela-a-a-ast!

El capitán Larsen estaba ya sobre el puente y seguía con la mirada la dirección indicada por el vigía. El chorro de vapor se hizo nuevamente visible. La rueda del timón comenzó a girar violentamente, imprimiendo a la nave una decidida inclinación a estribor.

—¡A toda máquina! ¡Adelante!—gritó el capitán. El piloto transmitió la orden a las máquinas por el telegrafo automático. Con gran destreza, el capitán Larsen calculó el lugar en que la ballena subiría nuevamente a la superficie para respirar, y allí se dirigió a toda velocidad, cruzando velozmente las aguas.

Pasaron quince, veinte, veinticinco minutos... Larsen hacía girar el cañón del arpón nerviosamente en semicírculo, preparando el tiro que debía poner fin al encuentro. Estaba seguro de que era la ballena herida. El último tiro no había dado en el blanco. Pero esta vez tenía la convicción de que el tiro sería certero y de que el arpón se hundiría profundamente en el cuerpo del rival.

Un algo inexplicable le acicateaba.

—¡Ela-a-a-ast!

Una pequeña mancha se transformó rápidamente en un verdadero islote, que emergía de las aguas. Era el lomo de la ballena. Estaba a cincuenta metros a estribor. El tiro sería, pues, largo y difícil. Pero faltaban unos segundos. La quilla del Oslo golpeaba fuertemente contra las olas, a medida que el buque surcaba las aguas. Restregándose los ojos, mojados por el agua salada, Larsen vio lo que había esperado: la herida en uno de los costados de la ballena. Esta vez estaba bastante cerca. Apuntó a un lugar próximo a una aleta. El buque se mantenía repentinamente tranquilo. No se oía ni un ruido a bordo, ni siquiera un canto a la distancia... El buque vibraba nerviosamente al compás de la tonada de sus máquinas.

Después se oyó el disparo del cañón de arpón. El cable se desenrolló rápidamente y el arpón desapareció en el cuerpo de la ballena.

Larsen se preparó a la lucha. En el extremo del arpón había una bomba, y Larsen sabía que muchas ballenas morían como consecuencia de la explosión, pero estaba seguro de que la ballena herida se resistiría. El cable humeó y se puso tenso. El capitán Larsen gritó unas órdenes al hombre que permanecía al lado de uno de los guinchos de proa. El arpón estaba sujeto en el cuerpo de la ballena como un anzuelo gigantesco. Lo que debía hacerse ahora era atraer a aquel demonio del mar mediante el guinche y el cable, como hace el pescador cuando recoge su línea.

De repente, la ballena inició la carrera hacia el fondo del mar. El capitán Larsen cargó rápidamente su cañón Svend Foyn, preparando el segundo tiro. Sabía que cuando la ballena surgiera de nuevo habría llegado el instante crítico.

Se trataba, en verdad, de un espectáculo digno de los dioses del mar de aquellos antiguos vikings. De pronto la cola del animal golpeó fuertemente la superficie de las aguas. El guinche comenzó a recoger rápidamente el cable antes de que el cetáceo iniciara la segunda carrera. Larsen, con la vista fija en su víctima, ordenó al guin-

chero que detuviese el aparato. ¿Estaría ya exhausto el animal? Pero no. Un nuevo tirón de la ballena arrastró enérgicamente al ballenero. Seguramente lo hubiera hundido, de no haber dispuesto Larsen que se largara nuevamente el cable. La ballena se alejó entonces. Probablemente abrigaba algún propósito funesto, y Larsen aun no había tenido oportunidad de disparar el arpón fatal. Todo el buque comenzó a crujir a medida que el cable se tendía. Después la ballena se detuvo y giró en redondo. Larsen tomó la manija de su cañón y miró asombrado a su enemigo.

En otras ocasiones había oído hablar de ballenas que atacaron embarcaciones menores y hasta balleneros a vapor. Sabía que una ballena herida y enloquecida era capaz de causar graves daños materiales a un barco al embestirlo. Ahora había llegado el momento de verificar personalmente la veracidad de los relatos. La ballena herida se había dado vuelta y transformado así su cabeza en un verdadero ariete, que iba a lanzarse sobre el Oslo.

Era indudable que el animal atacaría al ballenero. La enorme boca del cetáceo se abría como preparada para la lucha, una lucha sostenida ya en otras ocasiones contra tantos otros

cazadores. Un torpedo, disparado a corta distancia, no hubiera sido capaz de causar mayor emoción a los tripulantes del Oslo que aquella ballena enloquecida...

Larsen permaneció indeciso un momento. Después corrió al puente. Era necesario evitar de algún modo el choque. Las delgadas chapas de acero no serían suficientemente fuertes para resistir la colisión con tantas toneladas de hueso y carne duros.

No quedaba ya tiempo para enfiar la proa hacia la dirección en que venía la ballena, y Larsen hizo girar el timón en forma tal de recibir el choque en la proa. El animal se acercaba velozmente, dejando tras de sí una estela de espuma y sangre. Era una agonía terrible que enfilaba contra el buque.

Antes de que el ballenero pudiera adquirir velocidad, Larsen sintió el golpetazo a popa, y se agarró fuertemente a la barandilla. El piloto también se había sujetado, en tanto que el cocinero caía sobre la cubierta a consecuencia del golpe. Larsen oyó también los gritos de sorpresa de la tripulación y el ruido de las chapas de acero al recibir el choque. Todo fué obra de un segundo. El veterano cazador de ballenas comprendió que era necesario poner inme-



diatamente manos a la obra. La ballena herida seguía nadando, y constituía aún un peligro para el Oslo.

Por el teléfono de tubo un ingeniero alarmado informó que por el túnel de la hélice entraba agua.

—¡Hemos perdido la hélice y el timón!—murmuró Larsen sin apartar la vista de la ballena. Y continuó, ya en voz alta:—Piloto, haga preparar los botes. Vamos a necesitarlos si ese animal repite el ataque.

Un vapor sin hélice es la cosa más indefensa que puede imaginarse sobre el nivel de las aguas, y Larsen trató de hallar rápidamente una solución a la difícil situación en que se en-

contraba su barco. Nada podía impedir ahora que la ballena reptiera su ataque contra el frágil costado del vapor, provocando su naufragio. Quizá un tiro terminaría con el enemigo. Era una idea loca, pero Larsen corrió a su camarote. Al abrir el cajón vio que el revólver estaba al lado mismo del modelo de buque viking. Vaciló un instante. El corazón parecía querer saltarse del pecho, y una turba de recuerdos invadió su mente...

—¡Así debe ser roto este barco cuando llegue el día en que te veas en la necesidad de recurrir a los dioses del mar, a cuyo servicio han estado los Larsen desde hace mil años!...

Sigurd Larsen recordó las palabras de su padre, y sin vacilar rompió el modelo. Después recogió los fragmentos y los tiró contra el sol. Era el tributo de un viking a aquellas fuerzas extrañas que intervienen en la vida de un marino.

—¡Ahí vuelve!—gritó el piloto. Larsen seguía inmóvil en el umbral de su camarote como anonadado. Ni por un momento pensaba ya en la necesidad de echar mano del revólver. La ballena venía nuevamente en dirección a la nave, encogida por la agonía. Pero ya no poseía aquella violencia irresistible. Sus movimientos eran lentos. El

capitán Larsen corrió a proa. Había recordado que allí estaba el cañón del arpón. Disminuida la velocidad, le sería posible apuntar mejor y terminar la lucha con otro tiro certero. Ya tenía la mano en el disparador cuando vio que no hacía falta otro arpón. La ballena se estaba hundiendo... muerta.

Comenzó a funcionar nuevamente el guinche, atrayendo a la ballena. Los otros buques de la flotilla regresaban a la base. Larsen veía sus luces a la distancia y disparó algunos cohetes luminosos.

Y aquella noche Sigurd Larsen se paseaba por el muelle inclinado de la estación de balleneros. A la luz de los focos de arco voltaico una legión de obreros negros descuartizaba la ballena. Los enormes trozos de grasa iban cayendo uno a uno, seccionados con suma facilidad. Y por fin el capitán Larsen vio lo que había ido a buscar: un arpón sepultado en la carne del animal. No uno de sus propios arpones, ni siquiera un arpón moderno. Su tamaño era menor y su peso más reducido. Se trataba de uno de aquellos tipos que los antiguos cazadores lanzaban a mano. Limpió la sangre que lo cubría, y a la luz de las lámparas pudo ver que aquel arpón tenía el brillo del oro...

## EL SEPTIMO ARTE

(Continuación de la pág. 16)

ténticas ciudades y campos auténticos.

Por ejemplo: pocas cosas me impresionaron más en la pantalla que el panorama del cielo con las nubes en movimiento. ¡Dios mío! ¡Podernos traer a una sala el pasar de las nubes, y hasta apresurar su curso, si se quiere! Pienso que algún día quizá se nos procure el girar de los astros. Pues si se agrandaron los microbios y sorprendió así el reflector sus vidas, ¿por qué no han de poder concentrarse los soles y hacer accesibles a nuestra vista sus paseos y aventuras por el firmamento?

Mas volviendo al "film" sonoro: bienvenida sea un poco de música. Algunos cantos incrustados en la escena muda desparraman sobre toda ella un propicio color de ensueño. Un arpa romántica para lucimiento de las bellas manos. Un piano oportuno. Y aquel admirable y endiablado violín húngaro... En suma: "films" discretamente sentimentalizados por la melodía, en las dosis en que ella suele sazorar nuestra vida real. Pero no tanta que cambie del todo su sabor.

Un poquito de música, pues, y algunos ruidos. Estos, lejos de disminuirla, aumentan la autenticidad de los ambientes, ya que son el acompañamiento constante de nuestra vida cotidiana. Pero asimismo, ha de dosificárseles convenientemente; pues la realidad debe ser tamizada por el arte. No vamos al teatro para aturdirnos como por las calles. ¡Y qué eficaz resulta el ruido de algunas escenas! El murmullo de las multitudes, el estampido del cañón, el silbido del tren! ¡Qué impresión sintética de una fuga nos da, por ejemplo, el apresurado golpear de los cascos de un caballo!

Lo más admirable para mí en el "film" sonoro es la intrusión de los sonidos — entre ruido y música — de la naturaleza: el viento, el mar, los pajaritos. No sé si son auténticos o no, pero el efecto es el mismo. ¡No me ha sucedido en una escena en que arreciaba el viento, el cerrar instintivamente mi tapado y casi comenzar a estornudar? Todavía no he oído, durante un "film", el estampido de auténticos truenos, ni creo haya cazado la máquina la caída de algún rayo... ¡Pero todo ha de llegar!

Venga, pues, la música, mientras no altere la realidad de las escenas, y el ruido mientras no nos destimpane. El viento y la canción. Perdonemos hasta

la psitacosis de algunos cantos femeninos norteamericanos. Pero lo que aun no puedo perdonar es la palabra; lo que pretende ser el tono habitual de una conversación. ¿Por qué me herirá de tal modo este cinematógrafo hablado, a mí, acostumbrada ya a la voz oída por la radio?

La primera vez que oí hablar (¡a eso llaman "hablar"! en el cinematógrafo, no fué sólo el desagrado de la voz ásperamente cardada por la máquina y ampliada hasta la deshumanización... Lo que experimenté sólo puedo compararlo a aquel horror que, en altas horas de la noche, una vez a mis diez años, hice arrojar al medio del cuarto un libro de Hoffman, que leía, arrebujándome luego medrosamente entre las cobijas.

Impresión, pues, de lo fantástico-macabro, y de lo inartístico a la vez. Sonáronme aquéllas como voces de muertos sin reposo. Surgían las palabras, para mi imaginación, como larvas, como cadáveres de voces que me estremecían con no sé qué miedo nervioso. Voces tentaculares que viscosamente se pegaban a mi sentido auditivo, persiguiéndome en la noche, aun durante el sueño. Sin que pueda explicar el por qué, aquello era para mí un sermón sobre los horrores de la muerte, más terrible que el del jesuita más español...

Aunque en las funciones sucesivas la impresión macabra desapareciera, el "film" hablado sigue siendo un martirio para mis oídos. ¿Es mi sentido musical el que sufre, gracias a mi larga dedicación al canto? Fuí siempre particularmente sensible a los matices de la voz, hasta el punto de reconocer mejor a las personas por la voz que por el rostro. ¡Ah, mi afición a las voces bellamente sonoras! ¡Ah, la voz, ese rostro del alma! ¿Qué están haciendo de ella los norteamericanos? ¿Un simple instrumental de jazz?

Y de nuevo me pregunto: ¿Será necesario pertenecer a "la nueva sensibilidad" para escuchar sin estremecimiento estas fúnebres caricaturas de la voz humana?

Si; ¡qué desilusión cuando aquellos labios tan bonitos rompen a hablar! Catástrofe, derrumbe de un encanto visual... Y recuerdo de la bella del cuento que, en castigo de su orgullo, fué condenada a dejar salir — con cada palabra — sapos y culebras por su boca. ¡Nosotros que esperábamos, como de la niña buena del mismo cuento, rosas, jazmines y

perlas! Rosas, y perlas y jazmines era a veces la sonrisa muda. ¿Qué hada perversa se ha entrometido con aquellas princesas para quitarles "la estrella" que otra hada benéfica pusiera en sus frentes?

¡Y si fuera sólo la desagradable condición del sonido! Se lamenta una ante la pantalla del tiempo empleado en aprender inglés. Si la escena fuera muda — o si no entendiéramos — creeríamos todavía que esa chica tan graciosa y ese atractivo jovencuelo, que al abordarse tanto se ríen, están diciendo cosas encantadoras. Pero he aquí el diálogo para que no conservemos tan cándida ilusión...

¡Idioma, voces, esprit norteamericanos! ¿Por qué no nos dejaron con lo que ellos pueden darnos: caras, actitudes, escenas, acrobacia? En suma: gracia en acción, que es la única que tienen. Han querido mezclar la palabra, la sagrada palabra que representa el matiz del pensamiento; y lo rebajan.

De la triste muerte del descansado cinematógrafo mudo, viene a consolarme esta nueva creación: los dibujos cómicos, animados y sonoros. Ingenio, novedad, de buena ley. Arte más musical que pictórico. Danza del dibujo. Traducción del sonido a líneas móviles. Porque aquello es como el dibujo de una música, o la música de un dibujo. Las curiosas figurillas van trazándose en la pantalla como la visibilidad del movimiento musical, desarrollada simultáneamente en el espacio y en el tiempo.

Se me dirá que todo bailarín encarna el movimiento de la música, trasladándolo, del tiempo, al espacio. Si; pero le añado el peso de su cuerpo y el significado total de su humano ser. Mientras que aquí el movimiento de la música alcanza su mínima expresión gráfica y espacial. Es esto el grafismo estilizado de la música. ¿Lograré con estas palabras explicar mi impresión?

En suma: armonía conjunta del sonido, de la línea, de la imagen y del movimiento, filtrados en un mismo alambique. Arte que no se sabe si es música animada o figuras musicalizadas. Porque no se trata de un acompañamiento musical a los sucesos de una comedia; no se trata de dos cosas que se armonizan entre sí, sino de una sola y misma cosa que doblemente se representa. Así es para mí, por lo menos. Analogías, asimilaciones, encontradas con sorprendente ingenio.

Asimilación, por ejemplo, del sonido del arpa con los que la

araña, con sus finas patas arranca — para oídos más sensibles que los nuestros — de "las cuerdas" de su tela. Analogía de los acordes en "crescendo" que finalizan un trozo musical con las sucesivas zambullidas de un pájaro en un lago, hasta aquella en que desaparece. El último acorde, que un calderón prolonga, propaga sus vibraciones en los círculos del agua golpeada. Y cuando la superficie ya tranquila se une, "vemos" el silencio restablecido. O bien: es la extraña "armónica" formada por una escala de micos encaramados en una rama, de mayor a menor. Son campanitas cuyo colgante badajo es la cola; y responde cada uno, según su tamaño, a la nota más grave o más aguda.

Yo hallo, a veces, en estas piezas, una gran delicadeza de concepción. Viendo "La primavera", por ejemplo, sin dejar de reírme, sentíame enternecer por no sé qué poesía derramada en aquella serie de disparates. Derramada involuntariamente, tal vez. ¿O quizá ridículamente sentida por una incurable "vieja sensibilidad"? La escena se inicia con dos "vaquitas de San José" bailando sobre el amplio salón que es para ellos la corola de una margarita, al son de las aladas notas de "Las horas" de la "Gioconda", si mal no recuerdo. Y es aquello toda una evocación de primaveras...

Y es al mismo tiempo la revelación poética de un pequeño mundo de insectos y de yerbas. Los hongos, ¡qué magníficos paraguas para ciertos animalillos! Devuélveme así la pantalla las inolvidables impresiones que los cuentos de Andersen me procuraron en la infancia. ¿No hay un enorme parecido entre esta "Primavera" y las deliciosas aventuras de Almen d r i t a? ¡"Almendrita", "El soldadito de plomo", "El patito feo"! ¡Qué maravillosamente quedarían así dibujados y musicalizados!

Confieso aquí que no sólo en mi infancia, sino en todas las edades, he releído con encanto los pequeños poemas del gran cuentista escandinavo. Y tengo que evocar también a "Alicia en el país de las maravillas", por Lewis Carrell, libro que descubrí a la par de mis nietos, y que a la par de ellos he gozado. ¡Cómo eulteraría su autor si, resucitando, conociera estos dibujos animados! Parece que él los hubiera presentido. Pues lo mismo que en ellos, hay en su creación una continua transformación de los seres. No sería yo por cierto quien me los perdiera, si así se "filmaran", los episodios de esta obra. Veríamos a Alicia te-

rriblemente disminuida por la acción de algo que come, ahogarse casi en el mar formado por las lágrimas que derramó cuando era grande...

¿Y no harían buen papel en la pantalla algunos animalitos como el Riqui-tiqui-tavi de "El país de las selvas" (Kipling), o la interpretación de canciones como "Il était une bergère... Cadet Roussell", etc.? ¡Y tantas otras cosas!

Si me enternece el soplo primaveral que mueve a la danza a todo aquel pequeño mundo, debía dolerme cuando los bailarines son, en lo mejor, tragados de un sorbo por cualquier pajarraco o cualquier batracio... No es así, sin embargo. Porque es aquel un mundo de una inocencia absoluta, donde no existe el dolor, y donde todo mueve a risa. El ser comido equivale simplemente a una transformación.

Mundo de líneas o de formas puras, y que sólo de transformaciones vive. Su variabilidad y la rapidez de sus metamorfosis imita, por otra parte, los movimientos de la imaginación misma. De modo que tenemos casi la ilusión de estar nosotros creando esas figuras. O de ser ellas una incesante creación evolucionista. Mas no quiero meterme en mayores honduras...

Y vuelvo a mi contra-tema, diré, de la sensibilidad. En los dibujos cómicos, animados y sonoros, pareceme haber hallado por fin la conciliación del nuevo con el viejo sentir. Insensibilidad ante la tragedia. (¿Verán los nuevos ojos muchas de las cosas de la vida real al modo que los viejos ojos ven las de este mundo de líneas musicales?). Y fusión de la vieja sensibilidad de nuestra infancia, provocada por los inmemoriales cuentos fantásticos, con "la nueva sensibilidad" de este arte nuevo, extravagante y genial.

## CANOVAS DEL CASTILLO RESTAURADOR

(Continuación de la pág. 40)

a la abstención o a la crítica. Para Cánovas la colaboración entre el Trono y las Cortes era tradicional en España, en Castilla y en Aragón, en tanto que el absolutismo fué importación extranjera, importación austriaca. Para Castelar, la acción de las asambleas deliberantes prevalecía sobre la del Rey, en el pasado castizo, como en el pacto más o menos auténtico de Sobrarbe en que los altivos aragoneses amenazaban con deponer el Rey si éste rompía el acuerdo firmado (Continúa en la pág. 46)

## EUGENIO MALOSSI EL CIEGO SORDOMUDO

Escrupulosamente religioso en la adoración de la Divinidad. Escrupulosamente católico en el reconocimiento de los dogmas de la Iglesia de Cristo. Pero no asceta.

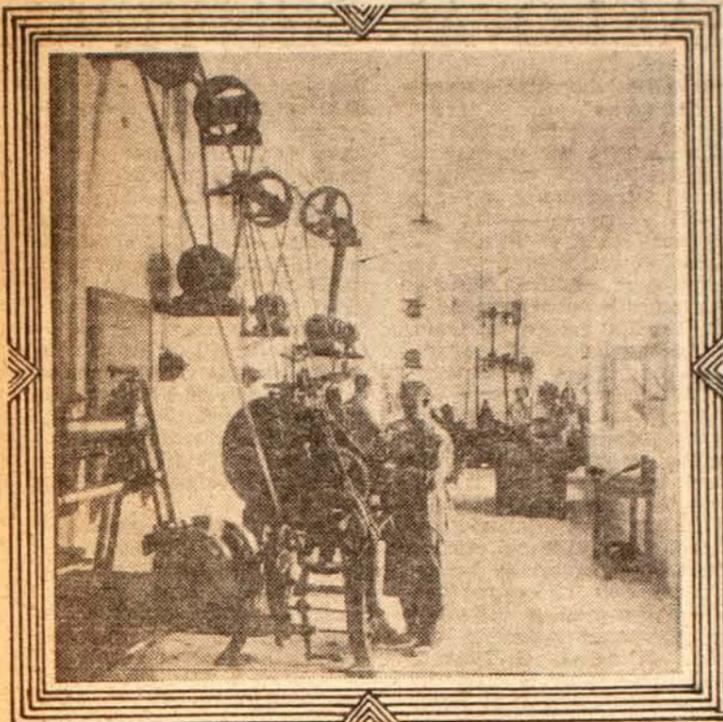
Ahora bien; lo que más mérito tiene es la serenidad con la cual—a cuarenta y cinco años, después de haber vencido el destino, después de haber llegado a una altura que podía parecerle gloriosa, ya en vísperas de poder completar su personalidad de hombre normal, casándose con una graciosa mujer, viuda de guerra, que lo amaba—acogió la llegada de la muerte. Mientras la pulmonía seguía su curso, escribió en estilo claro y preciso su testamento con la maquina de su invención. En estas hojas él hizo el balance triunfal de los cuarenta y cinco años que había vivido, y demostró en ellas el agradecimiento que sentía por todas las personas que le habían favorecido, y son una documentación sublime de bondad y de amor, que debería presentarse como ejemplo a todos aquellos que viven maldiciendo el haber nacido y cuya maldición responde al grito paradójico de Lamartine: "Quel crime avons nous fait pour mériter de naître?"

Los resultados de la elevación moral que alcanzó Eugenio Malossi perdurarán siempre para componer la luz del tabernáculo de su celebridad. Pero al hablar de él no hay que olvidarse de los "hechos físicos" que brindaba su persona a los estudios de la ciencia positiva. Sobre estos hechos he querido interrogar al sabio que más los ha analizado, al ilustre profesor César Colucci, psiquiatra que rechaza las arbitrariedades de una psiquiatría más o menos quimérica y profesa, en cambio, el más austero positivismo. (Recuerdo que me reprochó el haber atribuido en mi drama "Los locos" una afirmación calumniosa para la ciencia en boca de un psiquiatra positivista desilusionado, el cual es, además, uno de los locos de mi drama). Si intentara referir todo lo que me dijo, revelaría por anticipado y con poca claridad, dada mi incompetencia, la mitad del libro que él se propone escribir tan pronto disponga de tiempo para ello. Contaré sólo algunas cosas: aquellas que me permita la brevedad impuesta al mismo tiempo que la claridad.

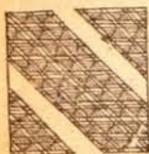
Comparándolo con H. Keller, nuestro Malossi contaba en su favor la ventaja de haberse hallado en posesión de todos sus sentidos hasta la edad de seis años; a esta edad tuvo un ataque "meningo-encefálico". Las reminiscencias, aunque vagas y pueriles, del mundo externo, podían proporcionarle, sin embargo, como puntos de referencia, la concepción de la realidad que se le ocultaba. H. Keller tuvo la facultad de todos sus sentidos tan sólo hasta la edad de un año. Pero en contraposición a esta inferioridad, tenía la inmensa ventaja del olfato. En Malossi el olfato, generalmente muy desarrollado en los sordo-mudos, hasta el punto de reemplazar un sentido primario, había desaparecido por completo. Algunas páginas del libro de H. Keller "El mundo en que vivo" afirman la eficiencia de miles de olores. Es muy posible que caiga un poco en la exageración, pero sí hay que creerla cuando asegura que distingue por los olores los objetos, las personas,

ROBERTO  
BRACCO

(Para LA NACION)  
ROMA, agosto de 1930



El taller creado por Eugenio Malossi en el Instituto Paolo Colosimo



O sé si la noticia de la muerte de Eugenio Malossi, acaecida en el mes de mayo en Nápoles, ha sido registrada en el "stock" cotidiano de noticias que se difunden en el mundo internacional en menos de veinticuatro horas. Bien merece esta desaparición que se anuncie en Italia y fuera de Italia con la rapidez propia de las más solemnes inserciones fúnebres. Creo poder afirmar, sin temor a equivocarme, que en aquella jerarquía de la fama adquirida por el grupo de los prodigiosos ciegos sordomudos de nuestra época, él era el más célebre entre todos después de Helena Keller y Berta Galeron de Colonne. A la gran celebridad de la Keller han contribuido muy justificadamente sus publicaciones, entre las cuales su libro titulado "El mundo en que vivo". Y a tan justificada celebridad sumó la clamorosa reclame mercantil, verdadera profanación, que, inducida por un empresario norteamericano, hizo de su persona exhibiéndose ante el público de los "music-halls". Berta Galeron de Colonne debe su celebridad a las originales poesías que escribe y a la sublime aureola de maternidad que la rodea. La poetisa sordomuda y ciega tiene cuatro hijitos, todos ellos sanos y hermosos, que ella misma ha educado y criado con todas las exigencias y cuidados propios de una madre ejemplar.

Resumo ahora lo que ha contribuido a la celebridad de Malossi. Con gran facilidad aprendió y se valió de cuatro idiomas: el italiano, el francés, el alemán y el inglés. Dedicó gran atención al estudio del inglés, porque deseaba ponerse en comunicación con Berta Keller, a la que tanto admiraba por su vasta cultura y elevado ingenio. Y la correspondencia que entre ellos dos se entabló tiene un gran valor como fuente de enseñanza y consejos para sus desventurados semejantes. Se dedicó también a la mecánica y desentrañó todos sus secretos. Se posesionó y se valió de ella con prácticas simplificaciones y una insuperable precisión. Instaló una oficina en el Instituto Paolo Colosimo—fundado por la señora doña Tomasa Colosimo, llamado así en memoria de un hijo suyo que murió, para procurar a los jóvenes ciegos una amplia y variada educación—y en esta oficina él fué a un mismo tiempo obrero y maestro. Allí dentro, solo o con sus alumnos, moviéndose enérgica y tranquilamente en el ambiente de las máquinas, animándolo, regulándolo todo sin correr ningún peligro y sin incurrir en ningún error, como si de toda la oficina hubiese poseído, en mínimas dimensiones, una reproducción exacta dentro de su ce-

rebros, irradiaba la luminosidad misteriosa y embriagadora del milagro! Unia la intuición de la estética al conocimiento de las leyes que rigen a la mecánica. Ejecutaba con el torno—un torno construido pedazo a pedazo por él mismo—objetos que demostraban un gran sentido artístico. Modificó el "sistema Braille" para facilitar la escritura y la lectura de los ciegos, y lo enriqueció con una ingeniosa maquina de su invención. Durante la guerra, animado del más ardiente patriotismo, no paró hasta que le aceptaron en una fábrica de proyectiles, y allí trabajó con la más grande pericia, como si fuese el más experimentado de los obreros. Su laboriosidad no se refugió nunca en el diletantismo, como tampoco en la estéril vanidad, que sólo aspira a las eternas recompensas de las medallas de oro y de plata de todas las exposiciones.

Pero lo que mejor y del todo caracteriza a esta figura fué la facultad, toda efusión, que poseía para socorrer las desdichas que, ya cercanas o lejanas, tenían que ver con su desgracia, transmitiendo por doquier su fecunda laboriosidad y espiritualidad. Y en él la fuerza espiritual se alimentaba en su misma laboriosa sabiduría, por medio de la cual sentía y enseñaba a sentir la posibilidad de vivir, la posibilidad de recobrar los derechos humanos de una existencia perturbada, aminorada, torturada, escangallada, la posibilidad de intercambiar con las demás personas pensamientos y sentimientos propios. Por lo que vemos que él no era ni un resignado como tampoco un rebelde en la desgracia. Era un creador de felicidad aun dentro de las márgenes de su misma desventura. "Puedo decirlo—escribió él una vez—, que estoy contento y me siento feliz". Su felicidad consistía sobre todo en la conquista progresiva de los elementos de la verdadera vida, y cuanto más progresaba en su conquista, más amaba la vida. Y cuanto más amaba la vida, más se intensificaba su poder de transmisión, la virtud de enseñar el modo de liberarse de la prisión en que su desgracia le obligaba a vivir, de superar la mutilación de los sentidos y de acercarse a la normalidad. Era en verdad un apóstol. Pero no un apóstol de la resignación que se encamina hacia las inercias del ascetismo, como tampoco un apóstol de la rebeldía, que le llevaría más tarde a los abismos de la desesperación, sino más bien un apóstol del humanismo que invocando la ayuda de Dios cree que toda criatura humana debe tener el deseo y la voluntad de realizar en esta tierra su parte de felicidad.



Eugenio Malossi escribiendo con la maquina de su invención un pensamiento para las autoridades que visitaron el Instituto

los lugares, los ambientes ya conocidos por ella, los olores del campo bajo las influencias meteorológicas, los olores de la infancia, de la pubertad, de la vejez, del sexo, y hasta cuando asegura que tiene por medio del olfato sensaciones analíticas agradables y desagradables de alejamiento, de proximidad, de diversos cambios en el espacio que la circunda. La actividad sensorial de Malossi se limitaba—teniendo en cuenta que el olfato es parte integrante del "gusto"—casi exclusivamente a la sensibilidad del tacto. En su género era, pues, para la ciencia, un sujeto mucho más interesante que H. Keller.

El desarrollo de la sensibilidad del tacto de Malossi llegaba a un grado inverosímil. Esta podía reemplazar a los coeficientes olfatorios y del gusto. La forma diversa y la variada superficie de los alimentos y la distinta resistencia que él encontraba masticándolos determinaban sus preferencias, su selección y sus antipatías. Pero esto tenía poca importancia; la sensibilidad de su tacto asumía una misión mucho más noble, más elevada, más útil y mejor. El profesor Colucci comprobó y midió la función acústica.

Habiendo sido comprobada la total sordera por "vía aérea", el profesor Colucci quiso experimentar si Malossi, en el cual era evidente el proceso del reconocimiento de los ruidos y de los sonidos, los percibiría también por "vía de los huesos", como generalmente todos los sordos así los perciben, aunque tan sólo sea en pequeñas proporciones. Con gran sorpresa se descubrió que en él la función acústica de los huesos no residía allí donde otros sordos suelen tener la mayor potencialidad conductora de ruidos y de sonidos. Esta función pertenecía a otros huesos con una grandísima diferencia. Residía, hasta lograr ser extraordinaria su activa, en dos sedes principales de la sensibilidad del tacto: en las yemas de los dedos de ambas manos y en la planta de los pies. Los efectos que resentía con los contactos con cuerpos sólidos, ruidosos o rumorosos eran extraordinarios. De los dedos de las manos y de las plantas de los pies las vibraciones de los cuerpos sólidos se difundían hasta el cráneo, hasta el cerebro, en el que producían, digámoslo así, la "imagen" del rumor o del sonido. Le procuraban fastidios o goces. Distinguía entre las varias sucesiones de sonoridades musicales la melancolía, la dulzura, la alegría, la broma. Había aprendido a reconocer en seguida

los sonidos de la Marcha Real. Pero no todo se limitaba a esto. Si se le aplicaba un diapasón en los brazos, en las piernas, o mejor todavía en los dedos de las manos o en las plantas de los pies, podía repetir la tonalidad de los sonidos del diapasón por medio de la emisión de la voz. Las vibraciones recomponían aquella vibración en su cerebro y el cerebro la transmitía sin la guía auricular al órgano vocal. ¡Maravilla de las maravillas!

En pocas palabras—y aunque parezca increíble—, los ruidos y los sonidos lograban aportar un rico contingente en la fragua de la vida de este sordo. Teniendo una mano abierta adherida al cristal de una ventana en las primeras horas de la mañana, él percibía el progresivo despertar de todas las energías pequeñas y grandes que durante la noche enmudecen. Durante las largas horas de trabajo, la sensibilidad táctil, además de traducir en actos cada uno de sus conceptos, le hacía percibir el parpadeo, las palpitaciones, los ritmos de sus instrumentos de artificio, de toda su maquinaria; toda una alegre sinfonía que le quedaba dentro de la mente y del corazón, aislada por la sordera, del mismo modo que el divino Beethoven guardaba sus tesoros. Y la sensibilidad táctil le daba como función acústica el equivalente de las sensaciones que Helena Keller aseguraba tener por medio del olfato: sensaciones de proximidad, de alejamiento, sensaciones de lugares y de horizontes, sensaciones de todo aquello que en torno a él, al vivir, vibraba.

Y según nos vamos deteniendo en estas consideraciones, llegamos a comprender mejor la inmensidad psíquica de la existencia de Eugenio Malossi. Siguiendo el camino de la ciencia indicado por el profesor Colucci, es cuando logramos comprender este fenómeno de una manera tal que, dejando a un lado las inducciones aproximativas, nos vea el que nos asomemos al laberinto de lo sobrenatural, al cual irresistiblemente nos inclinamos cuando pensamos en el fenómeno Malossi y en el fenómeno Keller.

Como remate de esta conversación pregunte al profesor Colucci:

—¿Por lo tanto, excluye usted la hipótesis de que hubiese algo de sobrenatural en el fenómeno Malossi?

A lo que él me respondió:

—Lo excluyo en absoluto. Ya que, dado lo que hoy día los científicos logran realizar, descubrir y ver, lo sobrenatural queda relegado en el bazar de los juguetes que tan sólo sirven para excitar la fantasía de los muchachos.

—Exactísimo—me dije yo a mí mismo—; pero, sin embargo...

## UN NUEVO TRIUNFO DEL CABALLO ARGENTINO



N el mes de julio de la corriente año, el Estado Mayor del ejército alemán ha llevado a sus haras de Trakehnen, uno de los más importantes de Europa, al padrillo criollo Camoati Cardal. Este semental responde a la conformación "près de terre", tan solicitada en Europa después de la guerra. De poca alzada, gran capacidad torácica, ágil, enérgico y de remos insuperables, tales bellezas, en el sentido zootécnico de esta palabra, le han valido el honor de ser elegido para el servicio de las mejores yeguas del haras nacional de Alemania.

Es éste otro triunfo para el caballo criollo y una nueva oportunidad para la polémica.

Primero se negó su existencia de la guerra amordazó esa en las negaciones, hasta que los miembros de la Sociedad de Criadores probaron el origen autóctono de los planteles que a costa de grandes sacrificios formaron con yeguas indígenas del Sur. Pasó un tiempo, no mucho, y cuando fueron objeto de admiración y por ellos se pagaron altos precios, fueron tratados despectivamente de "petisos" y se les comparó, citándose como a modelos de conformación, a los caballos de sangre y gran alzada de los

ejércitos europeos. La experiencia de la guerra amordazó esa crítica infundada.

Altas autoridades militares han declarado que los caballos de gran alzada fueron un fracaso en el campo de batalla, y actualmente es una expresión de moda para ponderar a un caballo decir que es "près de terre".

Ya sabíamos qué poco resistían los grandes caballos de mucha sangre los rigores de la guerra. En los primeros meses de la contienda fueron al frente escuadrones espléndidamente montados en caballos aparentemente soberbios. A medida que pasaba el tiempo, en las fotografías que se publicaban en diarios y revistas la caballería montaba animales cada vez más pequeños. Lo mismo ha sucedido en todas las guerras, en Sud Africa, en China, en Rusia y en Marruecos.

Como dijo Martín Fierro: "Es como el patrio de posta; lo larga éste, aquél lo toma". Así pasó el caballo criollo a manos de la crítica científica, la cual declaró axiomáticamente, que "el caballo criollo no puede tener las cualidades de sus antepasados, porque ya no hace largas jornadas ni está sometido a la gimnasia violenta que le imponía el gaucho. Por lo tanto, no puede transmitir aptitudes que no ha

adquirido". El ataque es hábil, pero no pasa de ser un sofisma zootécnico. Trataré de probarlo. La gimnasia funcional, interpretada como trabajo regular y determinado, cuyo objeto es desarrollar ciertas aptitudes, como ser la velocidad, la resistencia, el salto o ejercicios especiales tendientes a perfeccionar la conformación exterior de los individuos de una raza, no tuvo ni tiene intervención apreciable en la formación del caballo criollo.

Esa gimnasia funcional, como ejercicio natural derivado de la vida libre, contribuye a mejorar el caballo criollo porque el ambiente le impone un continuado ejercicio.

La gimnasia funcional que practicó el caballo criollo al recorrer largas distancias acompañando al gaucho en sus correrías "no ha tenido influencia alguna ni modificado las aptitudes de sus descendientes". Se diferencian en esto las razas europeas o asiáticas, que suelen heredar condiciones creadas por la gimnasia a que fueron sometidos sus antecesores.

El potrillo criollo hereda de los padres su sangre, su conformación, su rusticidad, fac-

tores todos inherentes a su raza, y hasta su "carne de perro". No heredan méritos adquiridos artificialmente por sus padres, es decir, méritos individuales, pues ni el padrillo ni la yegua criollos fueron utilizados por el gaucho para su silla y es, en cambio, costumbre entre los europeos y asiáticos montar tanto padrillos como yeguas.

El caballo criollo moderno, viviendo en las mismas o mejores condiciones de libertad que sus progenitores, será tan resistente como cualquiera de sus congéneres de los buenos tiempos, y transmitirá, sólo porque las heredó racialmente, todas las bondades que lucieron los antiguos criollos.

Recordemos, si no, el raid de Tschiffel, que cubrió la distancia de 21.500 kilómetros con dos caballos criollos, vadeando ríos, pantanos, cruzando desiertos de arena, el Ticlio a 5454 metros sobre el nivel del mar, antes de llegar al Perú, donde hizo jornadas de 32 leguas sin agua ni alimento alguno, y no olvidemos el raid Buenos Aires-Mendoza realizado el año 1925 por el ingeniero Abelardo Piovano, quien con el criollo Lunarejo Cardal que cargaba 95 kilos salvó la distancia de 1380 kilómetros, 276 leguas, en 17 días.

Sobran ejemplos en su favor. En Chile, el caballo criollo ha dado los mejores resulta-

dos y es el que utiliza el ejército; en el Uruguay no se han limitado a importar gran número de criollos, sino que ya tienen su libro genealógico. Últimamente, han solicitado caballos criollos puros para el ejército Estados Unidos, Guatemala, Austria y Checoslovaquia. La Société Foncière du Paraguay ha comprado caballos criollos en la Argentina por intermedio del oficial de caballería del ejército austro-húngaro y jefe de uno de los haras imperiales, D. Luis Pfannl, quien opinó que es la raza criolla una de las primeras del mundo para los trabajos ganaderos y de guerra.

Seremos, probablemente, los últimos en apreciarlo. A este paso quizá llegue el día en que la Argentina designe alguna comisión encargada de adquirir a precios fabulosos reproductores criollos sobresalientes en los haras de Alemania, Francia o Inglaterra. Caballos que requieren trenes o carretas que los sigan de cerca con raciones de grano desintegrado, no sirven para el ejército en nuestro medio ambiente.

Conservemos y mejoremos dentro de su noble rusticidad los sobrios caballitos criollos que en los largos arreos, al decir de los troperos, "se comen los alambrados cuando no encuentran pasto y siguen siempre marchando".

## OCTAVIO PERO



RA natural que a un hombre dotado de un espíritu como el del Príncipe le disgustaran las restricciones que le fueron impuestas a fin de que no corriera peligros innecesarios mientras se hallaba prestando servicio con el Ejército británico en el frente.

El ansiaba acompañar a su regimiento a las trincheras, pero no se le permitía el acceso a la zona de mayor peligro, en razón de que los generales de división a cuya atención había sido confiado, eran responsables de su seguridad personal, y no estaban dispuestos a correr riesgo alguno al respecto.

Recuerdo perfectamente bien un incidente ocurrido en el sector de Ipres. Durante varias semanas se habían registrado allí combates recios. El Príncipe fué a visitar un hospital de campaña y se le advirtió que no siguiera más adelante.

Después de haber visitado el establecimiento, se enteró, sin embargo, de que un regimiento del que era coronel honorario se hallaba en la línea de combate o en la de reserva, y en vista de ello, en lugar de emprender el regreso hacia el Comando de la División, al salir del hospital se dirigió hacia las trincheras de vanguardia.

Poco tiempo antes había sido yo interpelado vivamente por el entonces mayor Solano John por permitir que el Príncipe se pusiera en peligro. Decidí ahora, en consecuencia, tratar de impedir su proyecto. Comunicué lo que sabía a un prominente funcionario del Comando Superior y recibí la orden de vigilar los pasos de S. A. R.

Se me recomendó que no hablara, que no contestara a pregunta alguna en caso de que mi protegido me dirigiera la palabra por un incidente imprevisto. Se me ordenó, además, que no me hiciera ver. Y se me notificó que debería responder de la seguridad del Príncipe ante el Comando General.

Nos encontramos ya dentro de la zona de bombardeo. Las granadas estallaban sin interrupción a una distancia de un kilómetro a la derecha, y más allá, a la izquierda, resonaba el fragor continuo de la artillería.

Un kilómetro más adelante penetramos en la zona de peli-

## CUIDANDO AL PRINCIPE DE GALES

ESCAPADAS DE S. A. POR FRANCIA Y FLANDES CON EL PRINCIPE EN LA ZONA DE PELIGRO

POR

EDWIN T. WOODHALL

(Ex miembro del Departamento Especial de Scotland Yard y detective que cuidó al Príncipe de Gales en Francia)

(De los servicios especiales de LA NACION)



El príncipe de Gales

saltaba los pozos abiertos por las granadas, las anchas zanjas, un cerco roto... Mi cabalgadura estaba bien entrenada, pero vaciló tres veces antes de dar otros tantos saltos. Al llegar al cerco se le enredó en el alambrado uno de los cascos y fui despedido a tres metros de distancia.

Me levanté en el acto, volví a montar y reanudé la persecución. Muchos de los soldados australianos se precipitaron también en pos del Príncipe y tuvieron la satisfacción de presenciar cómo éste dominaba al animal espantado. Aquellas personas que gustan de criticar la habilidad del Príncipe en materia de equitación cambiarían

de opinión de haber sido testigos de semejante proeza ecuestre, trazada con el tronar de los cañones de Ipres como telón de fondo.

Cuando S. A. regresó junto a los australianos, tumultuosas aclamaciones y gritos de aprobación le saludaron de nuevo.

—¡Es un valiente! ¡Viva el Príncipe!

Tales y muchas otras manifestaciones fervientes y espontáneas celebraron la hazaña.

El Príncipe sacó un cigarrillo y advirtió que no tenía fósforos. Se le acercó entonces un soldado con el cigarrillo encendido y S. A. se inclinó para tomarlo, con gran complacencia del "aussie" y sus camaradas.

Cuando llegamos al Cuartel General de la brigada nos informaron que el regimiento que el Príncipe buscaba había sido relevado precisamente aquella mañana. Así, pues, habíamos corrido en vano un serio peligro.

Conservo otro recuerdo preciso de la época en que el Príncipe estuvo en la guerra, y es de cuando fué durante una semana huésped de Lord Haig, entonces Sir Douglas, en el famoso tren de éste. El convoy se encontraba magníficamente equipado. Los vagones habían sido pintados exteriormente de un color gris oscuro, que les prestaba una apariencia bastante pobre, pero en su interior todo aparecía primorosamente dispuesto. Tenía una sala de conferencias, un despacho de trabajo para el mariscal de campo y salones diversos para sus ayudantes. Contaba también con un despacho para Sir Cowans y otro para Sir Philip Sassoon, secretarios éstos privado y militar, respectivamente, del comandante en jefe. Había asimismo dormitorios, cuartos de baño, cocinas, comedores, salas para los ayudantes, cabina de telegrafía sin hilos, estación telefónica. Todo, en una palabra, lo necesario para un general en jefe en el campo de batalla.

Cuando llegó el Príncipe, el mariscal no se encontraba allí. Varios oficiales se adelantaron para acompañarle en su visita de inspección del tren.

—¡No, no!—rechazó S. A.—No quiero interrumpirles a ustedes en su trabajo.

Finalmente, un edecán de Haig sirvió de guía al Príncipe. Una vez que S. A. hubo inspeccionado el convoy, se encará con su cicerone y le dijo:

—¡Vaya una residencia magnífica que se han procurado ustedes! Es infinitamente mejor que muchos de los trenes en que me hacen viajar a mí. ¡Palabra!

Recuerdo que a la mañana siguiente presté servicio de vigilancia con cierto oficial que tenía que acompañar al Príncipe en su paseo diario. Al regreso encontramos al general en jefe realizando sus acostumbrados diez minutos de "footing" antes del desayuno. El Príncipe y el mariscal de campo se saludaron cordialmente. Cuando volvimos luego al Cuartel General, mi oficial me refirió el diálogo que aquéllos mantuvieron.

—¿Quiere usted decirme, Sir, cuál es hoy la longitud exacta de las riendas?—había preguntado, risueño, el Príncipe.

—¿De las riendas?—repitió Haig enarcando las cejas.

—Sí—replicó el Príncipe—. Instrucciones precisas, como a los jockeys. No debo pasar de este punto, ni alejarme más de dos metros a la derecha de aquel lugar, ni de metro y medio más allá de la posición X, y así por el estilo. Ya me voy acostumbrando.

—¿Y supongo—respondió Haig entornando levemente los ojos—que V. A. habrá acatado siempre rigurosamente las instrucciones?

—Bueno...—dijo el Príncipe con alguna vacilación—. He tratado de hacerlo...

El mariscal de campo rió.

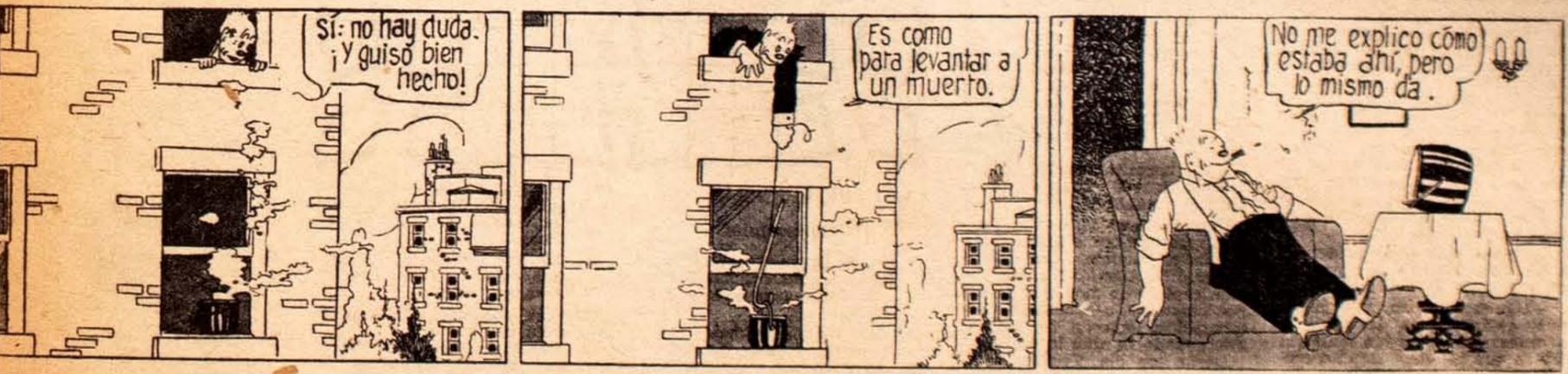
—No he dado orden alguna al respecto—afirmó. Y añadió gravemente: —Después de todo, V. A. es ya mayor de edad y capaz de comprender la responsabilidad de su cargo y de comprender la responsabilidad del mío, sobre todo en lo que se refiere a V. A. Con este concepto de la responsabilidad, dejaré a V. A. proceder según su criterio, confiando, desde luego, en que V. A. tendrá en cuenta el riesgo de los dos.

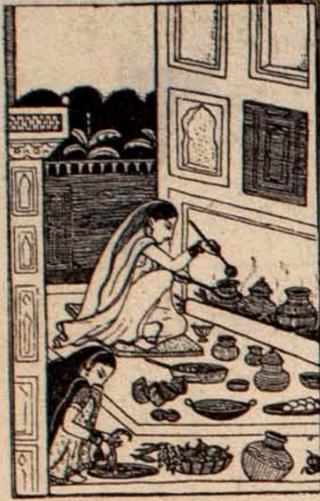
Y lo cierto fué que durante su permanencia en el Cuartel General de Haig el Príncipe supo dominar más de una vez la tentación de emprender excursiones que pudieron haberle hecho correr peligro.



LOS VECINOS DEL SEGUNDO

Dibujos de GEO McMANUS





### ALEGRIA Y TRISTEZA O LA HISTORIA DE DOS HERMANAS

(Leyenda de Bengala)

VIVIA una vez un hombre que según las costumbres del país, era casado con dos mujeres. Adoraba a una de ellas, pero no tenía cariño alguno por la otra.

A pesar de eso, la preferida sentía un odio inmenso por su rival. Aprovechando su dominio sobre su marido, la obligaba a hacer todos los trabajos, mientras ella pasaba los días enteros ocupada únicamente con sus vestidos y sus placeres, en compañía de su hija, a quien llamaban Alegria.

La segunda mujer también tenía una hija llamada Tristeza, que ayudaba a su madre en sus tareas.

Un buen día murió el hombre, y la primera mujer se apresuró a ocultar sus bienes, asegurando a su rival que había muerto en la pobreza y que por lo tanto, no heredaba absolutamente nada. A pesar de esto se instaló en una magnífica casa y siguió viviendo en la abundancia.

Tristeza y su madre se vieron en cambio en la miseria, trabajando desde la mañana hasta la noche en tejer piezas de género que llevaban luego a vender al mercado.

Un día, la madre de Tristeza compró un fardo de algodón y lo abrió, extendiéndolo al sol para que se secase mientras iba al río a bañarse. Tristeza, que había quedado en la casa, vio que un fuerte golpe de viento se llevaba todo el algodón. Se puso a llorar al ver que desaparecía toda la fortuna de su pobre madre y corrió para ver si lograba alcanzar aunque fuera parte de ella. Mientras corría, encontró una vaca, que le pidió que tuviera la bondad de limpiar su establo, pues nunca lo hacían. La joven, que era muy bondadosa, se detuvo e hizo lo que le pedían, poniéndole además agua fresca.

Un poco más lejos se detuvo a descansar debajo de un plátano y oyó que éste le decía:

—¿Quieres limpiar mis hojas, que están llenas de polvo y arrancar las que estén viejas, a fin de que las otras puedan crecer con más fuerza?

Tristeza hizo lo que le pedían y emprendió luego su carrera. Más adelante fue un algodonero que le rogó apisonara la tierra alrededor suyo, y luego encontró una yegua que le pidió le diera pasto fresco, pues ella no encontraba sino hojas secas.

Una vez que hubo prestado estos servicios, siguió corriendo siempre en la misma dirección del viento que le había llevado su algodón. Después de mucho andar llegó a un palacio de mármol blanco que recorrió sin encontrar a nadie. Por fin vio en una terraza a una anciana que hilaba con tanta rapidez que en un momento le vió concluir una pieza entera de hilo.

Esta anciana era la madre de la Luna y era a ella a quien el viento llevaba todos los días los

copos de algodón que encontraba en su camino.

Tristeza se acercó a la anciana y le dijo:

—Señora, soy una niña muy pobre, pero ese algodón pertenece a mi madre. Por favor, ¿quieres tener la bondad de devolvérmelo? Si no lo llevo de nuevo a casa, mi madre y yo moriríamos de hambre, pues es lo único que poseemos para trabajar.

Haciendo a un lado los cabellos blancos que cubrían su frente, la madre de la Luna respondió:

—Te deseo vida larga y feliz. Te veo cansada y acalorada. Ve a bañarte, luego tomarás algunos alimentos y te daré todo el algodón que desees.

Tristeza penetró en una pieza llena de vestidos y perfumes, pero no tocó nada y limitándose a tomar una toalla se dirigió al río. Cuando salió del agua estaba transfigurada, parecía una diosa, tan resplandeciente era su hermosura, pero ella no se daba cuenta del cambio. Volviendo entonces al palacio, eligió entre todos los vestidos de brillantes colores y bordados finísimos, un simple vestido de algodón blanco. Verdad que se detuvo algún tiempo contemplando un saris de Benarés bordado con pintas doradas que recordaba un cielo hermoso, salpicado de brillantes estrellas; otro sari de Madoura, liviano como una nube que el sol iluminara; y otro de muselina de Dacca, transparente como una telaraña en la que hubieran quedado prisioneras unas cuantas mariposas.

En la pieza de al lado, el suelo estaba cubierto con toda clase de manajres, puestos en magníficas fuentes de plata y piedras preciosas. Tristeza tomó sólo un poco de arroz y fue en busca de la anciana.

—Está bien, hija mía — dijo la madre de la Luna — vuelve a tu casa y no abras este paquete hasta que estés allí. Encontrarás en él todo lo que desees.

De regreso a su casa, la joven encontró de nuevo la yegua que le ofreció como regalo un precioso potrillito que acababa de nacer; la vaca le regaló igualmente un ternero, blanco como la nieve; el plátano le dió un enorme cacho de bananas, y el algodonero, un montón del mejor algodón.

La madre de Tristeza se alarmó mucho al no ver a su hija junto al algodón. La buscó por todas partes, sin poderla encontrar; por fin, se sentó en la puerta de la casa y se puso a llorar, hasta que un largo rato después, vió a la joven que venía caminando entre un ternero y un potrillito, llevando un fardo de algodón sobre su cabeza y un cacho de bananas en sus brazos.

—¿Qué significan estas riquezas, hija mía! — exclamó la pobre mujer — ¿No sabes que tu madre es muy pobre?

Tristeza contó a su madre lo que le había sucedido, y ésta creyó volverse loca de alegría.

Como era muy bondadosa, la pobre mujer pensó en seguida en Alegria y en su madre, y como creía que éstas estaban igualmente pobres, resolvió ir a ofrecerles la mitad de esos bienes. Pero la orgullosa y pérfida mujer respondió desdenosamente:

—No necesitamos los bienes ajenos. Guarda esas porquerías para ti y tu hija.

Cuando llegó la noche, Tristeza recordó que no había abierto aún el paquete. ¿Qué encontró en él? ¿Algodón?... No. Estaba repleto de monedas de oro que caían de la canasta sin interrupción, dejando de hacerlo sólo cuando la niña la cerraba.

Desde ese día, Tristeza y su madre pudieron vivir tranquilas y felices.

Alegria y su madre morían de envidia al ver la riqueza de Tristeza y pensaban el día entero cómo podían quitársela. Por fin resolvieron imitar en todo lo que había hecho la joven, pero como Alegria no estaba acostumbrada a trabajar, ni le gustaba prestar servicios a nadie, no hizo lo que le pidieron la vaca, la yegua, el plátano y el algodonero. ¿Cómo creían que iba a detenerse con ellos, cuando iba a ver a la madre de la Luna? Cuando llegó por fin al palacio, dijo a la anciana:

—Vengo a que me des las mismas cosas que a Tristeza y que me hagas tan bella como ella.

—¿Quién será — se dijo la anciana —, esta niña que habla



de semejante manera? — pero se limitó a responder — Está bien. Ve a bañarte, luego, como algunas cosas y te daré los regalos. Pero ten cuidado de no sumergirte más que una vez en el río.

Al salir del agua, estaba bella como una diosa, pero pen-



sando que si se sumergía de nuevo lo estaría más aún, no tardó en arrojarlo nuevamente al agua. Cuando volvió a salir, parecía una viejita, toda arrugada, su pelo se había vuelto blanco y los dientes habían caído.

—Me has desobedecido — dijo la madre de la Luna al verla — Toma este paquete y véte a tu casa, pues no puedo deshacer lo que está hecho.

Alegria se alejó rápidamente. Había perdido su juventud y su belleza, pero pensaba desquitarse con las riquezas.

Su madre cayó desmayada al verla volver, tan desfigurada estaba, y cuando abrieron el paquete se encontraron con... todo el algodón que el viento había hecho volar esa misma mañana.

Llenas de vergüenza, las dos mujeres abandonaron entonces su aldea y nadie supo lo que había sido de ellas.

### CANOVAS DEL CASTILLO RESTAURADOR

(Continuación de la pág. 42)

con la Nación, y reemplazarle por un judío o un moro.

La monarquía restaurada y avigorada por Cánovas desde 1874 debía escuchar las admoniciones de Castelar si había de pervivir. Reaccionaria, dividiría al país, abriría la era de nuevos pronunciamientos. Democrática, sin deslustrar la autoridad, enflaquecería a los republicanos, debilitaría su programa de acción reformadora e iría adecuándose libre y gallardamente a las ambiciones y a las necesidades de cada época.

Aludiendo a recientes acaecimientos del Reino, M. Charles Benoist observa que la monarquía puede utilizar al dicta-

### COMO HACERSE PRESTIDIGITADOR

El dedal misterioso

Coloque un pañuelo sobre el dedo índice de su mano izquierda y ponga luego en el mismo dedo un dedal. (Fig. 1). Cuan-

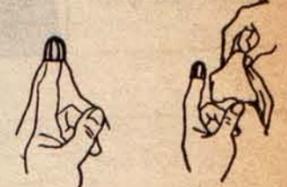


FIG. 1

FIG. 2

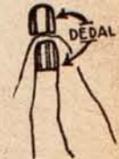
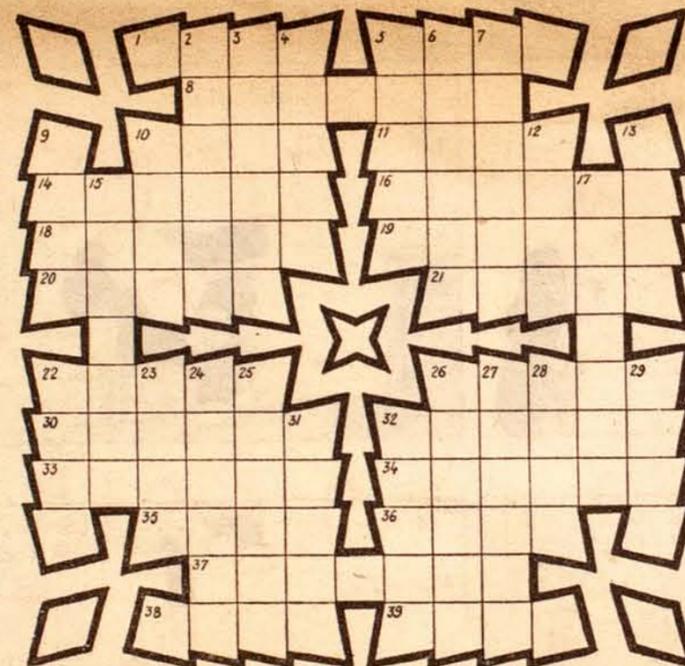


FIG. 3

do retira el pañuelo el dedal se encuentra colocado sobre su dedo. (Fig. 2). El secreto consiste en emplear dos dedales, uno debajo y otro sobre el pañuelo. (Fig. 3). Al retirar este último sacará sólo el de arriba quedando el otro en el dedo.

dor y apoyarse en él. El ímpetu del pronunciamiento termina entonces, el programa revolucionario se realiza, y ella permanece como eje histórico de la Nación, como centro impávido y durable.

### PROBLEMAS DE PALABRAS CRUZADAS



- 38. Tela fuerte de algodón o cáñamo, para velas de navío, toldos, tiendas de campaña y otros usos.
- 39. Nombre de mujer.

#### Verticales

- 2. Caudillo de gente de guerra.
- 3. Rosca que con las trenzas del pelo se hacen las mujeres para tenerlo recogido o para adorno de la cabeza.
- 4. En sentido figurado, dispongo bien las cosas para el logro de lo que intento.
- 5. Temporal bueno o malo que hace durante un año.
- 6. Ardid, astucia, engaño, artificio.
- 7. El que pronuncia un sermón o discurso.
- 9. Añadidura, adehala, obsequio, refacción.
- 10. Suspéndese o acabase una cosa.
- 12. De color vivamente encarnada.
- 13. Papel o seguro que se hace a favor de uno, obligándose a pagarle una cantidad de dinero.
- 15. Medicamento a que se atribuye eficacia para curar diversas enfermedades.
- 17. Impaciencia, enfado o enojo grande, cuando se toma por leve motivo y dura poco.
- 22. Impresión desagradable causada por alguna cosa que repugna.
- 23. Pasta de color azul obscuro, que de los tallos y hojas de la planta del mismo nombre se saca por maceración en agua.
- 24. Silicato de alúmina y glucina, variedad de esmeralda, de color verdemar y a veces amarillo, blanco o azul, que cuando es hialino y de color uniforme cuéntase entre las piedras preciosas.
- 25. Pedazo de melocotón en forma de cinta secado al aire y al sol.
- 26. Romance alemán en que por lo regular se cuentan hechos de la vida airada.
- 27. Llenar un espacio o lugar.
- 28. Sulfato de cal hidratado, que se emplea en la construcción y en la escultura.
- 29. Cansado, desfallecido, falto de fuerzas.
- 31. Especie de trigo, muy parecido al fanfarrón, que produce un grano largo y amarillento.
- 32. Parte de la Gran Bretaña, al O. de Inglaterra.

#### REFERENCIAS

##### Horizontales

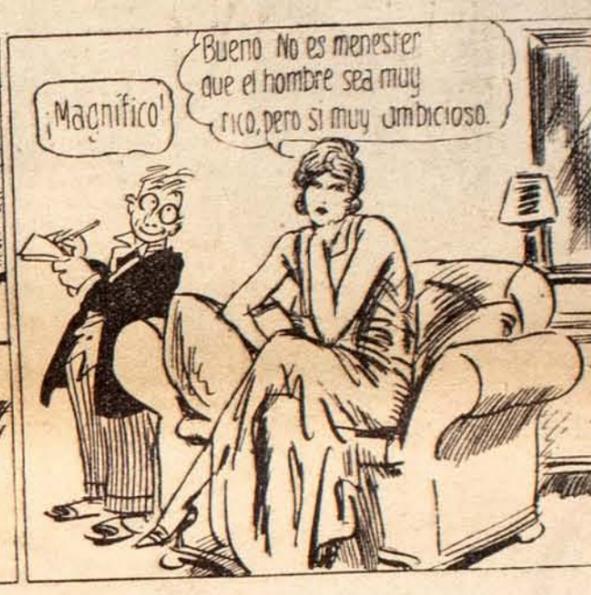
- 1. Parte de peso que se rebaja en las mercancías por razón del envase que las contiene.
- 5. Blandura, suavidad.
- 8. Someter, sujetar y rendir.
- 10. Adjetivo que sirve para designar separadamente una o más cosas o personas con relación a otras de su especie.
- 11. Esclava egipcia de Abraham y madre de Ismael, que fué despedida con su hijo por el patriarca después del nacimiento de Isaac.
- 14. El más ilustre de los pintores griegos.
- 16. Portadora de una carta de un sujeto a otro.
- 18. Con gran tiento, blandamente, en voz baja.
- 19. Pedazo de tierra que se cultiva algunos años, y después se deja erial por más o menos tiempo.
- 20. Pato, y por extensión, cualquiera otra de las aves que tienen sus mismos caracteres genéricos.
- 22. Apuro, consumo, termino una cosa.
- 26. Joya pequeña.
- 30. Sola, solitaria, separada de toda compañía.
- 32. Papel periódico en que se dan noticias literarias, administrativas, etcétera.
- 33. Guarnición que queda colgando a los extremos de algunas ropas, a moda de fleco.
- 34. Denuncias, delatas.
- 35. Pez marino del orden de los selacios, de cuerpo casi cilíndrico, carnívoro, muy voraz, del cual se utiliza además de la carne y el aceite que se saca de su hígado, la piel, que por la dureza de sus granillos, una vez seca, se emplea para limpiar y pulir metales y maderas.
- 36. Cintarazo, bastonazo o varazo.
- 37. Persona que compra o guarda y retiene los frutos para venderlos después a precio excesivo.

# BETTY

por C.A.Voight

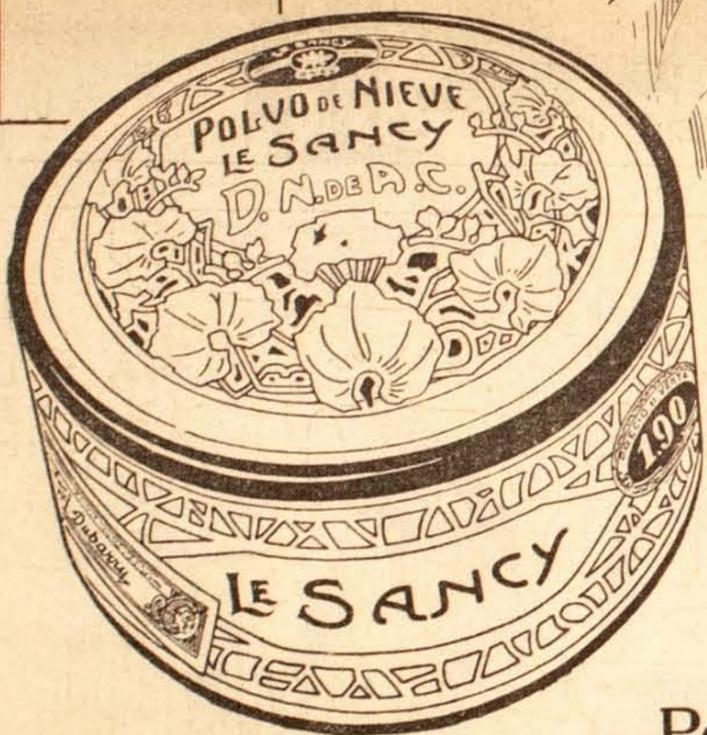
© 1929 N.Y. TRIBUNE, INC.

## “UNA INTERVIEW”





En ningún caso se debe mezclar el polvo LE SANCY con otras marcas, pues se anularán sus efectos cromáticos y aromáticos.



# Anda, corre...

... y cómprame una caja de

Polvo **LE SANCY** Ocre

Caja Grande \$ 1.90

Caja Media \$ 0.70

que tengo que completar la mezcla a mi gusto y me falta ese tono que da tanta distinción.

En cajas: Piel Natural, Ocre,  
Morocho, Rosado,  
Rachel, Tricolor.

Perfumería  
**Dubarry**  
FUNDADA EN 1903